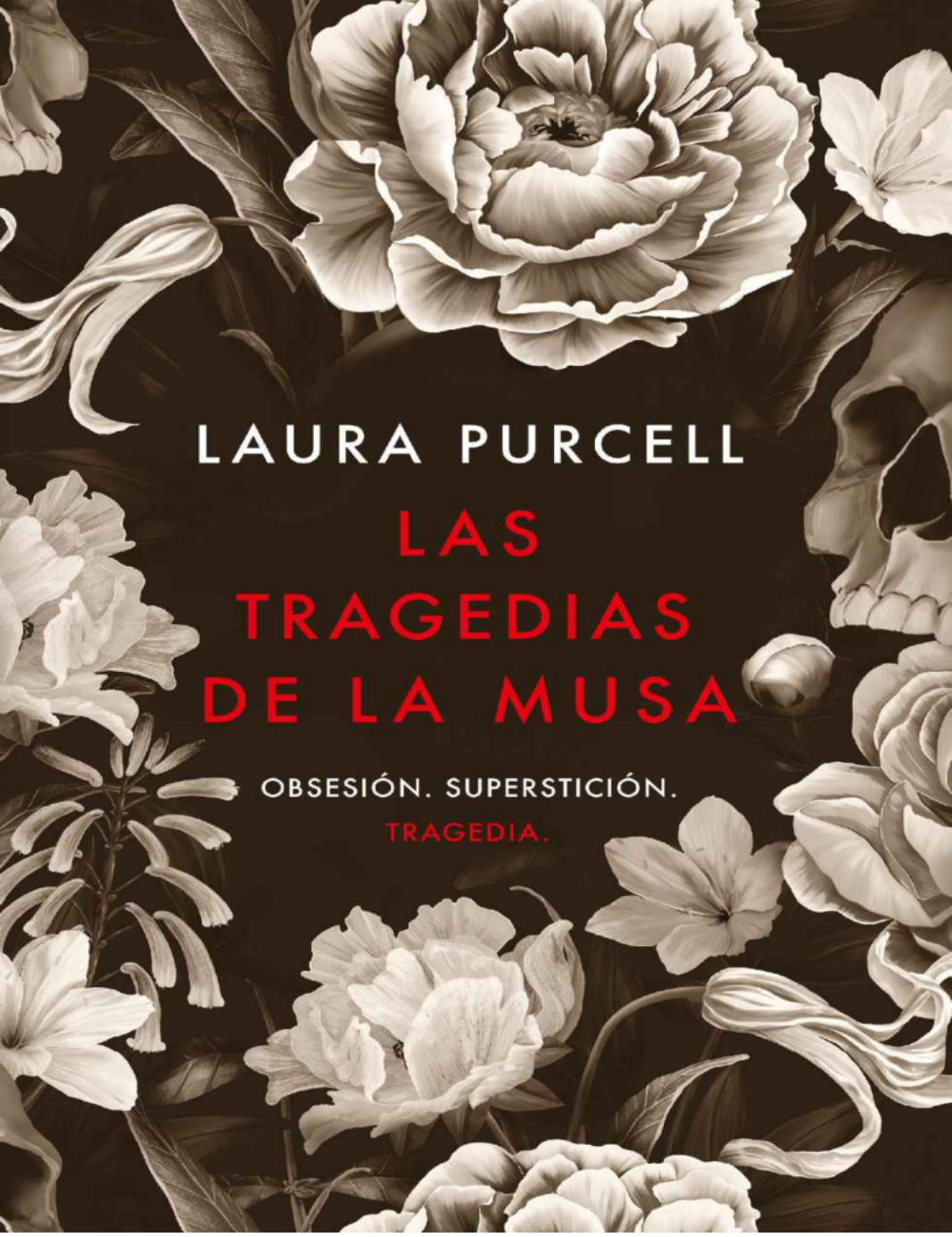
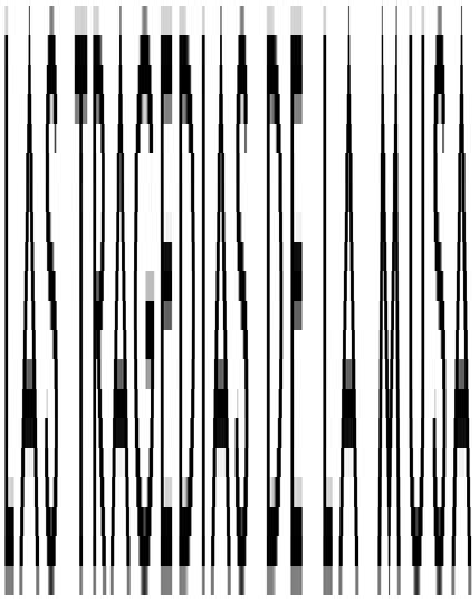
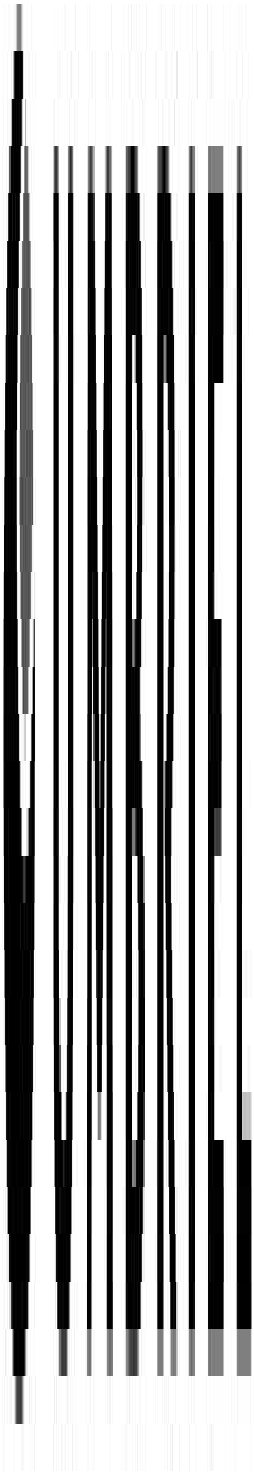

LAURA PURCELL
LAS TRAGEDIAS DE LA MUSA
OBSESIÓN. SUPERSTICIÓN.
TRAGEDIA.



LAURA PURCELL

LAS TRAGEDIAS DE LA MUSA

Traducción de Gudrun Palomino



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Whispering Muse*
Editor original: Raven Books, un sello de Bloomsbury Inc.
Traducción: Gudrun Palomino

1.ª edición: mayo 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2022 by Laura Purcell
All Rights Reserved
© de la traducción 2023 *by* Gudrun Palomino
© 2023 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19413-40-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Katie.

PRIMER ACTO

Macbeth

«Un falso rostro debe ocultar lo que no sabe un corazón falso».

CAPÍTULO 1

La oferta era demasiado buena para ser cierta. Lo supe desde el principio. Las oportunidades nunca caen del cielo; se consiguen con uñas y dientes. Lo *sabía*. Pero quería que me demostrara que no estaba en lo cierto.

Llovió firmemente esa mañana, sin parar, como un niño que no se calla. No llevaba paraguas. En el ómnibus solo podía recorrer una parte del camino, por lo que cuando giré en la plaza de casas altas y blancas adosadas, estaba empapada hasta las enaguas.

Me rechinaba la bota izquierda por haber pisado un charco antes. Me detuve y volví a comprobar la dirección, pero era difícil ver el número de las casas a través de la llovizna. Me quedé allí durante un rato, escuchando el tintineo del agua en los aleros, y rumié la idea de volver a casa. Pero mi familia no podía permitirse ofender a esa gente más de lo que ya lo había hecho. Era mejor ver a la señora y que probablemente me diera algún tentempié que volver a mi habitación estrecha con la montaña de cosas por hacer.

Cuando por fin encontré el número 13, era exactamente igual que las casas vecinas: tenía tres plantas de ladrillo blanco con tejado de pizarra y buhardillas. Una niña angelical de unos seis años me miraba desde su cuarto del bebé en el ático. A esa distancia, las gotas de lluvia que se deslizaban por la ventana podrían haber sido lágrimas que corrían por sus mejillas rollizas. La saludé. Antes de que pudiera devolverme el saludo, una mano apareció por encima de su hombro y cerró con firmeza la cortina.

No me sorprendió. La alta burguesía enseñaba a sus hijos que

debían ser reservados desde una edad temprana, y a lo mejor tenían razones para hacerlo.

La puerta principal era de un negro tan brillante como el de una bota recién pulida. No estaba pensada para gente como yo. En su lugar, me sujeté a la barandilla de hierro resbaladiza y bajé las escaleras del sitio hasta el sótano. No puedo decir que estuviera nerviosa del todo; los nervios implican que hay esperanza de que todo salga bien. Daba pasos cansada, como un caballo que tiene la cuerda rota y que se pasea hasta su matadero.

La señora Dyer podría haber disfrazado la citación como una invitación para tomar el té, pero eso era el barniz del que pinta las cosas la buena educación. Podía ser que no tuviera nada agradable que decirme. La única razón para que me buscara sería para darme más malas noticias.

Llamé a la puerta principal. Después de una larga espera, un joven con la cara llena de granos me respondió.

—¿Qué quiere?

—Vengo a ver a la señora Dyer. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, desde mi capote blando hasta mi falda salpicada de barro.

—Dudo de que eso sea posible.

Mis mejillas se sonrojaron, más por la ira que por la vergüenza que me provocó su respuesta. Tenía el doble de experiencia que este chico como sirvienta, y sabía cómo abrir una puerta con buenos modales.

—Vaya a preguntarle entonces. Dígale que Jenny Wilcox está aquí. —Me volvió a mirar.

—Supongo que puede entrar, por la lluvia. Pero la estaré vigilando.

Me hizo pasar por una cocina humeante con las paredes manchadas de hollín y se sentó en una mesa de trabajo larga. Una olla burbujeaba sobre un fogón encendido. Esperaba ver a un grupo de sirvientes, como en la casa de la señora Fielding, pero solo estaba el joven, afilando los cuchillos y puliendo los cubiertos.

Me puse delante del fuego para secarme. Empezó a salir vapor de mi ropa y notaba cómo se me encrespaba el pelo a la altura de las orejas, como siempre pasaba cuando había humedad. Tenía un aspecto

desastroso. Pero a lo mejor eso era bueno. La señora Dyer podría compadecerse de una niña desaliñada.

Una campana dio la hora desde algún lugar de la casa. Eran las diez, la hora exacta de mi citación. Como por arte de magia apareció un sirviente, vestido con una librea anticuada y una peluca empolvada.

—Por aquí, por favor.

El sonido de la lluvia murmuraba de fondo mientras me llevaba fuera del cuarto de los sirvientes hacia un largo pasillo. Todo parecía elegante y bien cuidado. Había jarrones con flores frescas encima de las consolas y un espejo brillaba en la pared. Los meses de ausencia me habían servido para hacerme sentir fuera de lugar en un entorno aburguesado. ¿Había disfrutado alguna vez de tener tanto espacio?

El sirviente se deslizó hasta una puerta al final del pasillo, junto a un reloj de pie. Llamó una vez y contó hasta cinco en voz baja antes de empujar la puerta.

El salón interior estaba decorado con cretona verde pálido. Colgaban sobre una ventana helechos y una jaula de tortolitos. No había fuego en la rejilla de la chimenea: era agosto, después de todo, y el espacio estaba ocupado por un par de perros de porcelana a juego.

Una señora estaba sentada en el sofá, mirándolos. El pelo de color caramelo se amontonaba en la parte superior de la cabeza y se mantenía así con peines. Llevaba un vestido azul marino de cuello alto con mangas de pagoda a la moda. Así que esta era la señora Dyer, mi corresponsal. Esposa del dueño del teatro Mercury. El sirviente se aclaró la garganta.

—Señora, esta es la señorita Wilcox. —Giró su cabeza hacia mí. Era guapa, tenía poco más de cuarenta años.

—Ah —respondió, sonriendo con los labios de color rojo carmín—. Entra. Siéntate.

Se inclinó hacia adelante y comenzó a ocuparse de la bandeja de té de plata en la mesa que había frente a ella. Sus manos temblaban. La taza traqueteaba contra su platillo, la porcelana cascaba como si fueran dientes en un día de frío.

¿Pero por qué? La señora Dyer estaba en casa. Pidió verme aquí. ¿De verdad que no había ninguna causa para que *estuviera* nerviosa?

Me senté en el borde de mi asiento, con cautela, intentando no dejar marca. No sabía qué decir, así que me quedé callada.

—Eso es todo, James —le dijo al sirviente.

Él hizo una pequeña reverencia y se retiró hacia atrás, como si estuviera abandonando la presencia de una reina.

La señora Dyer removió la leche en el té.

—Me alegro mucho de que hayas recibido mi carta, Jennifer. ¿Puedo llamarte Jennifer? —Tomé la taza de sus manos perfectamente cuidadas.

—Claro, si usted quiere. —Era la única respuesta razonable, pero prefería que no lo hiciera. Usar mi nombre de pila implicaba tener un nivel de familiaridad. No la conocía de Adam. Por primera vez, me miró a los ojos. Los suyos eran verdes como la absenta.

—Puedo ver el parecido que tenéis en la familia. Eres de mejor ver que tu hermano. —Mis dedos se enroscaron alrededor del mango de la taza.

—Perdóneme, señora, pero… no estoy segura de por qué me ha pedido que viniera aquí. Si Greg se fue del teatro debiéndole dinero, no puedo… No tengo…

La señora Dyer me miró por encima del borde de su taza y tomó un sorbo cauto. Debió ver la verdad en mis palabras. Nos había dejado con apenas dos peniques.

—De hecho, el señor Wilcox se llevó *más* de lo que se le debía. Se le pagó el salario hasta el siguiente cuarto de día. Pero, por favor, no pienses que te he invitado para cobrar una deuda. Quisiera hablar contigo para hablar sobre un tema más… delicado.

Mi pulso se aceleró. Cada vez que pensaba que había limpiado el desastre de mi hermano, salían a la superficie más residuos. ¿Habría robado también algo de su antigua jefa? A lo mejor las manos de la señora Dyer estaban temblando por la misma razón que las mías; a lo mejor era por el esfuerzo de contener toda esa rabia herida.

Di un trago para ganar tiempo.

—¿Te gusta el teatro, Jennifer? —Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Sí, muchísimo, cuando tengo la oportunidad de ir. Hace mucho tiempo que no veo ninguna obra… Greg me llevó al teatro una o dos

veces, cuando empezó a trabajar para usted. Vimos *Los misterios de East Lynne* y *Los hermanos corsos*. —Aquellos recuerdos felices ahora eran mortificantes.

—Ah, sí, son obras muy conmovedoras. —Su expresión se suavizó —. No recuerdo haberte visto en ese momento. No debería haber sido consciente de tu existencia, pero me temo que las malas lenguas se han difundido rápidamente por el personal del teatro desde que tu hermano se fugó. Como filántropa, me preocupó naturalmente escuchar que el señor Wilcox había dejado atrás a una familia necesitada. Hemos perdido a un pintor y a una *soubrette* en el Mercury, pero me temo que tú has perdido aún más con estos tristes acontecimientos.

No sabía ni la mitad de lo que había pasado.

—¿Qué es una sou… sub…?

—¿Una *soubrette*? Es como llamamos a las actrices jóvenes que hacen papeles secundarios. Actrices como Georgiana Mildmay.

Se me vinieron a la mente uno o dos nombres más aparte de ella.

La lluvia seguía golpeando los cristales. Uno de los tortolitos piaba y la señora Dyer bebió otro sorbo.

¿Qué podría querer de mí? Parecía un tipo de señora más amable de lo que había sido mi ama. No había ninguna razón para pensar que me ayudaría, pero valía la pena preguntar mientras estaba aquí. No teníamos apenas dinero para seguir manteniendo esta sutileza.

—No estoy muy familiarizada con los términos del teatro —admití —. Todo mi trabajo ha sido de servicio. En casas como esta. No creo que… Perdone que le pregunte, pero nos hemos quedado muy cortos de dinero. Ninguno de sus conocidos necesita a una sirvienta, ¿verdad, señora?

La señora Dyer sostenía su taza con las palmas de las manos. Parecía estar sopesándola, sopesándome.

—*Había escuchado* decir que estabas buscando un nuevo puesto de trabajo tras la marcha de tu hermano. Dime, ¿cuál fue tu último rol?

Me gustaba cómo había dicho *rol*, como si hubiera participado en una obra de teatro. La verdad era que había trabajado lo suficiente para merecérmelo. Había pasado años de pruebas en la cocina, ascendiendo en la jerarquía de los sirvientes, y todo eso se esfumó en

un momento.

—Fui la sirviente de la señora Fielding y de sus dos hijas. —Frunció el ceño.

—Perdona que te hable con sinceridad. Pero ¿no sería una vergüenza para una joven consumada como tú pasar tiempo limpiando casas? Como sirvienta de un ama, debes tener otros talentos. Estoy segura de que puedes cuidar prendas, peinar y coser perfectamente. La vida de una limpiadora puede resultar un poco… degradante para ti.

Me tragué mi orgullo. La señora Fielding no me había dado una carta de referencia. Sin una, tendría suerte si conseguía trabajo barriendo alfombras.

—Haré lo que tenga que hacer.

—¿Y si hubiera otra opción? —preguntó la señora Dyer, con sus ojos verdes volviendo a mirar hacia los perros de porcelana—. ¿Un puesto más adecuado a lo que puedes hacer? ¿Estarías dispuesta a aceptarlo en su lugar?

Un rayo de esperanza me disparó en el pecho, lleno de dolor.

—Quiere decir… ¿algo en su teatro? ¿Hay un puesto vacante?

—Pues sí. —Sonrió—. Mi marido se ha llevado a un grupo selecto de actores de gira a Southend-on-Sea este verano, pero cuando vuelva estaremos ocupados, muy ocupados. Tengo que prepararme contratando más personal. Te invité aquí esperando que aceptaras ser uno de ellos.

Dejé mi taza sobre la mesa antes de que la pudiera dejar caer. El alivio que me dieron sus palabras me debilitó. Después de tanta miseria en los últimos meses, apenas me atrevía a confiar en lo que estaba escuchando.

—Señora Dyer… No sé qué decir. ¡Es muy amable de su parte que haya pensado en mí! Estoy segura de que hay otras mujeres deseando entrar en el mismo puesto.

—Sí, las hay. Pero el puesto requiere a una trabajadora muy peculiar. Una en la que pueda depositar mucha confianza. —Cualquier cosa. Haría prácticamente cualquier cosa para ayudar a mi familia para volver a estar en el lugar de donde nos habíamos caído.

—Sí, señora. Por supuesto, haré todo lo posible para merecer su amabilidad. Pagaré lo que mi hermano le debe y seré la mejor, la

mejor en el puesto. —Me tropecé hablando, dándome cuenta de que estaba balbuceando—. Lo siento. ¿Cuál *es* el puesto exactamente?

—Lo llamamos «ayudante de camerino». Es una persona que arregla el vestuario, las pelucas y maquilla con maquillaje escénico a las actrices. —Miró con indulgencia mi enfado.

No me había atrevido a esperar tener un trabajo, y mucho menos una oferta tan interesante como esta. Sería algo como vestir a un personaje. Me había aburrido de arreglar a mi ama y a sus hijas para que asistieran a los mismos bailes de sociedad de siempre, de hacerles peinados de moda que no les quedaban bien, de abrochar vestidos de colores pastel.

—Me podría ocupar de eso, señora Dyer. Estaría encantada de hacerlo.

—Me alegro de oírlo. —Su garganta se movía bajo el cuello alto de su vestido—. Pero no dejes que tu gratitud se apodere de ti. No te comprometeré bajo falsos pretextos. Debes entender que la actriz a la que vas a vestir… no es una buena persona, Jennifer. Necesito que alguien la vigile.

Seguramente podría estar describiendo a cualquier actriz. Ninguna de ellas era digna de confianza. ¡Solo hay que fijarse en lo que Georgiana Mildmay había hecho! La advertencia de la señora Dyer no me desanimó. Tampoco me había gustado mucho mi ama anterior.

—¿A qué se refiere con «vigilar»? —le pregunté.

La señora Dyer puso su taza al lado de la mía en la mesa. Una medialuna rosa marcaba el borde de la suya.

—Permíteme que te explique la situación. Nuestra actriz principal, que estuvo con nosotros muchos años, se retiró en primavera, y el señor Dyer ascendió a una actriz de nuestra compañía en su lugar. Se hace llamar Lilith Erikson, es su nombre artístico. —Un trueno resonó fuera y se escuchó dentro. La luz se hacía más tenue a cada segundo —. No está del todo bien, Jennifer. Te darás cuenta de ello en el momento en que la conozcas. Mi marido está convencido de que tiene «talento sin explotar». Y a lo mejor es verdad. Pero no me gusta su forma de actuar. Mira, estamos invirtiendo una gran suma de dinero en sacarla adelante y la reputación de nuestro teatro está en juego. Georgiana ya nos ha abandonado y me sentiría mucho más feliz

sabiendo que hay alguien encargado de vigilar a Lilith.

—Estaré encantada de hacerlo. Pero a lo mejor no tiene que preocuparse tanto. Su marido debe confiar en Lilith para darle esta gran oportunidad. —Me miró fijamente a la cara.

—El señor Dyer —dijo con toda sinceridad— está embrujado. Lo digo literalmente. Mi marido es un buen hombre, pero no es fuerte. No está a salvo de los trucos de Lilith Erikson.

Bajé la mirada. ¿Había más cosas que no sabía de lo que la señora Dyer estaba diciendo? Las actrices tenían fama de tener una moral relajada. A lo mejor no era solo el dinero de su marido lo que quería mantener a salvo. Su fidelidad también podría estar en duda.

Bueno, no tenía que vigilarlo a él, sino a ella. Si necesitaba a una chivata y a una soplona, también lo sería. No tenía muchas opciones.

—Por supuesto, debería estar dispuesta a pagar por tu discreción —continuó la señora Dyer, y sus manos temblaron con suavidad en su regazo—. Te daría cuarenta y cinco libras al año por este rol, por este papel.

Parpadeé, segura de que lo había escuchado mal. ¡Cuarenta y cinco libras! Eso era más de lo que ganaban incluso los sirvientes en mi última casa. Era tipo de salario que jamás soñé con ver. Y lo que podría hacer con esa fortuna…, podría ahorrar de nuevo para la operación de Bertie y mudarnos a un alojamiento mejor. Con este trabajo tendría dinero suficiente para mantenernos a salvo.

—¿Está segura de que el sueldo es tan alto? ¿No ha habido algún tipo de error? —La señora Dyer sonrió, triste.

—Aprenderás, Jennifer, que soy buena con los que son buenos conmigo. Es una pena que tu hermano no se encuentre entre ellos.

Di un sorbo al té. Greg nunca había ganado, ni de lejos, cerca de esa cantidad de dinero. A la señora Dyer le importaba mucho dar tanto dinero.

—¿Podría enseñarme, señora? Para saber cómo es el trabajo en el teatro. Sé un poco por mi hermano, pero necesitaría algo de ayuda.

—¡Por supuesto! —respondió con entusiasmo—. No te preocupes, te lo enseñaré todo. —La señora Dyer se levantó y abrió un cajón de uno de los armarios. Volvió con un bolso y un libro encuadernado en piel—. *Las obras completas de Shakespeare*. Considéralo un regalo.

Léelo entero, pero presta mucha atención a *Macbeth*. Es la obra con la que empezaremos en septiembre. Vestirás a Lilith como Lady Macbeth.

Era un libro grueso. Ojeé las páginas y me sorprendió ver que eran tan finas como la piel de una cebolla y estaban llenas de letras pequeñas y estrechas. Tardaría años en terminarlo. Nunca había leído un libro tan grande.

—Gracias, señora. He oído hablar de Macbeth. ¿No es uno de los mayores villanos que hay?

—Pues sí, lo es. Es espantoso. Pero considero que su esposa es aún peor. —Se acarició la barbilla, pensativa—. ¿Qué más puede ayudarte? Estoy segura de que te vendría bien ver una o dos producciones en otros teatros antes de que empieces. No serán *Macbeth*, por supuesto, pero no estamos exentos de tomar prestados elementos de vestuario de otras compañías. La jefa de vestuario, la señora Nettles, siempre está en busca de inspiración.

No me sobraba dinero para comprar entradas para ir al teatro. Sentía que estaba tentando a la suerte si pedía un adelanto.

—Pero… es verano —respondí como excusa—. ¿No están cerrados los teatros de Londres ahora?

—Sí, todos menos uno. —Hizo una pausa. Una sonrisa extraña y melancólica se apoderó de sus labios—. Un teatro muy especial permanece abierto todo el año, está muy dedicado a su arte. El Helicón. —Su voz se acalló, como si estuviera compartiendo un secreto sagrado—. Pertenece al actor más espléndido que he conocido. Se llama Eugene Grieves. ¿Has oído hablar de él?

—Me suena su nombre, pero…

—Debo confesar que soy un poco devota. —Abrió su bolso y sacó un chorro de monedas. No estaban gastadas y tenían un brillo que no era como el de las monedas con las que yo comerciaba, eran como el tesoro de un dragón—. El señor Dyer dice que Lilith Erikson tiene talento, pero podrás juzgar cuando hayas visto *mi* concepción de un actor sobresaliente. Toma. —Me tomó de la mano, la abrió y dejó que llovieran peniques encima de ella. Me aclaré la garganta.

—Señora Dyer, ¡esto es más que suficiente para una entrada!

—Guárdalo todo —me instó—. Creo que tienes hermanos y

hermanas menores en casa. A lo mejor ellos quieren ir también.

Eso era una grieta en cualquier defensa que pudiera oponer. Mostrarme amabilidad era una cosa, pero mostrar consideración por mis hermanos me calentaba el corazón y el alma. Intenté acallar mis recelos. Esta era la suerte por la que había rezado. A lo mejor a algunas señoras ricas les gustaba ayudar a la gente de mi clase social. A lo mejor para mostrarse como cristianas virtuosas y caritativas.

—Gracias, señora —dije seriamente, cerrando mis dedos sobre semejante tesoro. Lo sentía pesado y fiable—. Se lo agradezco. Seguro que estarán encantados de venir conmigo. ¿Cuál es la obra que veremos?

—Un gran clásico. ¡Veréis a Eugene Grieves representar *Doctor Fausto*!

Esas palabras no significaban nada para mí. Me avergonzaba mi ignorancia, pero me prometió ser mi profesora.

—¿Y de qué trata? —Sus labios se separaron, sorprendida.

—¡Por qué me preguntas eso, si es una leyenda famosa! Fausto. Se trata del hombre insensato que hizo un trato con el diablo.

CAPÍTULO 2

Nunca había visto a Philip tan emocionado. Se puso de puntillas ante el espejo y se peinó el pelo con agua. Dorcas me guiñó el ojo.

—Quiere estar guapo para las chicas. —Philip se sonrojó.

—¡Déjame en paz! Nunca he ido al teatro. Greg siempre decía que yo tenía que quedarme aquí y ser el hombre de la casa. —Me estremecí al escucharle pronunciar el nombre de Greg.

—Te encantará el teatro, Phil —le respondí en voz alta y contenta, como si pudiera enterrar la mención de nuestro hermano con el tono de mi voz—. Cuando estás allí, estás dentro de la historia de la obra. Cuando hay un trueno, lo sientes en la caja torácica.

Bertie empezó a lloriquear y empujó su cena sin comer por la mesa.

—¡Yo también quiero ir! —Me maldije. Debería haber previsto esto. Le rodeé sus hombros delgados con mis brazos.

—Sé que quieres ir, cariño. Pero hay demasiados escalones en la galería del teatro para tus pobres piececitos. No conseguirías subir. —El labio inferior de Bertie empezó a temblar—. Te llevaré cuando seas mayor —intenté animarlo—. Y recuerda, la señorita Khan, de la planta de abajo, vendrá a quedarse contigo. Te contará un montón de historias, probablemente mejores que las que iremos a ver.

Bertie tenía ya nueve años, pero sus lágrimas seguían causándome la misma oleada de pánico como lo habían hecho sus llantos de niño. Creí que eso no desaparecería nunca. En ese momento, el vigilante dio la hora desde la calle. Dorcas agarró del cuello a Philip y lo alejó del espejo.

—Es hora de irse. No te vas a poner más guapo aunque te sigas arreglando.

Di un suspiro. No me hacía gracia dejar a Bertie en casa, pero los tres nos merecíamos, al menos, una noche libre. Le di un beso en su mejilla cálida y manchada de lágrimas.

—Nos vemos en unas horas.

Era imposible sentirse culpable mucho tiempo. La noche era perfecta, cálida y con una brisa suave, y acababa de empezar a bajar el sol. La gente salía a la calle, queriendo divertirse después de un día duro de trabajo. Los niños harapientos daban volteretas y hacían piruetas por unos cuantos peniques. Un hombre montó su zanfoña y empezó a tocar para una compañía de perros bailarines.

Philip sonrió. Se me levantó el ánimo al ver la alegría en su rostro pecoso. Desde que Gregory se marchó, la alegría había desaparecido de nuestras vidas.

—¿Quién ha escrito esta obra? —me preguntó Philip de repente.

—No lo sé, no la he visto nunca.

—¿Es de Shakespeare?

—No, de otra persona. De otro escritor muerto. —Dorcas se rio.

—No le hagas tantas preguntas, Phil. Solo le pagan para que se preocupe por la ropa.

También me interesaban las obras, pero me costaba encontrarles un sentido. En mis años de educación, apenas me habían formado en literatura o historia. Tenía que volver a leer las páginas de *Macbeth* para asegurarme de que hubiera entendido lo que había pasado. Afortunadamente, la señora Dyer fue paciente y me explicó todo. Cuanto más la visitaba para aprender cosas sobre el teatro, más me gustaba. Ella era elocuente y generosa, y quería a su hija pequeña, cuyo nombre supe después que era Rachel.

Al acercarnos a Covent Garden, las calles se llenaron de tráfico. Los puestos humeaban en las esquinas, ofrecían bebidas, castañas asadas y bolas de coñac. Compré una botella de cerveza de jengibre antes de ponerme en la cola: nos la pasamos entre nosotros, estábamos contentos de reanimarnos en el calor. Las señoras entraron en el Helicón por la puerta de los abonados sin tener que esperar.

—Míralas. —Dorcas se asombró—. ¿Cómo se las arreglan para

parecer tan relucientes y mantener sus faldas limpias con todo este polvo?

—Pues con dinero —respondí.

Por fin nos tocó empujar nueve peniques por el agujero de la pared y recibir nuestras fichas metálicas. La multitud avanzó con prisa, pisando mi falda mientras me empujaban hacia el interior. Había tenido razón cuando le dije a Bertie lo de los escalones. Nunca habría conseguido subir a la galería. Cientos de escaleras nos llevaban cada vez más alto, sin rellanos para detenernos y descansar en el camino. Para cuando llegamos arriba del todo, los músculos de mis piernas gritaban de dolor.

Pero subir mereció la pena para oír cómo Philip tomaba aire mientras que el auditorio se revelaba ante él.

En el paraíso podríamos ver cada gota de la araña de cristal. Las filas de asientos se inclinaban desde el fondo del teatro hasta la parte delantera, donde una barandilla protectora impedía que la gente cayera sobre el palco de abajo. Dorcas nos tomó de la mano y se dirigió hacia el banco más bajo. Llegamos justo antes que un grupo de vendedores ambulantes. Dorcas les sacó la lengua, se quitó la gorra y la ató con sus cuerdas a la barandilla.

—¡Tenemos los mejores sitios de toda la galería! —Philip sonrió.

El aire ya estaba espeso de olor a piel de naranja y sudor. Las voces zumbaban y los pies zapateaban en el suelo. Alguien detrás de nosotros rompía nueces. ¿Era realmente posible que estuviera cambiando mi monótona existencia de sirvienta para trabajar en un sitio tan emocionante como este? Apenas me atrevía a confiar en mi buena suerte. La felicidad era una bestia a la que había que mantener atada por si se desbocaba y me arrojaba a una zanja. Es mejor ser cautelosa y estar en guardia en un mundo en el que cualquiera te puede traicionar, incluso tu padre o tu hermano mayor.

Pero no podía resistirme a asomarme por debajo de la barandilla para echar un vistazo al escenario. Parecía diminuto. Las personas sentadas en la platea de la orquesta eran como hormigas: algunas de sus cabezas brillaban con grasa de oso; otros tenían el pelo amontonado en cintas y plumas. Sus ropas elegantes no concordaban con el auditorio, que parecía más bien desgastado. El Helicón había

visto días mejores, sin lugar a dudas. Cuando me solté de la barandilla, se me quedó algo de óxido en mis guantes. Parecía que la cortina de seguridad tenía agujeros por las polillas y el brillo de su terciopelo estaba opacado por el polvo.

Al levantar la vista, me di cuenta de que uno de los lados de la lámpara de araña estaba deslucido. Una telaraña se extendía entre los cristales descoloridos, ondulándose suavemente. En otro tiempo, el techo había estado pintado con un fresco de nueve mujeres con atuendos antiguos, pero ahora la escena estaba descolorida. Un cuerpo había envejecido mejor que los demás: llevaba un garrote y una especie de máscara en la mano.

—No me puedo creer que vayas a trabajar aquí —susurró Philip. La emoción me revolvió todo el cuerpo a pesar de lo que pensaba.

—Bueno, no aquí. En otro teatro. No he estado dentro del Mercury desde hace años, puede que no sea tan elegante.

—¡Podría ser mejor que este!

El teatro siempre había sido el sitio de Greg. Él era el que experimentaba con los colores y los viajes de la imaginación; a lo mejor era la prerrogativa de ser el hermano mayor. Mi deber había sido dejar a los otros atrás tan pronto como destetaran a Bertie y ganar un salario decente, enviando a casa un dinero que pocas veces veía. Sentía una especie de alegría salvaje al pensar que al fin podría aprovechar este mundo de fantasía para mí. Greg me debía algo a cambio de todo lo que se había quedado.

Por fin sonó un timbre. La cháchara se calmó y un silencio inundó a todo el público. El director de la orquesta levantó su batuta.

Philip me agarró de la mano mientras una obertura estridente retumbaba a través del auditorio. La sentí en mis huesos; era una música tan poderosa que podía arrastrarte, hacerte dejar atrás todo lo que conocías.

El telón se levantó para revelar un coro fantasmal con máscaras blancas y túnicas negras. Como si fueran uno, comenzaron a cantar con un lenguaje anticuado. La escenografía no era impresionante; a lo mejor ese era su objetivo, porque todas las miradas se dirigieron al instante al actor con el que la señora Dyer se había entusiasmado tanto, Eugene Grieves, mientras salía al escenario vestido con una

túnica y un gorro. Ese traje tan sencillo le hacía destacar, resaltaba sus pómulos altos y afilados y la palidez de su rostro. Un reloj colgaba de una cadena y brillaba gracias a un foco. No sé qué tenía, pero su presencia era magnética, había algo en el aire que lo rodeaba, como la niebla.

La criba giró, soltando un aullido gutural mientras que el doctor Fausto juró invocar los poderes del infierno. Empezó a hablar en otro idioma, brusco y demoníaco.

—¿Qué está diciendo? —La voz de Philip era pequeña y estaba asustada.

La señora Dyer me había advertido que Fausto había hecho un trato con el diablo, pero no esperaba que fuera tan visceral.

—No mires, Phil. Esta parte terminará pronto.

Sonó un acorde estridente y hubo un choque de platillos. La resina parpadeó y una sombra se cernió sobre el telón de fondo. Poco a poco, la sombra se convirtió en una nube de humo y surgió un hombre vestido de rojo. Era Mefistófeles, el demonio.

Las bolas que sonaban como truenos descendieron y la música dio una bajada vertiginosa.

Lleva esta noticia al gran Lucifer: que Fausto le entrega su alma, que le concederá veinticuatro años, dejándole vivir en medio de toda voluptuosidad, teniéndote aquí siempre para asistirme.

—Es una mala idea —susurró Dorcas, que se quedó muy quieta.

Eugene Grieves se subió la manga, agarró una daga y se rasgó la piel con ella. Algo salpicó en las tablas. En otras obras de teatro, había visto que llevaban pañuelos rojos que representaban la sangre. Esto era un efecto nuevo.

—¿Se ha hecho eso de verdad? —siseó Philip—. ¿Se ha cortado?

—Por supuesto que no —respondió Dorcas.

Pero yo no estaba segura. Sentía náuseas que surgían en el fondo de mi garganta.

Y Fausto cede su alma a Lucifer. Pero ¿qué es esta inscripción en mi brazo? «Homo, fuge!». ¿A dónde huiré? Mis sentidos me engañan. Lo veo claramente; aquí está escrito: «Homo, fuge!».

A lo mejor era mi imaginación. Supongo que estaba muy lejos para ver bien. Sin embargo, podría jurar que la sangre empezó a coagularse

y crear letras en su brazo, tal y como decía el personaje.

Aquí había algo que iba mal, no lo sentía seguro. Le prometí a Philip que la historia cobraría vida, y así fue. Era un sermón de fuego y azufre hecho carne. ¿Por qué la señora Dyer me había animado a que trajera a los niños a verlo? Pero había tenido razón en una cosa: Eugene Grieves era un actor asombroso; porque me hizo creer, sin ninguna pizca de duda, que acababa de pactar con el diablo.

Me senté en el borde del asiento, agarrándole la mano a Philip y concentrándome en la barandilla descascarillada más que en la acción que ocurría en el escenario. Seguía anticipando el final. ¿Qué sucedería cuando pasaran los veinticuatro años y Fausto tuviera que pagar el alto precio de su pacto?

No había ningún giro en la trama que lo pudiera salvar. Sentía que su tiempo se acortaba. Daba discursos de remordimiento que parecían que me desgarraban dentro del pecho.

Por el vano placer de veinticuatro años, Fausto ha perdido la dicha y la felicidad eterna. Escribí un contrato con mi propia sangre, la fecha de este ha expirado; el tiempo pasará y él me llevará consigo.

Agarró el reloj que colgaba de su cintura. Las luces se volvieron de un tono rojo sangre. Las llamas se movían, el humo brotaba del escenario y un olor a azufre llenaba el teatro.

Podía sentir su miedo, que me ahogaba. No sabía que una obra pudiera asustarme así. Intenté mantenerme firme y ser valiente por los demás.

Sonó una campana. Había llegado la medianoche y, con ella, había expirado el contrato. Eugene Grieves se escabulló, aterrorizado, por el escenario. Hubiera querido salir por los laterales, saltar al foso de la orquesta, pero cada vez que lo intentaba, un diablo le impedía el paso con una horqueta.

Al final cayó de rodillas, jadeando. *¡Áspides y serpientes, dejadme respirar un poco!*

Y entonces ocurrió algo.

Supe de inmediato que no era un truco teatral. Mientras balbuceaba intentando respirar, la sangre brotaba de sus labios.

Una señora que estaba en el patio de butacas pegó un grito.

Estábamos en lo más alto, a una buena distancia del escenario,

pero parecía que sus lágrimas también se habían convertido en sangre. Los violines chirriaron hasta que pararon de tocar.

Eugene Grieves se dejó caer y comenzó a retorcerse. Era una especie de ataque, horrible de contemplar, como si fuera una marioneta sacudida por los hilos que la mueven y dirigen. Hizo sonidos, gemidos llenos de tortura. Tapé los ojos de Philip, pero era demasiado tarde.

El hombre que interpretaba a Mefistófeles gritó: *¡Dios misericordioso!*

Otros actores corrieron al escenario e intentaron reanimarlo. Cayó entonces el telón verde de forma abrupta.

No pusieron el himno nacional. Los murmullos se estremecieron en la galería. Un hombre con una gorra militar se cruzó y se apresuró a salir, seguido de una mujer mayor. Estaba demasiado aturdida para poder moverme.

—¿Ha pasado eso de verdad, Jenny? —balbuceó Philip—. ¿Ha venido el diablo y se ha llevado a ese hombre al infierno?

No sabía cómo responderle. ¿Qué cosa impía acababa de pasar? Nunca me libraría de esta imagen tan horrible.

—Creo que ha sido un accidente —respondió Dorcas con incertidumbre—. Creo que el actor… ha muerto.

Pero qué forma tan horrible de morirse. Eugene Grieves parecía que estaba tan asustado…

Al final, apareció en el escenario un hombre con aspecto nervioso al que habían empujado hasta allí. Debía ser el gerente. Se disculpó diciendo que el señor Grieves estaba «indispuesto». ¿A quién creía engañar?

—Les pido que tengan la amabilidad de desalojar el teatro lo antes posible para que podamos ocuparnos de este… acontecimiento tan desafortunado.

Alguien desde el fondo del teatro exigió un reembolso. El gerente no respondió, solo se escondió detrás del telón.

El caos debía estar reinando entre bastidores. ¿Tendría Eugene Grieves un hombre que lo vistiera, al igual que yo vestiría a Lilith? ¿Alguien había arreglado el pelo del actor y le había puesto esa ropa antes de que se empapara de sangre? Quise llorar al imaginármelo.

Pensé que me sentiría mejor con el aire de la noche, pero no. Covent Garden estaba tan animado como siempre y cada cosa que veía me recordaba a aquella escena infernal: el humo de los cigarros o las chispas que salían de las ruedas de una carretilla al rodar sobre los adoquines.

—No quiero que sigas trabajando más en el teatro, Jenny. —Philip se puso colorado—. Pensé que sería un lugar mágico, pero no lo es. Es… perverso.

Para ser honesta, yo sentía lo mismo. La expectativa de mi trabajo nuevo se había agriado como un cubo de leche al sol. Pero, aun así, era un trabajo. Un trabajo que necesitábamos desesperadamente. Intenté olvidarme de las palabras de Philip y ser racional.

—Solo es esa obra. No todas son tan horribles como esa.

Después me acordé de que había mucha sangre en *Macbeth* también.

Se desprendía una luz rojo carmesí de las castañas asadas, que convertían al dueño del puesto en un demonio.

—Ni una palabra de esto a Bertie —ordenó Dorcas—. Tendría pesadillas durante semanas.

En ese momento, pensé que yo también las tendría.

CAPÍTULO 3

No quería decirle a la señora Dyer lo que había visto, no cuando ella admiraba al actor que había *muerto*. Aunque «muerto» parecía una palabra insignificante para un final como ese. La forma en la que gritó, las huellas escarlatas rezumando por sus mejillas… Quise poder olvidarlo.

Pero cuando me presenté en la casa de la señora Dyer para mi siguiente clase, me preocupó que le hubiera pasado algo aún peor a ella. Todas las persianas estaban bajadas. La paja cubría los adoquines de afuera y había una cinta negra amortiguando la aldaba de la puerta. Su marido tenía que volver de Southend de forma inminente. ¿Se habría muerto él? ¿Qué significaría eso para mí, para el teatro?

Llamé a la puerta a golpes, con una ansiedad que hacía que mi cuerpo temblara, pero se abrió rápidamente.

—¿La señora Dyer está recibiendo…? —comencé a decir. Antes de que pudiera terminar la frase, James, el sirviente, me hizo señas para que entrara. No habló mientras me acompañaba por el camino familiar hacia el salón. La señora Dyer estaba sentada en su sofá, vestida de pies a cabeza de negro. Mi corazón se desplomó.

—¡Oh, señora! Lo siento… No me había dado cuenta. ¿Ha perdido a algún familiar?

—Sí, parece que sí. —Me miró con una sonrisa débil.

—Vendré otro día…

—No, quédate. —Despidió a James con la mano y me animó a sentarme a su lado en el sofá—. Por favor, dime que lo viste. Dime que vislumbraste a la estrella más brillante del firmamento antes de

que se apagara.

Vacilé antes de responder. Era una mujer de teatro, tendía a ser dramática, pero no lograba entender qué demonios quería decir con esto.

—¿Que si vi a…?

—A Eugene Grieves, por supuesto. ¿Por quién estaría de luto, si no?

Su vestido estaba hecho de la pana más fina del mundo. Tenía un broche de azabache a la altura de la clavícula. Había un velo de red sujeto al ala de su sombrero, que bajaba por su cara para ocultar las lágrimas. ¿Hacía todo esto solo por un actor?

—Yo… Sí, lo vi, señora Dyer. No sabía que era su amigo. —Sacudió la cabeza. El velo se agitó a los lados.

—Solo hablé con Eugene Grieves un par de veces, aunque para mí representaba… —comenzó de nuevo la frase—. Eres joven, Jennifer. Creo que apenas tienes más de veinte años.

—Cumplí veintidós este verano, señora. —Parecía que este número le causaba dolor.

—Entonces te puede resultar difícil entender mi aflicción. Estaré de luto por un tiempo, tanto como lo pueda estar alguien. Su muerte es el fin de una era.

Luché por mantener una expresión neutra. Le importaba sin duda alguna y yo debería ser comprensiva, pero seguía recordando los días después de la muerte de mamá. No tuve tiempo para sentarme con un vestido de luto como este; estábamos intentando mantener a Bertie con vida, intentando reunir dinero para el entierro. La señora Dyer no notó mi malestar.

—La primera vez que vi a Eugene Grieves actuar…, bueno. —Su mirada se iluminó al recordarlo—. Era más joven de lo que eres tú ahora. Aunque me temo que yo no era una hija tan buena y obediente. Mis padres…, siendo sincera contigo, mis padres me aburrían mucho. Su mundo era tan ordenado y respetable desde fuera. El hastío plagaba mis días. Pero cuando vi a Eugene Grieves actuar…, me pareció un milagro. Parecía que me estaba despertando de un sueño largo y horrible. No conseguía saciarme. Ir al teatro era la única cosa que me hacía sentir que estaba viva.

No me podía imaginar esa clase de infancia: ser lo suficientemente rico como para cansarte de tu propia seguridad. Pero supuse que, al nacer en un entorno como ese, simplemente no te dabas cuenta de la buena suerte que tenías.

—Me gasté una fortuna en entradas para ir al teatro. Me temo que me convertí en una molestia. Pero ahora tú has sentido lo que es. Entiendes el imán que era ir, especialmente cuando era joven y estaba aún más animado.

—Era muy guapo también —añadí. Sentí que era necesario que yo dijera algo ahora. Se llevó un pañuelo a los ojos, sonriendo con cariño.

—Dios, sí. Ni una palabra de esto al señor Dyer, por supuesto. Puedes comprender cuán profundamente me afectó ese actor cuando yo era una niña.

Todavía no me explicaba que hiciera este luto tan manifiesto. Me pregunté lo que diría su marido si estuviera en casa.

—Pero… ¿todo sigue como siempre, a pesar de esta tragedia? ¿Va a abrir el Mercury y el señor Dyer volverá pronto?

—Sí, muy pronto. Traerá a la Lady Macbeth consigo. —Extendió una mano y tocó la cruz pequeña de estaño que llevaba en mi cuello, asintiendo con seriedad—. Me alegro de que la tengas. Necesitarás algo que te proteja contra las artimañas de Lilith.

¡Como si Lilith Erikson fuera un vampiro al que había que repeler! ¿Me atrevía a reír? ¿Se suponía que debía hacerlo? Estaba tan rara esta mañana.

Sin saber qué responder, inspeccioné también sus joyas. El broche que llevaba bajo la garganta era de una figura femenina en blanco sobre un fondo negro. Al ver que lo estaba mirando, se lo quitó del cuello.

—Ah, esto es otra clase teatral para ti, Jennifer. ¿Quién crees que es?

Pensé que debía ser una diosa de algún tipo; llevaba una toga, sandalias y laurel en el pelo. Con una mano sujetaba un garrote, y con la otra una máscara con la boca abierta.

—La reconozco. —Me percaté—. Vi un cuadro de esta dama en el techo, en el teatro de Eugene Grieves.

—Ah, pues sí, la habrás visto. Quizá también reconozcas la

máscara que sostiene. Puede que la hayas vislumbrado encima del escenario, al lado de otra sonriente. Es Melpómene, la musa de la tragedia. Siempre he dicho que le hizo una visita a Eugene Grieves y lo inspiró. Ha sido *el* actor trágico por excelencia durante…, bueno, ahora más de dos décadas. No puedo pensar en quién lo reemplazará. —Pasé el pulgar por el broche. Melpómene parecía seria, viviendo un dolor eterno.

»El señor Grieves tenía un reloj con Melpómene grabada en la parte delantera. Mandé hacer este broche a modo de imitación —continuó diciendo.

El recuerdo apareció en mi mente. Lo vi aferrándose a ese reloj, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Es muy triste, señora. Pero puede que de esto salga algo bueno. Las cosas podrían ir bien en su teatro. El Mercury está especializado en obras trágicas, ¿no es así?

—Bueno, sí.

—¿Y no estamos intentando que Lilith Erikson sea una actriz de tragedias? —Su boca se frunció.

—Sí, supongo que sí. Iría en contra de mi voluntad el ver a una mujer llevarse así la corona de Eugene Grieves… Pero como dices, sería algo bueno para el Mercury. Una oportunidad de verdad. Es más importante que nunca que prestes mucha atención a lo que Lilith esté haciendo y me mandes cada semana un informe de cualquier cosa sospechosa que haga.

Le devolví el broche. ¿Un informe semanal? ¿Qué era exactamente lo que esperaba que hiciera esta actriz?

Escuchamos un golpe en la puerta y la pequeña Rachel, que había escapado de la institutriz que la cuidaba, asomó la cabeza.

—¿Puedo ver a los pajaritos, mamá? —Los tortolitos chirriaron al oír su voz. Las facciones del rostro de la señora Dyer se suavizaron y por un instante se disipó su tristeza.

—Por supuesto, cariño.

Rachel pegó un grito de alegría y entró trotando, mientras que la falda se le subía y bajaba por los saltos. Era muy dulce y cabezota. La señora Dyer nunca había dicho si tenía hermanos o hermanas. Habría esperado que una mujer de su edad tuviera más hijos, pero a lo mejor

había una causa médica que le impedía tener más. Ahora me daba cuenta de que nunca había visto ninguna tarjeta de visita en la repisa de la casa, ni había visto a ningún amigo suyo irse de aquí. En comparación con mi familia, esta parecía aislada y pequeña.

La señora Dyer se puso de pie y levantó a su hija en brazos para que pudiera ver la jaula. Los pájaros piaron e inclinaron la cabeza.

—No creo que me quede mucho por decirte, Jennifer. Has sido una alumna excelente. Creo que estás preparada para empezar la semana que viene. Mandaré que te recoja un carruaje.

—No es necesario que lo haga, señora —respondí.

—Solo será el primer día. —Sonrió—. Ve directamente al vestuario y pregunta por la señora Nettles. Te estará esperando.

Sentí todo como muy definitivo de repente. A partir de ahora, la obra y la propia Lilith Erikson serían reales, dejarían de ser conceptos vagos que existían en mi mente.

—Gracias.

—Guarda las notas y espera a recibir noticias mías. Te daré algo de tiempo para que conozcas tu nuevo puesto. Nos volveremos a ver… ¿al final de esta semana, te parece bien?

—Sí, señora Dyer. —Asentí.

—Que Dios te guarde, Jennifer Wilcox.

Me llevé mis pertenencias, y evité sacudir la cabeza con incredulidad. ¿Habría sido siempre tan melodramática? A lo mejor había estado distraída por el brillo de su dinero y no me había dado cuenta de que la señora Dyer era una mujer elegante y romántica. Sin duda, sus miedos eran tan exagerados de una forma parecida. Lilith Erikson no podía ser tan mala como para que necesitara una bendición y una cruz para protegerme de ella.

Pero mi memoria me seguía recordando aquella noche en el Helicón, con el rostro de Philip bañado de color rojo por la luz del puesto de castañas, diciendo que el teatro era un lugar perverso.

El teatro había corrompido a Greg. Pero dudo de que pudiera cambiarme a mí.

Entre *Doctor Fausto* y la extravagancia de la señora Dyer, mi emoción se había marchitado. Vi que el carruaje se detenía en la calle con una punzada de miedo, listo para llevarme al teatro Mercury por primera vez. Pero no podía tener el miedo de no poder pagar el alquiler, así que me di una charla seria mientras me ponía los guantes y el gorro.

Bertie estaba sentado en la mesa, pegando cajas de cerillas. No le daba mucho dinero, pero era algo. La fábrica de sombreros donde trabajaba Philip había rechazado contratar a Bertie por su pie malo.

—Ojalá no tuvieras que irte —suspiró—. Me había acostumbrado a tenerte aquí otra vez.

—No tardaré mucho. Todavía no van a representar ninguna obra. Te prometo que volveré antes de la cena.

—¿Me lo prometes de corazón? —Se me quedó mirando con sus ojos de color avellana, iguales que los de Greg.

—Voy a volver, Bertie. Yo siempre vuelvo. —Me di cuenta de que le costaba creérselo, le costaba confiar en que yo no desaparecería también. Su mirada me atravesó—. Te quiero. Y voy a conseguir una fortuna. Ya verás.

El vehículo de la señora Dyer era un carruaje con puertas pulidas y ruedas relucientes tirado por un solo caballo negro. Era un gran cumplido que te transportaran personalmente. El mismo sirviente que había visto en la casa bajó de golpe para abrir la puerta del carruaje, revelando la tapicería de color burdeos. Subí torpemente. La puerta se cerró detrás de mí y chasqueó un látigo. Nos pusimos en marcha.

No estaba acostumbrada a hacer un viaje en silencio. Estaba acostumbrada a ir aplastada en el ómnibus o, en las raras ocasiones que teníamos dinero, a compartir un carruaje con Dorcas. ¿Qué dirían los sirvientes de la señora Fielding si me pudieran ver ahora?

El tráfico empezó a disminuir al llegar a la parte de moda de la ciudad. Al asomarme, tuve tiempo de leer los carteles que estaban pegados a las paredes de los edificios. Había uno de *Macbeth*. Verlo me hizo sentir rara, como si reconociera mi propia cara inesperadamente en el reflejo de un escaparate. Por primera vez iba a formar parte de algo más grande que yo misma.

Poco a poco nos fuimos acercando al teatro Mercury. Ya lo había visto antes, por supuesto, es una mezcla llamativa de ladrillos rojos y

baldosas de teja de terracota, pero nunca me había fijado en los detalles. En la parte de arriba había un frontón con una estatua del dios romano Mercurio. La señora Dyer dijo que era un patrón apropiado para un teatro en el que se representan tragedias, porque guiaba a las almas al inframundo. Bajo él había tres ventanales arqueados, separados por columnas. Debajo había un balcón y, algo más abajo, había tres puertas cuadradas con rejas: una para los abonados, otra para las personas que van a la galería y al foso, y otra para la taquilla.

El carruaje se detuvo en la parte trasera, al lado de un patio que era mucho menos impresionante. Los excrementos de los pájaros y el liquen empañaban la mampostería, mientras que las barandillas estaban carcomidas por el óxido. Aquí debía ser el sitio donde la magia del teatro había empezado a morir: había fardos de lona desgastados, rollos de cuerda deshilachados y planos de escenografía descascarillados que se habían acumulado de obras anteriores.

Me bajé y le di las gracias al cochero. No me respondió. Media decena de hombres, que llevaban pantalones de pana y mangas de camisa arremangadas, se arremolinaban en el patio. Parecía que estaban junto a un taller de carpintería. A lo mejor debería preguntarle a uno de ellos cómo se entraba al teatro, pero apenas parecieron darse cuenta de que me escabullía por los adoquines porque estaban muy concentrados en su trabajo.

Entonces vi una cara conocida. Una ilusión infantil que creía que había muerto revivió en mi pecho.

—¿Oscar?

Era mayor y estaba incluso más guapo de como lo recordaba, aunque el pincel que tenía pegado detrás de la oreja y la mancha de color amarillo en la mejilla lo compensaban. Tardó un momento en darse cuenta de quién era yo.

—Señorita Wilcox, ¿qué estás haciendo aquí?

El joven al que conocía tenía una sonrisa fácil y paseaba alegre mientras silbaba melodías para conseguir centavos. Ahora parecía que le daba asco verme.

—Trabajo aquí. La señora Dyer me ofreció un empleo —conseguí decir tras quedarme sin palabras.

—Creía que eras una sirvienta. ¿Qué, te tiene limpiando el patio de butacas?

Otro de los hombres miró por encima de su hombro y susurró algo a su amigo. Vi a un carpintero en el taller con el ceño fruncido. Con toda la preparación que tuve antes de trabajar, no se me había ocurrido ni una sola vez que tendría que lidiar con la ira que había infundido mi hermano en los demás. A lo mejor Greg había tratado a sus amigos pintores de escenas tan mal como a nosotros. Recordé lo que la señora Dyer me había dicho sobre mi preferencia por Gregory y quise poder borrar todos los rasgos de mi cara, como si fuera pintura.

—No, la verdad es que no —respondí con toda la dignidad que pude—. Voy a ser ayudante de camerino. Voy a vestir a la protagonista.

—¿Tú? —dijo, incrédulo. Un mechón de pelo caoba cayó sobre su frente—. ¿Vas a vestir a Lilith Erikson?

—Sí, por eso he venido a verte. Te iba a preguntar dónde podía encontrar a la señora Nettles.

Oscar frunció el ceño. No era muy propio de él. Quería que volviera a ser el amigo divertido y alegre de Greg. Un hombre así habría sido de gran valor: alguien que pudiera ayudarme a encontrar mi sitio en el teatro y me diera información sobre Lilith Erikson a escondidas. En cambio, tuve que lidiar con esta cara amarga. ¿Qué razón podría tener para ser tan mezquino? Todavía no había respondido a mi pregunta.

—Da igual… —suspiré, pero entonces empezó a moverse.

—Bueno, de todas formas, voy a volver a subir hasta el marco donde se apoya el fondo de escena —admitió—. Los camerinos están justo al lado. Sígueme.

—Gracias.

Los otros hombres nos vieron irnos. Uno empezó a reírse y yo le dirigí una mirada gélida.

Oscar me llevó más allá del taller hasta otra puerta, las bisagras chirriaron y entramos en un pasillo oscuro y con olor a moho.

No había ningún tipo de decoración, solo paredes encaladas con revestimientos de madera. Tomamos un camino hacia la derecha, que estaba atascado con escaleras, cajas y sacos de arena. Un martillo daba

golpes en algún sitio cercano.

—Hace años que no te veo —intenté decir—. Casi ni te reconozco.

No miró a su alrededor, sino que alargó sus pasos.

Si hubiera sido cualquier otra persona, podría haberme encogido de hombros y lo habría tratado como a un miserable, pero el recuerdo del joven que había conocido hizo que su rechazo me doliera. No nos conocíamos bien, siempre había sido el amigo de Greg, alguien a quien veía fugazmente, pero la impresión que me había causado me había hecho soñar con él en más de una ocasión en mi cama estrecha de sirvienta.

Oscar giró a la izquierda y empezó a subir una escalera. Me subí la falda y trepé detrás de él, haciendo crujir los peldaños.

Salimos a las tramoyas. Era como estar en las jarcias de un barco. Las cuerdas y las pasarelas se movían en todas las direcciones, vertiginosamente, por encima del escenario.

—Creía que los camerinos estarían abajo —jadeé.

—No —respondió sin rodeos—. Pero te acostumbrarás a esta altura. Intenta no mirar hacia abajo. Vamos a ir allí, al otro lado del puente, ¿lo ves?

Una plataforma larga y ancha se extendía desde la izquierda a la derecha del escenario. Unas tiras de tela pintada la ocultaban a la vista del público. No había ningún peligro real de caer, pero me vi dando cada pisada con precaución. Había visto a un hombre morir en el escenario. No estaba dispuesta a caer en picado y que me pasara lo mismo.

—Te dije que no miraras abajo. —Al menos ahora me hablaba.

La maquinaria que nos rodeaba era vasta y compleja. Pasamos por cables, cadenas, tambores y contrapesos, todos con algún propósito misterioso propio. Oscar rozó la máquina de viento con su mano mientras pasábamos.

¿Qué bestia entonces fue la que te hizo revelarme esta empresa? Cuando a ello te atrevías, eras entonces hombre.

—Es ella —dijo Oscar, que paró y ladeó la cabeza—. Su voz es la más potente del elenco. Es la única que llega hasta la tramoya. Escucha.

La actriz continuó con su monólogo desde el escenario, que estaba

bajo nosotros. Tenía una voz cálida e intensa, algo ajada. Su voz me recordaba a la lengua de un gato.

—¿Esa es Lilith Erikson?

Oscar asintió con la cabeza. Me asomé por el borde del puente. Todo lo que pude ver fue la parte superior de la cabeza de Lilith, de color azul y negro como el plumaje de un cuervo.

—¿Cómo es ella? —le pregunté a Oscar.

—¿Que cómo es? Es prometedora. El gobernador que dirige el teatro hizo bien en ascenderla, tiene talento. Solo hace falta que lo saque a la luz.

—No, me refiero a fuera del escenario. ¿Cómo es como persona? —Se encogió de hombros. Algo pasó por su cara que no pude descifrar.

—No lo sé. Nos movemos en… círculos diferentes.

Una vez que cruzamos el puente, llegamos a unas escaleras desvencijadas con cuerdas a modo de barandillas. Arrugué la nariz ante el olor fuerte a pintura y aguarrás.

—Te tendrás que acostumbrar también a los vapores —me dijo Oscar. Sacó la brocha de detrás de la oreja y señaló una puerta—. Trabajas ahí.

—Gracias por haberme acompañado.

—Bueno, iba a venir por aquí de todas formas. Será mejor que vuelva al trabajo. —Observé cómo se acercaba a duras penas al marco. El lienzo que estaba extendido sobre la pared del fondo encajaba con su actitud: era un páramo en sosos tonos morados, azules y verdes.

Siempre pensé que el teatro era un sitio alegre antes de lo ocurrido en *Doctor Fausto*. Ahora estaba lleno de miseria, demonios y muerte. Pero me ayudaba a pagar las facturas. Tenía que recordarlo, no se me podía olvidar.

No obtuve ninguna respuesta cuando llamé para que me dejaran entrar al camerino. Abrí la puerta y me encontré con una oleada de calor. El vapor se movía en el aire como un espíritu inquieto. Una mujer con una plancha presionaba las arrugas de una larga capa negra, que siseaba como si le doliera.

La rodeaban raíles de vestuario por tres lados, una variedad de colores y texturas que no había visto nunca: algunos con lentejuelas,

otros con cuentas y otros con muchos hilos dorados. Un estante con cabezas vacías y sin rostro sostenía pelucas y sombreros.

Una mesa larga ocupaba el centro de la sala. Sentada en ella estaba una chica guapa de pelo oscuro. A pesar de las máquinas de coser que tenía a su lado, estaba cosiendo a mano; y lo hacía a menudo, a juzgar por las vendas que llevaba en la muñeca.

—¿Hola? —Me aclaré la garganta. Sus manos seguían moviéndose —. ¿Jenny Wilcox? —De alguna forma, hice que mi propio nombre sonara como una pregunta. La mujer dejó la plancha.

—Te estaba esperando desde hace diez minutos. Entra y cierra la puerta. Cuelga tu sombrero si encuentras un hueco.

Era delgada y tenía el pecho plano. Iba vestida con un estilo estético, con un vestido sencillo de color rojizo que caía en un pliegue Watteau en la espalda. Le sentaba bien, al igual que el pelo a lo Tiziano recogido en la nuca. Esperaba algo más llamativo de una encargada de vestuario, pero su estilo era sencillo y elegante.

—Soy la señora Nettles. Eso ya lo sabes. Esta es Polly.

La costurera asintió con la cabeza. Su concentración ya había vuelto a su trabajo.

—Encantada de conoceros a ambas.

—La señora Dyer me ha dicho que has estado trabajando como sirvienta —observó la señora Nettles—. Eso es de gran ayuda, de verdad. La mayoría de las jóvenes no saben cómo recibir órdenes hoy en día.

La pared que había detrás de mí estaba llena de bocetos y muestras de materiales. Por primera vez se me subió el ánimo. Quería estar aquí. Quería saber más sobre estos diseños. Pero ahora no era el momento de hacer preguntas inútiles.

—¿En qué puedo ser útil? —pregunté. La señora Nettles miró el reloj.

—Van a estar ensayando un par de horas. Polly, ¿hay algo que necesite un arreglo?

Polly asintió, dejó la aguja y consultó los rieles del vestuario. Sus manos rápidas bajaron una decena de prendas sin comprobarlas antes. Debía haber memorizado dónde estaban colgadas.

Me senté en un taburete junto a ella y agarré una aguja para mí.

Era un alivio seguir la subida y la bajada del hilo, escuchando de fondo el siseo del hierro. No había nada siniestro en esto. En la sala hacía tanto calor como en el infierno, ese era el único vínculo con *Doctor Fausto*.

—¿Sabes algo de tu hermano? —me preguntó de repente la señora Nettles. Yo levanté la vista, sobresaltada.

—No, y tampoco quiero. Pensé que se lo había dicho la señora Dyer. Nos abandonó.

—Sí —asintió la señora Nettles—. Dijo algo por el estilo, pero han pasado meses. Imaginábamos que a estas alturas ya te habría escrito para pedirte ayuda.

—¿Ayuda? —Tiré del hilo con cautela.

—Lo dije cuando se juntó con ese muchacho al que dejó plantado, y lo diré de nuevo. Un pintor nunca será suficiente para alguien como Georgiana Mildmay. Le dará a tu hermano motivos para arrepentirse de haberse ido a Estados Unidos y dudo de que le pague el billete de vuelta a casa.

Mi cabeza me daba vueltas. Por supuesto que sabía que Greg se había ido con una actriz joven. La había culpado por haber sido una mala influencia, pero no tenía ni idea de que estaba comprometida con otro en ese momento.

—Solo la vi en persona una vez —admití, recordando sus mejillas con hoyuelos y la nariz respingona—. Pensé que era horrible.

—Era desafiante —gruñó la señora Nettles—. Así es como llamamos a los actores que nos dan problemas.

—Nada de lo que hacíamos era suficiente para ella —estalló Polly —. Quería trabajar en uno de esos teatros llamativos que contratan a pintores conocidos para diseñar su vestuario, o los que consiguen que lo diseñe la firma Worth.

La señora Nettles tenía razón, una mujer así nunca estaría satisfecha con lo que le podría dar Greg. ¿Por eso se llevó todos nuestros ahorros y robó todas esas joyas? ¿Para complacer a su amante?

—Parece que es alguien difícil de manejar. —Fue todo lo que me atreví a decir. La señora Nettles apretó la plancha.

—No es de extrañar que los pintores se interesen por ella. Ese tipo

de hombre está siempre detrás de una musa, pero todo termina en lágrimas. ¡Qué estúpido me parece ese chico ahora! Se dio tantos aires, diciendo que iba a casarse con una estrella. Se creía mejor que el resto —suspiró.

—Y aquí estás tú, señorita Wilcox, obligada a cambiar de empleo. Es un asunto lamentable. —No quería oír más sobre Georgiana Mildmay.

—¿Y la actriz a la que voy a vestir, Lilith Erikson? ¿Cómo es? —Polly se mordió el labio. La señora Nettles echó los hombros hacia atrás y se puso a pensar.

—Es… diferente. Es algo más que eso. Es muy reservada. Lo que necesito que consigas son sus medidas. Me cuesta mucho tomarle las medidas. —Señaló la pared junto a la puerta con la cabeza—. Esas medidas son todo lo que tengo, pero son de hace al menos un año. Podríamos arreglárnoslas si hiciera papeles pequeños, pero es diferente ahora que es la actriz principal.

Dejé que mis ojos se desviaran hacia los bocetos. Era vestuario de la época de Shakespeare: túnicas de terciopelo, jubones con tiras y gorros de plumas. Colgaban muestras de tartán junto a retazos de encaje, que eran los materiales más bonitos con los que había tenido la oportunidad de trabajar. Me encontré a mí misma intentando adivinar el vestuario de cada personaje sin mirar el nombre.

—¿Cuál es el vestuario de Lilith?

Polly dejó su aguja en el suelo y descolgó los papeles de la pared. Sonreí cuando los extendió sobre mí. Habían encontrado telas que iban bien con la forma de ser escurridiza de Lady Macbeth: tafetán de un color que estaba entre el musgo y los tonos mostaza, encaje negro y lentejuelas que parecían escamas de serpiente.

—Son perfectos —dije con honestidad—. ¿Los dibuja usted, señora Nettles?

—Sí. Todo está planeado y hecho en esta sala. Estarás obligada a colaborar con nosotras.

—Con mucho gusto. —Aquí, al menos, había algo que me podía gustar. Trabajar con las actrices parecía una pesadilla, pero estaba acostumbrada a ello: era difícil de complacer a las amas. Si pudiera pasar la mayor parte del tiempo aquí arriba, en los camerinos,

haciendo cosas preciosas, podría disfrutar de mi trabajo.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Un hombre de mediana edad entró con la mano puesta en la frente de manera dramática. Se ajustaba al tipo de persona que esperaba ver trabajando en un teatro, vestido inmaculado, con pelo engominado y bigote rizado.

—¡Silas! Nos preguntábamos qué había sido de ti.

El dandi se tiró sobre un taburete.

—No llego tarde, mi querida Polly. He estado ahí abajo, sufriendo por mi arte. —Polly puso los ojos en blanco.

—Silas viste a Anthony Frost, nuestro actor principal. Silas, esta es la señorita Jennifer Wilcox. Vestirá a Lilith Erikson a partir de ahora. —Él se giró hacia mí.

—¿¡Por qué, si es la copia de ese pintor cruel, Gregory!? ¿Erais gemelos?

—No, señor.

—Bueno, me gustaría que te parecieras a tu hermano en otra cosa. ¡Por favor, ve a por esa actriz y llévatela lejos!

Así que a lo mejor no todo era fruto de la imaginación de la señora Dyer; Lilith no tenía buena reputación en los camerinos. Vi mi oportunidad de escuchar algunos cotilleos para reunir información.

—¿Por qué querría deshacerse de Lilith?

La señora Nettles sacudió la cabeza, como si me advirtiera de algo, pero ya era demasiado tarde. Silas inhaló profundamente.

—Es el primer día de ensayo y ella ya ha puesto sus zarpas sobre Anthony. ¡Tendrías que haberla visto, le tocaba cada cinco segundos, estaba colgada de su brazo como si su personaje fuera una esposa cariñosa y llena de afecto!

—Creo —dijo titubeando la señora Nettles— que Lilith sabe más que probar suerte en ese aspecto, Silas.

—La respetas demasiado. Ya sabes cómo son esas actrices. No pierden nada por intentarlo. Los tendrá comiendo de la palma de la mano. Pues a mí no me va a engañar. ¡Es una *amateur*, incapaz de actuar frente al pobre y querido Anthony! —Ladeé la cabeza con interés.

—Así que Anthony Frost interpretará a Macbeth. ¿Cómo es su

vestuario? —Todo el mundo se quedó parado. La cara de Silas palideció, como si yo hubiera pronunciado una obscenidad.

—¡Señorita Wilcox! Nunca, nunca debes decir eso.

—¿Decir qué? ¿Qué he hecho? —La señora Nettles chasqueó la lengua.

—Vamos, Silas, no seas duro con la pobre chica, es nueva.

—¡Ha arruinado toda la producción!

—No ha hecho algo tan malo como eso —respondió la señora Nettles—. Se cree que decir el título de una obra dentro de un teatro da mala suerte, señorita Wilcox. Tendrás la amabilidad de referirte a ella como «la obra escocesa» mientras estés en el Mercury.

—Pero… ¿por qué? —Debieron ver mi desconcierto en la cara.

—Es una maldición —declaró Silas—. La obra está maldita. ¿No te das cuenta de lo que has hecho? ¡Podría haber todo tipo de desastres por culpa de tu lengua, que la tienes muy suelta!

Lo que pasó con *Doctor Fausto* seguía presente en mi mente. ¿Esto era lo que le había pasado a Eugene Grieves? ¿Murió agonizando porque una ayudante de camerino descuidada murmuró el nombre «Macbeth»?

No podía ser verdad.

—Yo no… no creo en maldiciones —le dije a Silas con toda la tranquilidad que pude—. Y si esta obra es tan peligrosa… ¿por qué se representa?

—Sal de aquí —respondió Silas. Yo parpadeé con incredulidad. Seguramente no tenía la autoridad suficiente para echarme por algo tan trivial.

—¿Perdón?

—Sal de esta sala. Da tres vueltas en el rellano, escupe e insulta todo lo que quieras. Después llama antes para volver a entrar. Es la única forma de quitarnos de encima la maldición.

No podía hablar en serio. Empecé a reírme, pero entonces vi que tres pares de ojos me miraban directamente, expectantes.

—Señora Nettles…

—Tienes que hacerlo, señorita Wilcox.

La vergüenza me recorría todo el cuerpo. Eché para atrás el taburete, salí y cerré la puerta tras de mí. Me sentí como si fuera una

niña maleducada. Por suerte, no había nadie cerca.

¿Qué dijo Silas que tenía que hacer? ¿Dar tres vueltas, escupir e insultar? No podía hacerlo. Me parecía que era una estupidez.

Simplemente me quedé allí, de pie, intentando pensar cuánto tiempo podía tardar en hacer esa payasada. ¡La gente no se moría por decir el título de una obra de teatro!

Al menos podía cumplir con una parte del ritual. Podía insultar.

—Esta gente está mal de la puta cabeza —murmuré para mis adentros antes de llamar a la puerta.

CAPÍTULO 4

Ese primer día no tuve que encontrarme con Lilith. El ensayo se demoró unas horas, lo que parecía que era una muestra de bendición para mí, no una maldición. En general, estaba satisfecha con cómo había ido todo, y pude responder con sinceridad cuando Philip llegó corriendo desde la fábrica preguntándome: «¿Cómo ha ido? ¿Estás bien?». Creo que esperaba encontrarme sangrando como el doctor Fausto. El pobre niño había sufrido mucho. Todos habíamos sufrido mucho.

Nos habíamos visto obligados a mudarnos a los pisos más altos de nuestra casa cuando Greg se llevó nuestro dinero, a la buhardilla donde el techo estaba inclinado y las ventanas estaban manchadas de amarillo. Teníamos una mesa, tres sillas, varios baúles y un armario lleno de platos y vajilla. Una sábana clavada a un trozo de cordel separaba la cama de Dorcas de la de los chicos. Yo dormía en un sillón que olía a moho. En la esquina, junto al fuego, había un lavabo con un espejo. Compartíamos un retrete con las otras familias de la casa. No era horrible. Mucha gente tenía menos que nosotros. Pero ahora podría permitirme vivir en un sitio mucho mejor, y decidí hacerlo más pronto que tarde.

¿Qué eran la antipatía de Oscar o la superstición de Silas, cuando todo estaba dicho y hecho? Me las arreglaría con cualquier cosa que el teatro me ofreciera, incluso con la actriz a la que la señora Dyer temía, siempre que pudiera mantener a mi familia a salvo.

Intenté recordar esa determinación al día siguiente, mientras estaba fuera del camerino de Lilith Erikson esperando a que volviera.

Estaba sola en aquel pasillo, que me pareció inquietantemente silencioso para ser un pasillo de un teatro concurrido. Las paredes tenían un brocado rojo intenso, descolorido en parches alrededor de las lámparas. Las puertas raspadas se alineaban en el lado derecho del pasillo: la primera llevaba el nombre del actor principal, Anthony Frost, en letras doradas; pero la puerta de Lilith Erikson estaba vacía. Probablemente acabaran de borrar el nombre de la actriz principal anterior y estaban esperando que la nueva demostrara sus aptitudes antes de estampar su nombre.

Un ratón pasó por delante de mis pies y desapareció metiéndose en un agujero del zócalo. Momentos después un gato atigrado se escabulló por el pasillo con la cola levantada. Cuando me vio, maulló y cambió su rumbo, acercando su cabeza a mis espinillas.

—Hola. —Mi voz sonó demasiado fuerte en el silencio que había. El gato volvió a maullar cuando me agaché y lo acaricié. Entonces escuché otro ruido detrás de mí, un golpecito suave. Mi mano se detuvo—. ¿Es otro ratón, gatito?

Hubo una pausa, seguida de un gemido grave y gutural. El gato bufó y se alejó de un salto.

Algo se dio un golpe contra el otro lado de la puerta del vestuario.

Di un salto. La puerta se movió. Una criatura estaba rascándola desesperadamente, lanzándose contra la madera. Vi un destello del pobre Eugene Grieves en su agonía. Volvieron a mi mente las palabras de Silas. *¡Podría haber todo tipo de desastres por culpa de tu lengua, que la tienes muy suelta!* No podía ser posible…

Pero empecé a hacerlo: a dar tres vueltas como me había indicado. La puerta se abrió de golpe y una masa oscura salió corriendo. Solo tuve tiempo de jadear antes de que me pegara en las piernas y yo me cayera al suelo con fuerza.

Algo asqueroso goteó en mi cara. Cerré los ojos.

—¡Eurídice! —Una voz retumbó a lo largo del pasillo, una voz que podía ser solo de un entrenador con experiencia—. ¡Eurídice, para! Siéntate.

Cuando abrí los ojos, una cara larga se asomaba a verme, boca abajo y rodeada de una nube de pelaje negro.

—Ay, cariño —dijo con un rastro de diversión en su voz—. Venga,

vamos a ponerte de pie.

Me sentí completamente estúpida cuando tomé su mano y me levanté. La mujer que me ayudó era alta y esbelta. Era más llamativa que guapa, tenía los rasgos muy marcados. Señaló lo que ahora vi que era un caniche.

—Eurídice, a tu cama. —La perra obedeció de inmediato, arrastrándose de vuelta al interior del vestidor con el rabo entre las patas. La mujer sacudió la cabeza—. No sabía que podía abrir la puerta. Me temo que tendrás que perdonarla, le faltan modales. —No era una gran disculpa.

—¿No se supone que un dueño debe enseñar a su perro cómo comportarse?

—Estás asumiendo que yo tengo modales. —Siguió los pasos del caniche y se sentó en el tocador, enarcando una ceja.

Así que esta era Lilith Erikson. Provocativa al instante. Odié que me hubiera tirado al polvo. Me puse a la defensiva.

—Bueno, yo *sí* tengo modales —dije con firmeza, cepillando mi falda—. Soy Jenny Wilcox, tu nueva ayudante de camerino. Encantada de conocerte.

—¡No, no estás encantada! —se rio Lilith—. Puedo ver una mala actuación a metros de distancia. Entra, por el amor de Dios, y déjate de historietas. Las dos sabemos que esto es como un matrimonio de conveniencia.

Entrar en el vestuario era como entrar en un cementerio. Había lirios que florecían en todas las superficies: estaba lleno de ramos y tallos atados con una cinta. El aroma era asfixiante. Eurídice me gruñó. Lilith abrió una caja esmaltada y le lanzó un dulce para tranquilizarla.

—No te preocupes. Es mala solo cuando quiero que lo sea.

Si la actriz atrevida ya era bastante mala, ahora tendría que lidiar con su mascota hostil. Por lo general me gustaban los perros, pero este era como el mítico Black Shuck, el perro negro fantasmal de Inglaterra. Juro que *sabía* que estaba aquí para espiar a su dueña.

—Nadie me había dicho que tenías un perro.

—¿Para qué iban a hacerlo? El gobernador me dio permiso para traerla ayer. —Me sacudió una caja—. ¿Quieres caramelos?

Negué con la cabeza.

Con todas las flores de por medio, el vestuario era estrecho. Un armario y una vitrina de pie ocupaban la mayor parte del espacio. Había un sofá pequeño, junto con un maniquí de una modista, pero estaban muy apretujados.

—Así que eres mi nueva ayudante de camerino —continuó Lilith —. Al parecer necesito una, aunque siempre me las arreglaba sola perfectamente. Es costumbre que una actriz elija a su propia ayudante, pero como era de esperar, la señora Dyer metió la mano antes —me advirtió con sus ojos ahumados—. Mmmm. Eres su protegida, ¿no? El gobernador me protege a mí y ella a ti, y así empezaremos como un experimento entre ellos. ¿Me repites tu nombre?

—Jenny Wilcox.

—Eso es. Soy malísima con los nombres. Que no te importe si me invento algo para llamarte. —Apreté los dientes.

—¿También haces eso con las obras? ¿Te inventas qué decir sobre la marcha si se te olvida? —Esperaba que me mirara mal, pero se volvió a reír.

—No, no. Creo que ese es el problema. Mi mente está llena de guiones y no queda sitio para nada más. —Las lámparas de gas se apagaron y después se encendieron con un chisporroteo. Lilith hizo una mueca y se comió un caramelo—. Siempre hacen lo mismo. Habla con alguien y haz que las arreglen.

¿Era eso siquiera mi propia responsabilidad? Saqué la cinta métrica de mi bolsillo.

—En realidad, estoy aquí para asegurarme de que tu vestuario te quede bien. —El pánico apareció en su rostro.

—Oh, esos miserables del vestuario ya te han adoctrinado con lo que ellos necesitan. Tienen mis medidas.

—Son de hace más de un año. —Di unos pasos atrás y me puse detrás de su taburete—. Las medidas cambian. Sobre todo, si comes muchos caramelos —añadí de forma contundente.

—¡Bravo! —Lilith aplaudió con sus manos delgadas—. ¡Bravo! Ya veo lo que ha hecho la señora Dyer. Se ha enterado de que soy alérgica a los gatos, por eso ha metido a una en mi camerino.

Así que sabía que la señora Dyer estaba en su contra; no era tonta.

Evidentemente, Lilith podía dar lo mismo que recibir.

—¿Eres alérgica a los gatos? ¿Cómo te las arreglas, con todos los ratones que hay en el teatro? Acabo de ver uno fuera.

—No es nada excesivamente trágico; puedo aguantar estar en el teatro con ellos. Pero sería un problema si las bestias desgraciadas entraran aquí y se metieran entre mis cosas. —Lilith señaló las flores con la cabeza—. Entre Eurídice y los lirios, los mantengo fuera. Tú ahora también puedes hacerlo.

Observé su reflejo en el espejo triple. Realmente parecía como si pudiera hechizarte. Era perfecta para presentar a Lady Macbeth; querías observarla, ver lo que haría a continuación.

—Bueno, me aseguraré de que los gatos estén lejos de tu vestuario —prometí—. Pero necesito primero medirte. —La boca de Lilith se frunció mientras comía el caramelo.

—¡Qué desagradable eres! ¿No puedo disfrutar de un momento de descanso? Esto ha resultado ser como una buena bienvenida a casa. Ojalá estuviera todavía en Southend.

—Tomarle las medidas a alguien no es difícil, señorita Erikson. Tú solo te pones de pie y yo hago todo el trabajo. —De mala gana, apartó el taburete.

—Veo que no estaré en paz hasta que tú estés satisfecha. Esta semana está maldita. Primero me entero de que Eugene Grieves está muerto, y ahora estoy a merced de una ayudante de camerino acosadora. —Vacilé al oír ese nombre.

—¿Era amigo tuyo ese pobre actor? —Se giró en el taburete e inclinó su cabellera oscura.

—«Amigo» quizá sea una palabra demasiado fuerte. Antes formaba parte de la compañía de Eugene Grieves. Lo admiraba mucho, pero no se puede trabajar junto a un talento como ese. Era mejor no estar en el mismo escenario que él.

—No —admití, volviendo a mis recuerdos—. No, no recuerdo a ninguno de los otros actores.

—Oh, ¿entonces lo has visto actuar? —Me mojé los labios. No quería hacerle daño a la señora Dyer diciéndole lo que había presenciado, pero no tenía estos reparos con Lilith.

—Lo vi morir.

—¡No! —Sus ojos grises se abrieron de par en par.

—Fue horrible. Debes estarle agradecida a tus estrellas de la suerte de que cambiaste de teatro antes de que pasara. No sé cómo seguirá trabajando la compañía después de eso.

Se quedó callada por un momento. Algo cambió en su expresión. No era algo cercano a la pena o al dolor.

—Dime, Kitty… —me ordenó.

—Mi nombre es Jenny —la corregí. Sacudió su mano como si eso no importara nada.

—Dime, ¿viste por casualidad si Eugene Grieves llevaba una baratija cuando murió? ¿Algún tipo de reloj?

Eurídice empezó a hacer ruidos en el fondo de su pecho. A lo mejor otro gato estaba pasando por detrás de la puerta.

—Sí, lo llevaba puesto. —La señora Dyer había mencionado ese reloj también, el de la musa, pero esa fue una conversación diferente. Era raro que Lilith fuera directamente a hablar de ello sin preguntar cómo había sido el último respiro de su antiguo compañero, si había sufrido, y sin formular las preguntas habituales que haría alguien con corazón.

Se oyó un golpe pequeño en la puerta. Eurídice ladró. Antes de que Lilith pudiera hablar, entró un caballero. No era un hombre joven, pero rezumaba encanto por todos sus poros. Su vestimenta era de lo más elegante: un sombrero de copa de seda y un abrigo Gladstone muy adornado con astracán. Su pelo plateado le rozaba las sienes.

—¡Aquí está, por Júpiter! ¡Mi actriz principal, mi faro! —Él me vio y se aclaró la garganta—. Debes ser la señorita Wilcox. No nos han presentado. —Extendió su mano llena de anillos—. Hugh Dyer, a su servicio. Todos me llaman «el gobernador».

—Encantada de conocerle, señor. —Hice una reverencia mientras estrechaba su mano.

No era verdad; no estaba más contenta de conocerlo a él que a Lilith. ¿Qué quería decir entrar en el camerino de una mujer y hablar de esa forma tan halagadora, cuando tenía una esposa y una hija en casa?

—Me encantó saber que mi esposa te había buscado, señorita Wilcox. Es muy caritativa. Después de ese suceso tan desagradable con

tu hermano y Georgiana… Bueno, no hablemos más de eso. Eres más que bienvenida aquí.

—Gracias, señor.

—Seguramente mi esposa te habrá explicado la vital importancia de tu papel. Que la señorita Erikson actúe aquí es la gran oportunidad de su vida. Tiene un enorme potencial. Mayor que el de cualquier actriz que haya visto antes.

Lilith no le dio las gracias ni lo refutó, simplemente aceptó su declaración como un hecho. Incliné la cabeza para que pareciera que estaba de acuerdo.

—Estoy segura de que usted es el mejor para saberlo, señor.

—Sí, lo soy —afirmó—. He trabajado en el mundo del teatro toda mi vida. Mi padre y mi abuelo también. Las tragedias son mi pan de cada día.

—Y… ¿qué podemos hacer por usted hoy, señor? Estaba a punto de medir a la señorita Erikson para su vestuario…

—Ah, por supuesto, sí. Te he interrumpido. Mis disculpas. No estás familiarizada con nuestro comportamiento, señorita Wilcox. Déjame explicarte por qué estoy aquí. —Se alisó la barba—. Puede que no te des cuenta, pero he estado preparando a Lilith, a la señorita Erikson, en su arte durante un tiempo. Se formó, como todos los actores, pero la enseñanza formal solo puede ayudar a un artista hasta cierto punto. Ahora soy su maestro.

—Ya veo.

—A veces me veo obligado a visitarla. A pasar tiempo con ella en privado, por así decirlo. —Hizo una pequeña pausa—. Nada podría ser más razonable que el intercambio regular de pensamientos entre una artista y su maestro.

La ira me golpeó las sienes. Debía pensar que yo nací ayer.

—Si usted lo dice, señor… Pero ahora mismo necesito…

—Te ruego que seas indulgente, señorita Wilcox. Trataré de mantener mis interrupciones al mínimo. Pero debo discutir sobre la actuación de la señorita Erikson en el último ensayo. Tengo una o dos ideas para mejorarla que el director de escena pasó por alto.

No iba a dejarlos solos en el camerino. Si el gobernador me ordenaba salir, no tendría otra opción, pero hasta entonces me

quedaría aquí. Me senté en el sofá, sintiéndome como una tía carabina inoportuna.

Sonó una campana. Eurídice volvió a ladrar.

—Ya es hora —suspiró Lilith, poniéndose en pie—. Debo apartar mi yo y convertirme en Lady M. una vez más. Camine conmigo, señor Dyer. Puede contarme lo que piensa en el camino.

—Es una idea espléndida. —Él le ofreció su brazo. La vi agarrándose de él con creciente inquietud. No era de extrañar que la señora Dyer sospechara algo.

—Haz algo útil —dijo Lilith por encima de su hombro—. Lleva a Eurídice a dar un paseo mientras estoy fuera. Llena la caja de caramelos. Oh, y no te olvides de las luces esas, ¿quieres? —Abrí la boca para responderle, pero fui demasiado lenta—. Gracias siempre, Kitty.

Encontré una nota de la señora Dyer, que me esperaba en casa. Las instrucciones eran cortas y crípticas. *Mañana. Palco 6. Tres de la tarde.* No había ninguna firma, fecha o dirección.

—Tu nueva ama es rara, ¿no? —Dorcas la miró por encima de mi hombro.

—Todos lo son —admití—. Incluso más raros que los Fieldings, y eso ya es decir.

El palco 6 estaba en la platea: uno de los espacios privados reservados para los clientes ricos. Cuando intenté abrir la puerta con dinteles dorados moviendo el picaporte, estaba cerrada. Pero la señora Dyer la abrió un momento después y miró a todos lados del pasillo, con una actitud conspirativa.

—Una nunca es lo suficientemente cauta —murmuró. Me pareció que disfrutaba jugando a ser una espía, al igual que una devota afligida de Eugene Grieves.

Cuando consideró que no había ningún peligro, me dejó entrar y giró la cerradura detrás de nosotras. El interior del palco 6 era precioso: había lámparas con pantallas, sillas de terciopelo tachonadas de latón y una alfombra turca. La señora Dyer se abrió la falda y se

sentó. Todavía iba vestida de negro.

—Y bien, ¿qué te parece? ¿Estás contenta con tu nuevo puesto? Confío en que te estén dando una buena bienvenida en el vestuario. —Sonrió como siempre, con esa sonrisa rápida, temblorosa y ancha. Pero demostraba estar hambrienta con sus ojos. En realidad, no quería saber cómo iba. Quería mis cotilleos.

—Sí, señora —respondí con sinceridad—. Disfruto trabajando con ellos. Algunos no se me acercan por mi hermano. Pero me esperaba que pasara eso.

—Y… ¿la actriz? ¿La has conocido? ¿Tienes una opinión sobre ella?

—No me gusta. —Aquí podía ser sincera. El alivio se apoderó de su rostro.

—¡Por supuesto que no! A ninguna joven inteligente como tú le gustaría. No te puedes imaginar cómo he querido hablar con esa criatura. A veces temía volverme loca con mis sospechas. Pero estoy en lo cierto, ¿no? Hay algo… antinatural… en su forma de ser. Es extraña, poco femenina. Esa voz fuerte y clara… —Se estremeció.

No era tan mala como todo eso. Lilith era vanidosa y segura de sí misma, como esperaba que fueran la mayoría de las mujeres de su profesión. Pero también era astuta y provocadora. No podía creer que me llamara Kitty, aunque le costara trabajo recordar nombres. No sonaba ni se parecía para nada a Jennifer.

—Me está intentando hacer un lío para conseguir sus medidas. El personal de vestuario dice que hizo exactamente lo mismo antes de las vacaciones de verano. —Hice una pausa. La señora Dyer me había dicho que hablara sin reparos, pero era una señora, después de todo. Me pareció burdo soltar la acusación de que estuviera embarazada. A lo mejor era preferible guiar la conversación con pistas—. Eso me parece sospechoso. ¿Por qué evitaría que le tomaran las medidas? Seguro que querría que le quedara bien su vestuario y se viera bien.

—Es algo notable. Se vestía sola antes de que Hugh la ascendiera. —Los ojos de la señora Dyer se abrieron—. Jennifer, ¿crees que esconde algún secreto horrible debajo de esa ropa? ¿Alguna cicatriz terrible o una anomalía?

Había tenido razón, ella era tan ingenua como la mayoría de su

clase. Mis alusiones habían caído en saco roto. Tendría que ser más explícita.

—Lilith *puede* que estuviera escondiendo urticaria. He descubierto que es alérgica a los gatos. Pero realmente me preocupa que, dado lo que me ha contado usted sobre su dudosa moral…

—Solían decir —interrumpió— que las brujas tienen marcas en su piel.

—Puede que sí. —Esto iba a ser más difícil de lo que esperaba. Me mojé los labios—. Pero estoy pensando más en cómo Lilith pestañea ante el gobernador y en cómo Silas dice que está intentando conquistar a Anthony Frost. En realidad, Silas piensa que está intentando *seducir* a Anthony Frost. —La señora Dyer se puso firme en la silla.

—No lo dudes. Está intentando que caiga en una trampa como con Eugene Grieves. ¿Sabes que lo dejó plantado y se fue del teatro del pobre hombre, de la misma forma repentina en que nos dejó Georgiana? Eso fue lo primero que me llevó a mantenerla vigilada. Si traicionó a Eugene Grieves, puede traicionarnos a nosotros también.

Suspiré hondo. Así que ella también sabía eso. ¿Qué otra cosa esperaba que le dijera? Mis observaciones no significarían nada si ella no podía conectar los puntos. Y, además, no tenía pruebas de lo que sospechaba, solo el cinismo amargo que me había dado la experiencia.

—Pero, Jennifer, me gustaría pedirte otro favor. —Agarró su cartera y sacó un recorte de periódico—. Espero que no me consideres demasiado presuntuosa.

El recorte que me había dado era una noticia de una subasta. Anunciaba que Eugene Grieves había muerto sin tener parientes cercanos y que sus pertenencias se venderían por lotes. *Entre los objetos codiciados se encuentra un reloj exquisito, que poseyó el actor durante más de veinte años y estuvo presente en cada aparición suya en el escenario…*

—¿Quiere que vaya a una subasta por usted? —Me estremecí como si alguien hubiera caminado por encima de mi tumba.

—¡No te alarmes tanto! No se me ocurriría eso jamás; la casa de subastas no es un lugar para una joven. No, simplemente quiero que pongas esto en la oficina de Hugh, en algún sitio donde lo pueda

hallar sin problemas. Se acerca la fecha de nuestro aniversario, ¿sabes? —continuó—. Son veinte años de matrimonio. He querido dejar una pista pequeña sobre el regalo que me gustaría recibir… A lo mejor podrías ayudarme a empujarlo y dirigirlo hacia la dirección correcta.

Difícilmente fuera el colmo del romanticismo. Había escuchado hablar de turistas que visitaban campos de batalla y se llevaban a casa huesos o dientes como recuerdo; esto me pareció lo mismo. No pude evitar preguntar.

—¿De verdad quiere un reloj de un hombre muerto para sus bodas de plata? —Una mirada soñadora apareció en sus rasgos.

—Ay, no lo entiendes. Conocí a Hugh en una obra de Eugene Grieves. Nos enamoramos admirando el talento de ese actor, y mi marido me comprará ese reloj para simbolizar que nuestro vínculo es eterno. —¿Diría lo mismo si hubiera escuchado las expresiones de cariño que le decía a Lilith?—. No puedo decirte lo que significaría tener el objeto que inspiró a Eugene Grieves… ¡Representa la misma génesis de mi amor por el teatro, y por Hugh! No es tan mórbido, ¿verdad?

Quería que lo hiciera ella misma. Seguramente tendría más oportunidades y excusas para ir a la oficina del gobernador. Pero yo seguía siendo la nueva, y quería complacerla.

—No cuando lo dice así. Intentaré poner esto en su oficina, señora.

—Y no creas que te pediría un favor sin darte algo a cambio. Toma. —Sacó una tarjeta de visita de color crema y me la dio. Llevaba el nombre de un médico y las palabras *Hospital Ortopédico Real*—. Para tu hermano —aclaró.

Habíamos estado ahorrando para ir a este sitio, para que operaran el pie zambo de Bertie. La medicina podía hacer maravillas en la actualidad si tenías dinero para pagarla.

—Espero no haberme excedido al sugerírtelo. Pero tengo la suerte de conocer a uno o dos miembros de la junta directiva de ese hospital. Tendrán que hacerle una evaluación médica, por supuesto. Ese médico está esperando noticias tuyas. Una vez que haya evaluado qué tratamiento necesita, estaré encantada de pagarlo.

No podía hablar. La obligación pesaba sobre mis hombros. Fue un

gesto amable —muy amable—, pero me sentía asfixiada.

—Yo… Gracias, señora. Muchísimas gracias. Esto…, esto nos cambiará la vida. ¿Cómo puedo aceptar…? —Me hizo callar.

—No hay de qué. No veo el propósito de poseer riqueza si no puedes usarla para repartir alegría. —Después de eso, no me atreví a decirle cómo el gobernador había halagado a Lilith.

—Podría ser inofensivo —razonó Dorcas más tarde, mientras los demás dormían. Me burlé en voz baja desde mi silla—. No es inofensivo entonces. Ya sabes a qué me refiero. Lilith podría estar tonteando con el gobernador sin intención de aparearse con él.

Eso era cierto, pero no me sentó bien escucharlo.

—Eso espero. Espero que Lilith no esté embarazada. La señora Dyer puede ser excéntrica y obsesiva, pero es amable. No quiero verla rota y humillada como… —me interrumpí a mí misma.

Dorcas no recordaba mucho de la época en la que nos dejó papá, ella solo tenía cinco o seis años. Gregory y yo habíamos entendido lo que estaba pasando, vimos cómo destrozó a nuestra madre. Nunca me quité de la cabeza su imagen embarazada y sola. No lo dijimos en voz alta, pero todos echamos la culpa de su tristeza al pie de Bertie. Papá le había hecho tanto daño que lastimó también al bebé que mamá tenía dentro.

—Mantén la boca cerrada hasta que hayamos curado a Bertie —me aconsejó Dorcas—. Dile a la señora Dyer la verdad después de eso. Por lo que he oído de ella, montará un numerito a la primera de cambio. Necesitamos que mantenga la cordura y resuelva lo del tratamiento de Bertie primero.

Era un consejo sensato. Me quedé mirando la habitación poco iluminada. Philip roncaba, con un brazo acurrucado alrededor de Bertie. Este era mi mundo, mi grupo de personas a las que tenía que proteger. No valía la pena arriesgar su comodidad por una mujer rica que se había casado con un hombre inútil.

—Tienes razón —susurré—. Tienes razón. No se lo diré. Todavía no.

CAPÍTULO 5

Si no podía cumplir con mis tareas de supervisión y vigilancia, al menos estaba decidida a cumplir con mis responsabilidades como ayudante de camerino. Conseguir las medidas de Lilith se convirtió en mi misión.

Silas y yo bajamos juntos desde la sala de vestuario hasta los camerinos, a tiempo para alcanzar a los actores después del ensayo. Me puse a darle vueltas a la cinta métrica en los dedos, como un púgil que se ata los nudillos antes de una pelea.

—¿Me daría algún consejo? —le pregunté. Él se mordisqueó el bigote.

—Cariño mío, he vestido a Anthony desde que tengo uso de razón. Es tan gentil como un cordero. Yo simplemente no tengo experiencia vistiendo a criaturas difíciles como… esa.

Mientras hablaba, aparecieron al final del pasillo. La mano de Lilith descansaba sobre el brazo torcido de un hombre aristocrático con la mandíbula marcada y cuadrada que debía ser Anthony Frost. Los actores menores iban detrás de ellos como se sigue a los novios en una boda. Lilith sonrió de forma seductora hacia el rostro del actor. Él no tenía la arrogancia del gobernador. Anthony bajó la mirada. Parecía bastante orgulloso, aunque aún más tímido para señalar su orgullo. Entonces nos vio a los ayudantes de vestuario. Y enrojeció.

—Oh. Buenas tardes. No esperaba verte tan temprano, viejo amigo.

—Evidentemente —resopló Silas. Con cuidado, Anthony se soltó del brazo de Lilith.

—Este vestuario es un problema, ¿no? Parece que no consigo que

mi cintura tenga la misma talla de una semana a otra. ¿Qué me vas a hacer hoy, amigo mío? ¿El dobladillo plateado de nuevo?

Silas asintió, acariciando la prenda dispuesta sobre su antebrazo. Su expresión era cortante y tensa, como si no confiara en sí mismo para hablar. Lilith puso los ojos en blanco.

—Ya veo, y tú estás aquí para martirizarme con tu cinta métrica otra vez. Bueno, haz lo que quieras. Estoy lista.

No me esperaba su respuesta. Que cediera tan fácilmente fue casi una decepción, pero a caballo regalado no le mires el diente. Le abrí la puerta de su camerino.

—Después de ti.

Eurídice había estado dormida. Dio un golpe contra la pared con su cola cuando entró su dueña. Cerré la puerta y empecé a desenrollar la cinta métrica. Oler el aroma de todos los lirios ya me hacía sentir débil.

—Ponte derecha, por favor, señorita Erikson. Necesito que te pongas con los brazos extendidos.

—Hablas como si fueras una carcelera. —Dejó de acariciar al perro, pero cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho—. Puedo hacerlo yo misma. Déjame tu cinta y la tablilla allí y anotaré cada centímetro al pie de la letra. Lo juro.

—¡No seas ridícula! —Me desanimé—. Es mi trabajo. Me pagan por hacerlo.

—Entonces te estoy haciendo un favor de verdad. —Las luces parpadearon y Lilith las miró—. ¿No ibas a arreglarlas?

Tal vez no lo haría ahora. A lo mejor las dejaría parpadeando para molestarla.

—Arreglaré las luces cuando dejes que te tome las medidas. Vamos, no nos entretengamos más. A no ser que tengas algo que ocultar. —Se rio, pero fue una risa falsa y quebradiza.

—Desde luego que no.

—Entonces ponte aquí y levanta los brazos.

De mala gana, se puso delante de mí. Pasé detrás de ella para desatar los lazos de su vestido.

—Necesitamos saber qué ropa interior vas a llevar para la obra —le dije—. Afectará al ajuste del vestido. Podemos ponerle más varillas,

si quieres.

—Me pondré lo mismo que llevo hoy. Te dije que estaba preparada, Kitty.

—Me llamo Jenny. —Tiré de un lazo con fuerza.

—Puede que te llames así, pero tienes garras y el solo hecho de verte me da urticaria. ¿Qué eres, sino un gatito?

Si me lo hubiera dicho otro día, tal vez me habría enfadado, pero adiviné lo que pretendía con eso. Quería distraerme, desviar mi atención. Eso solo me inspiró a pelar las capas con más rapidez. Lilith no era una mujer modesta (era una actriz, por el amor de Dios); su encanto significaba algo, y definitivamente ocultaba algo, y creí saber el qué.

Le quité el vestido de los hombros y lo dejé caer al suelo. Debajo llevaba una camisa y un corsé de acero muy ajustado. Había atado algo parecido a unas vendas en la parte superior, alrededor de la cintura y los pechos. Me recordó a una momia del Museo Británico.

—¿Qué es todo esto?

—Mantiene mi silueta —respondió Lilith, a la defensiva.

Empecé a medirla. Sus piernas eran más gruesas de lo que esperaba. Las várices llenaban sus gemelos. Si la señora Dyer hubiera estado allí, habría dicho que esas imperfecciones eran marcas de bruja. Lilith se mantuvo rígida mientras yo extendía la cinta y anotaba los números. Algunos habían cambiado significativamente desde los registros anteriores. Los trajes le quedaban demasiado pequeños.

Al pasar mi cinta alrededor de su cintura, me di cuenta de que se había aflojado una de las vendas, pero cuando me acerqué para quitarla se estremeció.

—¡No me manosees! —gritó.

—¡No te estoy manoseando! Cálmate. Esta venda no está bien puesta. —Fruncí el ceño al ver el número de la cinta. Todo confirmaba mis sospechas—. ¿Estás segura de que necesitas esto puesto? El corsé ya mantiene tu forma demasiado bien. Todas estas vendas hacen que tu cintura sea mucho más grande.

—Ya estoy harta de esto —declaró acaloradamente—. No he venido aquí para aguantar tu insolencia y que me llames «corpulenta».

Intentó apartarse, pero la cinta métrica seguía enrollada en su

cintura. La empujé hacia atrás por el hombro.

—¡Espera! ¡No he terminado todavía! —Estábamos peleándonos por quién tenía la cinta métrica—. Lilith, ¿qué estás haciendo? ¡Dame eso! ¿Qué demonios te pasa?

Las vendas empezaron a desenrollarse. Lilith me arrebató la cinta de mi mano y se la puso encima de la cabeza.

—No te la daré —gritó. Se podía ver la desesperación en su mirada —. ¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡Ven aquí, Eurídice!

La perra se acercó, enseñando los dientes. Mi mal temperamento se apoderó de mí. Primero una actriz me había robado a mi hermano y arruinado mi vida, y ahora esta intentaba hacerme perder el trabajo mejor pagado que he tenido. Creía que yo era un gato, ¿verdad? Le enseñaría mis garras.

Le rasgué el pecho con mis uñas. Las vendas empapadas se cayeron al suelo. Lilith gritó e intentó cubrirse, pero era demasiado tarde. Tenía tres hermanos menores, así que podía reconocer la leche materna.

—¡Eres una madre! —espeté. No era exactamente como lo había pensado; anticipé que estaría ocultando un embarazo actual, no uno antiguo, pero la vergüenza era la misma—. ¡Has tenido un bebé y estás intentando ocultarlo! —Los ojos de Lilith brillaban.

—¿Crees que me importa lo más mínimo tu rechazo? La gente me ha estado mirado por encima del hombro desde que nací.

—¿Les has dado un motivo para que actuaran así?

Ese último empujón fue un error. Lilith agarró mi mano tan fuerte que sentí cómo se movieron mis huesos. Se inclinó hacia delante hasta que su rostro pálido estuvo a escasos centímetros del mío.

—Si te atreves a decir una palabra de esto… Si vas corriendo a decírselo a la señora Dyer…

En ese momento parecía una bruja que se abalanzaba sobre mí. El gruñido de Eurídice resonó de fondo. Lilith me apretaba cada vez más fuerte. Se trataba de mi mano derecha. Mi mano de coser, mi medio de vida.

—¡Me estás haciendo daño!

—Esa es mi intención. Si te atreves a insinuar lo que has visto hoy, vivirás para arrepentirte vehementemente. ¿Entendido? —Asentí con

la cabeza débilmente—. ¡Te he dicho que si me has entendido!

—¡Sí!

Bufó, soltó mi mano y se alejó. Aferré mi pobre mano contra mi pecho.

—Bien. Ahora vete. Y llévate tus malditas medidas contigo.

Mis mejillas se empaparon con lágrimas de dolor y humillación. ¿Cómo se atrevía a hacerme esto?

Eché a la perra a un lado, intentando luchar contra mi instinto de lanzarme hacia ella, y me llevé mi tabla de medidas. Sacar las costuras con mis dedos aplastados sería una agonía.

—No le diré a nadie del vestuario que eres una ramera —respondí —. Solo diré que has engordado.

Fue un pobre golpe de despedida, pero era lo mejor que podía hacer en mi estado. Salí del camerino antes de que pudiera poner a su perra sobre mí. Cuando se cerró la puerta, apoyé la espalda en los paneles. Tenía que decírselo en ese momento a la señora Dyer. Tenía que hacerlo. Esa era la razón por la que yo tenía trabajo. ¿Pero qué me haría Lilith?

—¿Señorita Wilcox? Mi querida, ¿qué ha pasado? —Silas estaba saliendo del camerino de Anthony con el actor a su lado. Le tendí la mano. Parecía arrugada, deformada. Rezaba para que nada estuviera roto.

—He tenido un accidente —gimoteé, odiando lo débil que sonaba mi voz—. Me he hecho daño.

—Atiéndela, viejo amigo —instó Anthony—. Puedo arreglármelas solo. ¿No tienes ungüentos y todo eso arriba?

—Sí, sí, los tengo. ¡Rayos y centellas! —Cacareando sobre mí, Silas me pasó un brazo por el hombro y me empezó a llevar de vuelta a la sala de vestuario. No estaba acostumbrada a esta simpatía. Por lo general, yo me ocupaba de mí misma.

—Deseo que se mejore, señorita —dijo Anthony tras nosotros.

—Ella fue la que me hizo esto —le susurré a Silas mientras me apoyaba en su hombro—. Fue Lilith. Lo hizo a propósito. —Su expresión de escándalo era todo lo que esperaba.

—Si me lo preguntas —murmuró—, esa arpía necesita que le bajen un tono o dos.

La señora Dyer me había dicho que esperara a que me llegara otra nota, pero estaba tentada a ir a su casa y decirle de una vez la verdad. Dorcas iba a llevar a Bertie a que le evaluaran el pie esa misma semana, así que tal vez era mejor esperar. No podía decidirme. No solo había raspado las vendas al rasgar el pecho de Lilith; había levantado viejos sentimientos que esperaba haber dejado atrás.

Desde que tengo uso de razón, todos los problemas han empezado con una cara bonita. Primero había sido una vecina, una mujer que me caía bien de verdad. Solía traerme golosinas, lavaba la ropa en compañía, codo con codo con mamá, mientras que los niños jugábamos. Por supuesto que había notado cómo papá le sonreía, pero todos le sonreíamos. Era encantadora, era imposible no hacerlo.

La pobre mamá nunca podría competir contra ella. Ella parecía sentirlo. Después de que se fueran, ella se rindió por completo, terminó con su vida como si fuera un mal trabajo. Ni siquiera la cara adorable de su hijo recién nacido pudo reanimarla. De hecho, su parto difícil agotó las pocas fuerzas que le quedaban. Siempre mantendré que murió porque tenía el corazón roto.

Ni en un millón de años podría creer que Greg también huiría, pero había visto a su amante Georgiana Mildmay y era del mismo tipo de mujer: hermosa a la vista, dulce al oído, lanzaba un hechizo de seducción. De tal palo, tal astilla. Y aparentemente el gobernador compartía su debilidad.

Si se enteraba la señora Dyer, la destruiría. Además, se acercaba su aniversario de bodas… Sin embargo, la idea de que permaneciera engañada e inconsciente me enfureció. Ella había sido amable conmigo. Debía haber algo que pudiera hacer para ayudarla.

Me encontré merodeando por las oficinas, esperando verla. En lugar de eso, vi a Oscar pasar encorvado, con un rollo de cuerda colgado sobre su hombro. Me miró fijamente.

—¿Qué haces merodeando por aquí? ¿Por qué te escondes así en la esquina?

—Por ninguna razón.

—No te creo. —Entrecerró los ojos—. Estás tramando algo. Dios

sabe por qué la señora Dyer piensa que puede confiar en alguien de tu familia.

—¿Qué te hemos hecho? —Recuperé el aliento. ¿De dónde provenía toda esta ira?

—¿Que qué habéis hecho? —repitió mis palabras—. ¿Tienes de verdad el valor de pararte ahí y preguntarme qué habéis hecho?

No estaba en condiciones de hablar con calma. Mi propia rabia salió para igualar la suya.

—La última vez que te vi eras amigo de Greg. ¡Ahora él ha huido y tú actúas como si fueras la víctima! Nos dejó sin un penique, ¿entiendes? Por su culpa perdí mi puesto como sirvienta. No sé cómo podría *haberte tratado* peor, o por qué deberías culparme a mí.

Oscar parecía desanimado por completo. Me agarró del brazo y me llevó un poco más lejos de las oficinas, donde no habríamos perturbado el trabajo de nadie.

—Entonces, ¿no lo sabías?

—¿Saber qué?

—Pensé que… —Frunció el ceño—. Esas joyas. Pensé que las robaste para él. Que se la habías quitado a tu ama para que él las vendiera. —Solté una carcajada, horrorizada.

—¿Pensaste que arriesgaría mi cuello para que Greg pudiera ir a Estados Unidos con su elegante mujer? Greg robó las joyas de la señorita Fielding, Oscar. Fue a la casa a visitarme, y fue así como me trató. Tengo suerte de no haber acabado en la cárcel. Tengo suerte de que no hayan podido probar nada contra mí.

—Caramba —dijo él, inadecuadamente—. Yo…, lo siento. Pensaba que habías estado dentro del plan.

—Bueno, pues no. Me engañaron como al resto de vosotros, y me echaron del trabajo sin ninguna carta de referencia. Ahora estoy detrás de la señora Dyer, intentando entrar en la oficina del gobernador para dejarle esta nota estúpida. —Con mi mano buena saqué el aviso de subasta—. Y no puedo hacer nada con tus acusaciones. —Oscar hizo una mueca.

—Lo siento. Espera. ¿Por qué necesitas entrar en la oficina del gobernador? —Le enseñé el papel.

—Tengo que dejar esto en su escritorio. La señora Dyer quiere

dejar una pista para que el gobernador le compre el reloj de bolsillo de Eugene Grieves para su aniversario.

No es que signifique nada. ¿Qué había dicho? *Un vínculo eterno*. Esa pobre, pobre señora. Oscar dio un silbido en voz baja.

—Sobre gustos no hay nada escrito. No me gustaría llevar ese reloj. ¿Te enteraste de cómo murió Eugene Grieves?

—Yo lo *vi*.

—¡No!

—Estábamos en la galería cuando pasó. No te puedes imaginar la cantidad de sangre que había.

—Caramba —intervino de nuevo—. He escuchado cosas raras sobre ese hombre. Tenía mucho talento, pero… digamos que no lo contrataría si tuviera un teatro.

—Y tú tampoco me contratarías, se sobreentiende.

—Mira, lo siento de verdad. No debería haber sido tan corto de miras contigo. He estado a la defensiva desde que… —se interrumpió y se mordió el labio—. Te lo compensaré. Déjame ayudarte a entrar en la oficina del gobernador. Pero tienes que jurar que no vas a robar nada.

—¡No lo voy a hacer!

—Bien. —Oscar se ajustó el rollo de cuerda alrededor de su hombro—. Haré que salga y mantendré los ojos abiertos para vigilar todo mientras tú entras. Así que tendrá que ser rápido.

Asentí con la cabeza. Quería oír lo que iba a decir antes de que empezara a hablar de la oficina, pero no podía dejar pasar la oportunidad de ayudar. Al menos podía hacer *una* cosa por la señora Dyer, aunque significara muy poco a la luz del adulterio de su marido. Oscar se acercó a la puerta alejándose de mí y golpeó. Me mantuve oculta detrás de la pared.

—¿Sí? —dijo la voz del gobernador.

—Disculpe, señor —comentó Oscar—, la señorita Erikson ha estado preguntando por usted.

—¿Sí, muchacho? ¿Cuál parece ser el problema?

—No me lo ha contado. Pero me pidió que le fuera a buscar.

Así que era un secreto a voces. Incluso Oscar sabía que el gobernador iría corriendo a la llamada de Lilith. ¿Era la señora Dyer

la única que aún no lo sabía?

—Iré a verla directamente. —Escuché los zapatos pulidos del hombre dando golpes en el suelo, alejándose a toda prisa. Cuando asomé la cabeza al doblar la esquina, Oscar estaba solo.

—Vamos, ve —me dijo—. ¡Date prisa!

—Iré tan rápido como pueda.

Entré sigilosamente. La oficina estaba llena de olores a cuero y tinta. Había cartas, libretos y guiones apilados al azar sobre un escritorio de caoba. ¿Cómo esperaba la señora Dyer que me asegurara de que el gobernador encontrase el anuncio de la subasta entre todo esto?

Un rayo de inspiración me llevó hacia el perchero. El capote del gobernador colgaba en pliegues de *tweed* sin forma alguna. Introduje mi mano buena dentro del bolsillo. Había otros papeles, uno de los cuales sentía rígido y grueso como una tarjeta. Los saqué, pensando en intercalar el aviso de subasta en el medio, pero la fotografía me llamó la atención inmediatamente.

Era una viñeta, del tamaño de una tarjeta de visita. Un bebé sentado apoyado en el regazo de una persona que supuse debía ser su madre. Ella estaba envuelta de pies a cabeza en una sábana oscura, incluso su rostro estaba cubierto. El efecto era extraño, como si el pobre bebé hubiera caído en las garras de la Parca. Pero no había sido así. La mujer debía ser Lilith: el bebé tenía un mechón de su espeso y negro cabello. Mi estómago se hundió. Esto era una prueba. Al darle la vuelta a la tarjeta, vi que el estudio del fotógrafo y la fecha estaban estampados en el reverso. Southend-on-Sea, este mismo año.

¿Había estado de gira con un grupo selecto de autores? Empecé a dudar.

¿Debería llevarme esto para enseñárselo a la señora Dyer? Seguí pensando en la pequeña Rachel, que conocía muy bien el dolor de una separación desde el punto de vista de una niña.

Fuera, Oscar se aclaró la garganta. Estaba tardando demasiado. Apresuradamente, junté los papeles y los metí de nuevo en el bolsillo del abrigo. La fotografía la metí en el mío.

—¿Qué hizo que te quedaras dentro tanto tiempo? —preguntó Oscar en cuanto salí. Sacudí la cabeza.

—Nada. Gracias por tu ayuda. Te veo luego.

Cuando la señora Dyer me contrató por primera vez como su espía, no creía de verdad que encontraría algo. Pero ahora tendría que darle esta fotografía y romper su corazón. ¿Qué pasaría una vez que lo supiera? A lo mejor despediría a Lilith, a lo mejor cancelaría la obra…, y entonces, ¿qué sería de mi trabajo? La señora Dyer había prometido protegerme, pero ¿podría mantener esa promesa si dejaba a su marido? ¿O se quedaría a su lado para guardar las apariencias? No estaba prestando atención. No vi al gobernador viniendo en la dirección opuesta hasta que dijo mi nombre. Me paré en seco.

—Señorita Wilcox —repitió, con su voz que me estremecía la piel.

—¿Sí, señor? —Me quedé callada.

—Esperaba encontrarla. Acabo de hablar con la señorita Erikson.

Maldita sea. Debe haberle dicho exactamente lo que yo había visto cuando estuve tomando sus medidas. No dije nada.

—La señorita Erikson estaba preocupada por si había habido un malentendido entre vosotras, en relación con cierto… estado de salud.

Ahí vino su sonrisa fácil; tan suelta, tan habitual, que no significaba nada. Quería arrancarle el elegante bastón que llevaba en la mano y darle golpes con él.

—Pero le dije que no había motivo por el que alarmarse. «La señorita Wilcox es una mujer sensata», le contesté. Entenderá la situación.

—La entiendo perfectamente —susurré. Ni siquiera tuvo la gracia de parecer avergonzado.

—Me gustaría apreciar tu discreción en este asunto, señorita Wilcox.

—¿Cuánto lo apreciaría exactamente, señor? —me burlé.

—¿Perdón?

—Si tuviera que dar una cifra.

Mantuve mi mirada fija en la suya. Las cejas del gobernador se alzaron, como si hubiera visto un truco de magia impresionante.

—¡Ajá! ¡Ya veo! Eres muy lista, ¿verdad? —Rebuscó en el bolsillo de su chaleco y me dio un monedero—. Me gustas más por ello. Una chica debe tener algo de espíritu.

El sentimiento de culpabilidad me punzó en algún sitio bajo las

costillas. Tomé el monedero y lo metí en el bolsillo junto a la fotografía.

—Mi esposa tenía razón sobre ti, señorita Wilcox. Creo que nos serás *un recurso valioso*. —Eso me molestó.

—No creo que deba meter a la señora Dyer en esto.

La máscara de jovialidad cayó de su rostro. Parecía casi un lobo con plata en sus sienes.

—No, no. De hecho, mi intención es que ella se mantenga alejada del negocio por completo. Y si no…, si se rumorease algo… —Se inclinó hacia adelante para que pudiera oler el humo del cigarro en su aliento—. Sabría exactamente a quién culpar, ¿eh?

CAPÍTULO 6

Llevé el vestuario ya terminado hacia abajo con tanto cuidado como si fueran bebés recién nacidos. La señora Nettles dijo que los trajes nunca cobraban vida realmente hasta que alguien los usaba; que un vestido adaptable y sucio no desempeñaba un papel por sí mismo. Pero no quería que una ráfaga de viento soplara sobre nuestras preciosas creaciones. Me había pasado mucho tiempo haciéndolas más grandes con mi mano magullada. Ya era lo suficientemente malo que fueran mancilladas por la libertina que las llevaba.

—¡Jennifer! Aquí estás. Vaya, qué trabajo tan excelente has hecho.

—Hola, señora Dyer.

Por supuesto que ella iba a estar aquí para la noche del estreno de la obra. No la había visto desde el horrible descubrimiento. No me había escrito, y Dios sabe que yo estaba retrasando lo inevitable lo más posible. Verla ahora me afectó como si me hubieran dado un golpe.

Rachel y ella estaban ataviadas con vestidos jade a juego. Mientras que el vestido de la niña era sencillo, el de la señora Dyer dejaba sus hombros y su delicada clavícula al descubierto. Una gargantilla de esmeraldas ocultaba las finas arrugas de su cuello. Su pelo color caramelo colgaba por su espalda en rizos gruesos. Parecía tan frágil, tan refinada, que quería protegerla como al vestuario.

—Perdóname por haberte descuidado. —Sonrió, alisando el pelo de Rachel—. ¡Me han sobrepasado los negocios! Todos estos preparativos…, pero tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, señora. —Mi mirada buscó el suelo—. Desde luego que sí.

—No te entretendré ahora, veo que estás ocupada. Irás a la fiesta de después en el salón verde, ¿verdad?

—¡Va a haber baile! —chilló Rachel. Yo intenté sonreírle.

—No lo sé, señora. Bertie me estará esperando en casa…

—¡Oh sí, el joven Albert! Se me había olvidado. El médico me escribió, Jennifer, con noticias excelentes. Su evaluación confirmó que puede llevar a cabo una operación para acortar el tendón de Aquiles en el pie malo. No es una solución instantánea; le obligará a su hermano a llevar férulas correctoras y a reentrenar los músculos. Pero, por lo que yo entiendo de estos asuntos, ¡le dará al pequeño la posibilidad de tener un pie casi normal en el futuro! ¿No es maravilloso?

Lo habría sido, habría sido una bendición absoluta si la culpa no me quemara el pecho. Qué buenas noticias me dio… ¡y qué cosas tenía yo que decirle a cambio!

—No sé qué decir, señora Dyer. Nunca pensé… —Susurros crueles habían llamado a Bertie «lisiado» desde el día que nació. Ahora él tenía una oportunidad en su vida. Ella asintió con indulgencia. Podía ver que la emoción me había dejado muda.

—No importa, hablaremos más de estos asuntos en la fiesta. Dime que vendrás.

—Bueno…

—¡Ven! —repitió Rachel, mirándome con los ojos de su madre.

—Solo media hora —insistió la señora Dyer—. Nuestro aniversario es mañana y vamos a invitar a todo el personal a brindar con champán para celebrar la ocasión. Ven, la fiesta no será lo mismo sin ti.

¿Cómo podía negarme a ir, con todo lo que estaba haciendo por Bertie?

—De acuerdo. Solo un rato.

Rachel aplaudió. Pero no aplaudiría si supiera las noticias que tengo y cómo iba a arruinar su futuro.

—Debo seguir trabajando. —Señalé el vestuario.

—¡Sí! Sí, por supuesto. Tu primera obra. Mucha mierda.

Eso quería. Ansiaba que algo se llenara de mierda, que todo fuera mal, cualquier cosa para evitar ir a esa fiesta miserable y tener que

decir la verdad.

El director de orquesta estaba en el foso. Las cuerdas zumbaban mientras los músicos afinaban sus instrumentos. Un gasista se dirigió al proscenio, iluminando las carrozas, mientras otro encendía la araña con una pértiga larga. En cualquier momento dejarían entrar al público.

Entre bambalinas había un lío de ayudantes de vestuario que iban y venían, llevando platillos de pintura o planchas. Las actrices supernumerarias se cepillaban el pelo unas a otras; escuché a Anthony Frost ejercitando su voz grave y profunda.

En cuanto abrí la puerta, Eurídice ladró. Lilith no levantó la vista. Estaba sentada en su tocador, con el guion extendido delante de ella, moviendo los labios con cada palabra. El monólogo era la primera parte extensa del personaje, cuando Lady Macbeth cae de rodillas y no pide intervención divina, sino ayuda de los demonios para conseguir sus objetivos.

—Es apropiado para ti, ¿no? —espeté—. *Acercaos a mis pechos de mujer y tomad mi leche por hiel.*

—Pensé que Hugh te había pagado para que te callaras. —Me fulminó con la mirada.

Así que ahora lo llamaba *Hugh*, ¿verdad? No hay necesidad de fingir y llamarlo «el gobernador» más tiempo.

—Me pagó para que no hablara de tu sucio secreto fuera de esta sala. Lo que *te he dicho* no estaba estipulado. —Lilith resopló.

—Este es mi *debut* en un papel principal. ¿Tienes alguna idea de lo mucho que he trabajado para llegar a este momento? No permitiré que mi triunfo se vea empañado por las burlas de una mendiga. Tómate la noche libre, Kitty. Prefiero vestirme por mí misma.

Había planeado este vestuario durante mucho tiempo para ahora dejar que los arreglos los hiciera otra persona. Lilith no sabía cómo sacudir las faldas, o la forma en la que la gorguera debía abrirse en abanico como un halo en su cuello.

—Eso no va a ser posible. Estás atada a mí y yo a ti. Ese es el trato. —Levantó la barbilla hacia las luces de gas.

—Pues entonces muy bien. Hazlo lo mejor que puedas.

—Deja que te maquille mientras que se calientan las tenacillas. Te

pondré el vestido al final.

—Te lo advierto, voy a estar vigilando cada detalle. —Lilith empujó su taburete hacia atrás—. No me hagas nada raro para hacerme parecer tonta en el escenario.

No había pensado en eso. Podría haberle subido las faldas para enseñar su ropa interior o haber metido un ratón dentro de su sombrero. Pero por mucho que odiaba a esta mujer, quería hacer mi trabajo bien. Lilith no era la única que intentaba demostrar lo que valía esta noche.

Le limpié a fondo la piel. Lilith era joven, tenía unos veinticuatro años, pero su embarazo reciente le había quitado esa juventud. Sus mejillas estaban secas. Una mancha salpicaba su barbilla. Sumergí el pincel de pelo de camello con cuidado en el platillo y maquillé su rostro a trazos. A continuación, oscurecí sus cejas con corcho quemado y puse colorete en las manzanas de sus mejillas. Pinté sus labios con cochinilla hasta que estuvieron tan rojos como los de la señora Dyer.

El pelo de Lilith no estaba en buen estado. De cerca era mate, no brillaba. Saqué las tenacillas de la estufa y le ricé el pelo lo mejor que pude.

El primer vestuario de Lady Macbeth era mi favorito: era el traje que llevaba en Inverness, cuando solo era la esposa de un noble, aferrándose a su carta, que era una profecía: una falda de color ciruela, llena de cortes, y un corsé floral. Los pétalos eran rojos, presagiando las manchas de sangre que la volverían loca.

Una vez que até el vestido y coloqué un atuendo en la parte posterior de la cabeza de Lilith, su aspecto era glorioso. Estaba orgullosa de ella; o, mejor dicho, estaba orgullosa de mi trabajo.

Lilith miró profundamente su reflejo en el espejo de cuerpo entero y echó los hombros hacia atrás. No estaba temblando de los nervios.

—Este es mi destino —declaró—. Tú solo tienes que mirar, Kitty. Voy a llenar el escenario.

Echando la vista atrás, creo que fue la noche en la que me enamoré. Sabía que el teatro era muy poderoso, incluso mágico, pero esta

actuación me llegó a otro nivel. Había estado ahí desde el principio, había visto cómo todo el mundo se había esforzado por hacer que la ilusión se convirtiera en realidad. Sentía este encanto cada vez más profundo ahora que sabía cuántas personas habían trabajado juntas, murmurando conjuros antes de que el hechizo surtiera efecto.

Vi cómo el telón de fondo que Oscar había pasado semanas pintando cobraba vida bajo el cuidadoso montaje de las luces. Cada pequeño detalle era perfecto, desde las peleas de espadas coreografiadas hasta las almenas de papel maché. Una parte de mí tenía miedo de ver otra obra después de lo sucedido en *Doctor Fausto*; pero, aunque esta historia era oscura, no me aterrorizaba mientras estaba entre bastidores. Sabía qué esperar y cuándo. Conocía a las personas reales que se escondían bajo el maquillaje y el vestuario.

El tímido y gentil Anthony Frost se transformó en un Macbeth asombroso. Su actitud apacible desapareció bajo la de un guerrero azotado por la ambición y la culpa. Lilith seguía siendo Lilith: era la misma arrogancia de acero, pero intensificada.

Habíamos llegado a la parte en la que Lady Macbeth era la reina; yo había cambiado el vestuario de Lilith para ponerle un brocado de brezo y una corona de oro ajustada. Estaba sentada al final de una mesa preparada para un banquete, llena de frutas enceradas. Cuando Macbeth se fue a ocupar su sitio, un haz azul atravesó las luces. Los violines emitieron un chirrido sobrenatural desde el foso de la orquesta. El fantasma de Banquo entró en escena.

—Es buenísimo —le susurré a Oscar, que estaba a mi lado. El actor que interpretaba al fantasma tenía una cinta roja en el cuello para indicar cómo le habían asesinado. Su piel era tan blanca como la tiza y su jubón estaba salpicado de sangre—. Casi ni lo reconozco.

El muerto se sentó en la silla de Macbeth. Un escalofrío me recorrió al ver su expresión maléfica.

No puedes decir lo que hice, suplicó Macbeth al hombre que había sentenciado a muerte. *¡No sacudas tu crencha ensangrentada sobre mí!*

—Eso es lo que pasa cuando traicionas a un amigo. Vuelve para perseguirte. —Oscar carraspeó.

Macbeth empezó a andar con las manos en el pelo. El fantasma de Banquo se puso en pie y desapareció tan rápido como un abrir y cerrar

de ojos.

—¿Cómo lo han hecho? —susurré.

—Con un escotillón —respondió Oscar.

Miré hacia las salidas del escenario. El apuntador estaba en la esquina estudiando el libreto y mandando a un traspunte a buscar a los actores para que entraran a escena. Horace, el director de escena, observaba la obra con las manos juntas ante sus labios.

—Pensé que Lilith actuaría mejor —observó Oscar—. No está mal, pero la he visto hacerlo mejor.

Sonreí. En mi opinión, apenas necesitaba actuar para parecerse a la malvada Lady Macbeth. Otra actriz apareció entre bastidores, Clementice Price. La habían traído para sustituir a Georgiana Mildmay. Con sus ojos azules, pestañas largas y rizos rubios parecía salida de un anuncio de jabón, pero estaba visiblemente nerviosa. Se balanceaba ligeramente sobre las puntas de los pies, susurrando sus frases. *¿A dónde huiré? No he hecho daño alguno. ¿A dónde huiré?*

—¿Qué… qué está diciendo? —Mi sangre se heló.

—¿No puedes quedarte en silencio y disfrutar de la obra?

—No, pero esas palabras… Las he escuchado antes.

¿A dónde huiré?, murmuró de nuevo Clementine. *No he hecho daño alguno*.

—Es Lady Macduff, ¿no? La matan al principio del acto siguiente. —Oscar estiró el cuello para mirarla. Había leído la obra. Pero no había surgido de ahí en mi memoria.

—Fue el Doctor Fausto. Dijo lo mismo. *¿A dónde huiré?*

—¿Hasta dónde quieres llegar, señorita Wilcox?

—No lo sé. —Sacudí la cabeza. No sabía expresarlo con palabras —. Simplemente parece que… me persigue. Siento que nunca me libraré de esa obra.

La postura de Oscar se suavizó. Sabía lo que había presenciado en el Helicón.

—Que no te importe eso. Ya pasó. —Suavemente, puso una mano sobre mi hombro y señaló a través del telón—. Mira, te lo estás perdiendo. El fantasma vuelve a escena a por más.

CAPÍTULO 7

Lilith no estaba contenta con los aplausos ni con las rosas que lanzaron al escenario. Arrancó el camisón de Lady Macbeth con tanta violencia que casi lo rasgó.

—¡Ten cuidado! ¡He trabajado mucho haciéndolo!

—Entonces compartimos la misma decepción, ¿no? —espetó—. Me he esforzado, he hecho un sacrificio interminable, solo para fracasar cuando era algo importante de verdad.

Me detuve para agarrar el camisón y ponerlo bien. Por poco que quisiera consolar a Lilith, tenía que ser justa.

—Estuviste bien. Parece que le ha gustado al público.

—¡Les ha gustado Anthony! —Dio un golpe con la mano en el tocador, haciendo tintinear los frascos de perfume—. No fui lo suficientemente buena. Podría haberlo hecho mejor. Está en mí hacerlo mejor. —Sus ojos se estrecharon—. A lo mejor fue *tu* culpa por haberme enfadado antes de salir al escenario.

—Una mal artista culpa a sus herramientas. —La frase de Greg brotó de mis labios.

Me lanzó su mirada más feroz de Lady Macbeth. ¿Qué demonios quería? Era una actuación creíble, salió a escena. No había asombrado al público como Anthony Frost, pero su papel era más sustancioso.

—Bueno —dije—. Te has desnudado sola. Pondré este vestuario en orden y después iré a la sala verde para beber champán, que me lo he ganado.

Lilith se arrodilló junto a Eurídice y enterró sus dedos en los negros rizos apretados de su perra. Podía sentir su frustración

revoloteando por la sala como una mosca atrapada.

Algunas personas nunca eran felices.

La sala verde parecía una sala a la moda, de color esmeralda, con divanes, un piano y globos de vidrio para proteger las luces. Polly y yo estábamos en un rincón aferradas a copas de champán. Había nubes de humo por los puros y la charla de la gente se mezclaba con los sonidos de las risas y el tintineo de las copas.

Silas se puso a hablar con cualquiera que quisiera escucharlo. Ya había vaciado su copa.

—¿Viste cómo Anthony les puso los pelos de punta? Es maravilloso, verdaderamente maravilloso. Nunca me he sentido tan orgulloso en mi vida. Ese hombre es un parangón sin igual. Un verdadero artista. Esta ha sido la actuación de su carrera. Es superior a Irving, a Grieves. No me extrañaría que estuvieran a punto de darle el título de caballero.

Eso era ir demasiado lejos, pero le dejamos seguir hablando. Era divertido ver a Anthony fingiendo que no podía oír. No había duda de que Lilith había escuchado cada palabra.

Habría sido llamativa con su vestido negro moderno si no fuera por su expresión agria. Parecía que había chupado un limón. Su incomodidad me animó más que el champán.

Uno de los músicos de la orquesta se sentó ante el piano y empezó a tocar una polca. La señora Dyer hizo bailar a la pequeña Rachel sobre sus pies. Con un poco de suerte, estaría muy embobada y yo podría escabullirme antes de que me obligara a hablar.

El director de escena, Horace, vino y sacó a bailar a Polly. Ella me dio su copa de champán, así que me quedé con dos en las manos, pareciendo una exagerada. Muchas parejas se juntaban y se unían a sus pasos animados. Yo no estaba de humor para hacerlo. Pero entonces vi a Oscar, de pie, solo. Todos los demás pintores estaban bailando, pero ninguna de las chicas lo miraba. ¿Por qué?

Dejé las copas sobre el piano y crucé la sala.

—Baila conmigo. —Fue más una orden que una sugerencia. Oscar

me miró con recelo.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy pidiendo. —Todavía estaba dudando, reacio a aceptar mi compasión. Tragué saliva. No había pensado en lo estúpida que parecería si dijera que no—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Con una sonrisa reticente, negó con la cabeza y me tomó de la mano. Me sujetó suavemente por la cintura. Así de cerca, pude ver que tenía sucio el borde de las uñas. Olía a linaza y a calicó.

La polca era un baile rápido y saltarín. Ninguno de los dos podía estar cohibido por mucho tiempo. Oscar pisó mi falda mientras yo saltaba hacia atrás. Me sacudí contra él y estallé en carcajadas.

—Lo siento —se rio Oscar, haciendo una mueca—. No suelo hacer esto.

—Es mi culpa, soy muy lenta y siempre estropeo los giros. Considérate advertido.

Por encima de su hombro, vi a Anthony sacar a bailar a Lilith. Ella se erizó, al igual que Oscar cuando me acerqué a él. Pero estaba aprendiendo a saber cómo funcionaba su mente engreída. Lilith aceptaría a pesar de, o más bien *debido a*, su envidia. Mientras bailaba con la estrella de la obra, al menos todos los ojos estarían puestos en ella.

Tenía razón. Lilith cedió.

Apreté mi mano en el hombro de Oscar, poniéndolo como un escudo entre nosotros.

—Lo siento —dijo de nuevo, más tranquilo—. Por lo de antes. Haber sospechado de ti y todo eso. ¿Puedes perdonarme? No he sido yo mismo últimamente. Todo el tema ha sido un *shock* desagradable.

Uno de los carpinteros que había visto en el patio el primer día pasó por delante de nosotros con una caja en sus brazos.

—¿Qué es esto, Thorne? —se burló.

—Wilcox te ha mandado a su hermana como regalo, ¿verdad? —Los músculos de Oscar se pusieron rígidos bajo mis manos.

—¿Quién es? ¿De qué está hablando? —Por un momento pareció que estaba demasiado enfadado para hablar.

—Supongo… que me he dejado llevar —dijo con una voz cansada —. He hecho que se me cayeran los anillos. Todos están encantados de

verme caer de culo.

—No lo entiendo.

—Debería haber mantenido la mente fría. Pero ya ves lo que te hace el trabajar aquí. Tratar con la fantasía, día tras día… Cualquier cosa parece posible. Solíamos hablar de abrir nuestro propio teatro, ya sabes. Ella sería la estrella y yo el gobernador… Me dije que podría pasar. Les dije a mis compañeros, en términos inequívocos, que iba a pasar. —Sacudió la cabeza—. Mi padre dice que me tomó por tonto y a lo mejor esa vez lo hizo, pero yo también me engañé a mí mismo mucho. Me he hecho ilusiones con todo tipo de fantasías sobre lo que ocurriría una vez que estuviéramos casados.

—¿Casados? —repetí. Mi mente buscaba un punto de apoyo, una referencia, para saber de qué hablaba—. ¿Con quién te ibas a…?

Y entonces todo cobró sentido. La señora Nettles había hablado de Georgiana dejando plantado a un pintor para huir con Greg. Nunca imaginé que pudiera ser Oscar; eran muy buenos amigos. La indignación me constriñó la garganta, la sensación se estaba volviendo habitual. Cada vez que pensaba que Greg no podía caer más bajo… ¡No era de extrañar que Oscar hubiera retrocedido al verme!

—Oscar, no lo sabía. Escuché decir que Georgiana había roto con alguien con quien estaba comprometida, pero no sabía… —Su cara se contrajo de dolor—. Malditos los ojos. Es mejor que nos los quiten a los dos.

Un tenedor tintineó contra una copa. Oscar dejó caer mi mano como si fuera carbón caliente mientras un silencio acompañaba a la compañía de teatro. Todos se volvieron para mirar al gobernador, que se estaba subiendo a un diván y daba golpes a su copa de champán.

—¡Señoras y señores del teatro Mercury, es para mí un gran honor dirigirme a vosotros en esta ocasión tan propicia! Quiero daros, en nombre de mi esposa y en el mío propio, nuestro más sincero agradecimiento. —Levantó su copa hacia la señora Dyer y ella le respondió guiñándole el ojo—. Veinte años de matrimonio, veinte años de trabajo conjunto, no podrían haber sido mejor recompensados que con la función de esta noche. Estamos encantados con vosotros. Espero que os unáis a mí para brindar por vuestra patrona más leal. ¡Os presento a la señora Dyer!

—¡Señora Dyer! —repitieron los demás a coro.

Ella se acicaló. Parecía más joven y más guapa cuando su marido le dirigía la atención, como una flor que levanta su rostro al sol.

Él no la merecía. ¿Quién era él para hablar de lealtad?

—Y en cuanto a nuestra compañía de teatro… Todos sabíamos que teníamos a un gran artista entre nosotros, pero la actuación de esta noche lo ha proclamado al mundo. Los periódicos de mañana escribirán odas a la hábil representación de Anthony Frost del usurpador escocés, incluso mejor que su Otelo del año pasado. Señoras y señores, ¡brinden por Anthony Frost!

—¡Anthony Frost! —La voz de Silas sonó prominente entre los vítores.

La mejilla de Lilith se crispó, como si una mosca se hubiera posado en ella. El gobernador acunó su copa.

—Es un hecho melancólico que cuando un sol se va, otro se pone. He encontrado un gran consuelo al ser testigo del crecimiento de nuevos talentos en este momento de turbulencias. El vacío que dejó la muerte de Eugene Grieves en nuestra profesión no será fácil de llenar.

La sonrisa de la señora Dyer se desvaneció. Los demás agacharon la cabeza y murmuraron su asentimiento. En mi mente se desvió una imagen del Doctor Fausto sacudiéndose en un charco de sangre. ¿Cuándo me dejaría en paz ese recuerdo espantoso?

El gobernador metió la mano en el bolsillo de su chaleco. No sacó su propio reloj de oro, sino algo en un estuche de ónix. Las perlas se amontonaban alrededor del borde. Estaba lo suficientemente cerca para ver el grabado: era una figura que reconocí del broche de la señora Dyer. Era la musa Melpómene; su boca estaba distorsionada sin labios, por el dolor.

Era el reloj de Eugene Grieves. Lo había comprado, tal como la señora Dyer esperaba que lo hiciera. Apenas pudo contenerse para ir hacia él.

—Sin embargo, vamos a llenar esta brecha terrible. De una generación a otra, la musa trágica vive. Este, mis amigos, es el reloj emblemático de Eugene Grieves—. Lo puso en alto, hacia la luz—. Considero que esta preciosa reliquia debe pasar a manos de aquellos que continúen con su trabajo.

Miré a Lilith; sus ojos estaban enormes, como los de los gatos del teatro buscando ratones en la oscuridad. No podía entender la fascinación de la compañía de teatro. Todo este espectáculo me parecía muy macabro, como si hubiéramos abierto el ataúd de Eugene Grieves y estuviéramos mirando su cadáver.

—Me complace darle este reloj a una dama que lo apreciará por encima de todo. Una dama que seguirá la llamada de Melpómene, dondequiera que la lleve.

La señora Dyer se alisó la falsa e hizo ademán de levantarse. Debería estar encantada. Al menos ella tendría un momento pequeño de alegría antes de que tuviera que abrir los ojos de verdad.

—Señoras y señores, por favor, uníos a mí para felicitar a nuestra nueva actriz principal, la señorita Lilith Erikson.

No.

El sonido de las manos aplaudiendo juntas parecía que golpeaban mi cuerpo. Dios sabía que mi opinión sobre el gobernador nunca había sido buena, pero… ¿esto? ¿Cómo era capaz de una crueldad tan impresionante?

Pudo haberle dado un golpe a la señora Dyer entre los ojos. Ella se medio levantó, pero ahora se desplomó contra el diván como si estuviera muerta.

Lilith se puso al frente de la multitud, con las manos alzadas como un suplicante que busca la comunión. El gobernador le puso el reloj entre las manos y dejó que la cadena se deslizara tras él. Ella cerró sus manos al instante.

No podía, no *quería* quedarme a escuchar el discurso de agradecimiento de Lilith. Sin despedirme de Oscar siquiera, me dirigí a la puerta.

Solo miré hacia atrás una vez. La compañía de teatro parecía una serie de cuadros, de escenas de la obra. Lilith representaba la maldad triunfante: Lady Macbeth poniéndose su corona de traidora. En cuanto a la señora Dyer… Ya había visto una cara como esa esta noche.

Tenía la expresión abandonada del fantasma asesinado de Banquo.

CAPÍTULO 8

Al menos cuando Gregory nos traicionó, el golpe se extendió hacia muchos sitios. Mi familia y yo nos habíamos preparado para el impacto, como un muro hecho de ladrillos individuales. Pero la señora Dyer no tenía ningún sitio al que acudir. Su dolor solo podía cavar en lo más profundo de su alma.

La encontré sola en medio del lujo del palco 6, era la reina de una corte abandonada. Atravesé la alfombra y me senté en la silla de terciopelo a su izquierda. De alguna manera, sentí que, si hacía un ruido o me movía demasiado rápido, la rompería.

—Oh —suspiró, con la voz apagada por la pena—. Jennifer, me alegro de que estés aquí.

Sabía por experiencia que decirle los tópicos habituales solo la enfadaría.

—He estado preocupada por usted, señora. —Se desdobló poco a poco. Sus ojos estaban hinchados y rojos.

—No he vivido en sociedad sin aprender cómo funciona el mundo. Los ojos de los caballeros se desvían a otras mujeres. Pero creí de verdad… que nuestro amor…, todo lo que compartimos… —Se le escapó un sollozo—. ¿Leíste la obra *Otelo* en el libro que te di?

—Sí, pero…

—¡Yo era Desdémona! —se lamentó—. Dejé a todos por el señor Dyer, y él me ha estrangulado.

—¿No tiene una hermana o a alguien con quien pueda hablar? —La lástima se abrió paso en mi pecho. Podría perdonar sus teatralidades esta vez. Ella tomó una bocanada de aire.

—Mis familiares, mis supuestos amigos…, no entienden mi matrimonio. Para ellos, el teatro es un «oficio». Sucio y poco refinado. Me abandonaron. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Pensé que su comportamiento era cruel…, pero a lo mejor ellos sabían más que yo. Todo lo que quería era mi fortuna autosuficiente.

Ya había hablado antes de su riqueza, pero no lo había entendido del todo. El gobernador vivía del dinero de su esposa. Con él, compraba relojes de incalculable valor a Lilith y pagaba fotografías de su hijo bastardo. No era de extrañar que Greg se hubiera convertido en un canalla, con tal caballero como ejemplo. La «calidad» se enorgullecía de mejorar la moral de sus trabajadores, pero esto fue lo que ocurrió de verdad.

Muy por debajo de nosotras, los actores estaban ensayando una escena con espadas en el escenario. Sus espadas, con cada choque, hacían un sonido áspero y metálico.

—¿Tuvo el valor de enfrentarse a él, señora?

—¡Sí! Apenas pude mantener la compostura…, me acusó de ser una histérica. De arruinar nuestro aniversario y hacer llorar a Rachel. —Se frotó la frente—. Empecé a dudar de mí misma. ¿Tiene razón, Jennifer? ¿Debería alegrarme de que el reloj de Eugene pueda inspirar a otro actor?

—No —respondí con tristeza. Había llegado el momento de decir la verdad. Se sumaría a su ya existente dolor, pero me dolía ver que castigara al gobernador; de alguna forma retorcida, me sentiría como si se vengara de papá y de Gregory—. Señora, su resentimiento hacia Lilith está justificado. Tengo algo que informarle. Pero… la verdad es que no sé cómo contárselo.

—Dímelo de una vez. —Sus ojos brillaron de color verde—. Nada podría desolarme más de lo que estoy ahora.

Lo dudaba.

—He descubierto… una fotografía. Y… signos corporales. —Entorné la cara al recordarlo—. Cosas que demuestran que Lilith no estuvo de gira este verano, después de todo.

—¿Qué quieres decir? Se subió al tren con todos los demás. Los despedí en la estación yo misma. —Me moví en mi asiento.

—A lo mejor el gobernador llevó a los actores al teatro en

Southend. Pero Lilith fue a la costa para otra cosa. —Probablemente había algún término delicado que las señoras usaban para ser modestas, pero no estaba en mi vocabulario. Tendría que oírlo con un lenguaje directo. —Para… dar a luz.

La mandíbula de la señora Dyer se aflojó. Se quedó callada durante tanto tiempo que casi dudé de que me hubiera escuchado.

—Lo siento mucho, señora.

No me respondió. Me recordaba a la ausencia de expresión que se había apoderado de la cara de mamá cuando papá se fue. Tuve una punzada en el corazón. ¿Qué pasaría ahora? ¿Me culparía por el descubrimiento? ¿Tendré siquiera un trabajo mañana? Por fin, la señora Dyer dio un respiro.

—Pero…, Jennifer, esto es… excelente.

—¿Señora?

—¿Por qué no me lo contaste antes? —continuó hablando al ver lo desconcertada que estaba—. ¡Esta es la munición que necesito para vencer a la pequeña bruja! Hugh no la adorará más cuando descubra lo que es realmente. ¡Una mujer caída! ¡Un hijo ilegítimo! Ahora se sentirá repugnado por Lilith.

Justo cuando pensaba que la situación no podía empeorar, había asumido que Lilith tenía un amante en otro sitio.

—¿Tienes la fotografía? Debes traérmela como prueba. Por fin tendré algo tangible que usar en contra de Lilith. Pero ¿por qué tienes un aspecto tan lamentable? No me digas que sientes alguna simpatía por Lilith.

Sacudí la cabeza lentamente. La lucha de espadas terminó; un actor soltó un grito de muerte y vi cómo la verdad se hundía en la señora Dyer como si fuera sangre en un trapo.

—Cielos misericordiosos… No puedes querer decir que…

—Me temo que sí, señora. Encontré la fotografía en la oficina del gobernador. —Me sentí como un monstruo y resentí aún más a los adúlteros; ¿por qué debería ser yo quien cargara con las consecuencias de su culpa? Debería ser el gobernador el que confesara esto, el que tuviera que mirarla a los ojos mientras su corazón se rompía—. Lo siento mucho, mucho.

—Oh. —Se sujetó a la barandilla y sus nudillos se volvieron

blancos—. Oh. —Un doloroso trino de risa se le escapó—. Qué tonta he sido. Debes pensar que soy una mentecata.

—No, por supuesto que no.

El llanto se apoderó de ella. Me olvidé de mi puesto y le presté mi hombro. Solo una bestia lo rechazaría. No tenía ni idea de lo que podía hacer. Era demasiado buena para el gobernador, pero ¿qué recursos tenía? ¿Qué pasaba con la gente rica que decidía separarse? Los divorcios eran caros y eran un escándalo, eso lo sabía. La señora Dyer podría luchar para recuperar su dinero o la custodia de Rachel. Era así, incluso si ella decidía irse. Pero me había dicho que no tenía a nadie. ¿A dónde iría?

—Ella ha parado mi corazón —lloró—. Esa malvada mujer… ¡Pero si aleja el amor de Hugh por Rachel…! ¡Si desvía todo su amor hacia su mocoso…!

No había pensado en eso. Solo había imaginado la angustia de Rachel, pero no la usurpación de sus derechos.

—¿Qué va a hacer, señora?

—¿Qué *puedo* hacer? Nada, creo, por el momento. No hay pruebas. Debo tener algo tangible para presentar ante Hugh para que no pueda volver a tacharme de histérica.

Saqué la fotografía y se la puse en las manos. Un temblor recorrió su cuerpo cuando vio lo que era.

—Esto es lo que hay. Y Lilith le dijo al gobernador que yo había descubierto su reciente… condición. Me ofreció dinero para que no lo contara. —Su boca se entreabrió.

—¿Lo hizo?

—Sí. No he gastado nada, lo he traído aquí para usted hoy. —Le pasé el monedero apresuradamente, como si eso fuera a mejorar todo. La señora Dyer lo sopesó en la palma de su mano.

—Así que esto es todo lo que él cree que vale nuestro matrimonio —suspiró—. Quédatelo, Jennifer. Tengo más dinero para darte para la operación del joven Albert.

—No, señora. —Me quedé boquiabierta—. Eso es lo último en lo que debería estar pensando…

—Calla, calla. Debes seguir con el tratamiento para tu hermano. Permíteme hacer esto. Si Hugh está despilfarrando mi fortuna en

rameras y sus engendros, al menos déjame poner una parte igual del dinero en buenas obras.

Eso me hizo sentir humillada. Con todo su dolor, estaba pensando en los demás.

—Gracias. No sé qué decir. Le he traído unas noticias tan horribles, y aun así se porta bien conmigo.

—Has demostrado ser fiel. Mucho más fiel que aquellos en quienes tenía razones para confiar. No lo olvidaré.

¿A dónde iba el mundo cuando un empleado trataba a una señora mejor que su propio marido? ¿Cuando un rico desconocido tuvo más compasión por mí que mi hermano mayor? El día que nació Dorcas, mamá me había dicho que las chicas deben permanecer juntas. Había algo de eso en esto. Pero, además, había chicas como Georgiana Mildmay. Como Lilith Erikson.

Pensé que debería ir a ver a Lilith ahora, aunque apenas podría soportar enfrentarme a ella.

—Me temo que debo dejarla, señora. Hay trabajo que hacer… Dios sabe que no tengo corazón para ello. —Me dio una palmadita en el brazo.

—Anímate, Jennifer. De alguna manera vamos a vencer a Lilith entre nosotras. ¿Qué es lo que le dicen las apariciones a Macbeth? *Sé cruel, audaz y decidido*.

Forcé una sonrisa y asentí. En su dolor, la señora Dyer había invocado accidentalmente la maldición. Sería insensible por mi parte recordárselo. ¿Qué importaba ahora? Con lo que había pasado, parecía imposible que las cosas pudieran empeorar.

Aquel día, el Mercury tenía una cualidad extraña, un cambio sutil en la atmósfera que reflejaba el mundo exterior. Como el otoño se iba convirtiendo en invierno, el cielo se oscurecía y las hojas caían de los árboles, el teatro pasó de ser un lugar cargado de magia a uno cargado de amenazas.

Me dije a mí misma que era la sensación de cansancio que seguía a la noche del estreno. Pero cuando bajé a los camerinos, me di cuenta

de que las lámparas de gas silbaban más fuerte que de costumbre. En lugar de ir detrás de su patrulla de roedores, los gatos acechaban en las sombras, dirigiendo sus ojos a mí. Incluso las paredes parecían más desaliñadas: estaban llenas de peladuras en el papel carmesí y rozaduras en los zócalos. Había un olor a medias gastadas y a habitaciones sin ventilar.

Silas, Anthony y Clementine estaban reunidos frente a la puerta de Lilith y conversaban en susurros.

—¿Qué pasa? —pregunté. Clementine dirigió sus grandes ojos azules hacia mí.

—Nada en particular…

—La señorita Erikson se mostró distante y preocupada durante todo el ensayo —explicó Anthony—. Pensamos que podría estar enferma.

—Tan pronto como terminamos, se encerró en su camerino. No nos abre la puerta.

—Créeme, querida niña, es todo pura afectación —se burló Silas—. Se lo he visto hacer a las actrices. La atención debe estar siempre dirigida a ellas.

—Pero ¿y si no es así? —Clementine se inquietó—. ¿Y si está derrumbada allí dentro?

—Entonces la señorita Wilcox la vestirá y podrá seguir. No sería una gran pérdida, más allá de lo que diga el gobernador. —Silas se volvió hacia mí—. ¿Te lo puedes creer, señorita Wilcox? Después de la revelación de la actuación de Anthony anoche, otorgar el reloj de Eugene Grieves a esa… ¡a esa actriz tan penosa! Es un insulto. Una degradación.

—No empieces, viejo amigo. Lo hecho, hecho está. —Pero se podía ver una fuerte tensión en la mandíbula de Anthony. Que le hubieran pasado por alto le había dolido, incluso si no quería demostrarlo.

En cuanto a mí, no estaba preocupada por Lilith. Si se hubiera desplomado, Eurídice estaría arañando la puerta y pidiendo ayuda.

Eché a un lado a los demás, llamé y después puse mi oído en la puerta. Escuché susurros. Lilith estaba murmurando, como una serpiente, para sí misma.

—¿Señorita Erikson? —El aire frío se coló por debajo de la puerta

y llegó a mis tobillos—. Te puedo escuchar repasando tus frases.

—Como pensaba. —La boca de Silas se torció—. Se está dando aires de diva. Será imposible convivir con ella ahora que tiene ese reloj. ¿Crees que se dignará a dejarte entrar para vestirla?

—No tendrá elección. —Saqué la llave de repuesto que me había hecho la señora Dyer—. Me ocuparé de ella. Podréis seguir con vuestros planes.

—Oh, Dios. —La piel de Clementine se puso de un tono verdoso—. ¿Ya es la hora?

—Te traeré las sales aromáticas y el jengibre, querida niña —dijo Silas, dándome una palmadita en el hombro.

La recordaba en los bastidores la noche anterior, meciéndose y repitiendo sus frases.

—Sobrevivirás —la animé—. Lo hiciste bien ayer. No te quedaste sin hablar ni quieta en absoluto.

—No, nunca me pasa. —Hizo girar un dedo entre sus rizos rubios —. Es solo que pensé que podría pasarme. No puedo explicarlo.

—Es una experiencia muy rara —dijo Anthony amablemente—. Desde el momento en el que te llaman, mientras caminas entre bastidores…, esa metamorfosis de ti en el personaje. El proceso de cambio puede ser horriblemente doloroso.

—Como un hombre lobo —añadí. Anthony levantó las cejas y se rio.

—¡Un hombre lobo! Me gusta eso.

Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta del camerino de Lilith. El hocico de Eurídice apareció en el hueco. Hizo un sonido de preocupación tan humano que me sorprendió.

—¿Qué ocurre?

Lilith estaba sentada ante el espejo del tocador, con el reloj de Eugene Grieves en su mano. Decía las frases y las palabras caían unas sobre otras como si rompieran olas contra la orilla del mar.

—Ahora eres demasiado famosa como para abrir la puerta, ¿verdad?

No hubo respuesta. Su expresión estaba vacía, vidriosa. Cerré la puerta detrás de mí. Eurídice se pegó a mi lado cuando entré en la sala.

—¿Lilith?

—¿Qué? —espetó ella, poniéndose en alerta—. ¿No ves que estoy ensayando?

—Tus compañeros pensaron que te habías desmayado. Han estado llamando a la puerta y tú los has ignorado. —Lilith frunció el ceño.

—No me había enterado. ¿Qué querían de mí?

—No el placer de tu compañía, eso seguro.

—Es inútil, Kitty —se burló Lilith—. No me vas a molestar esta noche. Todo es diferente ahora. Me han dado una segunda oportunidad. —Acarició el reloj con cariño—. Ven y echa un vistazo. No lo viste de cerca anoche, ¿verdad? ¿Has visto alguna vez algo tan maravilloso?

El diseño estaba bien, a su manera, pero ese estuche negro y las perlas me hicieron pensar en la ropa de luto. Melpómene parecía que viniera a por ti con su garrote colgante. El mecanismo era ruidoso. El sonido del tictac se escapó a mis muelas.

—Mi mamá siempre decía que las perlas traían lágrimas.

—Supongo que nunca tuvo unas —replicó Lilith—. Además, son totalmente apropiadas. Una actriz de tragedias debe ser capaz de llorar cuando se lo piden.

Pensé en las lágrimas de la señora Dyer.

—La gente está diciendo que el gobernador debería haberle dado ese reloj a Anthony. O a su esposa. Hubiera sido más apropiado. —Lilith hizo una mueca.

—Yo era alumna de Eugene. El reloj me pertenece a mí y a nadie más.

Le di la espalda y fui al armario. No era la que más podía hablar sobre tener cosas cuando había robado al marido de otra mujer.

—Es solo una baratija. ¿Por qué le importa tanto a todo el mundo?

—¿Que por qué importa? —repitió, incrédula—. Este reloj lo ha bendecido la propia Melpómene.

—¿Te lo crees de verdad? —Me reí a carcajadas—. Es una leyenda. Melpómene no es más real que Jack el Saltarín.

—Ella existe —insistió Lilith—. Eugene la vio. Solía visitarle y darle clases. ¿De qué otra forma se puede explicar un talento como ese?

—Pues con trabajo duro —dije sacando el vestuario—. Con formación cara. Y con compromiso.

—Voy a llevar el reloj esta noche —decidió Lilith—. Lo colgaremos de mi faja.

—Eso es un anacronismo. A la señora Nettle no le va a gustar. —Me alisé el vestido de color ciruela damascena.

—Me importa una mierda lo que le guste a la señora Nettles.

—No te importa nadie que no seas tú misma —murmuré.

—Lo llevaré todo el tiempo. Igual que Eugene.

No podía pensar, en absoluto, por qué Lilith querría llevar un objeto tan morboso. Tenerlo era una cosa, pero llevarlo era macabro. Yo también me vería obligada a mirarlo, a recordar a ese hombre que había muerto de una forma tan horrible mientras el reloj colgaba de su cintura.

Lilith se puso de pie, dispuesta a trabajar conmigo. No tuvo ninguna duda en que quería que la vistiera esta noche. Ni siquiera se quejó cuando las luces de gas se apagaban y se encendían después.

—Por fin ha llegado mi hora —dijo sin aliento—. No te puedes imaginar cuánto tiempo he esperado esto.

No tanto. Todavía era joven. Le quité la bata.

—El estreno fue anoche. Solo tienes una oportunidad para dar una primera impresión. —Lilith sonrió y sacudió su cabellera oscura.

—Veo que no me crees, Kitty. Pero eso no significa nada. Solo observa. Melpómene vendrá hoy.

CAPÍTULO 9

En todo caso, Anthony estuvo aún mejor esa noche. Interpretó las primeras cuatro escenas con una intensidad que me hizo contener la respiración. Cada escena retrataba la lucha interna de Macbeth: anhelaba cumplir la profecía de su grandeza, pero era reacio a cometer asesinatos.

Silas y yo intercambiamos una sonrisa entre bambalinas. Lilith había estado segura de que Melpómene la visitaría, pero a lo mejor la musa había llamado al camerino de al lado en su lugar.

El telón se levantó en el castillo de Macbeth en Inverness: había candelabros, tapices y almenas que ambientaban el escenario para la primera aparición de Lilith. La orquesta tocó el *leitmotiv* de Lady Macbeth. Se paseó desde el lado opuesto del escenario, con el reloj de Eugene Grieves balanceándose a su paso. No hubo ningún cambio perceptible. Dijo las primeras frases como lo hacía siempre, leyendo la carta de profecía de Macbeth en voz alta.

El mensaje se apresuró a decirle a Lady Macbeth que su marido había llegado con el rey actual. La mujer tortuosa vio su oportunidad de cambiar la sucesión real allí mismo.

Un haz rojo atravesó las luces. Eso era nuevo. Lilith debió pedirle al gobernador que hiciera más llamativo su primer gran monólogo.

Los violines tocaron un trémolo tembloroso mientras se movía en el centro del escenario. La música se arrastraba por mi piel. Sentí que algo se acercaba; una tensión, una presión, como la estática que hay antes de una tormenta.

Lilith se tomaba su tiempo asegurándose de que todos hubieran

puesto puesto su mirada en ella.

Se puso de rodillas. Las tablas del teatro se sacudieron. Extendió los brazos en forma de cruz y echó su cabellera negra hacia atrás.

¡Venid, espíritus que servís a las ideas mortales, despojadme aquí de mi sexo y llenadme desde la coronilla a los pies de la crueldad más funesta!

—¡Eso no está en el libro del apuntador! —se quejó Silas—. Debe estar de pie.

Se oyó un ruido de tambores, bajo y siniestro, desde el foso de la orquesta.

—¡También ha cambiado la música! —resopló Silas—. ¿Por qué le han dejado hacer eso?

No pude responder. Mi corazón retumbaba al ritmo de los tambores mientras Lilith cerraba los ojos y se balanceaba, como si estuviera en trance.

Siempre había sido un monólogo horrible. Ahora parecía enfermizo, ritualista. El público se movía incómodo en el patio de butacas. Una señora escondió la cara detrás de su abanico.

¡Acercaos a mis pechos de mujer y tomad mi leche por hiel, ministros del crimen, dondequiera que sirváis al mal del mundo en vuestras formas invisibles!

Lilith estampó la carta contra su pecho. Alguien murmuró. Me di cuenta de que esta vez lo decía en serio. Lilith hablaba en serio: demonios, asesinatos, cualquier cosa para tener éxito.

Mientras la miraba, bañada en esa luz roja, casi creí que Melpómene estaba en camino. Cada golpe de tambores era un paso suyo.

Un temblor sacudió el marco del suelo donde estaba Lilith. Sus ojos se abrieron de golpe, y miraron fijamente a la galería. El público miró por encima de sus hombros. ¿Vio algo que nosotros no pudimos ver?

Ven, noche espesa, y empáñate del humo más húmedo del infierno, para que mi puñal afilado no vea la herida que hace, ni el cielo se asome a través del manto de la oscuridad para gritar: «¡Detente, detente!».

Su voz se volvió ronca. La música era agresiva, enloquecedora. Lilith sostuvo la carta de Macbeth hacia la luz carmesí. Luego la rompió en tiras y se las comió.

—¿Qué demonios está haciendo? —gritó Silas.

Los ruidos de asco se extendieron por el público. Me quedé mirando, fascinada y horrorizada. Lilith estaba fuera de sí, pero funcionaba: todos los rostros horrorizados de este vasto teatro se fijaron en ella mientras se metía los trozos rotos de carta en la boca.

El filtro rojo se desvaneció como una luna de sangre; la pesadilla había pasado.

—Bueno… —murmuré—. Ha sido… diferente.

Anthony Frost entró corriendo como el recién llegado Macbeth. Él apenas importaba ya. No después de lo que habíamos visto.

Lilith se puso de pie, alterada. Tenía un aplomo y una presencia que solo había visto una vez antes. El reloj era un péndulo que se movía de un lado a otro por su muslo.

Anthony vaciló por un instante. A su lado parecía una cosa endeble, mortal. *Mi querido amor*, tartamudeó. *Duncan viene aquí esta noche*.

Ya me podía imaginar cómo sería. Estaba a punto de actuar con él directamente en el escenario.

Los aplausos retumbaron en el teatro. Gritos de «¡bravo!» se oían desde la platea; los chicos de la galería se metían los dedos en la boca y silbaban.

Gracias a Lilith, no había sido una obra de teatro. Fue un asalto a los sentidos, un malestar febril.

El elenco reapareció en medio de una gran ovación, pero la reverencia final fue para Lady Macbeth y solo para Lady Macbeth.

Se quedó aturdida en el filo del escenario, como si no pudiera comprender lo que había hecho. El blanco canalizaba la luz de los focos sobre su rostro. Entrecerró los ojos y levantó una mano para protegerlos, como una sonámbula a la que han despertado.

Todavía llevaba puesto el camisón de la escena en la que decía: *Fuera, maldita mancha*. Se había enganchado en la manga. Había un desgarro en el brazo que tendría que coser antes de mañana…, pero no podía pensar en el día de mañana. No podía pensar en nada más

que en lo que acababa de presenciar.

El traspunte le entregó a Lilith un ramo de lirios. El sudor brillaba en su piel blanca como los huesos. Mientras la miraba, se formaron gotas de sangre en su fosa nasal derecha y gotearon en una línea hasta su labio. No pude evitar recordar lo que le había pasado al último actor que había llevado ese reloj.

—Está enferma —le dije a Silas—. Creo que se va a desmayar.

Por fin bajó el telón. Lilith se tambaleó fuera del escenario y apoyó todo su peso contra mí. Me estremecí. Olía a sudor y a algo más, a algo podrido.

—Silas, ¿tiene esas sales aromáticas? —le pregunté, pero Silas estaba retrocediendo, con sus ojos cautelosos, dejándome con el cadáver de Lady Macbeth.

La sangre caía a chorros ahora, goteando por su camisón blanco. Saqué mi pañuelo y lo puse bajo su nariz. Lilith me pasó el brazo por encima del hombro. Tenía los ojos vidriosos. Prácticamente tendría que llevarla al camerino.

Tras el triunfo de Anthony la noche anterior, los demás actores se habían reunido para felicitarle, pero nadie se acercó a Lilith. Hubo un silencio asustadizo, en desacuerdo con la ovación más allá del telón, mientras la arrastraba.

¿Qué había pasado en ese escenario? No podía quitarme la imagen de la cabeza: Lady Macbeth pidió a los demonios que la llenaran. ¿Sería una invocación a su amada Melpómene? Sea lo que fuere lo que hubiera hecho, había funcionado. Y eso era lo que más me aterrorizaba.

Eurídice lloriqueó cuando entramos al camerino. En lugar de correr para comprobar que su ama estuviera bien, se acobardó en la esquina con su cola entre las piernas.

Apoyé a Lilith en el taburete del tocador.

—¿Qué demonios ha sido eso? —grité.

No podía mirarme; parecía tener dificultades para abrir los ojos completamente.

Las luces parpadeaban.

Podía dejarla. Huir de… lo que fuera esto. Di un paso atrás hacia la puerta. Pero resultó que yo era como Macbeth: *demasiado lleno de la*

leche de la bondad humana.

Quería a Lilith fuera de este teatro; no quería que muriera como Eugene Grieves.

Se tambaleó en el taburete, casi se desplomó. Corrí a sujetarla. Al menos la cambiaría para ponerle su ropa normal.

Las luces crepitaron. Las ignoré y me concentré en mi tarea. Cuando solté el pelo de Lilith, los mechones oscuros se desprendieron de las horquillas.

Había un mechón gris en el que no me había fijado antes…, o a lo mejor era la vacilación de las luces.

Tuve que despegar el camisón de su piel resbaladiza. ¿Cómo iba a quitar las manchas de sangre antes de la noche de mañana? Todo ese goteo de su nariz y después el desgarro en la manga… pero eso también estaba lleno de sangre.

—¡Te has cortado el brazo! ¿Cómo te lo has hecho?

Las luces empezaron a titilar con fuerza. Nuestros reflejos parpadeaban dentro y fuera del espejo, como si estuviéramos atrapadas en medio de un efecto escénico.

Lilith se sentó, temblando. Fue solo cuando le quité el reloj de Eugene Grieves de su cinturón cuando cobró vida de nuevo.

—¡Ten cuidado con eso!

—Lo tendré. Ha dejado de funcionar.

—Le daré cuerda yo misma —insistió Lilith, sacando la llave de una caja pequeña en la mesa. Pero sus dedos estaban temblando demasiado. Le sujeté las dos cosas.

Ahora tenía dos recuerdos horribles asociados a este reloj. Pasé mi pulgar sobre la figura de Melpómene y me acordé de sus ojos pintados mirando con indiferencia desde el techo del Helicón mientras Eugene Grieves respiraba su último aliento sin que nadie lo consolara.

Di la vuelta al reloj e introduje la llave en su agujero. Giró con un ruido chirriante, como el de las uñas sobre la pizarra. Había palabras grabadas en la parte posterior del reloj. No las había grabado un joyero; alguien las había tallado a trompicones con un clavo o un alfiler.

Homo fuge.

¿Qué era eso? ¿Un nombre? ¿En latín? Lo reconocí de alguna

parte. Estaba segura de que lo había escuchado antes.

—¿Has visto eso, Lilith? ¿Qué crees que significa?

No me respondió. Su nariz estaba sangrando de nuevo.

CAPÍTULO 10

Había agresividad en el aire, lo que presagiaba que se avecinaba la temporada de humo de carbón denso y niebla. Londres tenía una atmósfera agridulce a medida que el otoño iba quedando definitivamente atrás. Pero este invierno seguramente me iría mejor. Había suficiente combustible en casa para que el fuego de la chimenea fuera intenso. Todos teníamos zapatos y edredones nuevos. En unos días sería la operación de Bertie y empezaría un nuevo capítulo de su vida. Mi trabajo nos había salvado.

Cuando lo reflexioné, la nube de mis miedos se dispersó, como mi aliento en el aire frío. Me convencí de que el aura extraña que rodeaba a Lilith era solo otra ilusión teatral. Todo lo que tenía que hacer era vestir a la mujer. Era un precio insignificante a cambio de la comodidad de mi familia.

Sin embargo, era reacia a ver de nuevo a Lilith después de esa noche. Me detuve de camino al trabajo en un puesto en la esquina de la calle, donde un hombre con un sombrero de copa maltrecho vendía periódicos, fotos y libros. Me paré a mirar. Había ejemplares de *La Era*. Podía comprar uno y leer lo que había escrito sobre la versión brutal de Lady Macbeth de Lilith. Pero no. Estaba demasiado enfadada por lo que le había hecho a la señora Dyer. Cualquier elogio hacia ella sería un descaro.

Las calles parecían más concurridas que de costumbre mientras me acercaba al Mercury. Los sirvientes se apresuraban y los trabajadores pasaban junto a mí con sus abrigos negros y bombines. Era extraño. Sus oficinas en la ciudad estaban en la otra dirección.

Al principio pensé que era un accidente, que un carro que se había volcado había bloqueado la carretera y provocado un desvío. Pero cuanto más me acercaba al teatro, más llena estaba la acera. Cuando por fin llegué a ver el frontón del Mercury, el tráfico se detuvo por completo.

Una cola salía de la entrada de la taquilla y daba la vuelta a la calle. Nunca había visto nada igual. Un hervidero de cuerpos presionaba hacia delante, sin importarles a quién aplastaban. ¿Qué había dicho exactamente la crítica de *La Era*?

Me abrí paso con el hombro. Me persiguieron resoplidos y maldiciones, seguidos de gritos de «¡Espera tu turno!». Uno de los acomodadores vestido de uniforme colgó un cartel en la puerta que decía: Agotado.

Hubo un grito general de consternación. No me apetecía quedarme mucho tiempo fuera. Esta muchedumbre podría ponerse mal en cualquier momento.

—¡Dejadme pasar! —ordené—. Quitaos de en medio, yo trabajo aquí.

Alguien me sujetó de la manga. Tiré de mi brazo, pero su agarre fue insistente, tiraba de mí hacia un lado.

—¡Señorita, señorita!

Me giré para ver a un joven, bien afeitado, con un clavel verde en el ojal. Parecía estar fuera de lugar en aquella trifulca, sus zaparos pulidos perdían rápidamente su brillo a medida que otros le pisaban sus pies.

—¿Qué? —ladré.

—¿Trabaja de verdad en el teatro?

—Sí. Y voy a llegar tarde. —Fui a seguir adelante, pero su otra mano me agarró del codo.

—¡Por favor! Por favor, dígame si trabaja con la señorita Erikson. —Sus ojos me imploraron.

—Puede. ¿Qué crees? —Me soltó y sacó un sobre rosa perfumado.

—Sea tan amable de darle esta carta. Y… —Se mojó los labios—. Si pudiera conseguir una de sus…, ejem…, pertenencias personales. Digamos, una media. Estaría dispuesto a pagarle veinte libras.

—¿Una de sus *medias*? —Mis cejas se alzaron.

—Cincuenta libras —se apresuró a decir, indicándome que bajara la voz.

¡Cincuenta libras! El joven estaba loco. Tenía más dinero que sentido común. Podría conseguir fácilmente una media y Lilith ni siquiera la echaría de menos.

—Veámonos en la entrada de artistas en media hora —dije. La alegría iluminó su rostro. Me agarró de nuevo.

—Gracias. Mil veces, gracias. —Se estaba acercando demasiado.

—Señorita Wilcox, ¿este hombre la está molestando?

Oscar apareció junto a nosotros con las manos puestas en las caderas. El caballero me soltó de inmediato, sonrojándose intensamente.

—Puedo con él. Estaba en mi camino.

—Sí. Sí, lo estaba. Que tengáis un buen día.

Inclinó su sombrero, volvió a empujar a la multitud y le tragaron casi de inmediato. Oscar le vio irse. Después observó el tumulto de gente, de todas las edades, razas y clases.

—Caramba —dijo—. ¿Alguna vez has visto una aglomeración como esta?

—Es como un hospital psiquiátrico.

—Tómame del brazo. Saldremos de esta juntos. —Era útil tener a Oscar a mi lado. Era más alto y más ancho que yo, era bueno apartando a los demás del camino con los codos.

—Espero que no sea así todos los días —comenté por encima del alboroto.

—Podría ser. A la señorita Erikson todavía le quedan cosas por demostrar.

Nos quedamos en silencio por un momento, negociando con una mujer que iba con un cochecito.

—No me gustó su actuación —admití—. Me revolvió el estómago.

—Sí, pero es lo que se supone que debería hacer, ¿no? De eso va la obra. Lady Macbeth tiene que ser horrible. Pero con el remordimiento que mostró al decir: *Fuera, maldita mancha*, estuvo perfecta ahí. Esa fue la mejor escena que he visto interpretada desde…, no lo sé. A lo mejor fue la mejor que he visto.

Me mordí la lengua. Sabía lo que la señora Dyer diría sobre Oscar,

ese joven caballero. Diría que estaba bajo el hechizo de Lilith.

Entramos a trompicones en el patio. Había cerrado la puerta para mantener fuera a la gentuza, pero Oscar tenía una llave.

Pasé mi brazo desde el pliegue de su codo.

—Gracias —le dije, cohibida—. Será mejor que me vaya.

—Cuídate. —Asintió con la cabeza.

Deseé que entrara en el teatro conmigo, pero en su lugar se dirigió al taller. Me estremecí. El Mercury era el mismo edificio de siempre. No había cambiado nada de él anoche… Pero dudé en entrar. Parecía que estábamos bajo una nueva dirección, y esa directora era Melpómene.

Esta mañana no había gatos acechando el pasillo. Tanto ellos como los ratones parecían haber abandonado el barco. Las voces subían y bajaban en el camerino de Anthony; sonaba como si estuviera discutiendo con Silas. Su puerta parecía un poco rayada, parte de la pintura dorada se había desprendido.

La puerta de Lilith se abrió de golpe cuando me acerqué y el gobernador salió sonrojado y sonriente. Asintió brevemente con la cabeza, cerró la puerta tras de sí y se fue en otra dirección. Se me subió la bilis a la garganta. Ahora eran descarados. ¿No le importaba quién los viera? Pero a lo mejor había otras personas allí también, ya que aún podía oír la risa de Lilith a través de la pared. Quienquiera que estuviera sentado con ella, era muy entretenido.

Al menos la presencia de alguien más en la sala podría ayudarme a robar la media para ese caballero sin que se dieran cuenta. ¡Cincuenta libras! Era más de un año de mi ya generoso salario. A pesar de mi aversión hacia Lilith, tenía que darle algo de crédito: estaba pagando mis facturas sin dudas. Llamé a la puerta una vez. Cuando entré, Lilith estaba sola. Estaba sentada ante el espejo, riéndose a carcajadas para sí misma. Había puesto el reloj sobre el tocador, dejándolo colgar junto a su reflejo. El minutero avanzaba.

Había más lirios que nunca, además de dulces, cestas de fruta y montones de cartas. Eurídice tenía el hocico metido en una lata de delicias turcas.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

Lilith solo echó la cabeza hacia atrás y gritó más fuerte. Me

estremecí. Si la calle de fuera era un hospital psiquiátrico, Lilith era una de sus pacientes.

—¿Entonces te sientes mejor? —Me dirigí al armario y revisé el vestuario. Había cepillado los trajes la noche anterior, pero debía estar distraída por la hemorragia nasal de Lilith. El hollín marcaba el dobladillo de la falda de color damasco. Había algo en el vestido de la reina también, un polvo fino blanco como la ceniza. Chasqueé la lengua y los limpié. Froté las manchas negras.

—¿No puedes mantener nada bien? —me inquieté—. ¿Qué es esto, que está manchado por todas partes? No tengo tiempo para llevarlos a la lavandería y hacerte un camisón nuevo antes de esta noche.

—¡Oh, no te preocupes por eso! ¡Mira todo esto, Kitty! Ha funcionado. ¡Ha funcionado! —Agarró un periódico que estaba en el tocador y me lo sacudió—. ¿Lo has leído? ¿Has visto lo que han dicho?

—No, vi la actuación por mí misma. ¿Por qué debería preocuparme por lo que dice un crítico?

—¡Les di el susto de sus vidas! —Volvió a reírse—. Esos viejos periodistas se quedaron apopléticos. Me llamaron «poco femenina», dijeron que arrancaba la poesía del Bardo con los dientes. Deberían haber sabido que eso no desanimaría al público.

Le di la espalda y ordené el armario. La primera media que encontré fue una de lana, ligeramente desgastada. No estaba limpia, pero tenía la sensación de que a ese caballero tan raro le gustaría más así. Puse con puntadas prolijas las iniciales «L. E.» cerca de la parte superior; las bordé en todas las cosas de Lilith para que no hubiera líos con la ropa sucia. Era lo más parecido a una prueba de pertenencia que conseguiría.

Hice una mueca y metí la media en el bolsillo. El encargo era desagradable, pero Lilith no era muy modesta. Me habría sentido mucho peor llevándome las cosas de Clementine.

—¡Solo hay que ver lo que me han enviado! El perfume de Rimmel. Pendientes de plata, joyería…, podría montar mi propia tienda.

Cerré el armario y me acerqué para ver de qué estaba hablando. Tenía razón; era excesivo. Pilas y pilas de regalos. Mis escrúpulos

desaparecieron. Lilith me podía dar una media.

—Alguien en la calle me ha dado una carta de amor para ti —dije y le di una palmada al sobre rosa—. Ahora tienes suficientes admiradores. A lo mejor podrías devolverle el gobernador a su esposa. —Desestimó mis palabras con un movimiento de la cabeza.

—¡Me aman! Casi me arrepiento de haber usado un nombre artístico. Quiero que todo el mundo vea esto, todos los que me habían dicho que no lo conseguiría. ¡Mi tío! ¡Oh, mi tío va a *escupir*! —Aplaudió con alegría—. Ahora, ¿qué es esto? Oh, una notita. Qué bonito. —La abrió y se rio—. Qué tontería. Se han enamorado de Lady M., ¿no es así? Di lo que quieras, los caballeros aman a una mala mujer.

—Bueno, entonces han tenido suerte de haberte encontrado —resoplé. Debajo del perfume y los lirios, se insinuaba un olor a algo agrio. A huevos podridos. A azufre—. ¿Qué es ese hedor?

—Es gas. Vapor mefítico. El olor podría desaparecer si arreglaras esa luz, ya sabes. Oh, mierda. —Su brazo estaba sangrando de nuevo, la sangre se filtraba a través del material fino de su bata—. Lo había vendado con fuerza.

No era más que un lío de vendas debajo de ese vestido. Tenía vendas alrededor de su cintura, sus pechos y ahora su brazo. La Lilith que el público vio se mantenía unida por vendas adhesivas. Era totalmente falsa.

—¿Cómo la has cortado? —le pregunté con cansancio. Miró hacia otro lado.

—Por lo que sé, me arañaste durante un cambio de vestuario.

—Intenta hacer que pare esta noche, ¿lo harás? —suspiré—. Y, hagas lo que hagas, que no te sangre otra vez la nariz. No voy a rehacer ese camisón.

Hablando de eso, necesitaba seguir mi camino: me costaría mucho dejar la media al caballero y preparar un nuevo vestido a tiempo, incluso con la máquina de coser.

—Jenny, espera. —Me quedé paralizada junto a la puerta. Nunca había usado mi nombre verdadero.

—¿Qué pasa? —Lilith agarró una de las cajas atadas con cintas y me la dio.

—Toma una. Fuiste muy amable conmigo anoche cuando estaba enferma.

—No lo fui. Solo estaba haciendo mi trabajo.

—Eso es lo que dices. Pero creo que, después de todo, tienes un buen corazón.

Negué torpemente con la cabeza y salí de la sala con Lilith todavía ofreciéndome la caja. A lo mejor su intención era buena. Pero me recordó a las golosinas de la vecina que robó papá, y yo había escuchado a la señora Dyer durante demasiado tiempo. No iba a aceptar dulces de una bruja.

Era una suerte poder escapar de esos humos empalagosos. Caminé hacia la puerta de artistas, que rara vez se utilizaba, porque daba a un callejón donde los hombres del teatro fumaban puros y se calmaban. La escarcha diluía el hedor aquella mañana. Un trapero hurgaba en un montón de basura con su bastón. Los cristales rotos brillaban en los adoquines. El caballero en busca de una media estaría incluso más fuera de lugar aquí.

Justo cuando lo estaba buscando con la mirada, una mano me tocó el brazo.

—Jenny.

Me giré y me pareció que la calle se precipitaba y se lanzaba hacia mí.

Era mi hermano. Gregory.

Mi primera reacción fue una oleada de amor. Fue incontrolable, el instinto de muchos años. Me odié a mí misma por eso; le odié por hacerme sentir eso.

—Parece que has visto a un fantasma.

No podía hablar, pero extendí la mano y le di una bofetada. Greg retrocedió con los ojos muy abiertos.

—¡Ay! Bueno, supongo que me lo merecía.

—¡Sí, te lo merecías! —conseguí gritar—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Cómo tienes el valor de aparecer aquí, entre todos los sitios que hay en el mundo?

Se pasó una mano por el pelo. Siempre había sido el hermano guapo, con mechones de cobre en su pelo y motas de oro en sus ojos de color avellana, pero tenía peor aspecto. Su cuello estaba sucio. La barba incipiente le ensombrecía la barbilla.

—Lo siento, Jen. Todo sucedió muy rápido. No hubo tiempo para despedidas. Georgiana consiguió esta oportunidad en Nueva York y tuvimos que irnos.

La rabia me llenó tanto que pensé que su fuerza levantaría mis pies del suelo.

—¿Crees que me molesta que no te hayas despedido? No podrían importarme ni lo más mínimo tus despedidas. ¿Qué pasa con el dinero de Bertie? ¿Y los anillos de la señorita Fielding? —Hizo rozar sus pies contra los adoquines.

—Lo sé. Lo siento… Iba a devolvértelo.

—¡No era un maldito préstamo! Ni siquiera lo pediste. ¡Lo *robaste*, y robaste también a mi jefa! ¿Tienes idea de por lo que tuve que pasar? Tengo suerte de solo haber perdido mi puesto de trabajo. ¡Podría haber acabado en la cárcel!

—¡He dicho que lo siento! Cometí errores. ¡Dios, Jenny, sabes lo que suponía para mí! Tener toda esa responsabilidad. ¡Ser el hombre de la casa con trece años! Vi una oportunidad de tener algo bueno para mí, todo para mí, y la aproveché. Hice lo que *yo* quería por primera vez en mi vida. —Podría haberle pegado otra vez.

—¿Esperas que me compadezca de ti? Yo también he pasado por todo lo que tú has pasado. Maldita sea, Greg. Has traicionado a tu familia y te fuiste con la prometida de tu mejor amigo, ¿y esperas que te recibamos con los brazos abiertos?

El trapero nos observaba con interés. Yo le fruncí el ceño. Gregory se hurgó las uñas.

—De todas formas —continuó—, todo ha ido a mejor, ¿no? Mírate. Apenas podía creerlo cuando me enteré de que estabas en el Mercury. Y ahora la señorita Erikson ha tenido tanto éxito…

¡Como si me hubiera hecho un favor! Me había dado otro golpe en el estómago. Greg había sido un buen hermano conmigo mientras crecíamos, nunca pensé que nos haría daño. Pero no iba a estar ciega como la señora Dyer. Me obligué a mirar su traición a la cara.

—Por eso estás aquí, ¿verdad? Has aparecido en el día de nuestro triunfo porque quieres algo. ¿Y dónde está Georgiana? ¿Lamiendo sus heridas ahora que Lilith ha demostrado ser la mejor actriz de Londres? ¿O te ha mandado de vuelta a Inglaterra como equipaje no deseado? —Greg se mordió el labio.

—No seas así. Ahora es mi esposa.

Eso me sorprendió. Sin duda, se había buscado un buen nombre viajando sola con Greg, pero no habría esperado que eso molestara a una actriz.

—Pues entonces has llegado más lejos que Oscar —dije con amargura. Lo ignoró.

—¿Cómo están los demás? Iba a visitarlos en casa hoy. Quería hablar contigo a solas primero, pero obviamente fue un error.

No quería que viera a los niños, que se ganara otra vez su confianza. Bertie idolatraba a su hermano mayor y Greg solo lo decepcionaría de nuevo.

—No puedes. Nos hemos mudado. Tenemos ahora nuestra propia casa. —Era una mentirijilla; íbamos a buscar un sitio nuevo pronto. Además, quería restregárselo en la cara, para demostrarle lo bien que me las había arreglado sin él.

—¿Dónde?

—Ya no es asunto tuyo. —Dio un paso hacia mí.

—Maldita sea, Jenny, tengo derecho a ver a mi propia fam…

La puerta de artistas se cerró detrás de nosotros. Oscar. Greg palideció visiblemente. La huella de mi mano se destacó en su mejilla, fue una acusación lívida.

—Aquí estás, Thorne. Esperaba verte.

—Tienes un descaro increíble. —Oscar cerró las manos en puños.

Aunque Greg esperaba que yo fuera indulgente, obviamente no extendió ese mismo optimismo hacia Oscar. Se apartó un poco.

—Thorne…, Thorne, no puedes estar tan impactado —tartamudeó —. Debes haber visto lo que se avecinaba. No te pusiste del lado de Georgie cuando ascendieron a Lilith… Le dolió cuando seguías diciendo que era la elección correcta.

—Así que me lo he buscado, ¿no? —espetó Oscar—. ¿Que yo le dijera a mi prometida que estaría mejor en un teatro de comedias te

dio el derecho de quitármela?

—No…, no estoy diciendo eso. —Me crucé de brazos.

—Resulta que Oscar sabía lo que era mejor. Lilith es la estrella de la ciudad y Georgiana ha hecho un desastre, sin duda, con cualquier oportunidad que haya tenido en Nueva York, si te ha mandado aquí.

—No voy a escucharte insultar a mi esposa —dijo Greg, limando el miedo de su voz.

Oscar extendió su brazo y le dio un puñetazo.

Empezaron a forcejear. Me alejé de un salto, asustada. Uno de ellos podría resultar gravemente herido. Oscar tenía fuerza, pero Greg era ágil, y tiró de su antiguo amigo en una llave de cabeza.

—¡Parad! —La voz de Lilith sonó tan imperiosa como en el escenario. Incluso entrando en el callejón, se comportó con el aplomo de una reina. Eurídice la flanqueó, con el pelo del pescuezo levantado —. Vais a despertar a los muertos con todo este alboroto. Algunas personas están intentando ensayar.

Los hombres pararon de inmediato; se separaron, mirando al perro.

Nunca pensé que me alegraría de ver a Lilith, pero así fue.

—Jenny, te he dicho que no te quedaras en la entrada de artistas. Atrae a este tipo de hombres desagradables. —Pasó su mirada desdeñosa sobre Greg—. Gente que no tiene nada que hacer en esta propiedad. —Eurídice, al escuchar el toque de su ama, curvó el hocico y gruñó. Sus dientes eran afilados y puntiagudos, y estaban manchados con el tinte rosado de las delicias turcas—. Será mejor que sigas tu camino antes de que mi perro te eche de aquí —le advirtió Lilith.

No necesitó decírselo dos veces. Greg se dio la vuelta y huyó, como el cobarde que era.

CAPÍTULO 11

A lo mejor fue malo que no le dijera a Dorca que había visto a nuestro hermano. Pero estábamos preparando a Bertie para su visita al hospital, abrazándolo y diciéndole que fuera un niño valiente. No quería que el nombre de Greg irrumpiera en la habitación como si fuera un actor borracho intentando robar el protagonismo.

El Hospital Ortopédico Real era una estructura soberbia de ladrillo rojo y ventanas blancas. Mientras Dorca llevaba a Bertie dentro, yo paseaba por la calle sola, preocupada. La señora Dyer había dicho que era una operación relativamente sencilla, pero era difícil descartar los pensamientos oscuros de mi mente. Me imaginé infecciones, accidentes, me preparé mentalmente para que Bertie necesitara que le amputaran la pierna. Después de todo lo que había pasado en el último año, no podía permitirme relajarme. Necesitaba estar en guardia, preparada para hacer frente a la siguiente desgracia.

Al final la puerta se abrió y Bertie salió, cojeando del brazo de Dorcas. La bota, la férula y las muletas eran más grandes que las dos piernas del pobre niño juntas. Estaba pálido, pero triunfante.

—¡Jenny! —gritó, viéndome enseguida—. ¡Jenny, me han cortado el tendón de la pierna!

—¡Eso es maravilloso! —Sonreí tras escucharle y le di una bolsa de melaza—. Qué bueno eres. Y a los niños buenos se les da golosinas.

—¡Hurra!

—No se quejó ni un poco —añadió Dorca mientras Bertie devoraba los dulces—. ¡Estaba más asustada que él!

—Tú también deberías comerte un dulce. El azúcar te animará. —Le di una palmadita en el brazo.

—¿Ya puedo ir al teatro? ¿Puedo subir las escaleras? —exigió

Bertie, con la boca llena. Como si yo fuera a dejar que el más pequeño de mi familia viera a la horrible Lady Macbeth de Lilith.

—Todavía no. Pronto. Imagino que todavía tienes que hacer mucha rehabilitación.

—Tiene que hacer unos ejercicios —dijo Dorca—. Le llevará poco tiempo, sobre todo porque no es muy mayor. Tenemos que evitar que se le gangrene. Pero el médico tiene esperanzas.

Las lágrimas se me clavaron en los ojos. Era un alivio pensar que Bertie podría tener más independencia a medida que creciera.

—Bueno, son buenas noticias, ¿no es así, pequeño? —Le ofrecí mi brazo a Bertie—. Busquemos un carruaje y vayamos a casa.

—No estoy ni medio cansado —accedió.

Cuando nos volvimos hacia la carretera, un carruaje de aspecto familiar se detuvo ante nosotros. Un caballo negro estaba entre las vías, con su aliento en el aire frío.

Casi perdí el equilibrio. Era el carruaje de los Dyer.

La señora Dyer bajó la ventanilla y esbozó una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, Jennifer. ¿Por qué pareces tan sorprendida? No creías que iba a dejar a este pequeño héroe ir cojeando todo el camino a casa.

—Señora Dyer… —Apenas había asimilado lo que había dicho—. Esta es mi hermana pequeña, Dorcas. Este es el pequeño Bertie…, Albert. No esperaba… —la señora Dyer levantó una mano.

—Sé perfectamente quiénes son estos jóvenes tan encantadores, no hace falta ninguna presentación. Cualquier amigo de Jennifer, queridos, es mi amigo. Ahora, pequeño Albert, ¿te gustaría celebrarlo yendo a casa en mi carruaje? —Bertie tenía la ilusión de que todas las Navidades habían llegado a la vez.

—¿No podríamos…? —empecé, pero James, el sirviente, ya se había bajado y estaba abriendo la puerta. La señora Dyer esperó a que se desplegaran los escalones y bajó a la acera. Ya no iba vestida de negro, sino con una chaqueta de paletó, una falta ajustada de tafetán malva y zapatos de la marca Moliere.

—Sube también. Tú también, señorita Dorcas. Estoy segura de que han puesto a prueba tus nervios. —Dorcas se tambaleó. La pequeña Rachel y su niñera se sentaron en los cojines de enfrente.

—Pero no cabemos todos dentro.

—Jennifer y yo iremos andando. Tenemos asuntos de los que hablar.

No me imaginaba cómo haría la señora Dyer para desplazarse con esos zapatos, pero a lo mejor solo quería acompañarme una parte del camino.

Dorcas me miró en busca de aprobación. Asentí con la cabeza. Ella subió, las manzanas de sus mejillas se sonrojaron mientras se sentaba en la tapicería fina.

El cochero hizo sonar su látigo y el vehículo se alejó. Mi corazón se hundió. No me gustaba la idea de estar cara a cara con la señora Dyer. Solo podíamos hablar de un tema.

—Tendrás que abrir el camino, Jennifer. Estoy acostumbrada a dejar que Lightfoot me guíe.

Me puse en marcha lentamente, teniendo en cuenta sus pasos cortos y torpes con esa falda fruncida. Un ómnibus pasó junto a nosotras, anunciando cacao en polvo. Al lado de la carretera había un espectáculo de títeres de Punch y Judy con una multitud de niños a su alrededor. Unos metros más abajo, una anciana había montado un tenderete para vender muñecos de madera.

La señora Dyer siguió mis pasos y sonrió con indulgencia.

—Oh, que Dios bendiga sus pequeños corazones. Qué placeres tan sencillos tiene uno cuando es un niño. —No respondí. Mi infancia había estado lejos de ser sencilla—. El pequeño Albert se ha portado impecable. Me imagino que la mayoría de los niños estarían empapados de lágrimas después de haber pasado por la operación a la que se ha enfrentado.

—Sí, señora. Así es Bertie. Nunca llora cuando uno espera que lo haga, sino que arma un alboroto por cosas insignificantes. —Hice una pausa—. Le agradecemos mucho que lo ayude. Especialmente después de toda su… decepción.

La señora Dyer se quedó callada un momento mientras cruzábamos la calle.

—Como puedes ver, he intentado por todos los medios recuperar algo parecido a la compostura. La necesidad me ha convertido en una actriz de teatro. Hugh no sospecha que estoy al tanto de su secreto. Él

se equivoca con su ignorancia, mientras que yo observo cada uno de sus pasos.

Siempre se trataba de espionaje. ¿Era actuar la única diversión que tenía y que la arrastraba a través de su dolor?

—¿Ha decidido qué hacer con su… apuro?

—Me meto en la biblioteca de Hugh por la noche para leer cualquier correspondencia que trae a casa. Estoy intentando localizar al niño. —Esto me sorprendió.

—¿Sí? ¿Para qué? ¿Lo adoptará?

—¡Dios, no! Quiero saber dónde está, si mi marido está usando mi dinero para mantener a esa criatura miserable. Debo tener toda la información a mano antes de abordar el asunto con él.

Una criatura miserable. Recordé al bebé de la fotografía, su nido de pelo oscuro, y mis sentimientos se suavizaron. Odiaba lo que el bebé representaba, pero, al fin y al cabo, era solo eso: un niño al que había que cuidar, como a cualquier otro.

—No es realmente culpa del bebé… —Intenté recordárselo.

—No puedo verlo como un bebé, Jennifer. Es una *amenaza*. Para mi matrimonio, para la reputación de nuestro teatro, para la propia Rachel. Supongamos que Hugh hiciera un testamento para favorecer a este bastardo. Imagina que después de su muerte, todo su dinero, que, ya sabes, es mayoritariamente mío, no pasara a Rachel, sino al hijo de esa… esa… —Se llevó un pañuelo a la boca. El recelo me golpeó en el estómago. Hace solo un momento, ella había mirado con afecto a los niños que veían Punch y Judy. Por lo general, la señora Dyer era la generosidad en persona, pero cuando se trataba de Lilith Erikson o de Eugene Grieves, se comportaba como una fanática.

¿Sería yo igual, frente a la descendencia de mi padre y la mujer que lo había robado? ¿Con un hijo de Greg y Georgiana? Esperaba que no. Pero no podía asegurarlo.

—Es difícil —admití—. Incluso si se enfrentara al gobernador, él no se deshará de Lilith. Ningún director de teatro la despediría ahora.

—No. —La señora Dyer sacudió la cabeza y sus pendientes se movieron—. No, la pícara nos puso en un aprieto, como seguro que pretendía hacer. ¡Tenemos el teatro lleno cada noche que se representa la función! Perder el dinero de las entradas no sería nada

para mí, pero si amenazamos con despedirla… Tiene un chantaje poderoso que ejercer sobre nosotros. Una prueba viviente de la vergüenza de Hugh. —Sus labios volvieron a temblar—. ¡Debo proteger a mi familia! Tiene que haber alguna forma de hacerlo, algún método que no estemos considerando.

Reflexioné sobre eso. Recordé cómo había aparecido Lilith en el callejón, actuando como una reina, y cómo Greg y Oscar se habían dejado de pelear por el orden que había puesto.

—El problema es su talento, ¿no? Le da poder. Ahora la gente la escucha de una forma en la que no lo hacía antes.

—A lo mejor si hiciera una o dos malas actuaciones… Quizás eso rompería el hechizo. —Fruncí el ceño.

—Tal vez. Pero ¿hay alguna probabilidad de que lo haga?

—Puede que haya algo que puedas hacer. Algo para… despistarla.

Rebusqué entre mis pensamientos como si fueran las páginas de una obra de teatro. La estrella de Lilith solo se había impulsado desde que recibió ese reloj. Si lo perdiera, de alguna forma… Eso haría que tambaleara su confianza, con toda seguridad.

—A lo mejor… —Empecé a decir, pero la señora Dyer se detuvo bruscamente a mi lado.

—Lo tengo. Por Dios, Jennifer, creo que lo tengo. Una manera de dejarla fuera de combate, por así decirlo. Pero todo dependerá de ti.

—¿Dejarla fuera de combate? —repetí. Empezaron a sonar unas campanas de alarma dentro de mi cabeza.

—Es una forma de decirlo. No te preocupes, yo me encargaré de los detalles. —De repente estaba radiante—. Por supuesto. ¡Por supuesto! ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Pero no puede ser inmediatamente. Déjame ver… Tiene que ser un domingo. Un domingo por la noche, cuando el teatro esté cerrado y no haya nadie cerca. —La señora Dyer enlazó su brazo con el mío y siguió andando con un nuevo vigor en sus pasos—. Esa miserable actriz se cree muy inteligente. Pero el Mercury es mi teatro. Hugh es mi marido. Yo soy la heroína de esta obra y yo escribiré el final.

CAPÍTULO 12

Otros teatros preparaban comedias musicales y espectáculos de Navidad, pero la actuación notoria de Lilith mantuvo la demanda de *Macbeth* por las nubes. Cada mañana seguíamos repitiendo que no quedaban entradas a los decepcionados que estaban en la taquilla. Parecía que la obra escocesa duraría al menos hasta Año Nuevo.

Quizá los decorados y el vestuario no estuvieran hechos para durar tanto tiempo. O a lo mejor todo el mundo estaba tan ocupado con las matinés nuevas que simplemente no tenían tiempo para limpiar. Pero me pareció que el Mercury no prosperaba en medio de su éxito. Cuanto más vívida era la representación en el escenario, más insípido se volvía todo lo demás.

Me senté en el sofá del camerino de Lilith, cepillando el vestido de brocado de la reina por lo que sentía que era la centésima vez. Alrededor del dobladillo había agujeros pequeños con bordes negros, el tipo de quemadura que podría hacer un caballero con un cigarro por accidente. ¿O tal vez había rozado las candilejas?

Lilith no se reía esta noche. Su atención estaba enfocada en el reloj. En este silencio antinatural solo se podía escuchar su mecanismo, su zumbido y su tictac.

Ahora que estudiaba su reflejo, vi que el espejo estaba manchado, con motas negras en los bordes a pesar de que lo limpiaba todos los días, y debajo del aire viciado de los lirios seguía habiendo ese olor rancio, a carroña.

Miré a Eurídice. Su pelaje estaba limpio, sus ojos eran brillantes; no parecía estar esparciendo suciedad, pero algo estaba destruyendo

todo mi trabajo duro en este camerino. ¿Qué demonios pasó aquí cuando nos fuimos?

—¿Lilith? —le dije. Se hizo el silencio. Apreté los dientes. A menudo tenía que hacer un tercer o cuarto intento antes de que se dignara a responderme—. Lilith, necesitamos que te vistas.

—¿Ya es la hora? —Ella mantenía la mirada baja.

—¡Dímelo tú! Estás mirando fijamente un reloj, ¿no? —Convulsivamente, cerró la tapa con un chasquido.

—No estaba mirando las manecillas… Estaba escuchando.

—¿Escuchando el qué?

—A la musa. Y no hace falta que pongas mala cara, Kitty. Podrías pensar que no soy del todo buena, pero creo que Melpómene me ha llevado hasta aquí, ¿no? —suspiró—. Eugene me enseñó a fracasar, a soportar con elegancia si alguien me llamaba la atención, cómo enfrentarme a las malas críticas. Nunca me dio una lección sobre qué hacer con… —Señaló los ramos de flores y los regalos apilados por todos lados— todo esto. Con el éxito. Nunca pensó que Melpómene llamaría a alguien que no fuera él.

—¿Y no puedes simplemente disfrutar de tu buena suerte?

—La estoy disfrutando —gruñó—. Pero no es suerte. Es el destino. Una llamada mayor.

Las luces parpadearon de forma energética.

—Bueno, esta actriz tan poderosa aún necesita que alguien la peine y le abroche el vestido. No lo olvides.

—Como si me fueras a dejar. Melpómene puede que me llame hacia arriba, pero tú, Kitty, eres mi sirena, me arrastras de vuelta a la Tierra. ¡Todavía no has arreglado esas luces! ¿Qué otra estrella se ve obligada a soportar una tormenta eléctrica en su camerino?

Nuestra agenda exigente estaba haciendo mella en el aspecto de Lilith. Sus ojos estaban inyectados en sangre y su piel estaba más seca que nunca. Esa raya gris que había notado en su pelo se había ampliado hasta tener el grosor de un dedo, y aunque podría teñirlo o cubrirlo con pintura aceitosa, me di cuenta de que sentiría preocupación si se tratara de cualquier otra persona.

Había costras que cubrían la herida en la parte superior de su brazo, cerca del hombro. Había dejado de preguntarme cómo se había

herido, pero mi mente seguía pensando en el enigma. No era un rasguño que se pudiera hacer accidentalmente, rozándose con un escenario plano. Era un corte con bordes dentados. El traspunte llamó a la puerta. Una máscara pareció instalarse sobre la cara de Lilith. Pensé en lo que Anthony había dicho sobre la transformación de actor en personaje; parecía realmente como si la propia Lilith se hubiera levantado y salido de la sala.

—No voy a ver la obra esta noche —dije—. Tengo trabajo que hacer.

Con una sola inclinación de la cabeza, se levantó y se alejó.

Eurídice soltó un suspiro largo y cansado. La observé por un momento, esperando una señal de maldad. Nada. Sea cual fuere la causa del olor y las marcas, no era el perro.

Saqué el taburete del tocador y me subí para examinar las luces. Los surtidores ardían constantemente sin olor a gas. Me quedé mirándolos, hipnotizada por el baile suave de las llamas amarillas. Lo que Lilith no sabía era que *había pedido* a uno de los gasistas que mirara las luces antes ese día. Dijo que no estaban mal.

A lo mejor se refirió a que no había nada mal a la vista. En cambio, seguí mi olfato. El hedor era peor al lado del tocador y llegaba hasta detrás del espejo. Todo lo que podía pensar era que un ratón había muerto y se había quedado atrapado entre el mueble y el zócalo.

Bajé y empujé el tocador a un lado. Las botellas se tambaleaban. Por primera vez, pude ver la pared detrás del espejo. Me quedé boquiabierta.

Había marcas de quemaduras en el papel de pared de color limón pálido. Algunas eran pequeñas y como de araña, otras eran tan grandes como la palma de la mano. Aquí no podía haber fuego. Me habría enterado. Con cuidado, toqué la pared. Parte del papel se había ampollado. Casi lo podía sentir, estaba burbujeando.

Se escucharon voces en la puerta de al lado. Esta era la pared que se encontraba entre los camerinos de los dos actores principales. Si hubiera problemas aquí, Anthony también los tendría. Solo había una manera de averiguarlo.

Un gato atigrado ocupaba el pasillo y sus pupilas estrechas seguían

mis pasos. Cuando llamé a la puerta de Anthony, Silas asomó su cabeza.

—¿Está Lilith cerca? —siseó.

Sacudí la cabeza. Sin decir ninguna palabra, me agarró de un brazo y me empujó adentro del camerino.

Anthony estaba de pie junto al cristal de la chimenea. Llevaba el jubón de Macbeth, pero los lazos al final de las mangas estaban desatados.

—No es nada, Silas. No involucres a la señorita Wilcox. Déjalo estar, es buena.

—¡Nada! —repitió Silas, incrédulo—. Mi querido amigo, ¿hasta dónde hay que llegar para que sea *algo*? ¿Cuando te arranque el brazo?

—Oh, venga ya.

—¿De qué va todo esto? —Miré a los dos. Anthony abrió la boca, pero Silas habló primero.

—Tu actriz, señorita Wilcox, simplemente está fuera de control. Se ha desbocado. Enséñale, Anthony, lo que te hizo esa mujer abominable.

—De verdad, viejo amigo, preferiría… —Anthony masajeó una mano sobre su mandíbula prominente. No terminó la frase, porque su ayudante de camerino le agarró la muñeca y le levantó la manga.

—¡Ahí! ¿Qué opina de *eso*, señorita Wilcox? —Mis ojos se abrieron de par en par. El brazo de Anthony estaba morado y negro, con moratones. Cuatro arañazos le rasgaban la piel cerca de la muñeca; uno de ellos seguía con sangre—. Y el otro brazo está igual.

Me sentí mal, recordando cómo Lilith me había magullado la mano.

—¿Lilith hizo esto? —Anthony se movió incómodo.

—Dudo de que quisiera hacerlo. Con la emoción de la escena, durante una actuación… Fue más bien un empujón a un compañero.

—¡Todo eso lo hizo en un momento! ¡Él solo fue corriendo a decirle que el rey estaba en camino y ella se aferró a él como una loca!

La había visto agarrarse a los brazos de Macbeth, como se le indicó, pero no tenía idea de que se hubiera aferrado tan fuerte.

—Solo hay que arreglarlo. Tengo que decir otro monólogo en un momento —dudó Anthony—. Dicho esto, Lady M. sale a escena después de mí. Es mejor que me envolváis el brazo con algo grueso para cubrirme.

—Tengo vendas —dije y me apresuré a buscarlas. Las mismas tiras que vendaron la herida de Lilith tendrían que servir también para las que ella infligió.

Fue una locura preparar a Anthony a tiempo. No tuve tiempo para asimilar lo que me acababa de enterar o de considerar cómo me hacía sentir. Pero una vez que el traspunte vino a por él, Silas y yo nos quedamos solos en el camerino y me di cuenta de que tenía miedo.

Empecé a tratar mejor a Lilith cuando echó a Greg. El veneno contra mi hermano me había cegado de la señal de advertencia. Seguramente una mujer que amenazaba a una persona con su perro era peligrosa.

—A lo mejor deberíamos decírselo al gobernador —dije en voz baja—. Ya ha hecho daño a alguien dos veces.

—Querida, sabes que no escuchará una palabra contra ella.

—Hay… algo mal, Silas. No solo Lilith. Las luces siguen parpadeando y hay marcas de quemaduras en la pared… —Me moví para examinar la pared entre los vestuarios. No había nada en este lado. Apreté la mano contra la pared, como lo había hecho en la de al lado, y solo sentí un vago calor—. Todo empezó cuando el gobernador le dio a Lilith ese reloj.

—Son ganancias mal conseguidas —comentó en tono sombrío.

—Ella cree que está bendecida por la musa Melpómene, pero…, para mí es más como una maldición. Y nunca he creído en ese tipo de cosas. —Silas, pensativo, jugueteó con su labio inferior.

—Mmm…, puede que pase algo relacionado con eso después de todo. La vida de Eugene Grieves fue exitosa, sí, pero su teatro estaba plagado de desgracias. Una vez, un candelabro cayó sobre el público en una función benéfica. Y luego estaba ese pobre actor supernumerario en *El collar de perlas*. No me acuerdo de su nombre. Se quedó atrapado en la silla de barbero de Sweeney Todd. —Hizo una mueca de dolor—. Espantoso, espantoso.

Este reloj no solo había inspirado actuaciones trágicas; parecía

traer tragedia a su paso.

—Silas, siempre le he querido preguntar algo. Sabe algo de latín, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué significa *Homo fuge*?

—¿Dónde has oído eso? —Se puso pálido.

—Está escrito en el reverso del reloj de bolsillo. Creía que lo conocía de algún sitio.

—Dios mío. —Se dejó caer en una silla. Apretó sus labios con tanta fuerza que desaparecieron bajo su bigote—. Que esto sirva de advertencia para todos nosotros.

—¿Qué pasa, Silas? ¿Qué he dicho?

—Esas palabras, señorita Wilcox, son un mandato para huir. Instan a cualquier mortal a volar tan rápido como sea posible antes de que el desastre lo alcance. Está en la obra *Doctor Fausto*. ¿La has visto? Las palabras aparecen en sangre en el brazo de Fausto, clamando contra su pacto con Mefistófeles.

Tuve en ese momento una sensación horrible, como si la piel se encogiera sobre mis huesos. Sentí que había vuelto a la galería del Helicón con la voz asustada de Philip sobre mi oído. *¿Ha pasado eso de verdad, Jenny? ¿Ha venido el diablo y se llevó a ese hombre al infierno?*

—A lo mejor… A lo mejor Eugene Grieves lo talló en el reloj. A lo mejor le gustaba esa parte de la obra —dije sin ganas.

—O a lo mejor estaba advirtiendo a los demás contra tratar con Melpómene. —Me aparté los mechones de pelo detrás de las orejas.

—No, no. Melpómene no existe. Es solo un mito que los actores se cuentan a sí mismos. Como esa herradura que tocan todos antes de salir al escenario. Les da confianza.

—Querida, he trabajado en el teatro desde antes que tú nacieras. Déjame decirte que hay más en esta superstición de lo que te gustaría creer. Los teatros no son como otros sitios. Son un portal entre nuestro reino e innumerables otros.

A lo mejor no importaba si era cierto, solo que los actores *creían* que era verdad. La sorprendente representación de Anthony de Macbeth había fracasado y muerto en cuanto el gobernador lo recompensó. Lilith se comportó como si fuera intocable por su

convicción de que Melpómene estaba con ella. A lo mejor una buena actuación dependía del estado de ánimo del actor, al igual que su formación.

Recordé lo que había dicho la señora Dyer acerca de echar a Lilith. Ella podía tener sus propias ideas para el próximo domingo, pero yo era la que trabajaba con Lilith día tras día. La conocía. Sabía lo que funcionaría.

—Quiero quitarle ese reloj. Le quitaría el viento a sus velas. Actuaría de forma diferente y podría calmarse un poco. —Miré esperanzada a Silas—. A lo mejor entonces Anthony tendría la oportunidad de destacar de nuevo.

—No te detengas a medias tintas. —Sus ojos brillaron con interés —. Si lo que me has contado es cierto, no basta con quitarle el reloj. Hay que destruir ese artilugio.

Como siempre, Silas fue un paso más allá. Temía considerar lo que diría la señora Dyer si su reliquia preciada resultaba dañada.

—No estoy segura de que eso sea posible.

—¿No lo puedes romper «por accidente»?

—¿Cómo? Lilith lo comprueba cada vez que sale al escenario. — Me froté la mano instintivamente, sintiendo los fantasmas de mis magulladuras—. Ya viste lo que le hizo a Anthony. Si yo rompiera su reloj, no estoy segura de si llegaría a vivir para contarlo.

—Por supuesto —dijo lentamente. Silas apoyó su cara entre las manos cuando posó los codos en sus rodillas—. Sabes lo que ha planeado el gobernador para mañana.

—¿Fotografías? —Tardé un segundo en recordarlo.

—Fotografías para la cartera. Están de moda estos días. La gente quiere tener un trozo pequeño de los actores. Habrá retratos por separado de Lilith y Anthony. Pero sé de buena fuente que el gobernador está planeando que haya una o dos de ellos juntos.

No entendí el objetivo de eso. Todo lo que podía pensar era que el pobre Anthony tendría que estar al lado de Lilith, después de lo que le hizo pasar anoche.

—Tú y yo —continuó Silas— estaremos de la mano para asegurarnos de que sean absolutamente perfectos. La cámara detecta defectos que no se pueden ver en el escenario. Tendremos que

empolvar sus rostros una y otra vez y retocar su ropa.

—¿Qué quiere decir, Silas?

—Lilith llevará su reloj, pero su atención se centrará en la cámara. Dices que comprueba la baratija antes de cada escena, pero dudo de que llegue a hacerlo entre cada toma.

—No…, probablemente no.

—Así que entonces es una oportunidad como ninguna otra. Te agachas, que tienes razón para hacerlo, para sacudirle la falda, para ajustarle el dobladillo, lo que quieras. —Hizo la mímica desde su silla —. Con su juego de manos, quitas el reloj de su falda y lo escondes en la palma de tu mano.

Me invadió una sensación de frío y malestar. ¿Podría hacer eso sin que Lilith se diera cuenta?

—¿Y luego qué?

—Después, querida niña, me lo darás. Si se da cuenta de que no está, su sospecha puede recaer sobre ti, pero una búsqueda rápida demostrará que eres inocente.

Eso era un poco de consuelo. Pero seguía pareciendo algo arriesgado.

—¿Y qué, se lo darás a Anthony?

—¡Claro que no! —Sacudió la cabeza—. La brillantez de Anthony no depende de nada tan efímero como una musa. Simplemente *tiene* talento. No, voy a fingir que lo subo a la sala de vestuario. Lo que haré en realidad será llevarme un martillo de carpintero y romper esa cosa odiosa.

Dio un golpe con su mano sobre la palma.

Silas lo hacía parecer muy sencillo. A lo mejor lo era. Solo la idea de deshacernos del reloj, de no volver a ver esas perlas abrasadoras de nuevo, me hizo sentir mejor. La señora Dyer estaría angustiada, pero al final del día me pareció el tipo de mujer que preferiría ver el reloj destruido que en las manos de su rival.

—Muy bien —decidí—. Hagámoslo mañana.

Un chillido rasgó el aire. Me puse en marcha, a pesar de haberlo oído muchas veces. Era el sonido de un búho. Significaba que, en el escenario, el rey Duncan yacía muerto y Macbeth no dormiría más.

—Ahí está nuestro presagio, nos lo da el propio Mercury. —Silas

me sonrió—. Mañana caerá la reina diabólica.

CAPÍTULO 13

Anthony ya había posado para los retratos en solitario. Se sentó junto al gobernador en la primera fila del patio de butacas, mirando a la selección. Llevaba un jubón real azul con rayas carmesíes y medias a juego, pero el hombre que salía en las tarjetas estaba reducido a tonos grises, blancos y negros: era Macbeth, deshaciéndose en cenizas.

Ahora era el turno de Lilith para que las miradas se posaran en ella en el escenario, frente al telón de fondo. Yo me quedé junto al foso de la orquesta, agarrándole del collar a Eurídice. Aullaba cada vez que brillaba el polvo.

A mí me parecía una fotografía excelente: Lady Macbeth con su brocado púrpura, colocando la corona sobre su frente. Pero el fotógrafo seguía desapareciendo bajo su capucha y saliendo con un suspiro.

—¿Por qué tardáis tanto? —demandó Lilith, atrapada en su pose.

—No conseguiremos una fotografía clara a menos que se quede quieta, señora.

—¡Si estoy quieta! —ladró Lilith.

El aire empezaba a saber a humo. Lilith parecía perfectamente inmóvil, una estatua, una columna de sal. Mis ojos seguían bajando hasta el reloj que oscilaba a medio camino entre su rodilla y su cadera. *Podía* arrebatárselo. Sabía que podía. Pero la idea de hacerlo me producía los mismos nervios que revoloteaban en Clementine antes de salir al escenario.

Eurídice gruñó ante otro destello.

—¿Has terminado? —preguntó Lilith con los dientes apretados.

—Me temo que no, señora. Son los músculos de su cara. Se desdibujan en cada placa. —Lilith bajó los brazos, resoplando.

—¡Señor Dyer! —llamó—. Señor Dyer, esto es inaceptable.

El gobernador levantó la vista de las fotografías de Anthony.

—¿Qué es esto?

Lilith se dirigió hacia el frente del escenario y extendió un brazo hacia el fotógrafo.

—He estado aquí, rígida como una tabla, y sin embargo este hombre dice que salgo borrosa.

—¡Vamos, eso es imposible! —comentó razonablemente el gobernador. Le dio las fotografías a Anthony, se puso de pie y caminó hacia la cámara con velo que estaba sobre el trípode—. ¿Puedo ver el supuesto problema?

El fotógrafo y su ayudante le mostraron una pila de placas descartadas. Me acerqué para verlas. La Lady Macbeth de las fotos no tenía un contorno claro. Estaba manchada, como borrosa en los bordes. Su cara parecía que estaba doblada, que se deslizaba, capturada en movimiento.

—No, no. Esto no servirá para nada. —El gobernador se acarició los bigotes—. Pero no es culpa de la señorita Erikson. Sabe perfectamente cómo posar para una fotografía.

Llegó la inspiración. Vi nuestra oportunidad, y el hecho de que Lilith estaba nerviosa solo ayudaría al asunto.

—A lo mejor, señor, deberíamos tomar un descanso de esta pose en particular —sugerí—. ¿No podría usted hacer las fotografías de Lilith y Anthony juntos? Por lo menos les daría a sus brazos un poco de descanso.

El gobernador no me había visto acercarme sigilosamente. Se volvió sorprendido al escucharme.

—Por mi alma, tienes razón, señorita Wilcox. Un cambio de posición será suficiente. Volvamos a ver esta fotografía más tarde.

—¿Podría sostener a la perra, señor? No le gusta el polvo. —Le di un golpecito a Eurídice con la pierna—. Tengo que ir a arreglar a la señorita Erikson.

—Por supuesto, por supuesto. Ven aquí, chiquitina. No eres tan mala después de todo, ¿eh?

Cansado, el fotógrafo dio órdenes sobre cómo los actores debían estar de pie. Anthony subió las escaleras hasta el escenario con Silas y yo siguiendo su estela. Mi corazón bombeaba como un pistón.

—El noble ha de estar mirando hacia arriba y hacia su destino. Hacia allá. —El fotógrafo señaló el lado derecho del palco—. Tal vez podría poner una mano en el pecho para indicar que es consciente de su destino. La dama se apoya en su hombro. Su hombro izquierdo, señora. Es sinuosa… acercándose para susurrar su veneno.

—Oh, ya veo —murmuró Lilith—. El hombre que comete el asesinato es completamente inocente, pobrecito.

—Espera —grazné. Mis cuerdas vocales estaban tensas. Me sentí expuesta allí, en el escenario, con las luces fluorescentes calientes sobre mi cabeza—. Tu cara no es uniforme, y dobla tu cuerpo.

—¡Sí, sí, déjanos trabajar! ¿Podría fotografiar estos sustos perfectos? —Silas se puso a rodear a Anthony como si fuera una gallina, pellizcándolo para empolvar su piel, que ya estaba encerada. Yo no necesité tocar a Lilith: parecía toda una reina asesina. Aun así, le arreglé el pelo y le puse carmín en los labios, mientras evitaba su mirada.

Anthony separó los pies y se puso de pie como se le indicó, con un semblante noble con la barbilla levantada. Una mano descansaba sobre su vaina, la otra tocaba su corazón. Lilith apoyó su peso en su hombro.

Sintiéndome mal, me incliné y sacudí su falda. Incluso con los asientos del teatro vacíos, tuve la sensación de que me observaban. Mi mano no tembló; desprendí el reloj en un movimiento rápido sin tantear.

La sangre se me subió a la cabeza cuando me levanté demasiado rápido, pero Silas estaba a mi lado en un instante, sosteniendo el reloj. Seguía esperando a que Lilith gritara, o a que el gobernador levantara el tono, pero ella mantuvo su postura, y él siguió alborotando a la perra. Juntos, Silas y yo nos fuimos a los laterales del escenario. Su sonrisa triunfal brillaba en las sombras. Por supuesto, Lilith notaría su pérdida en algún momento y se desataría el caos. Pero, por ahora, éramos conquistadores.

El fotógrafo hizo al menos tres disparos. Entonces Silas lanzó un

suspiro tan dramático como lo hubiera hecho cualquier actor.

—No —gritó, saliendo al escenario—. Falta algo. Un elemento vital. Lady M. debería estar sosteniendo la daga.

—Por el amor de Dios —gimoteó Lilith—. ¡Señor Dyer! —El gobernador ladeó la cabeza.

—En realidad, señorita Erikson, creo que tiene razón. Esa imagen sería impactante: la daga descansando en su mejilla. ¿Podemos parar un momento?

Anthony tragó saliva. Podía adivinar lo que estaba imaginando, pero las dagas no estaban afiladas. Lilith lo soltó con un quejido. Temía que mirara hacia abajo, o que se moviera y notara que su faja pesaba menos.

—Está arriba, en la sala de vestuario; la estuve abrillantando antes. Volveré en un abrir y cerrar de ojos. —Silas me guiñó un ojo y desapareció por la salida opuesta del escenario. Escuché el crujido de la escalera bajo su peso mientras subía.

Bajé los escalones y tomé a Eurídice de los brazos del gobernador.

—Gracias, señor. Ahora puedo apañármelas.

Eurídice levantó los ojos en señal de reproche, en silencio. Los animales eran astutos; podía oler, sin duda, mi traición.

El fotógrafo frotó con furia el objetivo de su cámara.

—¿Qué pasa, hombre? —demandó el gobernador.

—Lo siento, señor. Nunca me había pasado esto. Hay una especie de moteado.

—¡Esto es absurdo! Su cámara es defectuosa. Primero las fotografías salen borrosas y ahora tienen manchas. ¿Tiene otra?

Silas solo se había ido un minuto o dos. Sentía su ausencia como una vida entera. Ansiaba la certeza de que habíamos terminado la hazaña, que el reloj estaba hecho pedazos. ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría llegado a la sala de vestuario?

Arriba, en el escenario, Lilith posó sus manos sobre sus labios, escuchando al fotógrafo discutir con el gobernador.

—No me voy a tragar esta tontería —interrumpió—. Llevamos horas aquí.

—Yo me encargaré del problema, señorita Erikson —prometió el gobernador.

—No, enséñamelos. Enséñame mis supuestos errores. —Ella bajó los escalones hacia nosotros. Mi corazón se congeló en mi pecho. Seguramente ahora echaría de menos el reloj, que le solía golpear el muslo. Pero pasó por delante de mí y de Eurídice sin detenerse. Su cabeza desapareció bajo el velo de la cámara.

—¡Ahí! —Su voz salió amortiguada—. No salgo borrosa. Veo las manchas, pero mi contorno está claro. He estado de pie correctamente todo el tiempo. —Hizo una pausa, con la cabeza todavía escondida—. Espera un momento. No puedo ver… ¿Dónde está mi reloj?

Fue entonces cuando Silas gritó.

Su grito resonó entre bambalinas y rebotó en el auditorio. Miré hacia arriba pero no había nada que ver, todas las cuerdas y poleas estaban en la sombra. El silencio parecía prolongarse.

—¿Viejo amigo? —llamó Anthony, con un tono alarmado en su voz—. ¿Está todo bien?

Como respuesta, chirrió un torno. Algo cayó en picado hacia abajo, rápido. Apenas hubo tiempo de parpadear antes de que se estrellara contra el escenario, con una fuerza tan grande que abrió la trampilla.

Anthony pegó un salto. Eurídice ladró y se retorció en mis brazos para que la soltara.

El gobernador se precipitó al escenario y se quedó mirando la trampilla abierta como un doliente sobre una tumba.

—¡Dios mío!

Me abandonó toda razón, me imaginé que Melpómene había atrapado a Silas, que le había golpeado con su garrote.

El auditorio se sumió en un caos total. Podía escuchar gritos y pasos desde el sótano debajo del escenario.

Anthony, al levantarse, dio un bandazo hacia la trampilla.

—¡Silas! —El gobernador se aferró a él para mantenerlo alejado de la trampilla—. ¡Silas!

No podía ser verdad. Me apresuré a ir al lado del escenario donde había una escalera que llevaba al sótano. Los hombres habían subido corriendo desde el elevador por poleas. Las linternas mostraban sus rostros ausentes, horrorizados.

La sangre se esparcía por el suelo. Silas yacía retorciéndose en el centro, con la parte posterior del cráneo abierta como un huevo. Sus

piernas estaban en una posición extraña. Inclinadas.

No parecía real. No podía ser real. Tenía que ser solo un efecto escénico.

—¡No! —Corrí para intentar ayudar, pero ninguna venda lo iba a curar. Él balbuceaba y gemía, la sangre salía de su cuerpo a borbotones.

—Silas, ¿qué ha pasado?

No podía decírmelo.

Nadie sobreviviría a esto. El calor empapó mi falda y supe que solo iban a pasar unos minutos antes de que mi amigo muriera. Busqué su mano. Estaba rígida, aferrada al reloj de Lilith como si fuera una garra.

Sus ojos suplicaban a los míos, pero su boca se negaba a colaborar y, cuando me incliné, todo lo que alcancé a notar fue su último aliento.

—No —sollocé—. Por favor, no.

Los hombres se me acercaron y empezaron a apartarme.

—Vamos, señorita. No hay nada que pueda hacer.

—¡No quiero dejarlo!

—Es mejor no tocarlo demasiado. Tenemos que llamar a la policía, señorita.

Eurídice pasó por delante de mis piernas. Por un breve momento, pensé que el animal había venido a ofrecerme consuelo. Pero, en su lugar, la perra de Lilith trotó hasta el cuerpo roto de Silas; sus patas estaban empapadas de color rojo y tranquilamente lamió su sangre.

CAPÍTULO 14

El forense llevó a cabo una investigación en el *pub* local. La muerte de Silas fue analizada en un lugar que apestaba a cerveza y humo de pipa, mientras su cuerpo yacía al lado, en una sala sin importancia. Hicimos todo lo posible para que los jueces y los periodistas lo vieran, pero verlo todavía ponía verdes a los hombres. No era justo. En vida, Silas había sido muy elegante.

Los testigos nos apretujamos alrededor de una mesa circular marcada con aros de vasos húmedos. Anthony estaba desaliñado sin la mano correctora de Silas: su pelo estaba imperfectamente engrasado y su corbata estaba torcida. Se aferraba a un pañuelo con el borde negro, pero dejaba que las lágrimas fluyeran sin control. Me di cuenta de que no podía llorar después del estallido inicial. Mi mente era una maraña de preguntas que necesitaban una respuesta antes de que pudiera hacer el duelo.

La investigación hizo muy poco para aclarar las cosas. No había daños en el puente ni roturas en la barandilla, nada que sugiriera por qué se cayó. Ni una sola persona había estado allí para ver lo que pasó.

¿Y qué podía informar yo? ¿Que una vez dije «Macbeth» en voz alta y fallé al girar tres veces? ¿Que Silas había muerto con un reloj maldito en la mano? Era una tontería, y lo sabía. Sin embargo, había una parte de mí que susurraba que estos hechos eran pertinentes.

Fue Lilith quien tocó el reloj durante su interrogación, aunque no de la manera que yo lo esperaba. Se colocó sobre la silla, como si se tratara de un asunto de poco interés.

—¿Ha notado en sus pruebas que el hombre desafortunado tenía… cómo decirlo…? —Se frotó la barbilla—. ¿Que estaba en posesión no autorizada de mi pertenencia? No digo esto para mancillar su carácter. Pero puede ser significativo. Si el fallecido tenía el hábito de robar, puede haber conseguido enemigos.

Anthony se levantó y salió de la sala.

La vergüenza puso sus manos pesadas sobre mis hombros. Había sido mi idea robar el reloj, pero Silas estaba asumiendo la culpa, incluso muerto. De una forma extraña, sentí que le había hecho a Silas lo mismo que me hizo Greg.

Cuando Lilith volvió a nuestra mesa, se atrevió a sacar la baratija de su bolsillo y acariciarla. No había un golpe ni una marca en el estuche de ónix. Lilith simplemente había limpiado la sangre de Silas y lo había recuperado enseguida. Después de menos de una hora de consideración, los jueces emitieron un veredicto de muerte accidental. El Mercury no era culpable de ninguna negligencia. Según el jurado, Silas, que había subido a la sala de vestuario durante décadas, se había tropezado por un descuido y había caído en picado hacia su perdición.

Nadie quedó satisfecho. ¿Pero qué otra cosa podía encontrar el jurado?

El gobernador se inclinó para dirigirse al pequeño grupo que estaba alrededor de la mesa.

—Este ha sido un día difícil. Volvamos a reunirnos abajo y levantemos una copa en memoria de Silas.

Bajamos la escalera y giramos a la izquierda hacia el salón principal, una habitación llena de caoba, lámparas de latón y cristales grabados. Parecía demasiado descarado y agradable, como si no yaciera un cadáver en pedazos en el piso de arriba.

La gente se detenía para ver pasar a Lilith. Los murmullos zumbaban: «¿Es ella?». «¡Mira quién es!». Ella fingió no escucharlos, solo sonrió con su sonrisa provocativa. Tenía ganas de quitársela de la cara.

Ya estaban allí otras personas del teatro. No habían sido testigos, pero querían asistir por respeto. La señora Dyer estaba sentada en un sofá pequeño, conversando con Clementine. Llevaba ropa negra de

nuevo.

Rara vez había visto a la señora Dyer y a Lilith en la misma sala. Me preguntaba qué harían, pero cada una parecía contentarse con ignorar a la otra, comportándose como si simplemente no existiera.

La señora Nettles estaba de pie junto a la barra, con un sombrero que cubría su pelo de color Tiziano. Ella estaba pidiendo un jerez, pero pidió dos cuando me vio.

—Parece que te vendría bien tomar uno, señorita Wilcox.

Acepté la copa con gratitud. El dulce y rico sabor del jerez dio a mis sentidos una patada muy necesaria. La señora Nettles sacudió la cabeza.

—Pobre Silas. Hemos trabajado juntos durante mucho tiempo. ¡Nunca me imaginé que terminaría así! Solía quejarme de sus pequeños caprichos, pero le tenía cariño.

—Él lo sabía, señora Nettles. La consideraba una verdadera amiga.

Era fácil consolar a los demás, lo había hecho la mayor parte de mi vida. Pero en mi interior estaba repasando todo de nuevo. ¿Podría haber habido alguien entre bambalinas que empujó a Silas del puente? ¿Alguien que huyó antes de que le pudieran atrapar? Parecía la única explicación lógica, aunque era muy poco tranquilizador imaginar que hubiera un asesino en el Mercury. ¿Y quién querría hacer daño a Silas?

Miré a Anthony, que estaba desplomado en un rincón, con la mesa ante él llena de vasos vacíos.

—Pobre señor Frost. Parece que ha perdido un miembro de su cuerpo. Eran muy cercanos, ¿no es así? Incluso con la diferencia de edad que había entre ellos.

—Sí —respondió ella con cuidado.

—No puedo imaginarme ser amiga así de Lilith.

La señora Nettles arremolinó su jerez en la copa.

—A lo mejor… había… algo más que amistad. —Levantó la vista rápidamente—. No dirás nada, ¿verdad?

—No, no, por supuesto que no. —La miré por un momento—. No es de mi incumbencia.

Ella asintió con la cabeza.

Ahora que lo pensaba, tenía mucho sentido. Y la pérdida de

Anthony hacía parecer que todo era aún más insoportable. ¿Sería mi culpa?

Dejamos el bar cuando seguíamos teniendo jerez y pedimos una mesa cerca del sofá. El gobernador estaba de pie detrás de su esposa, que ahora estaba sentada. Lilith se quedó un poco al lado.

—He anunciado que el Mercury cubrirá todos los gastos del funeral —dijo el gobernador—. Espero haber hecho bien, querida.

—Sí, perfectamente. No me gustaría que fuera de otra manera. Silas debe tener lo mejor. No escatimaremos en gastos. Lo organizaré todo yo.

La señora Nettles y yo intercambiamos sonrisas tristes. A él le hubiera gustado eso. Silas siempre quiso lo más refinado en vida.

—Probablemente Anthony Frost quiera organizarlo —dijo el gobernador—. Silas no tenía familia con la que hablar. El señor Frost y él eran como hermanos.

—Pf. —La señora Dyer agitó una mano, llevaba guantes negros—. Solo mira cómo está el pobre hombre, Hugh. No está en condiciones ni siquiera de arreglar su propia corbata.

—Y lo que es más importante, ¿cómo va a interpretar a Macbeth? —preguntó Lilith.

La señora Dyer dio un sorbo a su bebida como si no hubiera escuchado nada. Pero Clementine se movió a su lado.

—¿De verdad que a alguien se le ocurre pensar en eso?

El teatro solo había estado cerrado un par de días mientras se llevaba a cabo la investigación. Querían hacerla lo antes posible, antes de que el cuerpo empezara a descomponerse.

—No —dijo el gobernador con fuerza—. No, tendrá que actuar el suplente. Es justo que el señor Frost tenga permiso de ausentarse.

—El suplente —repitió Lilith con desprecio—. No tiene ni la octava parte del talento de Anthony.

Era la primera vez que la escuchaba hablar del talento de alguien que no fuera el suyo propio.

—Pocos hombres poseen tal don, pero debemos reabrir de todos modos. Me ha costado una buena suma de dinero el reembolso de las noches que hemos cancelado.

La señora Dyer dio un respingo, enfadada. En realidad, se trataba

de su dinero.

—¡Por supuesto que debemos reabrir! —exclamó Lilith—. Hemos perdido tiempo. El respeto está muy bien, pero el no representar una obra no va a hacer que el hombre vuelva a estar vivo.

La señora Nettles agarró con fuerza su vaso. Incluso el gobernador parecía avergonzado.

—Todo el público estará allí para verla, señorita Erikson —dijo en un tono conciliador—. No importa quién actúe con usted.

—A mí sí me importa.

La señora Dyer se levantó tranquilamente de su sofá.

—Bien, querido —dijo, dirigiéndose solo a su marido—. Tú eres quien lleva mejor estos asuntos. Hazme saber cuándo planeas reanudar la obra, y qué puedo hacer para ayudar en el funeral. Estoy a tu servicio.

Vi lo que estaba haciendo: presentarse a los demás como la esposa amable y razonable al lado de la mujer obstinada. Dio sus frutos; salió como la mejor de las dos.

La señora Dyer se acercó a nuestra mesa.

—Señora Nettles, señorita Wilcox. —Su expresión se arrugó en simpatía—. Mis condolencias por vuestra pérdida.

—Gracias, señora —murmuramos ambas en nuestras copas.

—Señorita Wilcox, me temo que esta triste ocasión pone fin al pequeño proyecto del que hablamos. Pero ten la seguridad de que le prestaré toda mi atención una vez que el Mercury vuelva a abrir sus puertas.

Así que todavía valoraba su plan. Bien. Le enseñaríamos a Lilith a no tomar la muerte de Silas con tanta frivolidad. Quería a ella y a ese reloj lejos del teatro, ahora más que nunca.

—Esperaré sus instrucciones, señora Dyer.

—Excelente. —Acarició mi hombro, se dio la vuelta y se sentó de nuevo junto a Clementine en el sofá.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la señora Nettles.

No respondí. Lilith me miraba atentamente. Sus ojos eran dos dagas de acero que me clavaban a la silla.

CAPÍTULO 15

La cita de la señora Dyer llegó antes de lo que esperaba, solo una semana después del domingo que habíamos fijado al principio. Tal vez era mejor actuar mientras nuestros nervios se mantuvieran. Si teníamos demasiado tiempo para reflexionar, podría empezar a preocuparme de que todos los intentos contra Lilith estuvieran destinados a terminar en una muerte.

Me inquieté junto a la ventana, esperando a que llegara el carruaje. Mis tripas se retorcían como un barril de anguilas.

—Son horribles haciéndote trabajar un domingo. —Dorcas se sentó frente a Philip en la mesa, jugando a las cartas.

—No es trabajo exactamente. Es complicado.

Philip consideró su mano antes de jugar. Su expresión seguía siendo sombría.

—¿Tiene algo que ver con el hombre que murió en el teatro?

Miré a Bertie, que hacía sus ejercicios de rehabilitación solo en un rincón. Había intentado restar importancia a la muerte de Silas en casa, aunque no pude evitar las historias que salían en los periódicos y los cotilleos.

—Sí, eso es —mentí—. Estamos llevando a cabo controles de seguridad adicionales. Tomando precauciones para asegurarnos de que todo esté bien para retomar la obra de teatro mañana.

—Pero ¿quién garantiza que sea un sitio seguro para ti? —preguntó Philip. Era una buena pregunta. Intenté que no me desconcertara.

—La señora Dyer cuidará de mí. Tengo que ayudarla después de

todo lo que ha hecho por nosotros. No solo ha arreglado el pie de Bertie; está buscando una casa a la que poder mudarnos también. Estas señoras ricas conocen a gente importante. Vale la pena mantenerlas contentas.

Dorcas puso una carta en la mesa.

—Sigo pensando que te mereces un descanso el domingo. Ya es bastante malo que te haga vestir a la actriz esa a la que odias.

Sonreí y contesté que no importaba. Hubo un tiempo en el que le contaba a Dorcas mis secretos, pero ¿cómo le iba a explicar lo que estaba pasando? No había oído hablar de Melpómene ni de la maldición de *Macbeth*. Ni siquiera le importaban mucho las obras de teatro desde *Doctor Fausto*. Cada vez que quería confiarle algo, las palabras se me derretían como azúcar en la lengua.

Al final, las luces se balancearon a través de cristales empañados. El carruaje se detuvo mientras que sus lámparas brillaban.

Agarré mi capa y mi sombrero.

—Bien, me voy. —Besé a todos rápidamente por turnos, mis labios apenas rozaban sus mejillas.

La señora Dyer me dio la bienvenida en el carruaje con una sonrisa infantil.

—¡Por fin ha llegado el momento! Toma este ladrillo. Hace frío, pero las estrellas brillan. Bendicen nuestros esfuerzos.

Apoyé mis pies en el ladrillo con gusto. Tenía razón; hacía mucho frío.

—¿Cuáles *son* nuestros esfuerzos exactamente, señora Dyer? —Se llevó un dedo a la nariz.

—Todo se aclarará. Lightfoot tiene la orden de parar en la casa de un amigo mío cerca de Charing Cross. Espero que no te importe dar un pequeño paseo hasta el Mercury. Pensé que era mejor que los sirvientes no supieran nada en absoluto. En lo que a ellos y a Hugh se refiere, estamos asistiendo a una reunión filantrópica.

Me recordé a mí misma que le gustaba crear cuentos. No significaba que lo que planeaba fuera tan malo que necesitara una coartada.

El sabotaje era fácil cuando la dueña del teatro era cómplice. La señora Dyer introdujo su llave en la puerta del vestíbulo principal y,

por primera vez, entré en el Mercury como lo haría una persona de calidad. No había estado dentro desde que murió Silas hace quince días. Parecía un lugar diferente cuando estaba deshabitado. Todos los sueños y fantasías dormían. Podía sentirlos, cargando el aire, esperando su momento, observándonos a su vez.

Nuestros zapatos se clavaron en las baldosas de parqué del vestíbulo. Parecían sucios, pero a lo mejor solo eran sombras.

—¿Puedes ver? —siseó la señora Dyer. Incluso su susurro hizo eco en el espacio vacío.

—Muy poco.

—No podemos iluminar todo, la gente se dará cuenta de que estamos aquí. Iré a buscar unas linternas. Mantengámonos alejadas de las ventanas. —Pasó por detrás de la taquilla hacia una oficina, dejándome sola.

La escalera bifurcada se elevaba ante mí, con su maraña de barandillas de hierro que se extendía como las ramas de un árbol en la oscuridad. El candelabro tintineaba suavemente. Debía haber una brisa que se colaba por las juntas de las ventanas y agitaba los cristales. El aire tenía un olor extraño, como si estuviera condimentado con carbón, aunque solo podía ser polvo. Me di cuenta, observando la grandiosa arquitectura y la majestuosidad del lugar, de que el edificio se parecía a un mausoleo.

La luz me atravesó los pies. La señora Dyer salió con dos linternas.

—Aquí está la tuya —me dijo, dándome una. Las sombras hacían que su cara pareciera demacrada—. Bien, ¿dónde guardas el vestuario de Lilith?

—En el camerino.

—Excelente. Vayamos allí entonces.

El sudor corría por mi cuello, aunque el teatro estaba helado. Era demasiado pronto después de la muerte de Silas, no estaba preparada para estar aquí de nuevo.

Entramos con pies de seda en el camerino de Lilith y tosimos por el hedor. Los lirios se habían enmohecido. Apunté con mi linterna a la pared detrás del tocador; las manchas negras se habían extendido aún más, devorando el papel.

—Tendremos que hacerlo en el pasillo —decidió la señora Dyer,

con un pañuelo sobre la nariz—. Deben poder oler las hierbas. Trae el vestuario de Lilith.

—No lo entiendo, señora.

—Los gatos. Vamos a dejar a los gatos en su vestuario.

—Pero… Ella es alérgica a los gatos.

—No demasiado —señaló la señora Dyer—. Si lo fuera, no podría trabajar dentro de este teatro en absoluto. Nuestro objetivo es hacer que se sienta incómoda. Para distraerla por completo de su actuación.

Recordé a Lilith en el *pub*, hablando mal de Silas en público, diciendo que el teatro no tenía que cerrar por él. Pensé en la pequeña Rachel, atrapada entre sus padres. El bebé de pelo oscuro que Lilith presumiblemente había abandonado. Mis escrúpulos disminuyeron hasta que finalmente se apagaron.

—Deme un minuto.

Las bisagras de la puerta crujieron al abrir el armario. Puse mi linterna sobre el brocado, la falda de damasco plisada con cortes y una bata con mangas de color tinta. Manipularlos me parecía un sacrilegio. Entonces vi el camisón que había vuelto a coser apresuradamente después de que el original hubiera quedado empapado de sangre. Lo envolví en mis brazos y me reuní con la señora Dyer en el pasillo.

—Solo este —especifiqué, extendiendo el camisón por el suelo en forma de una estrella blanca—. Es el de su última escena: *Fuera, maldita mancha*. Todos dicen que es su mejor escena. Esa es la parte que hay que estropear. Y si se pone enferma, no interferirá con el resto de la actuación.

—Qué astuta. Supongamos que funciona. ¿No deberíamos dar más tiempo para que la reacción haga efecto? No quiero que esta artimaña se desperdicie.

—Funcionará. —Hablé con más convicción de la que sentía. Silas había estado tan seguro de que nuestro plan para destruir el reloj también funcionaría…

—Muy bien. —La señora Dyer sacó un paquete y comenzó a espolvorear algo sobre el camisón. Pronto la tela se cubrió de motas pequeñas.

—¿Qué es eso?

—Raíces de valeriana y una planta de la familia de la menta. —La

señora Dyer volcó el paquete, vaciándolo—. Ya verás su efecto. Solo espera. Venid, gatitos, gatitos. —Besó sus propios labios.

El flujo comenzó lentamente. Aparecieron dos puntos brillantes y reflectantes al final del pasillo. Hubo un maullido y luego un silbido.

Una veintena de luces se movieron en la oscuridad. Era una procesión de hadas y venían hacia nosotras.

El gato atigrado se acercó primero, mostrando sus dientes blancos afilados. Un gato blanco y negro le seguía de cerca, delante de un gato gris escurridizo.

No me había dado cuenta de que había tantos gatos en el teatro. Fluían como un líquido hacia el camisón, en el que se revolcaban y retorcían de gusto. El pasillo vibraba con un zumbido bajo y resonante.

—Qué gatitos tan buenos —canturreó la señora Dyer—. Gatitos buenos, gatitos buenos.

Sus ojos brillaban de color verde arsénico a la luz de la linterna. Por un momento, mi corazón me perdonó. Vi a una mujer con labios rojos, esparciendo sus hierbas y comandando a un ejército de gatos.

Si hubiera sido una escena de una obra de teatro, habría dicho que ella era la bruja de verdad.

Lilith actuaba perdida en el escenario. En la primera noche que reabrimos el teatro, actuó con una intensidad que era casi dolorosa de ver. El gobernador tenía razón cuando dijo que no importaba si el suplente sustituía a Anthony. Nada importaba, hasta que Lilith salía al escenario.

Irrumpimos en el camerino, después de la escena del fantasma de Banquo. Seguía siendo Lady Macbeth. Puede que tuviera el rostro de Lilith, moviera su cuerpo y se escondiera detrás de su piel pálida, pero sin lugar a dudas el personaje seguía de pie ahí.

—Desátame —ordenó. El siguiente vestido era el último, el camisón contaminado. Crucé mis manos.

—No vuelves a salir hasta el quinto acto. Todavía queda mucho tiempo.

—Te he dicho que me desatases. No he pedido tu opinión.

¿Iba a reaccionar de inmediato? Eso arruinaría el plan de la señora Dyer; toda la irritación le pasaría fuera del escenario y Lilith tendría tiempo para recuperarse. O supongamos que su alergia era peor de lo que pensábamos. ¿Qué pasa si me quedo aquí sola con una mujer con una crisis alérgica? Deseé que la señora Dyer no me hubiera puesto en medio de todo esto.

—¿Estás sorda o qué?

De mala gana, me acerqué y empecé a desatar el nudo que tenía en la espalda. Iba tan despacio como podía. Lilith resopló y bufó con frustración. Estaba temblando, hambrienta, como si solo estuviera satisfecha en el escenario, como si viviera solo de Shakespeare.

—Date prisa.

Estaba haciendo todo lo posible para extinguir cualquier sentimiento persistente de remordimiento que pudiera tener. Separé la tela trasera del vestido, hasta que su camisa blanca y el corsé aparecieron detrás de la red de lazos. Entonces me fui hacia la parte de delante para tirar del corpiño y quitárselo de los brazos.

Había más resistencia que de costumbre. La tela se desprendió con un sonido pegajoso, como un beso. Entonces fue cuando me di cuenta de las manchas de su corsé.

El horror me mantuvo rígida.

—¡Ahora la falda! —insistió.

—Lilith, estás sangrando.

—¿Qué? —Miró hacia abajo.

—Tus pechos… están sangrando. —El suelo se movió bajo mis pies. No podía ver sangre de nuevo, no tan pronto desde la muerte de Silas.

—Mierda. Mierda, mierda. —Se frotó el pecho—. Trae mis vendas.

Nunca había visto algo así. Con un nudo en la garganta, hice lo que me dijo Lilith y evité mirarla mientras ella se ponía las vendas. No dejaba de pensar en las descripciones que hacía la señora Dyer de Lilith. Antinatural. Poco femenina. Una mujer de cuyos pechos no fluía leche, sino sangre.

—Trae el camisón.

—Pero… —empecé a decir.

—¡Tráelo!

Me acerqué temblando al armario. Las bisagras chirriaron de nuevo, me gritaban. Eurídice resopló cuando saqué el vestuario. Debía ser capaz de oler la caspa de los gatos.

—Déjalo ahí en el sofá y vete —ordenó Lilith, que seguía poniéndose el corsé.

—¿No necesitas ayuda? —dudé.

—No quiero que me limpies los pechos. Yo pongo el límite hacia mi humillación particular. Ahora vete. Fuera de aquí. —Hizo un movimiento con las manos para echarme—. Déjame un poco de dignidad.

Di gracias por poder escapar del olor a sangre. Eurídice me siguió con una mirada torva, sus ojos marrones estaban llenos de desconfianza.

Jugué con la idea de esconderme en la sala verde, pero si Lilith enfermaba en el escenario, podría parecer sospechosa por mi ausencia. Debería estar allí, a mano, para lo que pudiera pasar después. Mis entrañas estaban desgarradas y llenas de miedo mientras me dirigía a los laterales del escenario. Lilith ya estaba enferma. ¿Y si tenía una reacción ahora, sin nadie cerca?

La hazaña ya estaba hecha, no podía retractarme. No había ningún remedio, aparte de ver qué pasaba.

Las luces de la escalera de hierro se movieron cuando llegué. Oscar estaba allí, con un aspecto reconfortante, con su mono de pintor; era algo real, cuando sentía que todo lo que me rodeaba parecía una locura.

—¿Eres tú, señorita Wilcox? ¿Ya estás de vuelta en el trabajo? Me dijeron que estabas aquí cuando… cuando pasó lo de…

Tragué saliva. El espíritu de Silas había abandonado su cuerpo justo debajo de nuestros pies. De alguna forma, seguía esperando que se precipitara desde la rejilla de nuevo en cualquier momento.

—Sí, estuve aquí. Fue horrible, Oscar. Peor incluso que Eugene Grieves… No puedo pensar en cómo se cayó.

—Han cambiado todo el puente —me tranquilizó—. No había ningún problema a la vista, pero parte de la madera estaba un poco carcomida. Ahora es seguro.

Sacudí la cabeza. Seguía pensando que alguien había empujado a Silas.

—No sé cómo me atreveré a subir allí. —Oscar extendió la mano y me tocó el hombro.

—Espérame mañana por la mañana. Subiremos juntos la primera vez. Verás que no hay de qué preocuparse.

Eso fue amable. Algo que me habría esperado del hombre que conocía como amigo de Greg. Había estado tan ocupado que no habíamos hablado siquiera de nuestro encuentro con Greg o de cómo se sentía Oscar al saber que su antigua prometida estaba casada. Deberíamos hablarlo. Los dos necesitábamos a alguien en quien confiar. Oscar podría entender las cosas que no podía decirle a Dorcas, aunque dudaba de que comprendiera lo que estaba haciendo esta noche.

El escenario de la primera escena del quinto acto ya estaba preparado. Los tapices y los candelabros evocaban una antesala del castillo de Macbeth. Dos actores, vestidos como un médico y una mujer que esperaba, hicieron su entrada y consultaron sobre el sonambulismo de Lady Macbeth.

No pude prestar atención a sus frases. Estaba tan ansiosa como Clementine con su miedo escénico, esperando la señal.

Ved ahí, ¡aquí viene!

Un violín trinó en la orquesta. Mi mirada voló al otro lado del escenario, donde Lilith debía entrar a escena.

No había nadie.

Maldije en voz baja. Ella nunca fallaba.

La actriz que interpretaba a la mujer que esperaba parecía nerviosa, pero se vio obligada a continuar.

Esta es su apariencia misma; y, por mi vida, está profundamente dormida.

Todavía no había movimiento entre bambalinas. Un murmullo se extendió por el patio de butacas.

Oh, Dios, ¿Y si Lilith estaba tumbada, resollando lentamente hasta morir en su camerino? ¿Qué había hecho?

La mujer que esperaba habló tan fuerte como pudo, esperando claramente que Lilith escuchara la palabra clave esta vez.

Obsérvela, póngase cerca.

Pasó un segundo tenso. Entonces, finalmente, Lilith apareció, con un pálido rostro brillante a la luz de gas.

Sus pies no hacían ruido sobre las tablas. Solo la cola de su camisón susurraba a su paso, secretos de tarlatana y tul. Llevaba una sola vela. Su llama se movía en su rostro y brillaba sobre sus huellas resbaladizas.

Le brillaban los ojos y las fosas nasales.

Se desplazó hasta el centro del escenario y luego hacia adelante, hacia las carrozas, poniendo su vela en un soporte. Levantó la palma de la mano y la extendió hacia el público.

Aquí sigue habiendo una mancha.

Se me hizo un nudo en la garganta. Había una mancha o, más exactamente, una zona de piel enrojecida, que subía lentamente por su brazo.

¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, he dicho! Una, dos: bien, pues es hora de hacerlo. Dio un ladrido de risa que se convirtió rápidamente en un silbido mientras se acercaba a las candilejas. *El infierno es tenebroso*.

El ambiente se aceleró; una señora de la platea se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Qué le pasa? —susurró Oscar—. ¿Estaba enferma en su camerino?

Una nube sofocante de culpabilidad me presionó la cara.

¡Va, mi señor, va! ¡Un soldado con miedo! Su voz sonaba terrible, áspera. *¿Quién habría pensado que el viejo tenía tanta sangre en su cuerpo?*

Uno de sus ojos se entrecerró. No pudo volver a abrirlo.

La urticaria comenzó a materializarse en su rostro, manchando su blanca piel.

Pensé que disfrutaría viéndola sufrir. Pero no.

Lilith se pasó una palma de la mano por la cara rojiza y olfateó.

Aquí sigue todavía el olor de la sangre, gimió. *Todos los aromas de Arabia no perfumarán esta pequeña mano. Ah, ah*. Se balanceó. El dobladillo de su camisón rozaba las candilejas.

—¡AH! —Se cayó de golpe.

Sin pensarlo, extendí la mano y agarré la de Oscar.

—Que Dios nos ayude —susurré—. ¡Está muerta!

La música se detuvo. El auditorio estalló: sonó una campana y cayó el telón. Salí corriendo al escenario. La gente rodeaba a Lilith, pero yo fui la única que se atrevió a arrodillarse y a tocarla. Seguía respirando, su pulso parpadeaba débil en su cuello.

—Debe haber sido por los gatos —me lamenté, como si no lo supiera perfectamente—. Les tiene alergia, pero dijo que era leve.

El director de escena corrió a buscar a un médico.

¿Qué había hecho? Lilith ya no parecía una bruja de un libro de cuentos: más bien parecía una doncella presa de un hechizo. Inocente. Indefensa.

Quería que la trampilla se abriera y me tragara por completo.

SEGUNDO ACTO

La duquesa de Malfi

«No importa que caigamos por ambición, sangre o lujuria; como diamantes, se nos corta con nuestro propio polvo».

CAPÍTULO 16

Después de las pesadillas que había visto desarrollarse en el Mercury, el bullicio y los empujones de Covent Garden fueron un alivio de bienvenida. La Navidad era inminente. El cielo estaba de un gris firme y fiable, y la temperatura era vigorosamente fría. Los vendedores pasaban con sus carretas tiradas por burros, chirriando; las mujeres balanceaban cestas sobre sus cabezas. Los adoquines estaban resbaladizos por las hojas de col pisadas que había.

Dorcas no trabajaba entre los braseros de hierro y los tenderos. Había tenido la suerte de encontrar trabajo en una tienda pequeña justo al lado del mercado, que podía mantenerse cálida todo el año por las flores de invernadero. Una campana tintineó cuando empujé la puerta color bígaro. Las cestas de mimbre y las macetas estaban llenas de flores de todos los colores. El olor era más verde y más fresco que el aire vaciado de lirios en el camerino de Lilith. Mi hermana estaba detrás del mostrador, cortando tallos. Llevaba un vestido de rayas azules y un delantal. Tenía el pelo recogido bajo una gorra blanca, pero un rizo se le escapaba por encima de la oreja.

—Buenos días, señorita —dije con una voz falseada. Ella levantó la vista, sorprendida.

—¡Jenny! ¿Qué te trae por aquí?

—Todo está bien —le aseguré—. Nadie está enfermo. Bueno, menos Lilith. La voy a visitar hoy. Pensé en llevarle flores.

—¿De verdad? Si no te cae bien. —Dorcas me miró con curiosidad.

—Es solo por cortesía, ¿no? Y sería un poco raro si yo fuera la única persona que no la visitara.

—Supongo. —Dorcas dejó las tijeras y se limpió las manos en su delantal—. Sois muy graciosos los del teatro. Fingís todo. Incluso tu ama ha venido antes.

—¿La señora Dyer? ¿En serio? ¿Qué quería? —Me tragué un montón de culpa.

—Flores para Lilith también, supongo. —Dorcas se encogió de hombros.

—¡Es imposible!

—Bueno, no lo sé. Sally la atendió. Pero vino y me encontró cuando estaba llenando los cubos en la entrada. Me hizo todo tipo de preguntas.

Tuve una sensación horrible sobre mi piel, como si hubiera patas de insectos posadas en ella.

—¿Qué te preguntó?

Dorcas miró a su alrededor, torció un dedo y me hizo señas para que me acercara al mostrador.

—Empezó a interrogarme sobre mi trabajo aquí y me preguntó si quería abrir mi propia floristería algún día. ¡Hablaba como si eso fuera posible! ¿Crees que podría darme una ayuda, Jen? ¿Cómo hizo contigo y con Bertie?

No se sabe qué podría hacer la señora Dyer. Me di cuenta de eso ahora. No se detendría ante nada. No me gustaba la idea de que llamara a mi familia sin mí, cruzando los límites entre mi vida en el teatro y mi vida familiar. Evité responder hablando de un cubo de claveles.

—¿Debería darle estos a Lilith? No estoy acostumbrada a hacer ramilletes. Ayúdame. Eres buena en eso: el lenguaje de las flores.

Dorcas salió de detrás del mostrador y empezó a seleccionar tallos.

—Los tonos rosados son los más adecuados para el trabajo. A lo mejor algunas rosas corales. Son para la amistad y la simpatía. ¿Ves? —Sostuvo una hacia mí—. Son bonitas. La camomila para la fuerza en la adversidad, el crisantemo para las condolencias, el muérdago para superar todas las dificultades.

Señalé una planta azulada con flores en forma de campana.

—¿Y esas?

—¿Jacintos? No, no son apropiados. Son para pedir perdón.

—De todas formas, ponme uno para mí. —Sentí que mis mejillas se calentaban.

Dorcas se volvió a encoger de hombros e hizo lo que le dije, preparar un ramo de flores precioso en colores pastel. Lo ató con una cinta y lo envolvió en papel.

—Aquí tienes —dijo y me lo tendió—. Sigue goteando de insinceridad.

—Muy graciosa. —Esperaba que estuviera bromeando. Esperaba que no fuera como lo veía Dorcas: falso y artificial. Pero si lo hacía, ¿a quién tenía que culpar sino a mí misma? Había sido una espía, había hecho daño a la actriz a la que debía ayudar.

—¿Quieres que ponga un mensaje? —Dorcas señaló el mostrador, donde había tarjetas de todas formas y tamaños, todas con bordes azules.

Yo dudé. No sabía qué escribir.

—No, no te preocupes. Voy a ir a verla. Se lo diré en persona.

—¿Y le dirás que deseas que se ponga bien? ¡Creía que la actriz era ella, no tú!

Solté una carcajada. ¿De verdad que me había convertido en eso?

El ómnibus estaba lleno; solo conseguí un asiento porque un policía se ofreció a subir a la parte de arriba y me hizo sitio. El aire estaba cargado, olía a paja y a lana húmeda. Envolví mi ramillete con el brazo para protegerlo de la aglomeración, pero podía ver prácticamente cómo se marchitaban los pétalos a medida que avanzábamos.

Nunca había estado en casa de Lilith. Resultó que tenía una villa en el suburbio de St. John's Wood, a una buena distancia del West End y sus teatros, pero a lo mejor ese era su objetivo. Si el gobernador pagaba su pensión, como sospechaba, querría mantenerla escondida y sus visitas estarían protegidas de las miradas indiscretas.

Cuando bajé y me encontré con la casa pequeña de ladrillos rojos, había un carruaje esperando fuera. Reconocí el caballo negro con su única pata blanca. Mientras me paraba, debatiéndome si llamar a la

puerta o irme a casa, el propio gobernador salió corriendo.

—¡Sinvergüenzas! ¡Sucios y podridos sinvergüenzas! —Dio un golpe a un rosal con su bastón de plata. El caballo resopló y cambió su peso, pero Lightfoot, el cochero, se sentó mirando fijamente hacia delante.

Me acerqué tímidamente.

—¿Señor Dyer?

—¡Ah! Señorita Wilcox. —Se giró, con la cara roja bajo los bigotes.

—La señorita Erikson no ha empeorado, ¿verdad?

Su mirada siguió la mía, hacia el pobre arbusto maltratado.

—Ah. No. Debes disculparme. Perdí los estribos. ¡Estos periódicos infernales!

Respiré un poco más tranquila. Por un terrible momento, pensé que podría haberla matado.

—¿Los críticos han sido poco amables, señor?

—¿*Poco amables*? —Ladró una risa amarga—. Por Júpiter, eso es suavizarlo. Uno esperaría cierta simpatía por una actriz de su calibre. Pero ya sabes cómo son los periodistas. No podían comprender su talento, así que ahora dicen que le ha dado algún tipo de… ataque o convulsión. Un efecto inevitable tras haberse comportado de un modo tan *antinatural*.

Me removí con incomodidad. Esa había sido mi primera respuesta también a la fuerza de Lilith: me había parecido atrevida antinaturalmente. Si no supiera que esta enfermedad la había provocado mi propia traición, ¿estaría de acuerdo con los periódicos?

—¿Se lo está tomando mal? —El gobernador suspiró.

—Se ríe y dice que no le importa nada lo que la gente piensa de ella, pero por supuesto que sí. En el fondo es sensible. Eso es lo que le permite actuar de una manera tan exquisita. —Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz—. Es mi culpa. Con un talento de esta magnitud… debería haberla protegido, haberla mantenido a salvo como a un diamante. Haberme asegurado de que nada de esta naturaleza pudiera pasar. Habrá un cambio el próximo año. No habrá absolutamente ningún gato.

—Pero ¿a dónde irán?

—A la calle, por todo lo que me importan. Rachel se puede quedar

con uno o dos como mascota si quiere, pero deben estar lejos del teatro a toda costa.

Aunque era leve en comparación con otros pecados míos, me sentí mal porque estaba dejando a los gatos sin hogar.

—Muy bien, señor. ¿Cree que la señorita Erikson estará lo suficientemente bien como para verme ahora? No la cansaré. He comprado algunas flores. —Miró mi ramo y se le desencajó la mandíbula.

—Flores. Eso me recuerda a algo. Me llevaré fuera esa cosa maldita, para que esté lejos de su vista.

Confundida, le seguí al interior de la casa hacia un salón pequeño. Una pátina de polvo cubría la cómoda y la repisa de la chimenea. Había ramilletes repartidos por la casa, algunos ya estaban marrones por la falta de sol y agua, pero un arreglo floral destacaba de entre todos ellos. Se trataba de una corona de flores. Algo más apropiado para ponerlo en un coche fúnebre. El gobernador se la llevó.

—Ya ves lo que son. Unos completos sinvergüenzas. ¿Quién tendría el descaro de mandar esto? —Tomó la tarjeta y me la lanzó:

Condolencias por el fin de su carrera.

Me quedé sin palabras. Era cruel, de mal gusto. Pero eso no fue lo que me impactó.

La tarjeta tenía bordes azul bígaro. Era de la floristería de Dorcas.

Encontré a Lilith languideciendo en la cama, apoyada en una montaña de cojines. Eurídice estaba acurrucada a su lado sobre un periódico descartado. La sala estaba llena de cortinas vaporosas, pantallas del color de las joyas y alfombras estampadas; habría sido un sitio encantador si no hubiera sido por el desorden. A cada paso que daba, veía tazas de té usadas y ropa de cama sucia. Automáticamente, me incliné para quitar una liga del suelo. Me había acostumbrado a limpiar el caos que dejaba Lilith.

—Ah —dijo ella con una voz áspera—. Eres tú.

Sujetó, entre todas las cosas, un cigarro entre los dientes. Sus ojos estaban inyectados en sangre. Era difícil saber si era por la alergia o por el llanto.

—¿Deberías estar fumando? —le pregunté.

—¿Lo dices porque es poco femenino? —Lo era: nunca había visto a una mujer hacer algo así.

—Bueno, sí, pero principalmente porque la última vez que te vi apenas podías respirar.

—¿Y de quién fue la culpa? —El rubor culpable me llegó a la cara como si fuera agua hirviendo.

—Escucha —dije con dificultad—. Lilith, yo… lo siento. Por lo que pasó. Con los gatos. Tienes razón, debe haber sido mi culpa. Deben haber llegado hasta tu camisón de alguna forma. Debería haber tenido más cuidado. Pero yo… estaba distraída. Con la muerte de Silas…

—Y la señora Dyer poniéndote al corriente —añadió con una bocanada de humo. Tragué saliva y no dije nada—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que eres su mascota? No estoy ciega.

Dio una calada larga.

—Tampoco te odio por ello. Entiendo que una mujer hace lo que puede para sobrevivir en este mundo. —Lilith se acomodó contra los

cojines, haciendo una mueca ligera de dolor—. La verdad es, Kitty, que no solo fueron esos gatos lo que me hicieron colapsar. Tú lo viste, ¿verdad? Tuve una infección pésima: la fiebre de la leche, como si fuera una maldita vaca. Así que aquí estoy con hojas de col bajo la ropa y bebiendo té de trébol.

—Entonces, todavía le das el pecho tú —dije con incomodidad—. A tu bebé.

—No hablemos de eso. —Negó con la cabeza.

Cohibida, dejé el ramo y empecé a ordenar todo. Doblé una enagua y la puse sobre una cómoda. Lilith me observó con entretenimiento.

—Eres horriblemente *útil*, ¿verdad? No es de extrañar que te eligiera la señora Dyer.

Me sentía despreciable. Solo me daba cuenta ahora de lo verdaderamente inquietante que era el comportamiento de la señora Dyer. Me había contratado para espiar a Lilith, me hizo provocarle alergia y mandó esa corona de flores deplorable de la floristería de mi hermana. Era… histérica. Dios, ayúdame, me dejé llevar por su locura.

—No lo volveré a hacer. Nunca debería haberlo hecho. La señora Dyer puede tener motivos para odiarte… pero no es mi contienda. Lo siento.

La mirada de Lilith era inescrutable como siempre. Recordé los moratones del brazo de Anthony y cómo me había apretado la mano como un tornillo. ¿Me iba a hacer pagar por mis acciones? ¿Me echaría a los perros?

—Puedes cumplir tu penitencia quedándote un rato. Tengo ganas de hablar con alguien, suspendida aquí en los suburbios.

Asentí con la cabeza, intentando ser lo más mansa posible.

—¿Cuándo crees que volverás?

—No antes de Navidad —respondió con firmeza—. No es mi elección. Hugh no me dejará acercarme al teatro hasta que haya fumigado y ahogado a todos los gatos.

—No los va a *ahogar*.

—Puede que lo haga. —Me miró con descaro. Se acercó la bata a su cuerpo—. Me disculparía por estar a medio vestir, pero estás acostumbrada a verme así, ¿no?

—Sí. —Intenté sonreír—. Te he vestido probablemente más veces

que tu propia madre.

—En realidad, sí. —Su rostro vaciló como la llama de una vela—. Me quedé sin ella, ya sabes. Se desangró antes de que yo diera mi primer suspiro.

Su tono era tenue, pero no estaba en el escenario. Podía ver el dolor bajo su máscara.

—¡Lo siento mucho! No lo sabía. Nunca habría dicho…

La imaginé como un bebé, como el niño que había visto en la fotografía, llorando por una madre que nunca tendría. Huérfano antes de poder conocer a su madre, como lo había sido Bertie.

Agitó la mano con desprecio. El cigarro tiró cenizas sobre Eurídice, que gruñó.

—Era lo mejor. Su vida había terminado prácticamente. Fui la desgracia de mi madre, y después la maté.

Las preguntas me hormigueaban en la lengua. ¿Me estaba diciendo Lilith que era ilegítima? No sabía qué decir, así que me puse a limpiar de nuevo. Nunca me había parado a pensar en Lilith como en una persona real con familia, pero ella también había perdido gente. La recordé mencionando a un tío una vez. ¿Y su padre? ¿Lo conocería? ¿O habría huido como el mío? Había sido muy fácil considerarla como una destructora de hogares, como si fuera otra suerte de Georgiana Mildmay. Las dos podríamos tener más en común de lo que había pensado.

—Probablemente sea mejor que te tomes un tiempo libre —dije, apilando platos vacíos—. Sé que no te gusta descansar, pero no parece que estés bien desde que te dieron ese reloj.

Actuó de forma extraña al escuchar esa palabra. Hubo una tensión, una agudización, que no podía explicar.

—Sí, la santa reliquia de Eugene. Tráemela, ¿quieres?

—¿Dónde está? —vacilé.

—En el cajón de arriba, debajo de los vestidos. Tuve que esconderlo allí anoche porque el tictac no me dejaba dormir.

Abrí el cajón con cautela, como si algo pudiera saltar sobre mí. De hecho, el reloj estaba encima de las camisas. El material que había debajo estaba salpicado de un polvo fino y oscuro como el hollín.

No quería tocar lo que una vez había estado bañado en la sangre

de Silas, así que se lo llevé con la punta de los dedos. Lilith me lo quitó con avidez. Eurídice ladró y saltó de la cama.

—Oh, Melpómene, te estoy defraudando, ¿verdad? —El pulgar de Lilith recorrió el grabado. Por un momento su expresión pareció tan desolada como la máscara de la tragedia—. ¿Han puesto a Clementine como Lady M. en mi lugar? ¿Cómo lo está llevando? No he leído ni una frase sobre ella en los periódicos.

Me mojé los labios. Pobre Clementine. Si ella no hubiera sido lo suficientemente concienzuda, no la habrían presionado tanto.

—Creo que el hecho de que los periodistas no la hayan mencionado ya dice bastante.

—Ella… no es Lady Macbeth.

—¡Ja! Con todo ese pelo rubio…

—Le puse una peluca. He arreglado tu vestuario para que no se tropiece con él. Pero ella interpreta el papel de una forma diferente. No es una reina asesina y ambiciosa, es… llorona.

Lilith se puso el cigarro entre los dientes y arrugó el periódico con su mano libre.

—Y sin embargo se libra de una crítica mordaz. Ni siquiera me dejaron en paz cuando estuve a las puertas de la muerte.

—Pero tus admiradores son leales. He visto todas las flores.

—Se olvidarán de mí en una semana. —Hizo una bola con una hoja del periódico y la lanzó desde la cama. Eurídice la persiguió—. Supongo que no lo entiendes, ¿verdad? A ti… te quieren.

La última palabra la dijo muy baja y profundamente, como una nota en un piano. Era verdad, tenía gente en casa que me quería pasara lo que pasare. Un sitio al que pertenecer. Ni miles de aplausos reemplazarían eso. ¿A quién tenía Lilith? Estaba el gobernador, por supuesto…, pero incluso él la mantenía escondida aquí y negaba su relación ante el mundo.

—Es una suerte podrida. Silas me dijo que *Macbeth* era una obra maldita. No lo creí en su momento. Ahora estoy empezando a creerlo.

—Pobre Silas —suspiró Lilith—. Nadie debería morir *así*, ¿o sí? Pero se maldijo a sí mismo. Con todas las supersticiones que tenía, debería haber tenido el sentido común para dejar mi reloj en paz. ¡Imagina interferir en el trabajo de Melpómene! Supongo que quería

que ella favoreciera a Anthony en mi lugar.

—Silas se cayó —dije firmemente—. Fue un accidente.

—Ah, ¿sí? ¿Lo fue? —El cigarro de Lilith se estaba terminando. Lo apagó en una mesilla, sin importarle la marca que dejaría. Abrí la ventana para que saliera el humo. Cuando me giré, tenía el reloj en sus manos. Ahora que la sala estaba en silencio, podía escuchar su tictac.

—Debe haber sido un accidente. Porque si no lo fue, la única alternativa es el asesinato: alguien empujó a Silas. ¿Quién demonios haría eso? No pudieron encontrar el rastro de nadie en el armario o detrás del escenario.

—Nadie visible —respondió Lilith con un tono oscuro. Inclinó la cabeza hacia un lado—. Yo la escucho, ¿sabes? Me habla.

Sus pestañas bajaron hacia su mejilla; parecía estar escuchando atentamente.

—Todas las noches me acuesto aquí y las frases pasan por mi mente una y otra vez. Es como si… Lady Macbeth quisiera existir. Y no puede mientras yo esté atrapada aquí. —Abrió los ojos y vio la expresión de mi cara—. Bueno, ya ves cómo es. Tengo que volver a trabajar. Me volveré loca si Hugh me mantiene fuera del escenario.

Sentía el reloj como si fuera una presencia viviente, sus latidos golpeaban a través de nuestro silencio.

—Deberías deshacerte de él —dije de repente—. Nada bueno sale de ese reloj. Vi a Eugene Grieves ahogarse con su propia sangre mientras lo sujetaba. Silas cayó a su perdición con él en la mano.

Lilith cerró el reloj con un chasquido y lo apretó contra su pecho.

—No puedo hacer eso. Significa demasiado para mí.

—¿No tienes ni siquiera un poco de miedo? Pensaba que los actores creían en la mala suerte. ¿No tienes miedo de que te pase algo? —Sus ojos grises se posaron sobre mí.

—Me *pasó* algo malo, Kitty. Pero no me lo causó Melpómene. Fuisteis la señora Dyer y tú. —Su cara se torció de desagrado—. Maldita Sylvia. Está tan desesperada y atontada por el reloj de Eugene como por el hombre. ¿De verdad que está sorprendida de que Hugh haya buscado consuelo en otra parte? ¿Qué haya elegido a la mujer que descartó a Eugene y se propuso ganarse un nombre por sí misma?

Me mordí el labio. Tenía derecho a estar enfadada con nosotros, pero eso no justificaba su adulterio.

—¿Le dijiste al gobernador lo que sospechabas? ¿Que su esposa estaba detrás de tu colapso? —Negó con la cabeza.

—¿Qué sentido tendría eso? Él depende de ella. Además, no necesito que Hugh luche mis batallas por mí. Ahora tengo a Melpómene.

El gobernador tenía un gusto extraño para las mujeres. Tanto su esposa como su amante estaban chifladas.

—Ya sabes —intenté decir—. Probablemente la infección sea la que cause esos susurros, haciendo que oigas y veas cosas. Eres una gran actriz, Lilith. Pero la Melpómene que escuchas…, está todo dentro de tu mente.

Eso quería creer; me dije a mí misma que así era. Pero mientras Lilith me miraba con una especie de compasión indulgente, mi miedo seguía en el fondo, firme como el ritmo del reloj.

CAPÍTULO 17

Esta era nuestra primera Navidad sin Greg. Ninguno de nosotros esperaba que fuera tan feliz. Llenamos su vacío con todas las chucherías y lujos que podía pagar con mi sueldo. No teníamos que elegir entre ternera o pato; teníamos las dos cosas, y un pudin de ciruela tan grande como la cabeza de Bertie. Philip casi se rompe un diente con la moneda de seis peniques que había dentro.

Le había comprado su primera gorra de buena calidad. Pasaba los días haciendo bombines para caballeros en la fábrica; se merecía un sombrero propio bueno. A Dorcas le regalé un par de botines y material suficiente para hacerse una bata nueva. Bertie tuvo juguetes flamantes con los que quería jugar dentro de casa, pastillas de menta y una cabeza de goma. Quise no habérsela regalado. Cuando la apretó, distorsionó la nariz y la boca del muñeco. Parecía Eugene Grieves agonizando hasta morir.

La señora Dyer me envió como regalo tazas de té y platillos.

—Para invitar a los vecinos para cuando nos mudemos a nuestro nuevo alojamiento —expliqué a los demás—. Ha encontrado un sitio que dice que será perfecto.

Me había vuelto recelosa del juicio de la señora Dyer, pero estaba feliz entonces. Me calentaba un fuego de carbón y estaba algo alegre por el vino. Había juegos de mesa, sorpresas navideñas, ramitas de acebo, y cantábamos villancicos. Ver las sonrisas en las caras de aquellos a los que quería me dio una satisfacción como nada que hubiera sentido antes. Pensé que valía la pena. Toda la culpa, todo el espionaje; la inestabilidad de la señora Dyer y las voces de Lilith:

merecía la pena.

Mi certeza empezó a fallar en Año Nuevo cuando el carruaje de la señora Dyer llegó y nos llevó por una ruta que me pareció reconocer, a través de calles por las que había pasado hacía poco. Me dije a mí misma que estaba equivocada. La lluvia caía constantemente, repiqueteando en el techo, cubriendo las ventanas con nieve y gotas de humedad. Debía estar equivocada.

Pero no lo estaba. Había árboles que me parecían familiares, ladrillos rojos y entradas cubiertas. Paramos en St. John's Wood. Me volví hacia la señora Dyer con incredulidad.

—Pero esta es…

—Justo al final de la calle está la villa de Lilith, sí. —Sonrió de oreja a oreja—. Si Hugh puede hacer que su protegida se mude aquí, ¿no puedo yo hacer lo mismo?

Parecía que el carruaje se hacía cada vez más pequeño, apretándose a mi alrededor. No se trataba de amabilidad, después de todo: era otra cosa.

—Tal vez… sería mejor si encontrara yo un sitio donde vivir. Un sitio más cerca del teatro.

Su risa sonó como un tintineo.

—¡Si ya hemos llegado hasta aquí! Solo hay que ver la casa. Te prometo que no te arrepentirás.

Me había dado algunos datos, pero no era nada en comparación con ver por mí misma la casa. Las habitaciones, sin muebles y barridas, parecía que las habían construido para un gigante. Había espacio suficiente para todos nosotros. Espacio para convertirnos en las personas que siempre quisimos ser. Las paredes tenían un papel con estampados naturales desde el techo hasta la barandilla. En el suelo brillaba un revestimiento de madera. No había alfombras, pero no sentía frío ni siquiera en ese día de enero. La planta baja consistía en una cocina, un armario de servicio y un salón lo suficientemente grande para poner un sofá y una mesa de comedor. Unas escaleras poco profundas conducían al siguiente piso.

—Creo que el pequeño Albert ya debería ser capaz de subirlas —dijo la señora Dyer—. Hacer ejercicio suave puede resultarle incluso beneficioso. Se puede agarrar a la barandilla, que es muy resistente.

Había dos habitaciones en el piso de arriba y un lavabo de verdad con cisterna. Miré por la ventana y vi un barrio muy diferente al que conocía.

—No podemos permitirnos alquilar esto. No podemos pagar la cifra que nos ha comentado. —Ella se rio.

—Puede que yo haya tenido algo que ver con eso. Tu casero es incapaz de regatear con una dama. Su galantería le superó.

¿Por qué tenía que ser tan bonita?

Afuera, la acera brillaba con el repiqueteo de las gotas de lluvia. Si me inclinaba hacia delante, podía ver la casa de Lilith.

—Quiere que vea a Lilith todo el tiempo —dije sombríamente—. Que sea una vecina espía.

La señora Dyer se puso un dedo en sus labios rojos.

—*Esperaba* que se retirara por motivos de salud, pero Hugh ha desterrado a los gatos… —Tomé aire. Tenía que decírselo.

—Ella lo sabe, señora. Lilith sabe lo que hicimos. No estoy segura de que le sirva de mucho ahora. Ella no volverá a confiar en mí otra vez.

La señora Dyer juntó sus manos, jugueteando con su anillo de bodas a través de su guante.

—Bueno, eso es mala suerte. Pero no puede demostrar nada. Y si estás viviendo aquí, llamándola de vez en cuando, ¿no podría creer que te has convertido en su aliada?

Cerré los ojos un momento. Quería esta casa. Quería el futuro que casi podía comprender, donde no tuviera que dormir en una silla, donde hubiera espacios verdes para que los niños jugaran y Gregory no pudiera encontrarnos nunca.

—Pero… ¿para qué, señora Dyer?

—Ya lo veremos. Te he enviado la próxima obra que se hará en el teatro, pero quizá no hayas tenido tiempo de leerla todavía. Tenemos muchas oportunidades para sabotearla que no tienen nada que ver con el vestuario. En un momento dado, la duquesa come de una cesta de albaricoques.

Me quedé mirándola, atónita. Se estaba descontrolando.

—No querrá decir que… ¡No la podemos envenenar! —Agitó una mano.

—No, no le daremos *veneno*, por supuesto, ¿qué debes pensar de mí? Pero sí algún tipo de purga…, eso sí se puede organizar.

Me imaginé a Lilith vomitando, echando los intestinos en el escenario. ¿Qué escribirían los periódicos sobre eso?

—¡No! ¡Es demasiado arriesgado! Ya le hemos hecho suficiente daño. ¿Y si nos equivocamos con la dosis? ¡Lilith podría morir!

Los labios de la señora Dyer temblaron, como solía pasar, pero por primera vez me di cuenta de que no era un temblor por nervios, sino por una especie de hambre. *Quería* a Lilith muerta.

—Sí —dijo con una voz ronca—. Sí, tienes toda la razón. Si hubiera un accidente… eso sería una mancha en nuestras almas.

Había estado viendo demasiadas obras de Shakespeare. Yo siempre había pensado que su actuación era divertida, pero esto iba más allá de todo. ¿Quién se creía que era? ¿Lady Macbeth?

Aunque también había hecho cosas buenas. Esa misma naturaleza impulsiva que había cambiado la vida de Bertie, me estaba ofreciendo esta casa. Podría engatusarla.

—Señora Dyer —dije, tan suavemente como pude—. Entiendo por qué quiere vengarse, créame. Pero Lilith no es una bruja. No debe dejar que su odio le haga esto. Usted tiene buen corazón, ¡mire cuánto me ha ayudado! No deje que la traición de su marido la convierta en algo que no es. No soy quién para darle consejos, pero creo…, bueno, creo que a lo mejor ha llegado el momento de que hable con el gobernador sobre todo esto.

De repente, parecía frágil.

—Pero ¿qué le podría decir? ¿Que ha convertido nuestro matrimonio en una burla? ¿Que me he dado cuenta de que ya no tengo su corazón ni su lealtad? Si le digo esas palabras…, tendré que tragarme la humillación otra vez.

—Lo sé. Es horrible. Usted merece un trato mejor del que ha recibido, señora Dyer. Pero no puede seguir fingiendo. Su matrimonio no es una obra de teatro. No puede darle a Lilith el papel de la bruja y esperar que desaparezca mágicamente en una bocanada de humo.

Las lágrimas caían de sus pestañas.

—Eres sabia pera ser tan joven. Pero no sabes lo que es tener un marido, un hijo… —suspiró—. El equilibrio de poder no es igual,

Jennifer. No tengo la capacidad de provocar un cambio. Hugh me convencerá, a pesar de mi buen juicio. Siempre lo hace. Me convencerá de que Lilith *debe* quedarse, por el bien del teatro; y yo cederé ante él porque lo quiero, porque quiero creerle, porque no tengo a nadie más. Lo veo todo como si fuera un guion.

—¡Pero no lo es! Puede persuadirle para que sea un hombre mejor. Y en cuando a Lilith… —Raspé la punta de la bota contra el suelo prístino. Incluso ahora, seguro que estaba hablando con su querido reloj—. No es necesario que la enferme. Ya está mal de la cabeza. Es una actriz con talento, pero a la larga…, no estoy segura de que pueda soportar esta vida. Se encenderá y se quemará como una cerilla.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí. Existe una frase que no sé si se usa en la alta sociedad: «Dale a un hombre suficiente cuerda y se ahorcará él mismo».

La señora Dyer se secó las lágrimas de sus ojos. Estaban brillando como si fueran hojas después de la lluvia.

—Me gusta eso. Me gusta mucho.

Con el corazón pesado, me alejé de la ventana.

—Así que tal vez sea mejor que no espíe a Lilith y viva en otro sitio. En una casa más pequeña.

—¡Oh, no! Debes quedarte con la casa. Sería muy beneficioso para toda tu familia. He negociado el trato.

—Pero no haré lo que me pide. Ya no hay nada que hacer.

—Serás feliz. —Se acercó a mí y me puso una mano en el hombro —. *Eso* es lo que quiero. Y no estará de más tener a alguien vigilando a Lilith, incluso si no tomamos ninguna acción contra ella. Tengo un refrán propio: «Quien está prevenido, está armado». Por favor. Dime que vivirás aquí y la observarás. Simplemente observar. Es todo lo que pido.

Quería volver a confiar en ella. Quería la casa. En el fondo, era tan sentimental y me autoengañaba como la propia señora Dyer. Porque quería que fuera la benefactora amable de un libro de cuentos, mi hada madrina. Quería mi final feliz.

—Si está segura, señora…

—Estoy segura. —Me dio una palmadita en el hombro. Me sentí incómoda, como si fuera una mascota—. Quédate conmigo, Jennifer.

Tendrás todo lo que mereces.

Una vez que el caos de la mudanza se calmó, una vez que exploramos la zona, que recorrimos las habitaciones riendo a carcajadas por nuestra buena suerte, y tras haber desembalado las cajas e invitado a algunos de nuestros vecinos nuevos a tomar el té, decidí visitar a Lilith.

A lo mejor no merecía mi consideración. Pero era relevante para nuestro trabajo. Había leído *La duquesa de Malfi* y quería hablar sobre la obra con alguien a quien le importara. Para mí era mejor que cualquiera de las obras de Shakespeare. La heroína era coqueta, amable, valiente y noble. Me moría de ganas por vestirla.

Una limpiadora abrió la puerta. Solo hizo falta que mirara sus hombros encorvados, su piel de los dedos descascarillada y su actitud nerviosa para confirmarme que había hecho lo correcto. Si renunciaba a mi alianza con la señora Dyer, me convertiría en esto: en una persona que limpiaba casas por dinero en lugar de vivir en una.

—La señora está en el salón —dijo la limpiadora con cansancio—. No me pagan para anunciar que han llegado invitados.

Escuché a Eurídice ladrando.

—Menos mal. No tendrá tiempo para echarme.

Al menos, Lilith estaba vestida ese día, aunque su pelo parecía una cortina negra y grasienta peinado hacia un lado. Estaba leyendo, con las rodillas dobladas en el sofá.

Estaba claro por qué la limpiadora estaba enfadada. Había libros y tazas de té apilados por todas partes, migas en la alfombra y huellas de la perra en el suelo. La mayoría de las flores seguían puestas, marchitándose a toda velocidad. Una mosca zumbó contra la ventana, intentando salir. No había ninguna pantalla ni protección ante el fuego de la hoguera. Ni siquiera había faldones para resguardar los muebles de las manchas.

Lilith levantó la vista, distraída.

—Oh, no esperaba volver a verte.

—Ahora vivo aquí. Justo al final de la calle. —Pensé que era mejor

ser sincera. Ella cerró su libro con un golpe.

—¿Te ha puesto a vivir ahí para espiarme?

—Sí —confirmé con energía, quitando un periódico de una silla y sentándome—. Pero no lo haré.

Se me quedó mirando durante un rato, con sus rasgos fuertes marcados por la desconfianza.

—¿Esperas que me crea eso después de lo que me habéis hecho?

—Ni tú ni yo podemos pagar un alquiler en St. John's Wood. El señor Dyer paga tu alquiler, y la señora Dyer paga el mío. Las dos hemos dejado de lado la ética para ello, ¿no es así?

—¿Así que qué somos? ¿Cómplices?

—No. Pero sí podríamos ser vecinas. —Saqué el pequeño cuaderno de bocetos de mi bolso—. Quería hablar contigo sobre *La duquesa de Malfi*. Ya tengo algunas ideas que enseñarle a la señora Nettles.

Su atención e interés aumentaron de inmediato.

—¿Lo has leído entonces? ¿Te gusta la duquesa?

—Es perfecta. ¡No es para nada como Lady Macbeth! Tiene buen corazón, sentido del humor y una gran voluntad. Me encanta cómo muere desafiando los planes malvados de sus hermanos. —Levanté una ceja—. Como sabes, es un tema que me interesa mucho.

En ese momento se rio y se levantó, y empezó a caminar como si sus pies buscaran las tablas del teatro.

—¿Ves ahora la belleza de la tragedia? Tiene muchas caras. No todo es tristeza y fatalidad, sino nobleza, honor y otras cien cualidades. Con una comedia te puedes reír, pero la olvidarás con el tiempo. La tragedia se te queda en la cabeza. Se pega a tu corazón. Siempre recuerdas lo que te hizo sentir.

Era imposible olvidar *Doctor Fausto*, eso era seguro. Abrí el cuaderno sobre mi regazo.

—Ven y mira. Estoy intentando captar lo que le pasa a ella en la obra. La ropa que lleva está reprimida y aplastada, pero debajo hay un brillo de belleza indestructible.

Le enseñé muestras de seda brillante, superpuestas con gasa para ocultar el brillo. Otros bocetos de satén lujoso color champán y un sobrevestido de ganchillo hacían parecer que la duquesa estaba atrapada dentro de una red de oro. Había un material del que Polly

me había hablado, que se podía lavar y atar en húmedo con una cuerda para conseguir un efecto arrugado y apretado. No podía recordar cómo se llamaba, pero lo había dibujado, pegado al cuerpo de una mujer sin rostro con el pelo oscuro de Lilith.

—¡Son magníficos! —comentó, entusiasmada—. Tengo una idea, se me ocurrió anoche. Déjame que te la enseñe. ¿Dónde tienes los lápices?

No los había traído, pero encontró uno suyo y se apoderó de mi cuaderno de bocetos, hojeando hasta el final.

—Así, con un corpiño ajustado. Y el cuello de la camisa alto y las mangas así, como grilletes. Pero se hinchan, ¿ves? —Sus garabatos frenéticos rasgaron la página.

Me puse de pie y le quité el cuaderno con cuidado. Su forma de actuar me asustó un poco, pero había estado encerrada en casa, lejos de lo que le daba ganas de vivir.

—Está bien. Cuéntame qué colores habías pensado.

Levantó un dedo, pidiéndome que esperara un momento. Mientras ella rebuscaba detrás de los cojines del sofá, vi una araña que recorría la repisa de la chimenea. Lilith sacó el reloj de Melpómene. Abrió la caja, comprobó las manecillas y asintió con la cabeza como si hubiera hablado con la musa.

—Tonos regios. De color amatista profundo. Azul real. Rojo cardenal, el color de los mártires.

—Creo que te vendrá bien volver al teatro. —Cerré mi cuaderno con un suspiro—. Céntrate en el personaje nuevo, uno un poco menos… alocado que Lady Macbeth.

—*Te diré un milagro, aún no estoy loca a causa de mi dolor. El cielo sobre mi cabeza parece hecho de bronce fundido, la tierra de azufre ardiente, pero no estoy loca.*

—Ya te sabes tus frases.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa tengo que hacer, si no? —Levantó la vista—. ¿Hay noticias de Anthony? ¿Será mi gemelo, mi Ferdinand? ¿Será él quien ordene mi asesinato y a quien su culpa lo convertirá en un lobo?

—No estoy segura —respondí, guardando mi cuaderno de bocetos en mi bolso—. La obra es un poco macabra. Puede que no esté

preparado para ella, después de lo de Silas.

—La multa es de un chelín si rechazas un papel. Lo compadezco, pero hay trabajo que hacer. No puede ignorar a la musa para siempre.

—Solo hablas de la musa. —Puse los ojos en blanco. Mis intenciones habían sido buenas, pero todo estaba recayendo en su estado habitual. Mientras mi paciencia aguantara, intentaría, por lo menos, comprenderla—. ¿Qué es lo que te obsesiona de Melpómene? No he leído sus mitos. ¿Es un personaje maravilloso, como la duquesa?

—Eugene solía contarme historias —respondió, pasando su dedo índice por las perlas que rodeaban la esfera del reloj—. Historias salvajes sobre cómo la encantó desde el monte Helicón para que viviera con él. Tengo libros sobre ella. Siéntate conmigo un rato y leamos.

Alcanzó la campana para llamar a la limpiadora, pero entonces se fijó en las pilas de tazas sucias que había junto a ella. Estaba creciendo moho en la de arriba.

—Oh, Dios. Será mejor que no le pida té a la limpiadora. ¿Te apetece absenta?

Pensé que estaba bromeando, pero se arrodilló junto al sofá y sacó una botella de color verde intenso. Quitó el corcho con los dientes y me sirvió un trago.

—Bebe solo un trago si no estás acostumbrada —indicó con la boca llena—. Tiene un sabor tremendo.

Di un sorbo cortésmente y casi me atraganté. El licor era fuerte, a base de hierbas y con sabor a regaliz. Lilith escupió el corcho y me sonrió.

—¿Ya estás espabilada?

Me reí a mi pesar. Al menos nunca pasabas un momento aburrido con Lilith. Me senté en el sofá y probé a dar otro sorbo. Me gustó, pero no me arriesgaría a beber más.

Sacó dos libros de la estantería, se sentó a mi lado y me dio uno.

—Los mitos griegos para ti, *La vida de la señora Siddons* de Campbell para mí.

Cambié el libro por la botella de absenta.

—Estoy empezando a pensar que no oyes los susurros de

Melpómene, sino los del hada verde.

Dio un bufido despectivo y abrió su libro.

Era raro lo agradable que era que estuviéramos leyendo allí las dos juntas, considerando que casi la había matado hacía unas semanas. A lo mejor Lilith solo me toleraba porque estaba sola, y yo solo era indulgente con ella debido a la culpa que sentía. Pero era una manera agradable de pasar la tarde, aunque todo fuera una actuación. Eurídice vino a calentarnos los pies, el fuego de la chimenea ardía y las historias me mantenían enganchada. La única molestia que sentía era el tictac del reloj de Lilith, que puntuaba mis pensamientos.

Mientras me sentía más cerca de Lilith, Melpómene seguía eludiendo mi atención. Era una figura sombría, escondida siempre detrás de esa máscara. En el libro ponía que había sido la musa del canto y la danza antes de que se la asociara con la tragedia. No entendí cómo podría haber pasado eso. No había oído hablar de otros dioses o santos patronos que decidieran cambiar su afinidad especial.

Levanté un momento la vista de la página y miré la figura de Melpómene grabada en el reloj de Lilith. ¿Por qué sostenía un garrote? Ahora que lo pensaba, se parecía preocupantemente a la forma del corte que tenía Lilith en el brazo.

—No me mires así. Es desagradable.

Volví a leer el libro. El autor escribió que Melpómene había encantado las almas de sus oyentes. Eso parecía ser cierto, si teníamos en cuenta a Lilith. Luego había un cuento sobre que ella había dado a luz a sus hijos de un dios de un río, que eran criaturas mitad mujer y mitad pájaro llamadas «sirenas». Ellas también cantaban, pero con un propósito diferente. No cantaban historias; atraían a los marineros hacia su muerte.

El tictac del reloj era cada vez más fuerte. Pasé hacia adelante unas cuantas páginas.

El juglar Tamiris desafió a las Musas y perdió sus ojos… El rey Pirineo intentó seducirlas, pero lo llevaron hasta la muerte saltando desde una torre…

Cerré el libro. Lo había intentado, pero no había nada que me inspirase, solo miseria y sangre. Ya había soportado bastante.

—Tengo que irme —anuncié, levantándome.

Alzó su rostro hacia el mío. Había un rastro de tristeza, de arrepentimiento, que no había visto antes.

—Vuelve otro día. Si me vas a espiar, mejor que lo hagas desde mi sofá.

Sonreí por la broma, pero sospeché que solo lo había dicho para sonar menos quejumbrosa.

¿De verdad estaba tan desesperada por tener una amiga?

CAPÍTULO 18

Lo primero que vi al entrar a la sala donde se guarda la utilería fue un cadáver. Unas esposas le ataban las muñecas. Una de sus manos había desaparecido, dejando a la vista un muñón crudo. Su cabeza se había inclinado, su cara estaba oscurecida por un mechón de pelo cubierto de sangre. Mi mirada asqueada bajó por su torso hasta las piernas, donde había tres niños desplomados. La niña había muerto con los brazos alrededor de su pierna. El niño estaba más despatarrado, lo habían degollado mientras luchaba por proteger a un bebé que estaba contra su pecho.

—Han hecho un trabajo fantástico, ¿no lo crees? —La voz de Oscar me sobresaltó—. Parece como si fueran reales. No es de extrañar que el conjunto engañe a la duquesa.

Por supuesto, había visto la dirección de escena cuando leí la obra: *Aquí se descubren detrás de un travesaño los cuerpos artificiales de Antonio y sus hijos, que aparecen como si estuvieran muertos*. Era una de las estratagemas diabólicas de Ferdinand para volver loca a su hermana. En primer lugar, le dio una mano de cera con el anillo de bodas de su marido, y después fingió que había matado a toda su familia. Mi imaginación no se había detenido en los detalles. Pero ahora que había visto la escena cobrar vida, mi entusiasmo por la obra sufrió un rechazo brusco.

—Parece Anthony Frost. ¿Él hace de Antonio?

Oscar asintió con la cabeza. Un mechón de pelo castaño le caía sobre la frente.

—Tuvieron una riña. El gobernador le propuso el papel de

Ferdinand, pero lo rechazó de lleno. Quería representar a un buen personaje, para variar.

Lilith estaría decepcionada. Normalmente me pondría del lado de Anthony, pero al ver este modelo, deseé que hubiera elegido un papel diferente. Me cortó en seco verle muerto y desmembrado, incluso de cera.

—Pobre Anthony. Supongo que es un papel más fácil. ¿No quería ser el cardenal?

—No quería representar a un hermano malvado en absoluto. —La comisura de la boca de Oscar se torció desagradablemente—. Hablando de hermanos, ¿Greg te ha dado más problemas?

—Nos hemos mudado —respondí con firmeza—. Ya no puede encontrarnos. A no ser que vuelva aquí, y no creo que eso sea algo probable, ¿no?

—No sé qué esperar de él últimamente. —Oscar se frotó la frente, donde todavía tenía un moretón pequeño—. Me preocupaba que volviera a verte en Navidad. Que te pidiera perdón y todo eso.

—Se quedaría corto si me pidiera solo perdón. No soy fácil. —Sus ojos marrones brillaron con algo parecido al afecto.

—No. Pero eres amable. Puedes ser dura y amable al mismo tiempo, ¿sabes?

No fue un cumplido extravagante, pero me sentí tan avergonzada como si el gobernador me hubiera llamado y me hubiera dicho que soy su estrella polar. No sabía a dónde mirar.

—Investigué un poco —continuó Oscar— para saber lo que habían estado haciendo Greg y Georgie al otro lado del océano. Averigüé lo que hizo que subieran corriendo a un barco de vapor y volvieran aquí.

—¿Qué pasó?

—Georgie causó un escándalo en Nueva York, enfrentó al reparto entre sí, hizo todo tipo de demandas y después, cuando se levantó el telón… no pudo cumplir con su papel. El público no lo aceptó. —Volvió a esbozar su típica sonrisa amarga—. Siempre le dije que era mejor que se dedicara al *music hall*, a la canción y al baile, a las comedias ligeras. Esos eran sus puntos fuertes. Pero nunca me escuchó.

—Tiene temperamento artístico —contesté fríamente—. Tuviste

suerte de no seguir con ella. Imagínate si hubieras montado tu propio teatro y tuvieras que dirigir a una diva como ella.

Él se rio, con una risa cálida y gutural. Hizo que mi estómago se tensara de una forma que era extraña pero agradable a la vez.

—Oh, yo me comporté igual de mal durante un tiempo. Estuve atrapado en sus fantasías. —Su rostro se puso serio—. Pero tienes razón. Me libré de ella. Greg se ha metido en un montón de problemas y tienes que tener cuidado con él.

Todavía sentía un atisbo de ansiedad por culpa de mi hermano; era la costumbre de haber compartido sus emociones durante tantos años.

—¿Qué quieres decir?

—Georgie tiene gustos caros. Ya ha robado para ella, y ahora parece que también apuesta.

Me vi obligada a decirles a los Fieldings que sospechaba que Gregory les había robado las joyas. Su vuelta a Inglaterra podría ser peligrosa, si decidían seguir con este tipo de asuntos. Con suerte, eran demasiado ricos e importantes para que notaran los movimientos de la gente poco afortunada como nosotros. Pero el juego era un asunto diferente.

—Dejaron deudas en Estados Unidos —continuó Oscar—. Si empiezan a acumularlas también aquí… podrían esperar que tú les sacases de apuros.

—¡Pues se pueden ir lejos! —Me enfurecí.

—Ese es el espíritu.

Hablé con valentía, pero no confiaba en mi corazón. Ya me había ablandado con Lilith. ¿De verdad podría arrojar a mi familia a los perros, incluso si se lo merecía?

Juntos, Oscar y yo dimos la espalda al espectáculo sangriento de la muerte de Antonio y fuimos hasta la puerta. La sala de utilería parecía un museo del pasado del Mercury. Se alineaban libros, candelabros, rosarios y máscaras en la estantería, mientras que otros objetos más grandes, como las armas, se apoyaban en las paredes. Algunas de las estanterías estaban caídas y su contenido se desplomaba hacia los lados. Las espadas que habíamos utilizado en *Macbeth* se habían llenado de manchas y había una grieta que recorría las armaduras de madera.

—Oscar —titubeé—. ¿Es mi imaginación o te parece también que el Mercury está… deslustrado?

—No creo que los limpiadores hayan entrado mientras estaba cerrado. —Examinó los armarios con el ceño fruncido.

—Pero es más que eso —insistí—. Incluso los pisos escénicos en los que estás trabajando. Los colores parecen apagados.

—Es la luz fría del invierno —coincidió—. Espera a que estén bajo el gas. Se calentarán, ya verás.

Pensé en la tarde que había pasado en el teatro de Eugene Grieves, cómo parecía marchitarse incluso cuando la acción en el escenario cobraba vida. A lo mejor todos los teatros sufrían cierto desgaste.

Me despedí de Oscar en la escalera y me dirigí hasta los camerinos. Me disgustaba recorrer los pasillos sin ningún gato a mi alrededor. Su presencia había sido reconfortante; aunque rara vez los veía, podía sentir que nos vigilaban. Ahora los pasillos parecían más fríos. Se escuchaba ruido detrás de las paredes. Sonaba más que los ruidos de los ratones.

Anthony se acercó a mí desde el otro extremo del pasillo. Tenía un aspecto horrible. En el pasado su barba había sido un aldabonazo limpio que acentuaba su mandíbula cincelada; ahora brotaba en todas direcciones. La piel alrededor de sus ojos era tan oscura como si la hubieran pintado con tonos violetas y ocres para que interpretase a un villano. No importaba que hiciera un papel menor; parecía que no debería estar aquí en absoluto.

—¡Señorita Wilcox! Es exactamente la persona que necesito. —Bajó con las manos extendidas, implorándome—. Puede ayudarme. Debe ayudarme. ¡Manténgala alejada de mí!

—Señor Frost, ¿qué pasa? Por supuesto que le ayudaré como pueda. Solo necesito que se calme. ¿Qué necesita?

—Necesito… necesito… —Se llevó una mano a la frente—. Necesito que esa mujer infatigable me deje en paz. ¡No me da cuartel! No se hace idea de lo mucho que me atormenta. O tal vez lo sepa. Se toma la muerte de Silas como si no fuera nada. ¡Nada!

El rostro de Anthony se ensombreció. Yo no era quien tenía que calmarlo con una caricia en su hombro o un abrazo, pero deseaba poder hacerlo. Se parecía a un niño que necesitaba que lo refugiasen.

—Hablaré con Lilith. Siento que no haya sido más considerada. Está tan concentrada en la obra… y se había dispuesto para que usted representase a su Ferdinand.

—¡No hay necesidad de que me informen de eso! ¡Es todo lo que me dice, una y otra vez, como una maldita arpía! Cómo no debo ir en contra de la musa. Cómo estoy decepcionando a Melpómene. ¡Si ella no termina en un asilo, me mandarán a mí allí!

—Le pediré que pare —le aseguré.

—¿Qué le importa a ella qué papel voy a interpretar! Todos somos superfluos. Al público no le importaría que pusieran monos a interpretar nuestros papeles, siempre que ella estuviera allí.

—No hable así, por favor, señor Frost. ¿Qué diría Silas? Él creía en usted y en su talento más que nada. Le habría roto el corazón si se rindiera.

Su boca se cerró con fuerza. Por supuesto que no podía decir eso. No necesitaba decirlo: su propio corazón ya estaba roto.

—No se preocupe por Lilith —le comenté—. No necesita su musa. Ya tiene una propia. Hágalo por Silas.

—¿De verdad cree que Silas desearía que yo siguiera sin él? —Parpadeó con lágrimas en los ojos.

—Más que eso. Él querría que usted brillara, que eclipsara a Lilith.

Su ceño se despejó. No fue exactamente porque le hubiera aliviado la tensión. Fue como si todos sus músculos se hubieran aflojado.

—Sí, él lo querría. Usted tiene razón, señorita Wilcox. Él lo querría.

—Y usted puede hacerlo —insistí—. ¿Recuerda la noche del estreno de la obra escocesa, cuando usted era la estrella?

—Sí, sí —balbuceó, ahora curiosamente emocionado—. Voy a hacer precisamente eso: robarle el espectáculo. Gracias, señorita Wilcox. Gracias.

Antes de que pudiera decir que era bienvenido en el teatro, se alejó, con un nuevo vigor en su paso.

CAPÍTULO 19

Puse pomada en el pelo oscuro de Lilith, haciéndole rizos largos que le caían sobre un hombro como si fueran pinceladas de tinta china. El maquillaje era suave y aniñado, pero le añadí un lunar en la comisura de sus labios. La duquesa era un poco coqueta, después de todo.

Cuando me alejé, la mujer que estaba sentada en el tocador ya no se parecía a Lilith. No puedo decir por qué eso me molestó, porque sí, era el objetivo de mi trabajo. Pero era desconcertante mirar a Lilith y ver que me devolvía la mirada otra persona.

—No te olvides de lo que te he dicho —le advertí.

—Trata bien a Anthony —repitió como un loro—. Nunca quise molestar al pobre hombre. Estoy intentando ayudarlo. No va a asombrar al público de nuevo si sigue ignorando las instrucciones de Melpómene.

—Tienes que pasar menos tiempo pensando en personajes y figuras mitológicas, y más tiempo pensando en personas de carne y hueso.

—¿Y qué tiene eso de divertido? —Lilith hizo una mueca.

Me dediqué a preparar el vestuario siguiente: el vestido atado con una cuerda. El silencio reinaba mientras me senté en el sofá para deshacer los nudos. Quería que Lilith volviera a susurrar sus frases, pero todo lo que podía escuchar era el tictac enloquecedor de aquel reloj.

Intenté disimularlo con mi propia voz.

—Dicen que el teatro se llena esta noche. Es un buen augurio para tu vuelta a las tablas, ¿no crees? Los periodistas pronto estarán

tragándose sus ínfulas. —Lilith me respondió bostezando exageradamente.

—Me alegro de estar de vuelta. No vivo en ningún otro sitio. Me dedico a los actos, pero es una imitación pobre de la vida. —Se quedó mirando cómo trabajaba—. ¿Qué haces con eso? Ya no hay gatos aquí, pero eres ingeniosa. ¿Vas a poner piojos en mi peluca? ¿Petardos en mis bolsillos?

—Hago todo delante de ti, para que lo veas.

—Pues *claro* que puedo verlo. ¿Y los juegos de manos? Puede que hayas estado aprendiendo de un ilusionista, por lo que sé. La señora Dyer pagaría por tus clases.

No se equivocaba.

—¿Cómo podría hacerte daño si está la todopoderosa Melpómene vigilándote? —bromeé—. Si es tan poderosa, ¿por qué no se limita a…?

Las luces se apagaron.

No nos avisaron, ni hubo ningún silbido ni parpadeo previo. La oscuridad nos tragó en un instante. Eurídice soltó un aullido terrible.

Escuchamos un sonido como el que hace el hielo al romperse.

—¿Lilith? ¿Estás bien?

No podía ver nada. La oscuridad era espesa y me presionaba como si tuviera una mano sobre mis ojos.

—¿Lilith?

Las luces volvieron a encenderse lo máximo posible. Entrecerré los ojos, cegada por el repentino estallido de luz. Lilith seguía sentada frente al tocador. Frente a ella, el espejo se había roto.

Mientras la observaba, un trozo de cristal se desprendió y cayó sobre la caja que contenía el maquillaje y el cepillo del pelo.

—¡Lilith, ten cuidado! ¡No te cortes! —Tiré a un lado el traje, me puse de pie en un salto y la aparté del espejo. El tocador parecía lleno de diamantes dentados. Tardaría años en limpiarlo—. No te acerques, podría pasar de nuevo. Juro que este teatro se está cayendo a pedazos.

Lilith se pasó una mano por la boca, frotando el carmín que le había puesto con tanto cuidado.

—Puede ser —me dijo, pensativa—. Todo el teatro de Eugene amenazaba con derrumbarse sobre sus cabezas. Pero es el precio a

pagar.

—¿El precio a pagar por qué?

—Por tener un espectáculo increíble.

Me llevó tanto tiempo limpiar los cristales rotos que no llegué a mi sitio entre bastidores hasta el segundo acto. Aparecí justo a tiempo para ver a la duquesa mirando impaciente a Bosola, con una mano apoyada en la barriga. Yo misma había hecho esa barriga, que era una bolsa de calicó y lana, atada con cintas alrededor de la espalda de Lilith.

Albaricoques, señora.

Un chico pasó junto a mí, tocó la herradura y salió al escenario. Como todos los demás, sus ojos estaban clavados en Lilith. Caminó hacia ella en una especie de trance y le ofreció la cesta.

El público se rio mientras Lilith engullía albaricoques y el jugo corría por su barbilla. Tenía exactamente el aspecto de una mujer embarazada con antojos. Se detuvo en seco y se llevó una mano al pecho.

Te lo agradezco, Bosola: estaban verdaderamente buenos, si no, me hacen enfermar. Se tambaleó. *Estas frutas verdes y mi estómago no son amigos. ¡Cómo me hinchan!*

Puede que hubiera un filtro sobre la luz, pero me pareció ver un toque de verde en su cara.

Lo siento mucho.

Hizo una mueca de dolor: se suponía que era el primer dolor de parto en el embarazo secreto de la duquesa.

Alumbrad mi habitación, dijo desesperadamente. *Oh, buen Antonio, temo que estoy destrozada.*

Lilith salió tambaleándose del escenario. Pero algo estaba mal. Su expresión preocupada no dejaba de apuntar al suelo. Estaba temblando, empapada de sudor.

—Una palangana —jadeó—. Traedme una palangana. Voy a vomitar.

La llevé medio a cuestas entre bastidores. Había un hombre vestido

de soldado con un casco redondo. Se lo quité de cabeza justo a tiempo. Lilith se dobló y vomitó todo lo que tenía en el estómago.

—¡Oye!

—¡Cuidado con el vestido! —siseó la señora Nettles detrás de mí —. ¡No dejes que se manche el vestido!

Estaba en la oscuridad y solo había luces parpadeando en la escalera, pero el líquido que Lilith vomitó parecía de un color inadecuado.

Era demasiado oscuro.

Se balanceó sobre sus pies.

—Te limpiaré el casco —le prometí al actor. —Solo que… déjame que la ayude primero.

Lilith empezó a alejarse, arrastrándome con ella. A pesar de su sudor, su mano estaba fría, como si estuviera muerta. Dejé de lado el recuerdo incómodo de la señora Dyer, de pie frente a mi casa nueva, hablando de envenenarla. No lo haría. Seguramente no *podría* hacerlo sin mi ayuda.

Cuando nos libramos de las cortinas onduladas, Lilith se detuvo y se apoyó en la pared, pasándose la lengua por la boca.

—¿Te vas a volver a poner mala?

Separó los labios y se metió la mano. Un diente cayó entre las yemas de sus dedos.

—¡Dios mío! —grité.

Lilith miró la muela, que tenía las raíces largas de color negro.

—Por lo menos es una de las de atrás. —Se encogió de hombros, como si no fuera nada—. Vamos, tengo que cambiarme para mi próxima escena.

—¿Vas a volver al escenario? No deberías hacerlo.

—Claro que sí, Kitty. Prefiero morir a perderme otra actuación.

Su vómito se deslizaba hacia los lados dentro del casco mientras nos movíamos. Fuera lo que fuere ese olor pútrido, no era de albaricoques. Era sulfúrico, estaba podrido, al igual que el hedor en la vestimenta.

CAPÍTULO 20

Ese domingo me senté en casa, en nuestro salón, con la luz suave que entraba por la ventana, y leí los periódicos. Cada columna especializada en teatro anunciaba el regreso triunfal de Lilith. Decían que deslumbraba sobre el escenario y brillaba representando a la duquesa, y así era. Pero yo seguía recordando ese diente.

Tenía la horrible sensación de que la señora Dyer estaba detrás de las náuseas de Lilith, aunque las purgas de las que me había hablado no podrían pudrir un diente en cuestión de minutos. Lilith comía bastantes caramelos de menta, pero su sonrisa era uniforme y blanca. No tenía sentido. Tampoco tenían sentido las hebras grises de su pelo, la sangre que a veces goteaba de su nariz… Parecía que ella iba por el mismo camino en el que se encontraba el teatro. Representaba a personajes vivaces mientras ella se iba desvaneciendo poco a poco.

Me estremecí. Entre las diferentes influencias que tenían la señora Dyer y Lilith sobre mí, mi mente se estaba nublando con todo tipo de fantasías. Debería concentrarme en lo que verdaderamente importaba: las críticas y el dinero que me daría el teatro.

Pero mientras que alababan a Lilith, la actuación de Anthony Frost había sufrido una paliza. Los críticos se quejaron de su Antonio «deprimente y decaído» y aplaudieron a los hermanos en su intento por poner fin a su miseria. Escribieron sobre Anthony como si no tuviera más sentimientos que una marioneta. ¿Acaso no entendían que era una persona real, con problemas reales que no siempre podía dejar de lado por el trabajo? Nadie podía pretender que su actuación fuera ideal, pero al menos podrían haberse abstenido de mencionarlo.

Escuché unas ruedas fuera. Levanté los ojos con el más vago interés, ya que la ventana del salón daba a la carretera y pasaban muchos carruajes cada día. Pero entonces me quedé helada. El carruaje de la señora Dyer se había detenido frente a nuestra casa.

Nunca pensé que me visitaría aquí, tan cerca de la casa de Lilith. La señora Dyer habría leído estas críticas con sensaciones muy diferentes. Si Lilith había tenido éxito a pesar de sus complots deshonestos, estaría buscando otra vez mi ayuda. ¿Y cómo podría decirle que no? ¡Yo estaba viviendo en su casa!

Apenas había llegado al vestíbulo cuando sonó la aldaba. Dorcas salió de la cocina, con las mejillas rojas y despeinada por haber estado cocinando; no estaba en condiciones de recibir a una dama.

—Es la señora Dyer —susurré. El pánico ensanchó sus ojos, se limpió sus manos corriendo en el delantal mientras yo abría la puerta.

El cuerpo de cera de la señora Dyer estaba en la calle. Era una copia perfecta, sin sangre. El único vestigio de color que había estaba en sus labios, que estaban pintados de rojo como si fuera una herida. Rachel estaba a su lado, con la espalda recta y claramente aterrorizada.

—Jennifer —empezó a decir la señora Dyer desesperadamente—. Jennifer, tengo que hablar contigo.

Justo después de que las palabras salieran de su boca, se dio cuenta de que Dorcas estaba al fondo. El cambio en su forma de actuar fue instantáneo; había vuelto todo su encanto.

—Señorita Dorcas, es un placer verla. Espero que se esté adaptando bien a esta casa. Por favor, discúlpeme por entrometerme en su día de descanso.

—En absoluto, es un honor. ¿Puedo… puedo traerle un poco de té?

—Oh, no, gracias. No le molestaré mucho rato. Solo quiero hablar en privado con Jennifer, me temo que es muy urgente. Es un asunto teatral de lo más urgente.

Mis pensamientos daban saltos de alegría. Di un paso atrás y les indiqué que entraran en casa. ¿De verdad que las críticas brillantes hacia Lilith habían hecho que la señora Dyer estuviera así de espantosa? ¿Y si era algo peor?

—Dorcas, ¿podrías llevar a la señorita Dyer arriba y enseñarle las

flores que hemos prensado? Se aburrirá con tanta conversación sobre el teatro.

Dorcas asintió, se agachó a la altura de la niña y le extendió la mano.

—¿Te gustaría hacer eso, cariño? —Rachel se aferró a la falda de su madre—. ¡No te preocupes, no muerdo! Nos conocimos ya, ¿lo recuerdas? Fui en tu carruaje desde el hospital. Vamos, dejemos a tu madre con sus asuntos. Iremos a ver cosas bonitas.

Rachel levantó una mirada recelosa hacia su madre, pero se convenció al ver que la señora Dyer asentía.

—Mil gracias, señorita Dorcas. Solo mantendré ocupada a su hermana un rato corto, lo prometo.

Pero cuando entró en el salón, la señora Dyer cerró la puerta y se quedó con la espalda pegada a ella, como si nos atrincherara para un asedio.

—¿Señora? —tartamudeé—. Me está asustando.

La mirada que me lanzó fue tan animal, tan desesperada, que di un paso atrás.

—Mi corazón. —Se dio un golpe con la mano contra su corpiño—. ¡Mi corazón! Creí que no se podría romper más. He estado agonizando, Jennifer, y soy incapaz de confiar en una sola alma. Tú eres la única amiga que tengo.

—Dígame entonces qué pasa.

—He querido hacerlo, y sin embargo… ¡No puedo soportar el sonido de mi voz diciéndolo en voz alta! —El dolor arrugó su frente. Se hundió hasta las rodillas; el vestido las cubría, así como a parte del suelo, y se le veían las enaguas por debajo.

Yo me debatía entre la exasperación y la compasión. La señora Dyer estaba claramente angustiada, pero no veía por qué tenía que expresar sus emociones de esta forma tan melodramática.

Metió la mano en el bolsillo y buscó algo a tientas. En lugar de sacar un pañuelo, que era lo que esperaba, sacó un papel arrugado. Me incliné hacia ella, en una postura similar a la que Dorcas había adoptado para hablar con Rachel.

—¿Puedo tenerlo?

—Sí, toma, toma. Me queman las manos al sostenerlo.

Desplegué la página y fruncí el ceño, intentando entender lo que veía. Había líneas limpias y regulares de algo escrito en color cobre. Era un registro, una especie de libro de contabilidad, lleno de nombres. El lado izquierdo estaba roto. La señora Dyer debió haberlo arrancado de un libro.

—¿Qué voy a…? —empecé a decir. Entonces vislumbré un nombre que me resultaba familiar—. ¿De dónde ha sacado esto?

—Suelo ir a Southend-on-Sea. A menudo. Ya sabes, no está lejos si vas en tren. Digo que el aire es bueno para los pulmones de Rachel. Hugh siempre se muestra reacio a dejarme hacer el viaje, me insta a que pruebe a ir a Margate en su lugar. Bueno, ya ves por qué me decía eso.

—No deberías tener esto. Parece oficial. Hay otras entradas aquí, alguien podría necesitar…

—¡No podía dejarlo en la iglesia! ¡No podía dejar algo tan descarado, que anuncia mi vergüenza a todo el mundo! Me sorprende que lo hayan permitido. ¡Me sorprende incluso que el pastor lo haya consentido!

La verdad era que no habían hecho ningún esfuerzo por ocultar el pecado de la fornicación. Los nombres de ambos padres estaban escritos en el registro de bautismo, ambos en negrita. Hugh Algernon y Lily Fitzwilliams. Me centré en esto y en el descubrimiento del verdadero nombre de Lilith, así que no absorbí la otra información: los datos del niño en sí. Pero la señora Dyer llamó mi atención para que lo viera.

—Un hijo —exclamó—. Un hijo. Un heredero. Hugh lo ha reconocido como tal. ¿Te das cuenta de lo que significa, Jennifer?

Mis ojos recorrieron la entrada. Tenía razón. Habían tenido un hijo, bautizado como Algernon.

Volví a mi silla, alisando la página de los periódicos.

—Pero… ¿dónde está ese niño ahora?

—Con una enfermera en Southend, desde que Lilith enfermó.

—¿Lo ha visto? —Parecía disgustada.

—Por Dios, no. Pero he estado observando de cerca la correspondencia de mi marido. Sigue en contacto con él, pero no va a visitarlo.

No podía pensar con claridad. Culpé al gobernador, pero le habría culpado también a él por no reconocer al niño y por no vigilar cómo crece.

—¿Y no te ha dicho nada? ¿Absolutamente nada? —Ella sacudió la cabeza, que hizo que se le saliera el pelo de sus horquillas.

—Ni una palabra. Por lo que sé, puede que ya haya cambiado su testamento.

¿Podía hacer eso de verdad? Pensé que había leyes contra cosas como esta: sabía que había leyes contra los hombres que se quedaban con el dinero de su esposa y la mandaban a un psiquiátrico.

—Pero seguramente tu dinero estará protegido. ¿Teníais un acuerdo o algo así?

—Nos casamos antes de la Ley de Propiedad. Ninguno de mis parientes estaba allí para aconsejarme sobre un contrato de matrimonio o algo parecido. Confié en Hugh. Él siempre me ha dado una concesión amplia para hacer lo que quisiera. ¡Nunca pensé que debía proteger nada de él!

La profundidad de la traición era impresionante, pero vi un rayo de esperanza.

—No se preocupe, señora. El gobernador no abandonará a Rachel. ¡No la dejaría sin dinero! En todo caso, esto demuestra que no sería capaz de abandonar a un niño.

—Oh, Jennifer —lloró—. Eres demasiado ingenua. Nunca pensaste que tu hermano *te abandonaría*, y sin embargo lo hizo de todos modos.

¿Cómo iba a estar en desacuerdo con eso?

—Además —continuó—, una provisión *adecuada* no será un consuelo para mí. Rachel tiene derecho a todo. Es su derecho de nacimiento. Es *mi* fortuna. ¡Ese bastardo no tiene más derecho que un chico que barre la calle!

Eso era mentira. Al menos una parte del dinero debe haber sido del gobernador, conseguido a través de las ganancias del teatro. El talento de Lilith había multiplicado los ingresos por diez. El pequeño Algernon merecía algo. Pero la señora Dyer no estaba de humor para escuchar verdades difíciles.

—¿Quiere mi consejo?

—¡Sí! Dios sabe que no puedo pensar ahora mismo con claridad.

—Todo lo que tiene que hacer es enfrentarse a él. Amenazarlo con exponer su secreto y arruinar su reputación. Nunca lo haría, por supuesto, pero podría ponerlo a prueba.

No podía empezar a imaginar lo que significaría todo esto para mí si pasara de verdad. Si la señora Dyer le retorcía el brazo al gobernador y lo convencía de despedir a Lilith, ¿seguiría teniendo un trabajo? Me gustaba pensar que la señora Dyer me apoyaría, me pondría a vestir a Clementine o a otra actriz, pero no podía estar segura. Los últimos acontecimientos habían demostrado su imprevisibilidad.

—Sí —respondió, intentando controlar y estabilizar su respiración —. Por muy doloroso que sea… debo ocuparme de Hugh. —Sus ojos de color esmeralda me miraron fijamente—. Pero tú… tienes que ayudarme a ocuparme de Lilith.

—¿Qué quiere decir? —Se me puso la piel de gallina.

—Se ha llevado todo lo que quería, Jennifer. Así que quiero llevarme algo *suyo*.

—No estoy segura de que eso conseguiría de verdad que…

—¡Me daría satisfacción! —rugió—. ¿Necesito alguna otra razón? Si fuera un hombre, la llamaría y le dispararía en el corazón, pero dada la situación…, tengo que usar las armas que tengo a mi disposición.

La señora Dyer se había dejado llevar por sus emociones, y yo no la podía culpar. Pero estaba yendo demasiado lejos.

—Yo no soy su arma —murmuré—. Le dije antes que no envenenaría a Lilith. Aunque creo que ya ha encontrado a alguien más para hacerlo.

Me miró con frialdad. Mi cuerpo se sacudió de miedo al verla mirarme así.

—No te pido que le hagas daño físicamente. Solo quiero romper su alma. Hacerla tan desgraciada como ella me ha hecho a mí.

Bajé los ojos a la mesa, pensando enfadada. No debería tener que tomar esta decisión. Estaba harta de que la señora Dyer hablara como si Lilith hubiera causado todos los problemas ella sola, sin que el gobernador hubiera contribuido a ellos.

—Si haces esto por mí —dijo la señora Dyer lentamente, con su

voz como si fuera miel—, no te arrepentirás. Le daré a Dorcas su propia tienda. Contrataré a un tutor para que venga a darle clases a Philip cuando no esté en la fábrica. No te faltará nada. Le harás un gran favor a tu familia.

Sabía de qué pie cojeaba. Me rebajaría por ellos. Haría cualquier cosa para no tener que ver a Dorcas, Philip y Bertie experimentando la miseria en la que yo había vivido cuando tenía sus edades. A fin de cuentas, la señora Dyer tenía en su poder darme empleo, esta casa tan lujosa o echarme a la calle. Lilith no podía ofrecerme nada.

—Si lo hiciera —respondí con cautela—, esta sería la última vez. No más bromas ni engaños. No tengo ninguna razón para hacerle daño a Lilith. Ella no me lo ha hecho a mí.

Sonrió entonces, pero había algo terrible y firme en su sonrisa.

—No te equivoques, Jennifer. No puedes ser mi amiga y la amiga de Lilith al mismo tiempo. Es una cosa u otra. Debes elegir entre nosotras. No eres una chica tonta. Confío en que tomarás la decisión más inteligente.

CAPÍTULO 21

Lilith los estaba dejando boquiabiertos de nuevo. Era diferente ver su éxito como la duquesa. En lugar de crear a Lady Macbeth, que era terrible de contemplar, encarnaba a alguien que realmente te podía gustar. Me encariñé con ella a través del personaje. No pude evitarlo.

Lo que hizo que lo que tenía que hacer fuera aún más difícil.

Había venido a ponerse el último vestuario. Había una escena de despedida con Antonio, y después llevaban a la duquesa a la prisión, al tormento y finalmente a la muerte. Por supuesto, la hicimos morir de blanco, pero sus enaguas ardían con un color escarlata, el color de los mártires. No llevaba ni gola ni cuello, para que el público pudiera ver el cruel lazo que rodeaba su hermosa garganta.

Lilith no hablaba mientras yo trabajaba, al menos no a mí. Su atención estaba totalmente centrada en el reloj de Melpómene. Controlaba sus manos obsesivamente, susurrando: *Todavía soy la duquesa de Malfi.*

Y al igual que la duquesa, alguien la traicionaría. La suma era simple. O me volvía una traidora contra Lilith, una actriz que conocía de unos meses, o contra toda mi familia. Mejor herir a uno que arruinar a tres. Mi mente lo aceptaba. Pero mi corazón no.

Alguien llamó a la puerta. Mi estómago se hundió cuando el traspunte anunció el nombre de Lilith.

—Mucha mierda —le dije estúpidamente.

Me ofreció una sonrisa fina y regia y se fue, llevándose el reloj.

Por una vez, la ausencia de ese reloj no levantó la densa atmósfera opresiva que había en el camerino. Era dolorosamente consciente del

espejo, que todavía estaba sin reparar, y del hedor que envolvía las flores. Eurídice se lamió la pata mientras yo ordenaba la caja de maquillaje y guardaba las brochas y los pinceles. No podía retrasar mucho más mi temida tarea.

Salí de la sala de vestuario suspirando y me dirigí al patio. Estaba tranquilo a esta hora de la noche, con solo los ruidos habituales de ruedas y cascos de la calle que penetraban en las paredes. La escarcha cubría los adoquines. Mi aliento se desvaneció como si fuera humo cuando metí la mano debajo de un viejo piano roto. El cubo estaba allí, como había prometido la señora Dyer, cubierto con un trozo de tela. Las sombras pululaban, haciendo que pareciera que había algo retorciéndose y crispándose debajo. Incluso aquí fuera, en el frío aire de la noche, el olor acre y agrio del contenido del cubo me hacía tener arcadas. ¿Cómo pudo, una dama como la señora Dyer, idear un plan tan repugnante?

Ella no había llevado bien el asunto. No se había parado a pensar qué pasaría si alguien me descubría porque estaba impulsada por la malicia y el dolor. Al igual que la noche de la reacción alérgica, ella no estaba en ninguna parte. Siempre me tocaba limpiar sus estropicios.

Cuando entré de nuevo en el teatro, hice una lista mental de todas las personas que me odiarían después de esta noche. Primero estaba Lilith, obviamente, y la señora Nettles nunca me perdonaría por haber arruinado parte del vestuario. Me sentí vacía al pensar en la reacción de Oscar. Estaría demostrando ser la hermana de Greg: otra manzana podrida.

No debería perder mi trabajo, la señora Dyer me lo había prometido. Pero ella no podría evitar las miradas y los susurros del personal cuando me vieran.

Nadie me preguntó nada mientras iba entre bastidores y subía con dificultad la escalera con el cubo apestoso colgando del pliegue de mi codo. Todos estaban tan concentrados en la obra que apenas se fijaron en mí. El puente parecía mucho más alto por la noche de lo que había sido aquel día que pasé por él con Oscar. Salí a los tablones temblando. Estos crujieron bajo mi paso. La mayoría de los tramoyistas estaban trabajando alrededor de la rejilla y frente a la

esquina del traspunte, ignorando mi presencia. ¿Por qué, entonces, me sentía observada?

La duquesa entraría a escena pronto para ver el ataúd y que la engañasen para besar la mano de un hombre muerto. No tenía mucho tiempo para cruzar el puente y llegar a mi sitio antes de que las luces se apagaran.

Llevar el cubo ralentizó mi paso. Luché contra el impulso de mirar abajo; reprimí el recuerdo de Silas cayendo en picado. Los tablones que había debajo de mí parecían moverse, balancearse con la brisa de la noche.

Le besará la mano y se reconciliará consigo mismo, pero, por su voto, no se atreve a verla a usted.

Era demasiado pronto. Escuché la voz de Lilith, más lejos de lo que debería estar. *A su gusto: que se vayan las luces.*

La oscuridad total se apoderó del auditorio. El público se quedó sin habla y murmuró; esta parte siempre los tomaba por sorpresa. Todo lo que llenaba el vacío eran las voces en el escenario: la duquesa, clara como una campana, y el gruñido de Ferdinand.

Mis dedos se agarraron con fuerza del asa del cubo. Lo sentí como lo único sólido que me quedaba. No me atrevía a moverme en la oscuridad. Mis ojos vagaban, desesperados por un rayo de luz, y mientras miraba fijamente en el negro infinito, me pareció ver una forma. Había un cuerpo humano, de pie, directamente sobre Lilith, donde yo debería estar.

La razón me abandonó. ¿Sería la persona o la cosa que empujó a Silas a su perdición?

El cuerpo levantó los brazos y después examinó la barandilla.

¿Ja? ¡Luces! ¡Ah, qué horrible!

Mi tarea. Había estado tan ocupada mirando el cuerpo que había olvidado por qué estaba aquí arriba. Me perdí mi propia señal.

Que tenga luz suficiente.

La iluminación inundó el teatro; una señora del público gritó al ver a Lilith en el escenario con la mano de un hombre muerto. Pero yo no estaba mirando eso. Estaba parpadeando contra la luz, luchando para entender que la forma que había visto era Anthony Frost con una cuerda atada al cuello.

Saltó.

Sucedió muy rápidamente.

Lilith solo pronunció dos palabras de su monólogo: *¿Qué brujería…?,* antes de que los gritos volvieran a irrumpir.

Fue una caída larga, mucho más alta que una horca. Anthony debió darse cuenta de que los actores intentarían salvarle sujetando sus piernas si colgaban al alcance del escenario, así que hizo que la cuerda fuera corta.

Demasiado corta.

Le arrancó la cabeza. Lilith estaba cubierta de la cabeza a los pies de sangre. El torso de Anthony cayó, todavía retorciéndose hacia las tablas del escenario, mientras que la cabeza permaneció enmarañada en el lazo, con la boca abierta en un grito silencioso.

Mis rodillas se desencajaron. El cubo se deslizó de mi mano, esquivando por poco a Lilith mientras aterrizaba con un *golpe*, derramando gusanos a través de las tablas. No gritó. No creo que fuera capaz de hacerlo. Se quedó sola en el escenario, inmóvil entre el caos, con su piel resbaladiza y roja y el blanco de sus ojos enormes. Parecía la Reina del Infierno, todavía sujetando la mano del hombre muerto.

Los gritos y los alaridos formaron una cacofonía brutal en mis oídos. El telón cayó en ángulo, ocultando solo una parte del escenario, mientras que desde el foso de la orquesta se escuchaban cuerdas y tambores a la vez que los músicos intentaban evitar la caída de los gusanos.

Me arrastré entre las moscas. La madera me astilló las manos, pero seguí moviéndome. No quería que el *shock* me congelara como a Lilith; si lo hacía, tendría tiempo de asimilar lo que acababa de pasar.

Recordaría haberle dicho a Anthony que intentara ganarse el espectáculo.

Nadie podía dudar de que lo había conseguido.

Por ahora, Lilith me necesitaba. Llegué a la escalera y bajé. Horace estaba de pie en la parte inferior, pero no me prestó atención mientras bajaba. Estaba gritando, gesticulando tan frenéticamente que una vena sobresalía de su cuello.

—¡Bájala! —gritó—. ¡Bájala!

Pensé que se refería a la cortina del telón, pero se estaba refiriendo

a la cabeza de Anthony. Los tramoyistas no conseguían alcanzarla. Se balanceaba como un péndulo espantoso sobre los dedos extendidos de los hombres, goteando sangre.

Durante todo este tiempo, Lilith había sido incapaz de moverse. Tendría que ir a por ella.

Tragué saliva y salí al escenario. Era como entrar en una pesadilla: había gusanos retorciéndose a través de charcos de color burdeos. Estaba el goteo incesante de la cabeza que sonaba como el tictac de un reloj. Intenté concentrarme en Lilith, pero no había un centímetro de su cuerpo que no estuviera cubierto de la sangre de Anthony. Estaba en sus labios, en sus pestañas, en su pelo.

Levanté las palmas de mis manos mientras me acercaba a Eurídice.

—Lilith, tienes que salir del escenario.

Su boca se movió en silencio.

—Lo sé. Es horrible. Sal de aquí. Ven conmigo.

Tuve que tocarla. Me estremecí ante la pegajosidad cálida contra mis manos y el olor a hierro.

—Te tengo.

Dejó caer la mano de cera, que aterrizó con un golpe húmedo.

—Es Anthony, ¿no? —susurró—. Era Anthony.

Era. El tiempo verbal en pasado hizo que mi visión se volviera un túnel. Por supuesto, ella no lo habría visto: para ella solo había una luz brillante y una ola de sangre.

—Sí.

—Le advertí. Le advertí. —Lilith tembló.

No podía pensar en lo que quería decir. Pero en ese momento, los hombres consiguieron desatar la cuerda; la cabeza se estrelló contra el suelo y rebotó hasta nuestros pies.

El rostro sin vida de Anthony miraba hacia arriba, congelado en el quejido torturado de la máscara de Melpómene.

El vestido estaba completamente destrozado. Eso apenas importaba, pero era más fácil lamentarse por eso que dejar que el dolor real, humano, se apoderara de nosotras. La sangre empezó a formar una

costra en la piel de Lilith. Se había empapado profundamente, justo hasta las enaguas, el corsé y la camisa. Solo el reloj de Melpómene salió impoluto.

Eurídice lamió los pies de Lilith mientras yo buscaba agua para el baño. Su hocico ya había adquirido un tono rojizo. La agarré del collar y la até a una percha con un cinturón.

Sentí un leve zumbido en los oídos. Mis manos temblaban, haciendo que el agua ondease; me sentía débil como un recién nacido. De alguna forma, me las arreglé para llenar la bañera hasta arriba, apartar el material empapado de la piel de Lilith y guiarla hacia dentro. La sangre seca se retorcía en cintas de cobre. Le enjaboné el pelo, grueso y pesado al tacto, como si estuviera cubierto de alquitrán. En muy poco tiempo, toda la bañera estaba roja.

Nos quedamos en silencio, cada una encerrada en su propio infierno. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que mis lágrimas cayeron en el agua, suaves como gotas de lluvia. Si lo hubiera visto antes, si hubiera reconocido a Anthony allí arriba, ¿habría podido detenerlo?

Lilith se tensó. Se agachó y se quitó un gusano de su estómago, lo sostuvo hacia la luz y lo vio retorcerse.

—Gusanos —dijo con la voz hueca.

—Fue la señora Dyer —respondí en pocas palabras.

Ella asintió, como si mi traición no importara. A fin de cuentas, ahora sí que no importaba.

Lilith apartó el gusano y mis pensamientos se fueron de inmediato de vuelta a Anthony. ¿Qué sería del Mercury después de esto? Su muerte, poco después de la de Silas… Habría otra investigación en ese *pub* horrible. En ese momento sollocé por lo que acababa de presenciar, porque nunca me podrían limpiar la mente.

Lilith se movió en la bañera.

—No.

No le presté mucha atención. Su cerebro se estaba descongelando por el horror que acababa de presenciar, era poco probable que lo que dijera tuviera mucho sentido. Pero entonces lo repitió.

—¡No! No puede… Seguro que no ha podido volver a pasar, tan pronto.

Sus dedos húmedos se aferraron a mi brazo. Tuve un recuerdo súbito y horrible de los moretones de Anthony.

—¿De qué estás hablando?

—Siéntelo, Jenny.

Me tomó de la mano y la presionó contra su vientre. No sentí nada.

—Ese aleteo —jadeó—. Ese burbujeo. Lo he sentido una vez antes.

—No puedes querer decir que…

—No puedo volver a pasar por esto. ¡No! —Su cara se arrugó.

Me quedé en cuclillas, con mi mano en su piel húmeda, más allá de la vergüenza, más allá de todo. Cuando la señora Dyer se enterase…, estaríamos condenados. El Mercury, Lilith, los Dyer y yo.

Los ojos de Lilith buscaron el reloj en el tocador, como si pudiera ofrecernos alguna ayuda.

—Jenny, tráemelo.

No debería hacerlo, entraría agua en el mecanismo del reloj, pero era suyo, así que podía romperlo si quería. Mientras me alejaba, vi una nota apoyada en el frasco de perfume en la que no me había fijado antes.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Parece una carta.

La agarré. El papel se ablandó en mis manos mojadas, pero vi la letra de Anthony antes de que se desvaneciera en la página. Sus últimas palabras estaban garabateadas y dejadas allí para que Lilith las encontrara.

A lo mejor tu musa me ha inspirado, después de todo.

TERCER ACTO

Antonio y Cleopatra

«Mi resolución es firme, y en mí no hay mujer».

CAPÍTULO 22

El Mercury había cerrado en señal de respeto. Cosieron la cabeza de Anthony como pudieron y lo enterraron en el mismo cementerio que a Silas. Queríamos que los enterraran el uno al lado del otro, pero fue imposible. Tuvieron que enterrar a Anthony en la zona norte, con los suicidas.

Lo del suicidio fue el veredicto unánime; con la muerte de su amigo más querido, las críticas punzantes y la nota para Lilith, la investigación apenas se detuvo a debatirlo. Yo evitaba todo interrogatorio. Nadie recordaba haberme visto subir a las tramoyas; la imagen impresa en sus recuerdos era haberme visto llevando a una Lilith empapada de sangre.

Sobrellevar la consternación de mi familia era casi peor que la mía propia.

—¡Como en *Doctor Fausto*! —gritó Philip—. ¡Te dije que el teatro era un sitio malvado!

—No puedo dejar mi trabajo por lo que le pasó a otra persona. Es más importante que tengamos comida en la mesa y un techo encima de nuestras cabezas —suspiré. Los ojos de Bertie estaban como platos.

—El teatro hizo que Greg desapareciera. ¡No dejes que te haga desaparecer!

Solo Dorcas estuvo a punto de comprenderme. Se detuvo y me apretó el brazo mientras hacíamos la colada más tarde ese día.

—Te conozco, Jen. Aguantarás esto, seguirás siendo valiente y fingiendo todo, aunque te esté matando por dentro.

—Estoy bien —insistí.

No lo estaba.

No dudaba de la capacidad de empatía de Dorcas, pero no quería mancharla con la miseria de lo que había presenciado. La salvaría de los horrores si no podía salvarme a mí misma.

En su lugar, me dirigí a Lilith. Nos sentamos en silencio en la mesa de hierro forjado en su jardín, viendo a los pájaros picotear gusanos en el césped húmedo de la primavera. Los azafranes brotaban, morados, amarillos y blancos. Eurídice apoyó su cabeza en el regazo de Lilith, asomó su hocico hacia el estómago de su ama y gruñó suavemente. La botella de absenta estaba entre nosotras sobre la mesa. De vez en cuando, cada una daba un sorbo. Eso ahuyentaba las imágenes terribles que surgían en mi mente.

—¿Qué vas a hacer con el bebé? —pregunté por fin. Ella negó con la cabeza lentamente.

—Mi carrera…

—Bueno, ahora no va a ninguna parte, ¿verdad? No sin un protagonista. —Inmediatamente deseé no haber dicho eso. Intenté decir algo de nuevo—. Será mejor que se lo digas al gobernador.

Lilith se frotó la cara. Su piel pálida parecía casi translúcida en el sol primaveral.

—Me está evitando. Supongo que ese viejo dragón también te está evitando a ti. Están demasiado ocupados lidiando con… todo esto.

Tenía razón; no había sabido nada de la señora Dyer. Después de nuestro último encuentro, tampoco iba a ir a buscarla por voluntad propia. Una brisa se movía entre los arbustos. Todavía hacía frío, era un tiempo difícil para sentarse al aire libre, pero queríamos que nos diera la brisa fresca.

—Podría estar bien que tuvieras otro bebé —comenté, pensando en las primeras sonrisas de Bertie. Ella resopló.

—Pero dar a luz, no. Fue horrible. Y no tengo tiempo. Eugene Grieves dominó los escenarios durante veinticuatro años, pero ¿crees que una mujer puede hacer lo mismo? Tengo que conseguir dar lo mejor de mí en la próxima década o seré demasiado vieja para obtener papeles como actriz principal. —Puso su mano encima del reloj—. Incluso ahora estamos perdiendo el tiempo.

—Anthony ha muerto. No podemos hacer una obra de teatro.

—¡No estaría muerto si me hubiera escuchado! No callarán a Melpómene. Encontrará una salida a esto.

Sujeté la botella de absenta y se la aparté.

—Creo que ya has bebido suficiente. Además —añadí con una inspiración repentina—, en el libro que me diste…, estaba escrito que Melpómene era madre.

—Era la madre de criaturas medio aves, peligrosas.

—Lilith, la cosa es… —Tomé un trago rápido de absenta para armarme de valor—. La cosa es que tu carrera podría terminar de todos modos. La señora Dyer sabe lo de Algernon.

—¿Qué? —Levantó la cabeza.

—Tiene el registro bautismal. Se ha vuelto loca: ha arrancado toda la página del registro y huyó con ella. La usará contra ti. Amenazará con desenmascararte si no te vas en silencio.

—A este juego pueden jugar dos. Tiene tanto que perder como yo si descubren a su marido. —Lilith apretó los dientes.

Y así seguiría. El interminable tira y afloja entre ellas continuaría, utilizando al pobre Algernon como un secreto y un arma. Bebí de nuevo. ¿No había ninguna forma de persuadir a Lilith para que se retirara con elegancia?

—Me sorprende que quieras salir al escenario después de lo que ha pasado.

—No tengo ninguna otra opción. Te lo he dicho antes, es una vocación. Hice un trato.

—Estoy segura de que tu contrato con el Mercury no dice… —Fruncí el ceño. Ella se acercó a la mesa y me arrebató la botella.

—No me refería a eso —me respondió con un tono sombrío en su voz.

Eurídice gruñó con los ojos todavía fijos en el vientre de Lilith.

Me puse de pie. Lilith era un consuelo cuando nos sentábamos juntas en un silencio traumatizado, pero no en este estado de ánimo.

—Será mejor que me vaya.

—Llévate unas flores —comentó con la botella en los labios—. Hay un prado entero en el salón. Al parecer, el público me hace creer que me harán sentir mejor. Tu hermana es florista, ¿no?

Me conmovió que se acordara de Dorcas.

—Gracias.

Dentro, había tantos ramos de flores que parecía un invernadero del Real Jardín Botánico de Londres. En las paredes, en el mismo tapiz del sofá, florecían pequeñas manchas oscuras, marcas preocupantemente parecidas a las que había encontrado en el camerino de Lilith. Solo me paré para sacar algunas caléndulas, asfódelos y crisantemos, y después fui camino a casa, con el sabor a regaliz de la absenta en mi lengua.

Al menos aún me quedaba nuestra casa, tan preciosa como si viviera en un sueño. Bertie y Philip habían estado preparando una cometa para hacerla volar cuando llegara el viento de marzo, Dorcas cultivaba semillas en su propia parcela de tierra y ninguno de nosotros tenía que compartir el baño con otra familia.

El Mercury también había traído algo bueno. Para mi sorpresa, la puerta se abrió antes de que yo hubiera subido: Bertie estaba radiante en el pulido escalón blanco.

—¡Jenny! Nunca adivinarás quién ha venido.

El cuerpo de Greg bloqueaba la luz de la ventana del salón. Esta vez no estaba solo. Georgiana se había vestido como una esposa perfecta para acompañarlo, con un pequeño gorro de encaje beis sobre su pelo y unos pendientes corales que hacían juego con sus labios pintados.

—¡Pobrecita! —Besó el aire entre cada una de mis mejillas—. ¡Lo que habrás tenido que *sufrir*!

Justo después, al ver las flores, me las quitó de las manos.

—No debiste hacerlo.

Me quedé con la boca abierta debido a la incredulidad.

Dorcas y Philip estaban sentados en el sofá, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—No me eches la culpa —se defendió Dorcas—. Bertie lo dejó entrar.

—¡Ha vuelto, Jenny! —Mi hermano se acercó, cojeando con alegría—. ¡Greg ha vuelto!

—Eso veo. Ahora puede irse de nuevo.

—Pero ¿por qué? —Bertie hizo una mueca de tristeza.

—Teníamos que venir, Jen. —Greg se masajeó la nuca. La barba incipiente que había visto el invierno pasado se había convertido en una barba completa—. Leímos lo que le pasó a Anthony. Es horrible. ¿Estás bien?

¡Como si a él le importara!

—No, ¡no estoy bien! ¿Cómo demonios nos has encontrado? No te quiero en mi casa. Robarás cualquier cosa que tengamos.

Georgiana recorrió con los ojos el papel pintado de moda.

—No seas así, querida. Parece que te va muy bien, a pesar de todo.

Me sonrojé y luego me enfrié porque recordé cómo Oscar me había advertido sobre sus deudas. Entonces me fijé en el diamante que llevaba en la mano, brillante como una de las astillas que habían caído del espejo de Lilith.

—¡No puedes ser más descarado! ¡Ese es el anillo de la señorita Fielding! ¡Llevas algo robado a plena luz del día!

—No seas tonta —se rio Georgiana con nerviosismo, poniéndoselo bien—. Esta cosa vieja… era de mi madre.

Debía pensar que había nacido ayer.

—Sal. No eres bienvenida aquí, en absoluto. Vete.

Bertie lanzó un quejido, pero Philip y Dorcas asintieron.

—Sé razonable —se quejó Greg—. Vinimos cordialmente. Estábamos preocupados por ti.

¿Creía de verdad que eso iba a mejorar la situación?

—Estaba bien hasta que os presentasteis en mi casa. Vamos. Moved el culo.

Philip se levantó para ayudarme. Georgiana dio un pequeño grito mientras la empujaba. Estaba decidida a que se fueran, pero el daño ya estaba hecho. Nos habían encontrado. Bertie podría dejarlos entrar otra vez mientras yo estaba en el trabajo. Cada día podrían esperar a que me fuera, y hundir en él sus garras un poco más.

Y Oscar debía tener razón sobre las deudas. Aunque Georgiana iba bien vestida, los dos parecían delgados y Greg tenía esa blandura extraña en la boca que le salía de beber mucho. Sus ojos estaban enhebrados de carmesí. Podría imaginarlo jugando a las cartas hasta altas horas de la madrugada.

—Sé que en un tiempo todos seremos amigos —insistió Georgiana mientras la guiaba hasta la puerta—. Tendremos que aprender a llevarnos bien.

—No te preocupes, Bert. Estoy seguro de que nos volveremos a ver pronto. —Greg le revolvió el pelo a Bertie desde el escalón.

—No te mereces vernos, a ninguno de nosotros —gruñí. Philip cerró la puerta en la cara de Greg. Bertie empezó a llorar, patético como un ternerito al que le arrancan de su presa.

—¡Phil tenía razón! —se lamentó—. Tu nuevo trabajo te ha vuelto malvada. Eres una hermana malvada y desagradable y te odio.

—No era eso lo que quería decir… —empezó Philip.

Debería habérselo dicho a Bertie. Debería haberle explicado cómo Greg había robado dinero para su operación y otros mil detalles que le había ocultado.

Pero ahora Bertie podía moverse más rápido. Había subido las escaleras antes de que cualquiera de nosotros pudiera pararlo.

CAPÍTULO 23

Debió ser una semana después cuando me trajeron el correo por la mañana y había una carta de la señora Dyer; decía que me mandaría el carruaje al día siguiente, temprano. Lo vi con inquietud, y no solo porque significaba dejar a Bertie sin vigilancia. La última vez que nos vimos, la señora Dyer estaba furiosa por el hijo de Lilith. Ahora su actor principal se había decapitado y, sin saberlo, Lilith estaba criando a un niño de nuevo; no prometía ser una reunión agradable.

Al menos el tiempo se puso a mi favor con una mañana cálida y gloriosa, más parecida al verano que a la primavera. Me incliné hacia la ventana del carruaje, atrapando toda la luz natural que pude antes de que el teatro me tragara por completo. En lugar de pasar por la puerta cerrada y girar hacia la carretera, donde el patio se abría más abajo, el carruaje se detuvo frente a la escalinata del Mercury.

La señora Dyer estaba allí, esperándome.

—¡Jennifer! —Ella agitó su pañuelo para llamar mi atención. Teniendo en cuenta todo lo que había pasado, parecía sorprendentemente alegre. Las plumas adornaban el sombrero que llevaba y tenía puesto un vestido a rayas de Dolly Varden.

Abrí la puerta y salí.

—Buenos días, señora. Me sorprendió recibir su nota. ¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. Todo lo contrario. —Su sonrisa y el rubor de sus mejillas eran desconcertantes. Al menos en las obras de teatro, los personajes eran consistentes. En la vida real, la gente parecía cambiar como el tiempo—. Debo darte las gracias. Actuaste como una amiga

de verdad con tu consejo y estoy muy agradecida.

—Parece usted mucho más feliz hoy.

Cerré la puerta del carruaje. Se alejó tras una señal de la señora Dyer.

—Así es. Suena despiadado, a la luz de la muerte del pobre Anthony… Todo lo que puedo decir es que la tragedia me dio una oportunidad. Ahora puedo hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Y eso?

—Seguí tu consejo y hablé con Hugh. Fue increíblemente doloroso, pero su remordimiento le llevó a concederme favores. ¡Se me permitió elegir al nuevo actor principal! Debes entrar y presentarte. El señor Felix Whitlow ya tiene una gran carrera. Tenemos suerte de que esté aquí.

Empezó a subir los escalones, pero me quedé atrás, con la mente en blanco. Habían reemplazado a Anthony tan pronto… Sin embargo, eso casi no tenía nada que ver. La señora Dyer se había enfrentado al gobernador, y estaba radiante…

—¿Y Lilith?

Hizo una pausa, con un pie en el escalón superior.

—Parece que la muerte del pobre Anthony ha conseguido algo que todos nuestros engaños y estratagemas no. Hugh dice que Lilith está indispuesta por completo. No tendrá noticias de su regreso hasta dentro de un buen tiempo.

Indispuesta. Así fue como lo expresó.

—¿Pero va a volver?

La señora Dyer hizo una mueca. Después de haber comprobado que no había nadie cerca, se acercó a mi oído.

—Mi marido cree que ella es un activo financiero, cosa que no puedo negar. Y como está deteniendo todos los fondos para Southend, dice que hay que permitir que Lilith se gane el pan para el…

Parecía estar luchando por encontrar la palabra adecuada.

—Niño —dije.

Una nube pasó por encima del sol. Su sombra se alargó hacia los escalones.

—Pero esta es mi oportunidad de demostrar que está equivocado. Voy a reabrir el Mercury para una representación matinal de *Antonio y*

Cleopatra, en recuerdo del señor Frost. La recaudación se destinará a apoyar a su madre anciana. Hugh me ha puesto a cargo de esto por completo.

Había leído esa obra en la recopilación de Shakespeare que me había dado. El Antonio ficticio también fue derrotado y se suicidó. Me pregunté por qué no se le había pasado eso por la cabeza; era inapropiado.

—Otra actriz interpretará a Cleopatra en ausencia de Lilith —continuó—. Debemos hacer todo lo posible para convertirla en la favorita del público. ¡La agasajaré hasta el punto de que, cuando Lilith vuelva, se encontrará con que han usurpado su lugar! Eso dejará a Hugh sin otra opción que despedirla.

—¿Funcionará? Tendrá que tener mucho talento para rivalizar con Lilith. —Intenté que no se notara mi cinismo. Desechó mi preocupación con un gesto de la mano.

—Se puede crear la opinión popular. Ya he contratado a unos caballeros que asistirán a la obra y darán una ovación. También podría pagar a otro grupo para que abucheasen a Lilith.

La vi girarse totalmente desencantada y subir al trote los escalones. Para ser tan amable con mi familia, podría ser horriblemente cruel. Al menos las púas de Lilith estaban a la vista. La señora Dyer te sonreía tranquilamente en la cara mientras te apuñalaba por la espalda. La seguí a través de una de las entradas cerradas y en el vestíbulo. Parecía menos siniestro de día. La lámpara de araña goteaba cristales desde el techo como un merengue esculpido. Podía ver el patrón del suelo de parqué y las vetas de los pilares de mármol de Siena que rodeaban la taquilla. La escalera bifurcada ya no era un árbol sombrío, sino un edificio que se elevaba majestuosamente. Aun así, la luz del sol revelaba la decadencia; las manchas y los desconchones del teatro me llevaron mentalmente al Helicón. ¿Pasaría mucho tiempo antes de que nuestro teatro se deteriorara tanto como el de Eugene Grieves?

El nuevo actor se quedó junto a la barra. Era más bigote que hombre, favorecido con unas mejillas rubicundas y ojos azules, que recorrían mi cuerpo de arriba abajo antes de posarse en mi rostro.

—Jennifer Wilcox, es un gran placer para mí presentarte al nuevo actor principal del Mercury, el señor Felix Whitlow.

—¡Encantado, encantado! Se lo juro, señora Dyer, ¿a cuántas damas encantadoras pretenden presentarme en un día? Mi pobre corazón no puede resistir este asalto.

No le ofrecí mi mano para que la estrechara, pero, sin embargo, la tomó y se la llevó a los labios. Su vello facial me pinchó a través de los guantes cuando me besó los nudillos. Era un contraste bastante fuerte con Anthony, que tenía buenos modales, pero con un rostro fuerte y apuesto. Retiré mi mano y la limpié subrepticiamente en mi falda.

—Es un placer conocerlo, señor.

Creo que sonrió. Era difícil saberlo, bajo ese bigote.

—Conozco al señor Whitlow de antes. Seguro que atraerá al público… lo *necesitamos*. —La señora Dyer hizo un mohín con su boca —. La sociedad no estará dispuesta a asistir a un teatro donde un hombre fue… donde…, bueno, ya sabes lo que pasó.

—Creo que subestima al público, señora —respondí—. Una muerte sangrienta solo despertará interés.

El señor Whitlow se rio. Supuse que lo hacía por el general romano Marco Antonio. Parecía el tipo de hombre que podría llamar a una tropa para reunirse. Tuve la vaga noción de que había visto su cara en algún sitio antes, a lo mejor en otra obra. La señora Dyer dijo que lo conocía desde hacía tiempo; a lo mejor estaba en *Los hermanos corsos* o en *Los misterios de East Lynne* cuando me trajo Greg aquí, hace años.

—Sobre gustos no hay nada escrito —respondió la señora Dyer con cuidado—. Pero como estamos llevando a cabo una obra de caridad, no me importa mucho que atraiga a las multitudes, siempre y cuando vengan, y podamos mantener a la pobre señora Frost en la comodidad de su vejez.

Al escucharla hablar, casi creí que la bondad era su motivación real. Moví los pies incómodamente en el suelo de parqué. ¿Me habría engañado así antes?

—Y así será —declaró el señor Whitlow—. Pero mi querida señora Dyer, ¿cuánto tiempo va a mantenerme en este suspenso? He conocido a Clementine Price y a la encantadora señorita Wilcox, pero aún estoy esperando a mi reina. ¿Cuándo conoceré a mi Cleopatra?

Por primera vez ese día, la sonrisa de la señora Dyer se borró.

—En un momento, señor. La señorita Wilcox viste a nuestras

actrices principales, y tengo la intención de que os reunáis todos. Debo… —Se giró hacia mí—. Debo proporcionarle la información a ella primero. Discúlpenos.

El señor Whitlow inclinó la cabeza. La señora Dyer ya había comenzado a retirarse hacia la taquilla. Caminé rápidamente para alcanzarla. ¿Por qué se estaba distanciando tanto? Seguramente no le importaba que el actor principal se enterase del vestuario.

Cuando se detuvo, tenía el ceño fruncido. Se mojó los labios antes de hablar.

—Ahora, Jennifer, necesitaré que seas valiente.

—¿Señora?

—Has trabajado con Lilith durante muchos meses, así que sé que eres capaz de tolerar vestir a mujeres que no te caen bien…

—Pero ¿por qué debería no gustarme la nueva actriz? ¿Quién es? —Parpadeé—. Pensé que le daría el papel a Clementine, aunque supongo que sus nervios podrían sacar lo peor de ella con un papel principal.

—Sí…, sí —respondió con inseguridad—. Debes entender que, en mi campaña contra Lilith, necesitaba contratar a alguien que la aborreciera tanto como yo. Que no se desviase de la misión. Si no fuera por eso, habría elegido a la actriz de otra forma…, pero tenemos un objetivo común. Mejor malo conocido que bueno por conocer, es lo que dicen.

No lo entendía. ¿Quién conocía a la señora Dyer y a Lilith, y sin embargo era también mi enemiga? No significaba eso que…

Justo entonces, una mujer apareció en el rellano de la escalera. Llevaba un vestido de día de seda rosa empolvado y acordonado con un encaje marfil. Mientras bajaba los peldaños de mármol, cada pisada provocaba una nueva nota de rabia en mi pecho.

Georgiana Mildmay entró en el vestíbulo como si fuera la dueña del lugar.

—Lo siento, Jennifer, pero estoy dispuesta a tomar cualquier medida para luchar por lo que es mío. Como diría Cleopatra: *Ahora, de pies a cabeza, soy de mármol.*

No dije nada. La señora Dyer necesitaba ver que su vida era una obra de teatro, para ponerse a sí misma como la heroína. Nunca

parecía recordar la escena final. Cleopatra no triunfó. La mordió una serpiente hasta que murió. Y si alguien era una serpiente, era la actriz que se pavoneaba ante nosotras.

Georgiana me hizo un pequeño saludo con la mano.

—¡Sorpresa! Te dije que debíamos llevarnos bien. ¿Acaso no será divertido?

Tenía que decírselo a Lilith. Necesitaba descargar mi furia con alguien que estuviera tan indignada como yo. Qué podrida estaba la señora Dyer y su falsa caridad. Una vez me dijo que odiaba a Georgiana, que nunca había valorado su talento.

¡Georgiana como Cleopatra! Era un insulto. Lilith al menos tenía algo del atractivo sensual de la reina egipcia, podría suspender la incredulidad del papel.

A lo mejor debería negarme a vestir a la mujer que había dividido a mi familia y trató a Oscar como si fuera basura… ¡Oscar! ¿Cómo diablos iba a soportar que Georgiana volviera al teatro? La señora Nettles y Polly lo odiarían también. Georgiana no tendría ni una amiga en el Mercury, aunque supongo que no le importaba.

Sin lugar a dudas, esto era lo que hacía la señora Dyer. Encontraba a mujeres con mala suerte en la vida, desesperadas por tener una oportunidad, y les daba trabajo. Pensaba que su dinero podía comprar sus almas y ponerlas al servicio de su propósito. A ella nunca le importó.

Me habían engañado. ¿Pero cómo podía salir de esta ahora? Si dejaba el teatro, nunca sería capaz de pagar el alquiler. No; me quedaría. Me quedaría y me aseguraría de que tanto la carrera de Georgiana como el plan de la señora Dyer fracasaran por completo.

En lugar de volver a casa, fui directamente a la casa de Lilith. Para mi sorpresa, el gobernador abrió la puerta. Se había quitado la chaqueta, mostrando un chaleco con un patrón brillante. Su corbata estaba desatada.

—Entra, rápido.

Obedecí sin decir ni una palabra. La villa olía a rancio. Donde

antes había una pátina de polvo, ahora había una auténtica nevada. Había botellas, guiones de obras y zapatos desparramados por el suelo. Todas las flores habían muerto desde que estuve hace una semana.

—¿Qué está pasando, señor Dyer?

El gobernador se dejó caer en el sofá, sin prestar atención a la ropa y a las cartas sobre las que se había sentado.

—Esto es un mal asunto. Un maldito mal asunto. Y tú, señorita Wilcox, debes responder por lo que has hecho.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—No te hagas la tonta. Sabes perfectamente que has traicionado mi confianza. Te pagué por tu discreción, pero parece que fue dinero malgastado. La señora Dyer lo sabe todo.

Ahora lo lamentaba, pero me negaba a sentirme avergonzada. Era él quien tenía una amante; quien rompía los votos sagrados del matrimonio y ocultaba a un hijo ilegítimo.

—Subestima a su esposa, señor. Ella es capaz, con su mente y su determinación, de descubrir las cosas por sí misma.

Su risa fue dura.

—Por Dios, ¿verdad que sí? Sería más fácil separar a un perro de un hueso que a Sylvia de algo que se ha propuesto.

En eso estábamos de acuerdo.

—¿Dónde está Lilith?

—Arriba. Ha estado fatal. ¿Por qué no estabas aquí, cuidando de ella?

—Trabajo en el teatro, señor Dyer. No soy su criada.

Se inclinó hacia adelante, juntó las manos ante su cara y exhaló en ellas.

—Tengo muy pocas razones para confiar en ti. Pero parece que eres el único recurso que tengo. Eres la única persona que Lilith soportará que la acompañe.

—¿Acompañarla a dónde? —Sentí una punzada de presentimiento.

—He concertado una cita con un médico. Una cita bajo el máximo secreto posible. No puedo llevar a Lilith allí, pero no está bien que vaya sola. Necesitará a una persona que la cuide… después.

—¿Después de qué? ¿De un examen médico?

—Después de un procedimiento médico. Para solucionar una… dolencia femenina.

Parecía que el suelo se inclinaba bajo mis pies.

—Eso es… ilegal —respondí con la voz entrecortada—. Señor, si la atrapan… será considerado un asesinato.

—No te debo ninguna explicación. —Sus labios se apretaron en una línea sombría. Era tan malo como su esposa, confiaba en que yo haría lo que me dijera.

—¡Sí, me la debe! Me está pidiendo que conspire en un crimen, que arriesgue mi vida. ¿Qué le hace pensar que voy a decir que sí?

Se pasó una mano por el pelo.

—Te has puesto del lado de Sylvia. No hay duda de que crees que es inocente y que está equivocada, pero no la ves en casa. Estaba obsesionada con Eugene Grieves. Obsesionada. Su admiración no fue recíproca, pero me convirtió en un hazmerreír de todos modos. Y después, cuando murió, llevó ese luto ridículo… ¡Tiene que convertir todo en un drama!

No había considerado antes cómo podría impactar el enamoramiento de la señora Dyer con Eugene Grieves en su marido. ¿Habría tomado la relación con Lilith como una especie de venganza?

—Su matrimonio es asunto suyo, señor. Pero otros no deberían sufrir por sus enfados. —Pude escuchar cómo mi respiración se había acortado y demostraba que estaba enfadada—. ¿Lilith quiere este… aborto?

—Quiere volver al escenario, por supuesto. Su carrera lo es todo. Nos las arreglamos para ocultar su estado la última vez, pero ahora está en el centro de todo y se la va a ver. Y, para ser completamente sincero contigo, señorita Wilcox, vivo con el temor de que me descubran. Sylvia estaba asalvajada cuando se enteró de lo de Algernon. Desquiciada. Juró que, si no abandonaba a mi hijo, se suicidaría o mataría a Rachel… Y, por Dios, creo que lo haría. Se tiraría junto a nuestra hija desde un puente solo para fastidiarme.

Me estremecí. Tenía razón; no había ningún extremo al que la señora Dyer no llegaría. Yo misma lo había visto esta misma mañana. Y hacer que Lilith volviera al escenario era la forma más clara de frustrarla.

—No sé cómo pudo suceder esto. Tuve el máximo cuidado. Apenas…, pero no importa. Ha pasado. Ayudarás a Lilith, ¿verdad, señorita Wilcox? Solo te pido que actúes como una cuidadora. Cuídala hasta que el peligro haya pasado. La intervención se llevará a cabo con o sin tu consentimiento…, pero preferiría que no estuviera sola.

Me ponía en una posición horrible, moral y emocionalmente.

—Déjeme hablar primero con Lilith. Debo asegurarme de que esto es lo que quiere ella.

—Sí, por supuesto —asintió—. Solo que…, prepárate, señorita Wilcox. Esta prueba, junto con la gran tragedia que ha presenciado, le ha pasado factura. Está plagada, en cuerpo y alma. Puede que te impacte verla.

He limpiado su vómito, he secado su leche materna, he limpiado sangre de su pelo. Dudaba de que cualquier novedad pudiera inquietarme.

Eurídice me siguió hasta el inicio de la escalera, pero se negó a subirlas. Los escalones crujieron cuando yo subí. Fui a agarrarme de la barandilla y vi que de nuevo había marcas pequeñas y oscuras, como pimienta, esparcidas por la madera. Las retiré con la mano.

Crucé el rellano y llamé con vacilación a la puerta del dormitorio de Lilith.

—Soy yo. Jenny.

De la habitación salía un olor profundo y ahumado; algo estaba quemándose.

No hubo ninguna respuesta, así que giré el picaporte y entré. Lilith estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, mirando el fuego. Aunque eran más de las once, todavía llevaba su camisón y su pelo negro estaba despeinado.

El reloj de Melpómene de Eugene Grieves sonó en la palma de su mano. Debajo podía ver la red de venas azules de su muñeca, que palpitaba al mismo ritmo.

—¿Lilith?

El sudor se asentaba en su frente y empapaba sus axilas. Era como una persona con fiebre. Debió haber tenido otra infección desde la última vez que la vi. El cambio había sido bastante notable en tan poco tiempo.

—Lilith, ¿no me vas a responder?

—¿Has venido a llevarme de vuelta? Su cabeza se movió hacia donde yo estaba.

—¿De vuelta a dónde?

—¡Al teatro, por supuesto! ¿Cuánto tiempo más van a tenerme aquí encadenada?

—No puedes volver con un niño en el vientre.

—¿Un niño, dices? —gimoteó ella—. No estoy segura de que sea un niño. Es como una… una úlcera. Un parásito que me drena la vida.

Sin previo aviso, se puso de pie en un salto. Yo retrocedí; daba una energía aterradora.

—Todo va mal, Jenny. *Mi laurel está completamente marchito.*

—No. Por favor, no me cites a *La duquesa de Malfi*. No quiero volver a pensar en esa obra, jamás.

—Bueno, yo no me puedo permitir ese lujo. Te he dicho que me *habla*, una y otra vez, en mi mente. —Se golpeó la frente con la unión de la mano con la muñeca—. Me está volviendo loca. ¡No volveré a tener un momento de paz hasta que regrese al escenario!

Me acerqué y le toqué el hombro. Estaba ardiendo.

—El *shock* de lo que te pasó, y ahora este bebé…, te están enfermando.

—¿Te ha preguntado? —Me miró fijamente a la cara—. ¿Te ha hablado Hugh de la intervención que me liberará?

—Sí, pero… es una gran decisión, Lilith. Es tu bebé, tu propia piel. ¿Y qué pasará si la intervención no funciona? ¿Qué pasará si te descubren? Después de todo ese dolor podrías terminar en la cárcel o con un niño desfigurado.

—Te *dije* que no es un niño. Y antes no era así. Al principio estaba radiante, con Algernon.

—Cada uno de los embarazos de mi mamá fueron diferentes. —Me sentí débil y extrañamente sin fuerzas mientras lo decía. El parto no había matado a mi madre, pero se había deteriorado con rapidez en las semanas siguientes. La llegada de Bertie ya había sido bastante difícil. Lilith podría sufrir aún más por la manipulación inexperta de un «médico».

—Bueno, este es un monstruo que me han enviado para

atormentarme. No lo albergaré dentro de mí más tiempo. ¿No lo ves? Me estoy asfixiando aquí. Me marchitaré y no quedará nada más que este susurro maldito dentro de mi cabeza. —Sujetó el reloj con ambas manos y pareció estabilizarse—. Necesito actuar, Jenny. Es como alejar a un adicto al opio de su guarida. Estaba tan cerca de hacerme un nombre…, mejoro con cada actuación.

No quería molestarla más, pero merecía saber lo que estaba pasando a sus espaldas en el Mercury.

—La señora Dyer está preparando una obra sin ti. Una «función benéfica». Le ha dado el papel de Cleopatra a Georgiana Mildmay.

Se quedó parada por completo.

—¡Cleopatra! ¿Te van a hacer vestir a esa imbécil, esa señorita de leche aguada, como la gran Cleopatra? —Asentí, infeliz, con la cabeza —. Cuando la representamos antes, yo era Charmian. Quería, quería tanto ser Cleopatra. Conozco sus frases palabra por palabra. ¡Y esa zorra me ha quitado el papel!

—Puede que tengas otras oportunidades para interpretarla — sugerí tentativamente.

—No hay segundas oportunidades. Lo he apostado todo. Todo, ¿entiendes? Me han dado el talento suficiente, pero no el tiempo para demostrarlo.

Un miedo lento e innombrable empezó a recorrerme todo el cuerpo.

—¿De qué estás hablando, Lilith? No paras de decir eso. Tendrás mucho tiempo…

—Voy a ir a esa cita lo antes posible. Voy a echar a esta cosa fuera de mí, me acompañes o no. Pero dime que vendrás. Prefiero que estés allí.

Tragué saliva, preguntándome cómo podría decirle que no. ¿Qué harían mis hermanos si nos descubrieran y yo acabara en la cárcel?

—¡Esto me aterroriza! Dijiste que el bebé se había adelantado. Eso hará que la intervención sea más peligrosa. Podría matarte.

—*Une tu coraje y no fallaremos.*

Otra cita.

—Lady Macbeth se volvió loca, Lilith. Estos personajes en el escenario no son personas en las que debas basar tu vida.

Apretó el reloj, sus dedos eran como garras sujetando una joya.
—Ahora ellos son lo único real en mi vida.

CAPÍTULO 24

Ese día no pudimos subirnos al carruaje de los Dyer. Cada detalle tenía que ser discreto. Las dos nos habíamos puesto batas y velos sobre los sombreros. La malla que llevaba me dificultaba interpretar la expresión de Lilith. Mantenía su postura erguida, con los hombros hacia atrás y la barbilla levantada, pero podría ser fácilmente una bravuconada más que una confianza real.

No me esperaba ningún daño físico, pero me sentía mareada por la aprensión mientras llamaba al carruaje que nos conduciría a Harley Street. Las puertas se cerraron ante nuestras piernas, atrapándonos. El cochero chasqueó la lengua y el caballo avanzó a trompicones. Ya no tenía que llorar.

Sentía que se había retirado una capa del mundo; los sonidos eran demasiado fuertes y los colores demasiado brillantes. El sol dorado besaba las calles, los pétalos de las flores caían de los árboles y sentía todo tan inapropiado como una risa en un funeral.

Lilith sacó el reloj. Al ver que el minutero avanzaba, me asaltó un pensamiento macabro: podría ser la cuenta atrás del tiempo que le quedaba de vida a Lilith.

—¿Conoces al médico? —le pregunté—. ¿Estás segura de que es de renombre?

—Si fuera de renombre, no estaría haciendo esto.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Podemos confiar en que no te hará daño?

—Lo planeó Hugh, y él no me dejaría en manos de un matasanos. —Cuando protesté, se volvió hacia mí—. No debes juzgarle con

demasiada dureza. Ha sido un buen mecenas conmigo.

—¿Un buen mecenas? —repetí, incrédula—. Lilith, te ha explotado.

—No lo ha hecho. Hugh es la única persona que me ha demostrado una creencia genuina e inquebrantable. A él le importo.

Le importaba tanto como le importaba yo a la señora Dyer.

Nos desviamos alrededor de un grupo de personas que bloqueaba la mitad de la carretera. Un pobre caballo se había derrumbado en el suelo. Su mirada de pánico se cruzó con la mía; hubo una descarga dolorosa de comprensión entre nosotros.

—Nadie quiere verte de vuelta en el Mercury más que yo. No puedo esperar a que le quites a Georgiana la sonrisa de la cara. Pero… hay otras opciones. Tienes que considerarlas. ¿No podrías romper tus lazos con el gobernador? Quedarte con el bebé, casarte y formar tu propia familia.

—Cómo se nota que no sabes de la vida. Los hombres *no dejan* que los dejes. Ya fue bastante difícil librarme de Eugene. Hugh estaría tan herido y enfadado… y tiene el poder de arruinar mi reputación con una sola palabra. Tenga talento o no, ningún teatro respetable quiere contratar a una mujer fracasada. Hugh es mi mecenas. Me he unido a él, para bien o para mal.

—Entonces a lo mejor tendrías que dejar de actuar. Pero en el mundo real podrían quererte de verdad por quien tú eres.

—Por quien yo soy —reflexionó en voz baja—. No. Ese no es el papel que quiero.

Continuamos en silencio. Nos acercamos demasiado pronto al círculo de césped en Cavendish Square donde habíamos pedido que nos dejaran. Lilith pagó a través de la escotilla, el cochero accionó la palanca y abrió las puertas de madera con un golpe fuerte.

Había poca gente. Aparte de una brisa, todo estaba inquietamente silencioso. Pasamos por delante de las rejas de hierro, ventanas con marcos blancos y puertas arqueadas hasta que encontramos la placa de latón que buscábamos. Dudé al final de los escalones. Cualquiera pensaría que era yo, y no Lilith, quien tenía que enfrentarse al abortista.

—Date pisa —me regañó Lilith—. Llamaremos la atención si

tardamos.

Una mujer abrió la puerta. La abrió al ancho exacto para que entráramos en fila india y la cerró casi pisándonos los talones. Sus modales no eran apresurados, sino eficientes. Al igual que nosotras, se había puesto ropa sencilla. Llevaba el pelo dividido por la mitad y recogido en un nudo apretado en su nuca.

—¿Quién de ustedes es la señora Williams?

Eso me desconcertó; pero, por supuesto, habían pedido la cita bajo un nombre falso, una variación del apellido real de Lilith, Fitzwilliams.

—Soy yo —respondió Lilith con la misma audacia que en el escenario. Sentía dolor por ella. ¿Cuánto tiempo sería capaz de mantener esta actuación? Una vez dentro de una sala estéril, con las piernas abiertas… No me atrevo a imaginarlo. La imagen era demasiado oscura, me tragaría por completo.

—Dé sus cosas a su sirvienta y sígame. —Su tono no admitía desacuerdos—. Puede esperar ahí —se dirigió a mí y señaló una puerta a nuestra derecha.

Me invadió un vergonzoso alivio; no estaría presente en la operación. Lilith me dio primero sus guantes, que estaban húmedos por el sudor. Después, retiró los alfileres de su sombrero y se lo quitó, enseñando su rostro blanco como la tiza. Intentó quedarse con el reloj, suspendido en la cadena.

—Nada de baratijas —le dijo la mujer. Lilith le dedicó una mirada maléfica.

—¿Qué quiere decir?

—Si quiere que su objeto esté a salvo, señora Williams, confíelo a su sirvienta. No nos hacemos cargo de daños o descuidos.

Pasaron unos instantes. Después, lentamente, como si le causara un gran dolor, Lilith soltó la cadena. El reloj colgaba de su mano. Tuve que separar sus dedos para sujetarlo.

Un temblor se apoderó de su cuerpo después. No tuve tiempo para expresar mi simpatía. La mujer se dio la vuelta y caminó a paso ligero por el pasillo, con los tacones resonando en las baldosas. Lilith me lanzó una mirada desesperada antes de seguirla.

Empezaron a interferir en mi visión las manchas grises. Entré de

golpe en la sala que la mujer había indicado, sin apenas notar sus dimensiones o la decoración. Mis ojos se fijaron en una silla con respaldo y fui hasta ella como un nadador que se dirige a la orilla. Lilith dependía de mí para ser fuerte. Todo lo que me pedían era que yo esperara aquí y la cuidara. Debería ser capaz de hacer algo tan sencillo.

Sin embargo, no dejaba de pensar en mamá y me daba miedo. Ella se había escapado de esta vida a pesar de nuestros esfuerzos. Mi único consuelo era que Lilith fuera fuerte y quisiera vivir; a lo mejor su férrea determinación la llevaría hasta el final.

A medida que pasaba el tiempo, empecé a sentirme más yo misma. Doblé el chal de Lilith y acomodé su sombrero en mi regazo. El reloj seguía sonando con fuerza. Abrí la caja y miré la esfera negra. No había nada destacable. Las agujas de nácar se deslizaban entre los números romanos. ¿Qué era lo que cautivaba a Lilith cuando miraba este reloj oscuro; qué la hacía tan reacia a soltarlo?

Agudicé mi oído y me concentré en los latidos mecánicos de su corazón. A lo mejor, si lo escuchaba lo suficientemente cerca, oiría los susurros de los que hablaba Lilith. Pero no pude. Solo podía oír mi respiración y mi pulso, que se estabilizaba para seguir el ritmo del reloj. Mi dedo índice rozó la parte posterior del reloj, buscando las palabras *Homo fuge*. Las sentí, ásperas y feroces. ¿Era mi imaginación, o el metal se sentía ahí más cálido al tacto?

Lilith gritó.

El silencio que se produjo después fue algo peor. Miré alrededor de la sala, percibiendo por primera vez lo ordenada y cómoda que era, como la oficina de un caballero. El sonido que había escuchado estaba fuera de lugar, incongruente en este entorno. ¿Podría haber otra sala con estribos para los pies e instrumentos metálicos? No quería pensar en eso. Era más fácil concentrarme en el reloj.

Me fijé en el paso de los minutos, pero en realidad no los sentí. Parecía que había pasado un año, pero pasó poco tiempo hasta que se abrió la puerta. La mujer acompañó a Lilith con una delicadeza que no había demostrado antes.

Lilith se arrastró con cautela, con el torso ligeramente doblado; sus ojos grises estaban empañados por el cloroformo.

—¿Está bien? —Me levanté tan rápido que casi dejé caer sus pertenencias—. Está muy, pero que muy pálida.

—Hubo una pequeña complicación —me comentó la mujer—. Un caso un poco inusual.

—¿Cuán inusual? ¿Se va a recuperar?

—No soy médico. No se lo puedo decir.

Pero sabía lo suficiente como para plantar esa arruga en el entrecejo. Me di cuenta de que no había visto al médico en persona; había utilizado a esa mujer como una máscara.

Lilith separó sus labios en una sonrisa incruenta.

—Se ha ido. —Su voz sonaba ronca—. Soy libre.

Primero me arrebató el reloj y después se apoyó en mi hombro mientras yo la envolvía en el chal. Olía a medicina y a agrio. Le puse el sombrero en la cabeza y decidí que no importaban los guantes.

—He pedido un carruaje —nos informó la mujer—. No es aconsejable que su ama esté de pie. Confínela en la cama en cuanto llegue a casa. Aliméntela lo más posible. No administre opiáceos para el dolor hasta que se purgue el cloroformo de su cuerpo, o se ralentizará su corazón. Cambie las sábanas con regularidad. Seguramente sangrará durante uno o dos días.

—¿Sangrará mucho? —Era demasiado para asimilarlo.

—La cantidad varía entre mujeres. Tiene que compensarlo bebiendo mucho vino y manteniendo su cuerpo caliente. Vigílela. Esté atenta a los signos de emoción, mareos y vómitos.

Yo también tenía esos síntomas.

—¿Qué debo hacer si todo eso pasa?

—Busque que la atienda un médico inmediatamente. No mencione que ha venido aquí. Y rece para que todo mejore.

Así que estábamos solas.

¿Cómo pudo el gobernador dejar a Lilith en este estado si de verdad se preocupaba por ella? Sentía que era como una muñeca de trapo mientras la sacaba por la puerta esperando al carruaje. Apenas podía levantar las piernas al subir.

Le dije al hombre la dirección y me senté al lado de Lilith. Me agarró de la mano. Sus dedos estaban fríos.

—Te tengo —le dije en cuanto arrancó el carruaje. Era una mentira

vergonzosa. Nada de esto estaba bajo mi control.

—Oh, Jenny. Me siento muy mal.

—La peor parte ya ha pasado.

—Sí, sí. Me alegro. Pero me duele cuando las ruedas dan tumbos.

Cerró los ojos y respiró con fuerza. Parecía necesitar cada gramo de su concentración para no romper a llorar cuando el carruaje giraba.

No dejes que se desangre, recé. *No dejes que se desangre en el carruaje y lo estropee todo.* ¿Cuán bien la había acolchonado el médico antes de que nos fuéramos? Imaginé el cálido goteo de sangre en mi regazo al menos una decena de veces; tan vívidamente que cuando el cochero abrió las puertas esperaba ver nuestras faldas manchadas de rojo. Pero no había nada.

—Vamos. Estamos ya en casa.

El miedo me hizo sacar a Lilith del carruaje con demasiada brusquedad. Ella gritó y asustó al caballo. En lo único en lo que podía pensar era en meterla dentro de casa, lejos de las miradas indiscretas. El cochero nos miró con desconfianza, luego azotó a su caballo y se alejó.

Lilith estaba casi doblada. La apoyé contra la pared y busqué la llave de la puerta en su bolsillo. Había un calor que no me gustaba, un indicio de algo que latía bajo muchas capas de faldas y enaguas. Mientras yo ponía la llave en la cerradura, Lilith vomitó en el rosal. Ese era uno de los síntomas que me habían dicho que vigilara. Sin embargo, ¿el dolor no causaba que una persona vomitara más a menudo que el cloroformo? La llevé a toda prisa dentro antes de que nos pudieran ver los vecinos.

Eurídice no corrió a recibirnos. Se agazapó bajo la escalera, observándonos con recelo desde las sombras.

—Siento como si me hubiera clavado un palo al rojo vivo en la mitad de mi cuerpo y lo hubiera atado con cadenas a mis piernas —gimoteó Lilith.

—Te llevaré a la cama. Dijeron que te tienes que acostar.

—¡Pero mira las escaleras! ¡Malditas sean las manos de quien inventó las escaleras! No puedo, Jenny, no puedo.

—Y… ¿el sofá? —Traté de frenar mi miedo.

—Necesito tener el baño cerca.

—¡Pero está arriba!

—Lo sé.

Miré desesperadamente a mi alrededor. Había marcas en las baldosas que estaban detrás de nosotras. Caían de Lilith pequeñas gotas de sangre. Maldije todo. Había visto a mamá dar a luz tres veces. Habían sido experiencias tensas, pero había una esperanza de tener un final feliz. Ahora no había ningún bebé al que arrullar y pedir ayuda sería un riesgo colosal. ¿Por qué demonios había accedido a esto?

—Tendré que cargarte.

Lilith era más alta que yo. Su cuerpo no pesaba, pero tampoco el mío, y ambas estábamos bien abrigadas. Solo había una forma que se me ocurría para subir. La apoyé contra la barandilla de la escalera, me despojé de mi camisa y mi bombacho, liberando el movimiento de los brazos y las piernas. Después comencé a desnudar a Lilith.

Sentía su piel muy fría. No podía moverse mucho; estaba acurrucada sobre sí misma, apretada como un puño, así que tuve que rasgar la tela para liberarla. A medida que se desprendían las capas, vi que el médico la había atado y las vendas estaban saturadas.

Ahogué un sollozo. Era demasiado pronto después de la sangrienta muerte de Anthony. Ninguna de mis cicatrices emocionales se había curado, y el dulce sabor de la sangre me hacía volver a esa noche. Vi su cabeza desprenderse de su cuello, una y otra vez. ¿Cómo iba a cargar a Lilith cuando estaba temblando tanto?

—Pon tus brazos sobre mi cuello.

Los colocó débilmente sobre mis hombros. Me agaché y levanté sus piernas. Ella soltó un sonido como el de una vaca siendo sacrificada en un matadero.

—Lo siento.

Subir los escalones era más difícil que vadear agua profunda. Estaba segura de que debía soltarla, dejarla caer. Apreté los dientes y reuní cada átomo de fuerza de mi cuerpo. Llegamos al rellano.

—Ahora tendrás que ponerte de pie.

Solté sus piernas demasiado rápido, estaba agotada. Lilith gritó de nuevo. Su calor no se apartó de mí; se imprimió en toda mi frente, el blanco lleno de color burdeos.

Lloré mientras la llevaba al baño. Había una pila junto al inodoro con papeles para limpiarse, pero supe enseguida que no sería suficiente. La senté en el asiento de porcelana y empecé a desatarla. Seguía aferrada a ese reloj dejado de la mano de Dios. La huella de su pulgar brillaba sobre la cara en rojo vivo.

Hubo una liberación caliente cuando le quité las bragas. Un fajo de algo parecido a una gasa cayó en el inodoro, seguido por una cuerda de sangre resbaladiza. Me eché hacia atrás, asqueada. El sonido que hizo al caer en la taza del inodoro fue repugnante; carne cruda golpeando una losa.

No podía acercarme a ella de nuevo, no podía tocarla. Empezó a llorar también.

—Ayúdame, Melpómene —jadeó, balanceándose suavemente con el reloj—. Sálvame.

Era inútil apelar a una diosa de la tragedia. Me arranqué la cruz de peltre de mi cuello y se la lancé.

—Prueba esto en su lugar. Voy a…, voy a quemar todo esto. Traeré agua y ropa de cama limpia.

—¡Jenny, no me dejes!

—Tengo que hacerlo. Solo un rato.

Agarró la cruz; ya estaba tan inclinada que casi tocaba el suelo. Ahora tenía los dos, el collar y el reloj, uno en cada mano.

Escapar de esa habitación fue un alivio culpable. Me apoyé contra la pared y miré atónita mis manos de verduga, sintiéndome tan pecadora como Macbeth. Deseé que fuera solo una obra de teatro; que fuera un guion. Estaba fuera de mi alcance. ¿Qué debía hacer ahora?

Pensé en llamar a Dorcas para que me ayudara, pero no quería involucrarla en este horror. ¿A lo mejor al gobernador? ¿Cómo podría ayudar? No tendría ninguna utilidad práctica.

Mañana era la obra benéfica, cuando yo debía vestir a Georgiana como Cleopatra. No sé cómo podría dejar a Lilith en este estado. Necesitaría cuidados durante días.

Lloré un poco más, me lavé en la cocina y tiré la ropa manchada de sangre al fuego. Ya no había esperanza de salvarla.

Para cuando encontré un poco de vino y lo calenté, una especie de letargo se extendía por mis venas y lo agradecí. Quería estar

adormecida. Algo había muerto dentro de mí, al igual que en Lilith.

Sus párpados se agitaron cuando volví al baño.

—Ha parado —jadeó—. Creo que ha parado.

—Bebe esto. —Le acerqué la copa a los labios y le eché el vino en su boca pálida. Lo tragó con avidez. Su cara volvió a tener un toque de color—. Lilith, tengo que limpiarte y llevarte a la cama. Creo que acostarte te ayudará a detener la hemorragia.

—¡No! Me duele al moverme. Deja que me duerma aquí.

—Te caerás del inodoro y te abrirás la cabeza.

Dios sabía que yo prefería dejarla allí. La idea de tener que ayudar a limpiarla, de volver a lavar la sangre, era agobiante. Pero tenía que hacerlo. ¿Quién más lo haría?

—Vamos, vamos a levantarte un poco.

Lilith me devolvió el collar. Como todo lo demás, estaba manchado y contaminado; lo dejé en el suelo junto a la copa vacía de vino. Había agarrado tan fuerte la cruz que estaba marcada en la palma de su mano.

—¿Lista?

Cerró los ojos y asintió. Me puso una mano en el hombro, todavía con el reloj en la otra.

—Uno, dos, tres. ¡Arriba!

El aire siseó entre sus dientes. Agarré un papel, preparada para tapar todo lo que pudiera caer de su cuerpo mientras se movía. Pero entonces me quedé helada.

Era negro, como el alquitrán, y había salpicado un lado del lavabo y estaba en el fondo de la taza.

—Oh, Dios. Lilith, esto no va bien.

—Llévame a la cama antes de que me desmaye.

Había una buena posibilidad de que yo misma me desmayara. Pasé un brazo alrededor de su espalda, la levanté y nos arrastramos juntas hacia la habitación. Lilith se desplomó sobre el edredón acolchado. El pulso parpadeaba en su cuello. Estaba viva…, todavía. Colocó el reloj contra su oreja.

—Lilith, deberíamos…

—Déjame dormir.

Tenía miedo, miedo de que no volviera a despertarse; pero no

había ninguna duda de que necesitaba descansar. Me llevé una manta y la extendí sobre ella. Se estremeció. Olía a azufre y a melaza.

—Voy a limpiar el baño, pero tengo que lavarte después. No puedes estar sucia.

No respondió. Ya había perdido el conocimiento. La dejé, temblando. Era horrible estar sola, sin nadie a quien cuidar, presa de mis propios pensamientos. Necesitaba mantenerme ocupada. Me obligué a entrar en el baño otra vez.

No estoy segura de qué era peor: lo que veía o lo que olía. Al menos podía tirar de la cadena del inodoro.

Hice una mueca y me acerqué, esperaba comprobar que mis ojos me habían engañado, pero no fue así. La palangana seguía llena de un líquido negro, almibarado.

¿Por qué era *negro*?

El negro amenazaba ahora mi vista, oscureciéndola a parches. Un ruido de fondo me llenó los oídos. La marea que había estado conteniendo todo el día se derramó al final. Se doblaron mis rodillas, me derrumbé hacia adelante, y la palangana parecía levantarse a mi encuentro. Mi frente crujió contra la porcelana fría antes de que yo cayera al suelo.

Me desperté dolorida y confundida. Un olor a cloaca podrida llenaba mis fosas nasales, pero al mismo tiempo veía la luz del día y escuchaba cantar a un coro de pájaros. Intenté incorporarme con dificultad. Sentía que se me iba a abrir la cabeza.

Con mucho cuidado, me palpé la frente. Había un bulto rodeado de magulladuras suaves al tacto. Las yemas de mis dedos volvieron a estar manchadas con sangre. Al verlas me acordé de dónde estaba.

Hubo cambios sutiles en el sitio donde me encontraba. Descubrí mi collar enredado en mi pie y el lavabo estaba lleno de agua. El hedor persistía, subiendo por las tuberías, pero al menos esa horrible masa negra se había ido.

—¿Lilith?

No la escuchaba en casa. Con mucho dolor, me levanté y salí

tambaleándome al rellano. Nunca me había sentido tan desorientada. ¿Cuánto tiempo había estado desmayada? Seguramente ya debería estar oscura la tarde fuera… ¿O me había golpeado la cabeza tan fuerte que había perdido la conciencia hasta el día siguiente? Se suponía que tenía que hacer algo ese día…, algo que no quería. Cada vez que intentaba recordar lo que era, el recuerdo escapaba de mi mente.

—¿Lilith?

Su cama estaba vacía, la manta con la que la había cubierto estaba retirada y revelaba una huella oxidada en la colcha. El miedo me oprimió la garganta.

—¡Lilith!

Tampoco estaba abajo. La cola larga y negra de Eurídice se asomó debajo del sofá, pero se negó a salir.

—¿Dónde está, niña? ¿A dónde se ha ido?

Sonó un reloj de carroza en la repisa de la chimenea. No podía creer lo que me demostraban sus manecillas. Me había desmayado hasta la mañana siguiente. Y por fin recordé dónde se suponía que debía estar.

En el único sitio al que Lilith quería ir. Se arrastraría allí incluso si le costaba su último aliento.

CAPÍTULO 25

Me recompuse y me puse algo de ropa. Eran más de cinco kilómetros hasta el West End, cinco kilómetros que pasé esperando a ver a Lilith derrumbada en la calle o atropellada en el suelo. Pero debió subirse a un carruaje, como yo. Gracias a Dios, todavía estaba lo suficientemente lúcida para hacer eso.

Mis piernas rígidas se quejaban y mi cabeza chillaba mientras corría todo el camino desde la parada de carruajes. La gente se volvió para mirarme; no era decoroso que una mujer anduviera por las calles, pero después de los horrores que había presenciado, esas sutilezas se habían vuelto ridículas.

Oscar estaba solo en el patio, con un brazo apoyado en un lienzo plano. ¿Habría visto a Lilith? ¿Estaría muerta dentro? Lo llamé.

La cara que puso al verme fue de satisfacción.

—Aquí estás.

—Sé que llego tarde. Necesito tu…

—¿Por qué no me avisaste?

Por un momento no lo entendí. ¿Cómo podía saber que Lilith haría esto? En ese momento, mi ánimo bajó un peldaño más.

—¡Deben habértelo dicho! Ya han ajustado todo el vestuario. «Ha sido fácil y agradable», me han dicho. «Seguimos teniendo el decorado de una obra que hicimos hace unos años». Lo sabías y no me lo dijiste. Te estabas riendo de mí, ¿no?

Nadie le había informado que Georgiana iba a volver. Debe haber tenido el susto de su vida.

—Quería decírtelo. Lo siento mucho, Oscar. Las cosas han sido…

—Me quedé sin palabras. No había ni una palabra para describir lo que había vivido.

Me cortó ver el dolor de su mirada. Pero entonces la dirigió a mi frente y cambió su expresión.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Te ha pegado alguien? Ese desgraciado de Greg…

—¡No tengo tiempo para esto! —La sorpresa le hizo callar—. Lilith está enferma. Está completamente enferma, no piensa con claridad y se ha escapado. Necesito encontrarla antes de que se haga daño.

Me apresuré a entrar en el teatro, pasando por delante de él. La conmoción llegó a mis oídos de inmediato; la voz de Lilith siempre se escuchaba.

—¡Tengo que seguir!

—¡Es *mi* papel, me lo dio *a mí* la señora Dyer! —Era el tono de voz agudo de Georgiana—. Mi nombre está en el cartel.

Se abrieron todas las puertas de la sala de vestuario. Nuestro nuevo protagonista estaba en el pasillo, desde donde podría observar el interior del camerino de Lilith. Una sonrisa de satisfacción se escondía bajo su inmenso bigote.

—Bueno, bueno, señoritas. Por muy halagado que me sienta al escucharos luchar por tener la oportunidad de actuar junto a mí, esto no servirá de nada.

La sala estaba llena de ramos de flores para desearle suerte a Georgiana, pero el olor a azufre era más fuerte que nunca. Todas las galas de Cleopatra, su corpiño enjoyado, su abanico de plumas de pavo real y su tocado tan elaborado, estaban tiradas en un montón reluciente en el suelo.

Lilith se puso la falda bajo la barbilla como un niño asustado con una sábana. Georgiana se enfrentó a ella, roja de rabia.

—¡Ni siquiera has ensayado!

—Ella no necesita que yo ensaye —insistió Lilith—. No te metas, no interfieras en su trabajo.

—¿De quién estás habland…?

—Lilith —interrumpí—. Lilith, baja esa falda. No estás bien. No deberías estar aquí. Vamos a casa.

Las dos se giraron. Los labios de Lilith sonrieron al verme.

—¡Por fin! —gritó Georgiana—. ¡Llegas tarde! ¿Quieres deshacerte de ella, por favor, querida? Esto es absurdo. ¡Cree que se va a quedar con mi papel!

—No —respondió Lilith—. Jenny está aquí para vestirme.

Me dolía estar a favor de Georgiana en esta discusión. Pero había ojeras oscuras bajo los ojos ahumados de Lilith. No podría dejarla ir por el mismo camino que había tomado mamá.

—No lo estoy —contesté con suavidad—. Estoy aquí para llevarte a casa. Vamos, ahora.

Los dedos de Lilith apretaron la tela.

—Tengo que seguir, Jenny. *Sabes* que tengo que seguir.

Oscar llegó al pasillo e intercambió una palabra que no pude escuchar con Felix Whitlow. El actor se rio.

—Llegas justo a tiempo para ver el espectáculo. Las gatas ya han echado las garras, chico.

Presioné mis mandíbulas por culpa del enfado. Tendría que encargarme del señor Whitlow más tarde; ahora tenía que concentrarme en Lilith.

—Deja que Georgiana haga su papel esta vez.

—No puede hacerlo.

Georgiana se enfadó aún más. La calmé con una mano.

—Nadie espera verte, Lilith. Ni el público, ni el director de escena, ni el gobernador. Es solo una actuación especial para la familia de Anthony. Ni siquiera importa.

Algo desesperado pasó detrás de los ojos de Lilith. Apretó la falda contra su pecho con una mano, y metió la otra en su bolsillo.

—Pues *díselo* a ella. Que deje de molestarme.

Sacó el reloj y me lo lanzó. Di un paso atrás involuntariamente. La risa de Felix Whitlow cesó.

—¿Qué es eso?

—Nada, solo un reloj —respondí.

Pero Lilith seguía de pie con la mano extendida, como si fuera un mendigo. Felix pudo ver lo que sostenía.

—¿Se lo dio a usted? —Salió de su boca un susurro tenso.

—Lo sabe, ¿verdad? Sabe lo que ocurre cuando no obedecemos. —Lilith le miró a los ojos. Felix tragó saliva.

—Georgiana, dele el vestido.

—¿Qué? —Ella se giró hacia él, incrédula.

—Solo dele el vestido. Deje que haga el papel.

—Pero…

—¡No le lleve la contraria! —Felix cerró los ojos, intentando refrenar su arrebato—. Por favor, haga lo que le pido. Es lo mejor. Créame.

—No es su elección, señor Whitlow. La señora Dyer decide quién actúa en el escenario. —Georgiana tuvo el coraje de batirle las pestañas a Oscar—. Dígaselo, señor Thorne. Me están tratando de forma abominable.

—Puede ser —intervino Felix antes de que Oscar pudiera responder—, pero no seguiré sin la señorita Erikson. No me atrevo.

Tras decir eso, se dio la vuelta y se encaminó rápidamente hacia su camerino. La puerta se cerró de golpe detrás de él.

Me quedé atónita. ¿Qué sabía Felix Whitlow? Todo el color que había en su cara desapareció cuando vio ese reloj. *Homo fuge*. Y él había…, literalmente había huido al ver esa cosa. Recuerdo a la señora Dyer diciéndome que ella misma lo había contratado para que trabajara en su compañía. ¿Era posible que hubiera conocido a Eugene Grieves? ¿Había trabajado en el pasado con Lilith y con él?

—¡Esto es indignante! —se quejó Georgiana—. Se lo diré a la señora Dyer. Yo… yo…

—Usted se irá y dejará que una actriz mejor represente al personaje, Georgiana. —Oscar por fin dio un paso adelante. Su voz era gélida.

—Ahora, señor Thorne, debemos ser profesionales, no permita que el resentimiento personal… —Ella le dirigió una mirada coqueta y abatida.

—¿Quiere mi ayuda, después de todo lo que me ha hecho? Bien. —Él le agarró de su delgado brazo—. Le ayudaré a llegar hasta la puerta.

Georgiana gritó y le arañó, pero el agarre de Oscar era firme. La sacó a la fuerza del camerino de Lilith.

Podría haberme divertido si no estuviera tan preocupada por Lilith. La senté en el taburete y noté la temperatura de su frente.

—Esto es un desastre. Apenas estás en condiciones para ponerte de pie. ¿Cómo crees que vas a ser capaz de actuar durante horas en el escenario?

—Lo peor ya ha pasado. Volveré a estar bien. —Incluso el talento de Lilith no pudo hacer que esas palabras sonaran convincentes. Cuando me alejé, casi se cayó del taburete—. Vísteme, Jenny.

—Esto es una locura —respondí—. Una locura total. El médico te indicó que reposaras en la cama.

—*Soy fuego y aire, mis otros elementos los doy a la vida ruin* —citó Lilith. Levantó la mano y empezó a desabrochar su sombrero. Una tormenta de pelo oscuro cayó por sus hombros—. Ese corpiño con pedrería es tan rígido que me mantendrá erguida. Solo asegúrate de apretar bien el corsé.

—¡No lo voy a hacer!

—Entonces lo haré yo misma. No me voy a negar.

La habitación brillaba a mi alrededor mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Desesperada, intenté otra táctica.

—Probablemente sigas sangrando. La falda de Cleopatra es un tejido de la India hecho a mano, no habrá forma de quitar las manchas.

—Ya se te ocurrirá algo. Siempre se te ocurre algo. O me vistes tú o lo hago yo sola.

Pensé en llevarme el vestido y encerrar a Lilith en el camerino. Pero después me acordé de Felix Whitlow y de su negativa a actuar sin ella.

No iba a ganar. Lilith lo iba a hacer con o sin mí. Tomé aire.

—Tengo una idea. Pero tardará su tiempo.

Por lo menos habían barnizado el espejo; brillaba como un plato de plata. Fui al armario para sacar el vientre falso que había hecho para *La duquesa de Malfi*. Lilith me observó mientras me sentaba en el sofá y empezaba a quitar las cintas.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Voy a sacar algo de relleno y a mover los lazos para hacerte una especie de cinturón. —Levanté el cojín—. Este trozo irá entre tus piernas y hará que no gotee la sangre. Pero probablemente hará que andes un poco como un pato. Y este vestido tiene una silueta bastante

fina; no puedo garantizar que no se noten los bultos.

—¿Ves? Sabía que se te ocurriría algo.

Satisfecha, cerró los ojos y acarició lentamente el reloj que tenía en la mano izquierda, pareciendo caer en una especie de letargo.

Mi aguja subía y bajaba, como un pez de plata en el agua. Además de hacer el cojín, tenía que bajar la falda y empequeñecer la cintura; la habíamos ajustado al cuerpo de Georgiana. Mis dedos no se podían mover lo suficientemente rápido y todavía estaba un poco torpe después de haberme golpeado la cabeza. Me pinché el pulgar tres veces.

Todo el tiempo pensaba en Felix Whitlow. El terror en su rostro. Me recordó la mirada de Silas mientras escupía sangre, el rictus en la cabeza cortada de Anthony. *Sabe lo que ocurre cuando no obedecemos.* Era el mismo lenguaje que había utilizado cuando Anthony se negó a hacer de Ferdinand. Pero Melpómene no había castigado a Anthony, se había matado a sí mismo.

¿No fue así?

Seguí cosiendo, perdida en mis pensamientos, hasta que parpadearon las lámparas de gas. Al levantar la vista, vi que Lilith había revivido. Necesitaba maquillarla: delinearle los ojos con kohl y pintar sus labios de rojo, aunque no tenía ni idea de cómo iba a darle color suficiente a su piel. A lo mejor intentaría cubrir mi propio moretón a la vez.

—Pareces enfadada, Jenny.

—Lo estoy. Estoy furiosa. Con todo lo que me has hecho pasar esta semana… Me siento como… ¿Cuál era su nombre? ¿Charmian? Hecha para traerte serpientes para que puedas matarte.

Hizo una mueca de dolor cuando agarré el cepillo y lo pasé por su melena salvaje.

—La musa puede usar mi cuerpo, sea cual fuere el estado en el que se encuentre.

—¿Has *visto* en qué estado se encuentra? Tienes que pensar menos en la maldita musa y más en tu propia vida.

—Eso no era parte del trato.

—No paras de decir eso. ¿Qué trato? —grité exasperada—. ¿Qué está pasando?

Negó con la cabeza. Debajo de su ropa, Lilith estaba exactamente en el estado terrible que había sospechado: sin lavar después de la prueba de ayer, un mosaico de manchas y moretones. Afortunadamente, el flujo de sangre era escaso.

La vestí lo mejor que pude.

—Déjame —dijo Lilith imperiosamente—. Necesito practicar sola.

—No estoy segura de que *debas* estar sola…

—Sal, Jenny. Ya sabes cuál es mi rutina.

Sabía que se quedaría sentada allí en medio del estupor, susurrándole al reloj. Me golpeó una ola de agotamiento. ¿Cómo podía ayudar a alguien que no se ayudaría a sí misma?

—Bien, me iré.

Oscar me esperaba fuera del vestuario. Los dos nos quedamos allí un minuto, mudos, sin decir nada.

—Eché a Georgiana, pero se irá directa a ver a la señora Dyer —me advirtió—. Es solo cuestión de tiempo.

—No me importa —solté—. No me importa nada de lo que haga. Nada de esto debería ser mi responsabilidad. ¡Solo soy una ayudante de camerino! No es mi trabajo mantener a todos contentos ni guardar todos sus secretos. No puedo seguir haciendo esto mucho más tiempo.

La expresión de Oscar se suavizó. Había un rasguño en su mejilla, Georgiana lo había raspado con sus uñas.

—Siento haberte gritado. Fue el *shock* por verla aquí.

—No importa. No después de lo que he vivido. —Oscar, tras haberme escuchado, respiró profundamente.

—¿Qué demonios le ha pasado a Lilith?

Dios sabía que no quería delatarla, pero necesitaba hablar con alguien. Llevaba demasiado tiempo cargando con todo sola.

Respiré hondo. Después le conté todo.

Nos quedamos de pie en la esquina destinada a la utilería mientras Cleopatra se ponía su toga y su corona. Un rayo de luz se fijó en ella, más brillante que el sol. Las mismas motas de polvo parecían bailar apartadas, como si no se atrevieran a tocarla.

El público se quedó embobado. Nuestra auténtica monarca, la desaliñada Victoria, nunca podría haber mantenido su atención como lo hizo Lilith.

De alguna forma, lo consiguió. Se arrastró para dar la mejor actuación que jamás había visto. No se tambaleó, no se cayó; parecía tener la fuerza corporal de la propia Cleopatra.

Se acercaba el final de la obra. El amante de Cleopatra estaba muerto, su trono estaba en ruinas. Ella se suicidaría, antes de que la llevaran viva a un futuro de servidumbre. Dejó el brazo de su sirvienta y se acercó a la cesta llena de áspides: llevaba medias negras con lentejuelas que brillaban como escamas.

Ven, infeliz mortal, deshaz con tus afilados dientes este nudo intrínseco de la vida de una vez: pobre venenoso, enfádate y acaba. Chocaron unos címbalos. El público se quedó sin habla cuando Cleopatra fijó el áspid hacia su pecho. *¡Paz, paz! ¿No ves que el niño toma mi pecho y adormece a la nodriza?* Con suavidad, puso otra serpiente en su brazo.

Una melodía lúgubre surgió de la orquesta mientras ella cruzaba el escenario y se doblaba en un sofá. Su cabeza oscura descansaba sobre un brazo extendido. *¿Qué debería hacer para quedarme…?,* suspiró.

Luego se quedó quieta.

Muy quieta.

Apenas notaba la acción en el escenario. Había visto a Lilith hacerse la muerta muchas veces, pero nunca así. Yacía absolutamente inmóvil. Ni siquiera podía distinguir cómo subía y bajaba su pecho.

—Oscar —le dije en un susurro estrangulado.

—Maldita sea.

¿Cómo no se dieron cuenta los demás actores? Siguieron diciendo sus frases y Lilith no volvió a moverse. Era imposible. Nadie podía aguantar la respiración durante tanto tiempo.

—No debí dejarla seguir.

Solo unas pocas frases más. Los guardias se movieron a cada extremo del sofá. ¿Cómo podían estar tan ciegos?

Por fin, llegó la frase clave. El telón verde cayó y el público estalló en aplausos. Los tramoyistas se apresuraron a mover la utilería mientras el reparto se preparaba para el himno nacional.

Pero Lilith no se movió.

Oscar maldijo en voz baja.

Clementine llamó a Lilith, la tocó. Pero no hubo respuesta.

—Mantened el telón bajado —grité—. Por amor de Dios, mantenedlo bajado.

Corrí a escena y me caí encima de Lilith. La moví, la abofeteé, le pedí que se levantara. Sus labios estaban azules. Como los de mamá.

Oscar se puso a mi lado en un segundo. Juntos, la llevamos entre bastidores mientras el elenco nos miraba horrorizado.

La dejamos con suavidad en el suelo. Parecía muerta. Yo estaba demasiado enfadada como para llorar.

—Mira —suspiró Oscar—. Ahí…, en el brazo. —El corpiño ajustado de Cleopatra era sin mangas. Mis ojos fueron corriendo hasta el bíceps—. ¿No es ahí donde la mordieron las serpientes?

Por un segundo, pensé que la señora Dyer debía haber metido un áspid de verdad en la cesta, pero entonces reconocí el corte. Se había abierto la cicatriz con forma de garrote.

Doctor Fausto había firmado su pacto con el diablo cortándose el brazo. Lilith me había hablado de un trato, un pacto con Melpómene.

—¡Lilith, despierta!

Entre sus faldas desordenadas, vi que ese horrible reloj seguía atado a su cintura. Nunca había aborrecido a un objeto como a una persona antes. No era solo un reloj. Era… malvado. Estaba contaminado. Habíamos pagado el coste de una vida por cada actuación maravillosa que había conseguido.

Tan instintivamente como darle una palmada en la espalda a alguien que se está ahogando, me agaché, rompí la cadena y escondí el reloj en mi bolsillo.

Lilith convulsionó y volvió a la vida, a bocanadas. Sus ojos no paraban de moverse.

—¡Uf! Tranquila. —Oscar extendió sus manos. Se suponía que era un gesto tranquilizador, pero parecía que estaba intentando protegerse de ella.

—¿Qué frase era esa? —preguntó ella—. ¿Es hora de que salga a escena?

—Ya ha terminado —respondió Oscar torpemente—. Estuviste… maravillosa. La mejor actuación hasta ahora.

—Casi te mueres —afirmé sin rodeos.

Pero Lilith no me escuchó. Sus oídos se agudizaron hacia el público, que gritaba su nombre.

—Me llaman.

Se apoyó en mi hombro, se levantó y volvió al escenario.

Escuchamos un clamor entre aplausos. Qué hueco sonaba ahora. Oscar y yo permanecimos arrodillados, en estado de *shock*.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó, asombrado—. ¿Con el reloj…?

Ya lo podía sentir, estaba quemando un agujero en mi bolsillo. Recordaba muy bien lo que había pasado cuando Silas había intentado llevárselo.

—Mira, no le puedes decir a Lilith que tengo su reloj. Está obsesionada con él. Tengo que quitárselo por su propio bien.

—Solo se convirtió en un genio después de que el gobernador le diera el reloj. —Oscar frunció el ceño, mirando más allá de mi hombro.

—Dice que tiene poderes —admití—. Que es un vínculo directo con la musa trágica. Pero Oscar… es malo. *Tienes* que creerme. Es malo para su estado de ánimo y da mala suerte. No puedo dejar que se lo quede.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con él? —Se mordió el labio.

Escuché los gritos y los silbidos, más entusiastas que los que había oído antes. La mayoría eran auténticos, pero recordaba quién había pagado para que sonara más fuerte, pensando que estaría Georgiana en el escenario.

—Sé exactamente dónde debe estar.

CAPÍTULO 26

No volví al camerino. Mientras que aplaudían a Lilith, me dirigí al vestíbulo del teatro.

Las oleadas de gente ya estaban dejando los palcos, ansiosas por salir antes que la aglomeración general. Todo el camino fue un caos de seguidores que saludaban a los actores, con bastones con puntas de plata y perfume. En lo único en lo que me podía concentrar era en el ritmo de los pasos, como el tictac de un reloj. No paraba de acordarme de Silas, cayéndose por las tramoyas cuando intentaba llevarse el reloj. Tenía que deshacerme de él ahora mismo.

El guarda del palco 6 frunció el ceño, pero me dejó entrar sin hacer ningún comentario. Me encontré con un muro de aplausos. La ovación seguía y seguía. La señora Dyer y Georgiana se sentaron rígidas en sus asientos. Sus caras mostraban unas facciones tan amargas como el sabor de las manzanas silvestres.

—Me sorprende que tengas la osadía de presentarte en público. —Georgiana me miró por debajo de su delicada nariz—. Si no fuera por tu traición, sería yo la que luciría ese vestido y me llevaría los aplausos.

Levanté las cejas. ¿De verdad se creía eso? Georgiana solo había recibido la ovación que la señora Dyer había pagado, esta no era una adulación espontánea.

—No ha sido mi culpa. Felix Whitlow se negó a seguir sin Lilith. Ahora, si no te importa…, necesito hablar a solas con la señora Dyer.

Georgiana resopló. Había gente sentada en los palcos a ambos lados de nosotras; no podía causar conmoción sin llamar la atención.

—No se preocupe —le tranquilizó la señora Dyer—. Resolveremos esta situación.

—Me prometió…

—Y tengo la intención de mantener esa promesa. Ahora váyase. Para cuando nos volvamos a encontrar, habré formulado un nuevo plan.

Georgiana se marchó frunciendo el ceño, con un revuelo en su falda. La señora Dyer levantó sus ojos verdes hacia mí.

—Bueno, Jennifer. Me has decepcionado.

Señalé con la cabeza el escenario, ahora lleno de rosas, y el público conversando con ansia en sus asientos.

—A mí me parece un triunfo, señora. La madre de Anthony Frost tendrá mantenimiento económico y… ese era el objetivo de la actuación, ¿no?

—Sabes perfectamente cuáles eran mis ambiciones. Has trabajado en contra de ellas. En mi contra.

—Entonces, ¿por qué le traigo esto?

Su rostro cambió por completo en el momento en que le enseñé el reloj.

—¿Es…?

—Sí, lo he robado para usted.

La señora Dyer extendió la mano con avidez. Dejé caer el reloj en la palma de su guante. Cayó con un ruido sordo y suave. Acarició la figura de Melpómene con asombro. La expresión que tenía era la misma que transmitió mamá cuando pusimos a Philip en sus brazos por primera vez.

—Por fin es mío.

—¿Así que ahora estamos en paz?

—Sí —contestó distraída—. Sí, por supuesto.

Ya está hecho. Por fin. El embarazo había desaparecido, el reloj ya no estaba; ¿por qué más se podía resentir la señora Dyer? Dejaría a Lilith tranquila. La estudié por un momento, preguntándome si al menos una pizca de nuestra relación habría sido genuina. ¿Cómo podría saberlo con seguridad? La única certeza era que los celos de la señora Dyer hacia Lilith la habían convertido en algo horrible de contemplar.

Salí del palco, dejándola sola con su preciosa baratija. Ella no se dio cuenta de que me iba.

Después de haber dado unos pasos hacia el vestíbulo, el gobernador apareció al final del pasillo. Iba inmaculadamente vestido: llevaba una chaqueta negra, un chaleco blanco y una pajarita. Rachel trotaba a su lado, con una naranja en la mano. Había hecho un agujero en la parte de arriba y estaba exprimiendo el zumo con su boca.

No había ningún sitio al que poder huir; no podíamos evitarnos.

—Señorita Wilcox —dijo el gobernador con dificultad—. Espero que haya disfrutado de la obra. La actuación de la señorita Erikson fue una revelación y… una sorpresa.

—Lo ha sido para usted y para mí, señor.

Sus ojos expresaron las preguntas que no pudo decir con palabras.

—Parece que se ha recuperado de su… indisposición muy pronto.

¡Indisposición! No había visto lo que habíamos sufrido.

—No gracias a usted.

—He estado atado de pies y manos. —Hizo una mueca—. Entonces…, ¿está resuelto ese… asunto delicado?

—Sí, ya está resuelto. —Mi voz era el sonido de una caja de reloj cerrándose.

—Esta noche, ella ha sido todo lo que sabía que podía hacer… Me gustaría ir a felicitarla…, es el deber que conlleva ser el dueño del teatro…, pero quizá sea mejor que le transmitas mi enhorabuena.

—Sí, señor. Ya ha hecho bastante.

Se rio; mi grosería lo había sacado de su penitencia.

—Por Dios, así que eres un perro guardián pequeñito, ¿no, Wilcox? Primero mi esposa, y ahora Lilith. Derramarás sangre antes de dejar que un hombre se acerque a tu ama.

—No hay nada de malo en querer proteger a la gente, señor. —Dejé que mis ojos se detuvieran en los de la niña. Entonces su rostro pareció decaer. Tomó a Rachel de la mano. Sus ojos grandes, verdes como los de su madre, me miraban fijamente mientras chupaba con fuerza la naranja.

—No —respondió con tristeza—. No, tiene usted razón en ese sentido, señorita Wilcox. Tiene toda la razón. Ahora, proteger a los

inocentes de estos hechos tan desafortunados es el único asunto de verdadera importancia.

Cuando llegué al pasillo rojo, me hizo saltar un golpe. Era un sonido de desgarro, como si la tela se abriera por las costuras. Venía del camerino de Lilith.

Pasé corriendo por delante de los actores con sus trajes de soldados romanos y abrí la puerta de golpe. Un zapato golpeó la pared, evitando por poco mi cabeza.

La carnicería en el interior era absoluta. No solo habían tirado los jarrones al suelo, sino que se habían quebrado, ensuciando la alfombra con cristales y agua. Todas y cada una de las flores yacían rotas por la mitad en el suelo.

Los cajones estaban abiertos, revueltos. Habían vaciado el armario. Incluso el relleno del sofá estaba fuera, con una serie de cortes largos en los cojines.

Lilith estaba desnuda en un charco de seda y cuentas. Temblaba en su mano una navaja de bolsillo. Pasó un momento antes de que entendiera que había cortado en tiras el vestuario de Cleopatra.

Maldije en voz alta y cerré la puerta de golpe detrás de mí.

—¿Qué has hecho?

—¡Jenny! Aquí estás. —Se precipitó hacia adelante; tuve que esquivarla para evitar la punta del cuchillo—. ¿Lo tienes? ¡Dime que lo tienes!

—¿Tener el qué? —Pero lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Y se me metió un sentimiento enfermizo de culpabilidad en la garganta.

—He buscado, mirado en todos lados. *En todos*. Mi reloj no está en el escenario, no está aquí, no está… —Su voz desapareció en respiraciones agitadas y entrecortadas.

—Tranquilízate. No estás bien. Deberías estar descansando, deberías estar abrigada.

¿Dónde podría guiarla para que se sentara? El sofá se caía a pedazos, había volcado el taburete de su tocador y no quería rozar su piel desnuda. Lilith metió los dedos en su pelo negro despeinado. Todo

lo que podía hacer era mirarla, como lo hacía en el escenario. No había demostrado miedo y angustia de esta manera ni siquiera con el abortista.

¿Qué había hecho yo?

Lo había hecho por su bien, intenté recordarme a mí misma. Una vez que hubiera el susto inicial, se recuperaría. Al igual que un fumador se vuelve abstemio o un adicto al opio abandona la pipa, tenía que haber una reacción a la primera abstinencia. Pero al mirarla, desnuda e indefensa como un recién nacido, no me pareció que hubiera hecho lo correcto.

—No está en ningún sitio.

—¿Dónde está tu ropa?

Encontré el traje con el que había llegado, una falda y un corpiño de color gris plomo. Los había destrozado también, pero había material suficiente de la falda para cubrir sus hombros. La sangre seguía goteando de su brazo izquierdo.

—Jenny, Jenny —gimoteó—. ¿Qué voy a hacer?

Puse bien el taburete del tocador.

—Vas a sentarte y a recomponerte. ¿No te das cuenta de lo que está pasando ahí fuera? Tu nombre está en boca de todos. Por fin lo has conseguido. ¡Has impresionado a todos los críticos! ¡Este será tu momento, Lilith, cuando te invitarán al club selecto de Henry Irving! Podría escuchar a la gente alabándote aunque viviera en la Luna.

La alegría brilló en su rostro durante un breve instante. Después desapareció bajo el peso del miedo.

Se dejó caer en el taburete como si estuviera derrumbada.

—Yo… no creí que fuera a ocurrir tan pronto.

—¡Pues bien, ha sucedido! —exclamé con una alegría forzada—. Ahora puedes descansar. Has asegurado tu reputación. Es una suerte para las dos que la actuación benéfica solo fuera un día. —Pasé las manos por los jirones de tela en el suelo—. Nunca sería capaz de coser esto de nuevo.

—No, no…, ya no se puede arreglar.

—Busquemos ropa para ti.

—Ha pasado —dijo con dulzura. No me estaba escuchando—. Todo lo que quería. Mi cumbre en la actuación ya ha pasado y se ha

ido en un instante. Tan rápido que ni siquiera me tomé el tiempo para apreciarla, y ahora…

—No pasa nada, Lilith. Todo está bien. Tendrás tiempo para recuperarte antes de la próxima representación.

Lilith sacudió la cabeza frenéticamente.

—¿No lo ves? Se acabó. Por eso se ha desvanecido. ¡Mi tiempo se ha acabado y ella ha recuperado su reloj!

—No tiene sentido.

—Melpómene se ha llevado el reloj.

La pena me dolía en el pecho. No había ninguna duda de que el reloj era misterioso, pero su obsesión iba más allá de eso. La gente siempre había dicho que había una línea fina entre la genialidad y la locura. Lilith llevaba demasiado tiempo caminando por ella como si fuera una cuerda floja. A lo mejor yo la había empujado más allá del borde de la cuerda.

—Escucha, Lilith —comenté suavemente—. Voy a hablar con el gobernador. Creo que deberías ver a un médico. Has pasado años asumiendo la naturaleza de otras personas para tu trabajo. Te ha alejado de la tuya. Ahora hay hombres que están especializados en este tipo de cosas. A lo mejor podrías ver a uno; en privado, por supuesto.

Se rio. Nunca había escuchado una risa así. Era… amarga, fría, aterradora.

—Oh, Jenny. No hay ningún médico en todo el mundo que me pueda salvar ahora.

CUARTO ACTO

Romeo y Julieta

«Los placeres violentos tienen finales violentos».

CAPÍTULO 27

El calor del verano había llegado antes de lo esperado, aunque había dejado atrás el sol. La lluvia golpeaba contras las ventanas del salón. Dentro, el cristal se llenaba de gotas.

Me froté los ojos cansados y volví a mis bocetos. El Mercury iba a reabrir pronto con la famosa historia de amor de Shakespeare, y Julieta sería nuestra heroína mejor vestida. Todo era rosa palo, con capas de tul, tan precioso y delicado como una burbuja. Adoré cada vestido, pero no me pude imaginar a Lilith llevándolos. Lilith era buena representando personajes fuertes y dominantes. No era una niña.

Sin duda, la señora Dyer había elegido la obra con eso en mente. Aunque se había llevado todo lo que Lilith tenía, todavía no soportaba verla triunfar, incluso cuando hacía ganar dinero al teatro. Me pregunté si ella escucharía el reloj, sus susurros, diciéndole las debilidades de Lilith.

Debería ir a ver a Lilith de nuevo. Era como una canción que se repetía una y otra vez en su mente. El gobernador no podía visitarla ahora, no podía ocuparse del cuidado que tanto necesitaba, así que yo era la única persona en el mundo que la cuidaba. Durante mis llamadas, ella se sentaba como una estatua esperando a desmoronarse. Solo el movimiento de la cola de Eurídice le hacía sonreír. Ahora mismo estaría sola…, pero yo tenía que pensar en mi propia familia, y había mucho trabajo que hacer antes de la próxima actuación.

Cuando se abrió la puerta del salón, dejé el lápiz y sacudí mi mano para aflojar el calambre. Bertie entró. Las cosas todavía estaban tensas

entre nosotros desde que había echado a Greg. La forma en que me miraba había cambiado, como si me viera a través del resentimiento. Greg había sido la figura paterna de su vida, el que le cuidaba cuando le salía un moretón o lo calmaba cuando tenía una pesadilla. Bertie todavía era demasiado joven para entender que había sido yo la que hizo el mayor sacrificio posible al dejar la casa para ganar más dinero para la familia. Había pasado años esclavizada en la casa de los Fielding, mientras la alta burguesía me trataba como si fuera un monstruo solo para poder tener un salario decente. Pero en lo que concernía a Bertie, solo habían sido años de ausencia. Nunca vio lo que hice por él.

—Me aburro —se quejó Bertie. Se acercó a la mesa y se puso a hojear mis bocetos como si fueran un libro de ilustraciones—. ¿Para qué son?

—Para el vestuario. Estamos a punto de empezar los ensayos de *Romeo y Julieta* en el teatro.

—Me llevarás a ver *esta* obra, ¿no? —insistió.

Estuve un rato pensando, deliberando lo que le iba a responder. Había muchas referencias a relaciones carnales, pero eso probablemente lo ignoraría.

—No sé, Bert. Muere mucha gente en la obra. Puede que te pongas triste.

—¿Mueren de verdad?

—No, no es real. Es todo como una ilusión.

—¿Como magia? —preguntó Bertie con interés.

—No exactamente. Solo actúan. Verás, cuando Julieta muere, la daga que usa es de mentira. No está afilada. —Tomé un trozo de papel e intenté dibujarlo—. Hay un resorte en la empuñadura, así, para que puedas empujar la hoja, que vuelve justo después a la empuñadura. Para los ojos del público parece que Julieta se ha clavado la punta en el pecho. Pero en realidad solo ha empujado la hoja hacia atrás, hacia el resorte.

—¡Qué ingenioso! —Sonreí tras escucharlo. Era agradable compartir algo con él de nuevo.

—Lo es.

—Me gustaría ir —repitió Bertie—. Ahora no me pondrá triste, me

sé el truco. Por favor, Jenny.

—Bueno…, me lo pensaré.

—Greg me dejaría ir.

Fingí no haber escuchado eso. Necesitaba ver cómo estaban las cosas en el Mercury antes de dejar que el pequeño de la familia cruzara el umbral del teatro. Con todo lo que había presenciado, mi instinto era mantener a todos mis seres queridos lo más lejos posible de ese edificio. Pero a lo mejor la leyenda era cierta. A lo mejor había parado todo, ahora que Lilith no tenía el reloj de Eugene Grieves.

A pesar de todas mis burlas, de todo mi escepticismo, en el fondo estaba empezando a creer todo junto al resto. Tenía la esperanza de volver al teatro y descubrir que Melpómene se había ido para siempre.

Se escuchó un golpe en la puerta principal. Bertie cojeó hasta la ventana del salón y se asomó.

—¡Es Greg! ¡Dije su nombre en voz alta y apareció!

Como el mismísimo diablo.

Habría mantenido la casa obstinadamente cerrada, pero cuando Bertie dio golpecitos en el cristal, Greg dio un paso hacia la ventana y le vi la cara. No podía abrir un ojo, con un moretón. El labio superior estaba partido y le habían arrancado trozos de barba.

—¡Está herido! ¡Está herido! ¡Ayúdale, Jenny! —Bertie se apresuró a abrir la puerta él mismo.

Le seguí lentamente, con el pecho tan pesado como si estuviera cargado de plomo. Una parte de mí quería que Greg se hubiera hecho daño. Ahora que había pasado, tenía miedo.

—No te preocupes, Bertie. Parece peor de lo que es. —La voz de Greg sonaba extraña y grave mientras se desplomaba sobre el umbral del portón principal—. Sobreviviré.

Greg disimuló una mueca de dolor cuando Bertie se aferró a sus pantalones, que estaban salpicados de barro.

—¿Qué te ha pasado?

—Me han robado.

Los ojos de Greg se cruzaron con los míos. Sabía que era mentira, un gesto para Bertie.

—¡Llamaremos a la policía! —decidió Bertie—. Puedo ir a la estación…

—Irás arriba, Bertie —lo interrumpí—, y esperarás en tu habitación, sé un buen chico.

—¡No! Greg está herido y… —comenzó a lloriquear, confundido por todas las emociones fuertes que sentía. Greg le puso una mano en el hombro.

—Está bien, pequeño. Haz lo que dice tu hermana. Tenemos que hablar.

—¡Pero quiero quedarme contigo!

—Solo dame un momento para hablar con Jenny, por favor. —Podía ver lo que le costaba parecer animado por el bien de Bertie. Mientras sonreía con dolor, vislumbré un hueco en su boca donde le faltaba un diente.

Por fin, convenció a Bertie para que subiera las escaleras. Llevé a Greg a la cocina y lo senté mientras yo arrancaba pelusas de las vendas.

—No es mi trabajo vendar tus heridas. —Rompí con fuerza el material—. Es el de tu esposa. ¿Qué quieres decir con venir aquí en este estado?

Dio una respiración cristalina y chirriante.

—Ya me han dado muchos golpes hoy. No necesito que me des una paliza con palabras también.

Le miré las manos. Sus nudillos no estaban en carne viva. Si se había tratado de una pelea, había sido unilateral; lo más probable era que lo hubieran atacado por sorpresa.

—¿Así que qué pasó de verdad?

Greg apartó la mirada. Sus labios estaban hinchados, pero todavía noté que el labio inferior le temblaba.

—Es tu culpa, y lo sabes. Por eso he venido; para enseñarte qué has hecho.

—¡Que es mi culpa! —le contesté gritando—. ¿Cómo lo sabes?

—Me habrían dado más tiempo si Georgie hubiera continuado actuando. Si ella hubiera vuelto a la lista de reparto, como se suponía, antes de que Lilith y tú lo arruinarais todo… —Paró de hablar y escupió una mezcla de flema y sangre.

Recordé lo que Oscar había dicho sobre Greg y las apuestas. Esto era lo que pasaba cuando había que cobrar deudas y no tenías dinero

para pagarlas.

—¿En qué te has metido? —suspiré—. ¿A cuánta gente le debes dinero?

Por un momento pensé que no iba a responder.

—Pensé que me serviría de ayuda hasta que encontrara un trabajo —me respondió en voz baja—. ¿Y sabes qué? Me sirvió. Durante un tiempo pensé de verdad que volvería a casa desde Estados Unidos con el dinero de la operación y algo más. Pero no lo conseguí. Llevé la racha de suerte demasiado lejos. Entonces entré en pánico. No sabía cuándo parar. Seguí pensando que podía recuperarlo…

—Las cartas son un juego de tontos, Greg.

A lo largo de nuestra infancia había sido cauteloso como yo, aferrándose tenazmente a todo lo que todavía nos quedaba. No me lo podía imaginar apostando una fortuna, pero eso era lo que parecía pasar una vez que habías picado el anzuelo. Hombres mejores que él se habían ido por los dados, las cartas y las apuestas.

—¿Cuánto has perdido?

—No me preguntes eso.

No iba a darle ni un penique. Incluso si Georgiana hubiera reemplazado a Lilith, aunque tuviera un ingreso estable, no estaría seguro. Un golpe de suerte y un adicto estarían de nuevo en la mesa de apuestas, arriesgando más.

—No me gusta verte herido, Greg, no importa lo mucho que lo merezcas. Te pondré un parche. Pero las vendas son todo lo que te voy a dar. Tienes que asumir la responsabilidad de lo que has hecho.

Volvió su único ojo bueno hacia mí, suplicante.

—¡Solo unas pocas libras! Georgiana ha perdido su trabajo. ¿Y si está embarazada? Sería tu propio sobrino o sobrina. No puedes sentarte y verlos morir de hambre.

Sentí cómo flaqueaba, parpadeando como las luces del camerino de Lilith. Pero por todo lo que sabía, Greg estaba soltando otra mentirijilla desesperada. Últimamente ya había hecho bastante para ayudar a los demás. Tenía que empezar a protegerme a mí misma.

—Has esbozado tu propio destino, Gregory. Me temo que ahora tendrás que vivir en él.

A lo mejor era una ilusión, pero sentí las cosas de manera diferente cuando volví al teatro quince días después. Mientras me sentaba a coser en la sala de vestuario con Polly, el aire parecía más ligero y fácil de respirar. En lugar de estar sentada en el borde de la silla, tensa, me pareció posible perderme en líneas de puntadas limpias y ordenadas.

Todo era más simple en el escenario. Los tonos azules eran para los Montesco, y los rojos y los rosas para los Capuleto. Me sentaba encorvada hasta que me dolía la espalda, se me nublaba la vista y se entumecían las yemas de los dedos. Por fin, dejé la aguja y doblé los trajes cuidadosamente en papel de seda.

—¿Crees que el teatro ha cambiado? —le pregunté.

—¿Desde cuándo? —Polly seguía con los ojos abiertos porque estaba cosiendo.

—Bueno, desde… Quiero decir, fue horrible cuando murieron Silas y Anthony. Odié haber estado aquí. Pero parece que todo está… estable. ¿No crees?

—Eso es la pena. Se suaviza con el tiempo, ¿no? —Se encogió de hombros.

—Es más que eso.

—A lo mejor fue el señor Thorne, que echó a Georgiana a patadas. Eso sí que me alegró mucho.

Nos reímos y la señora Nettles entró en la sala. Llevaba una pila de algo cuidadosamente entre ambas manos.

—¿Todavía estáis aquí, chicas? Ya es hora de que os vayáis a casa.

—Estamos poniendo en orden todo. —Polly se inclinó hacia adelante con entusiasmo—. ¿Qué son?

—Son máscaras para el baile de los Capuleto. ¿A que están bien? —Las puso con suavidad ante nosotras—. Esta es la de Romeo. —Era de plata, daba aires de un caballero con una armadura brillante. Podríamos ver nuestras caras en la superficie—. Esta la del señor Capuleto. —De color rojo con bordes dorados y una nariz larga que hacía reír a Polly—. Y esta, la de Julieta. —La suya era una máscara blanca, simple, con lágrimas negras.

Dejé de sonreír.

Ninguna de las máscaras tenía boca, sino que terminaban en la punta de la nariz, para que los actores pudieran decir sus frases de manera audible. ¿Por qué, entonces, la de Julieta me hizo pensar en Melpómene y en su rostro angustiado?

—Pensaba que Julieta llevaría algo más bonito. Una máscara delicada y rosa, a juego con su vestido.

—Esta máscara significa más. Temáticamente. —La señora Nettles sacudió su cabellera roja.

No supe cómo objetar a eso.

Cuando el vestuario en el que habíamos trabajado estuvo bien guardado, me arrastré hasta el camerino de Lilith. Olía mucho a pintura. Una capa fresca de color limón cubría la pared junto al tocador, borrando todas las manchas oscuras. Había un sofá nuevo que reemplazaba al que había destrozado. Incluso la alfombra había cambiado a un rico fondo de color chocolate con flores doradas bordadas.

Si no lo supiera, diría que la señora Dyer estaba renovando el camerino para una nueva protagonista.

Mientras Lilith había acariciado el reloj, había sentido como si Melpómene hubiera extraído la fuerza vital del teatro, del propio cuerpo de Lilith, para hacer su arte más vital en escena. Pero esa noche encendí el gas y me senté decidida durante al menos media hora, observando y esperando a que pasara algo. No pasó nada en absoluto. No hubo ningún olor ni sentí nada. Las luces no parpadearon ni una sola vez. Respiré un suspiro de alivio, apagué las lámparas y me fui.

El patio de butacas parecía dichosamente quieto, con la única iluminación de la luz fantasma que ardía en un soporte al frente del escenario. Había un hombre sentado junto a ella, con las piernas balanceándose hacia el foso de la orquesta, mirando fijamente a la oscuridad. Era Oscar.

Me acerqué con cuidado para no asustarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy soñando. —Acarició las tablas polvorientas que tenía a su lado—. Acompáñame.

Me puse en cuclillas y me senté bajo el resplandor de la luz fantasma. De repente, el escenario era nuestro, no de los actores. Un mundo de viñetas en el que el público no era más que un mar de negro.

—Cuando miro así —reflexionó Oscar—, cuando hay silencio y no hay nadie alrededor, me puedo imaginar cualquier cosa que me guste. —Miró con cariño el círculo dorado del palco y el barrido de la galería, los palcos que se alineaban hasta el arco del proscenio—. Puedo fingir que todo esto me pertenece.

—¿Quieres que sea tuyo? Este es el sitio donde murieron Silas y Anthony tan horriblemente. —Una luz cálida se le reflejó en un lado de la cara.

—Bueno, a lo mejor no este teatro. Pero en la oscuridad, si me esfuerzo lo suficiente, puedo olvidar también lo que pasó.

Yo nunca lo olvidaría. Ojalá pudiera hacerlo. Si no fuera por esos recuerdos, habría una profunda sensación de paz sentada aquí junto a Oscar, observando el balanceo de la luz fantasma, bailando un vals con las sombras, con el polvo que flota a través de su rayo.

—¿Cómo está Lilith? —me preguntó.

—Estará encantada. La venta de entradas está por las nubes y tiene una pila de cartas pidiéndole que haga una gira con otras compañías durante el verano. Ha conseguido todo lo que quería, pero… le falta algo. Ni siquiera parece importarle la obra. Parece… agotada.

—¿Podría ser la culpa? A lo mejor se arrepiente de esa… operación. —Oscar dio una patada a sus pies.

De alguna forma, no creía que fuera el bebé lo que echaba de menos.

—He oído que Felix Whitlow también está asustado. Serían una buena pareja. *Hay más valor, cortesía y honor en unas moscas carroñeras que en Romeo.*

—Hablé con Felix después de lo que pasó. Tenías razón, ya trabajó antes con Lilith y Eugene Grieves. —Se quedó mirando al patio de butacas durante un minuto antes de volverse hacia mí—. Dijo que el reloj cambió a Eugene también. Le hizo abandonar a la mujer con la que estaba destinado a casarse y se convirtió casi en un recluso. Pero tuvo éxito.

¿Cuánta gente estaba dispuesta a pagar para satisfacer su ambición? Eugene, Lilith, los Dyer, incluso Greg y Georgiana. Lo habrían arriesgado todo, ¿y para qué? Ninguno de ellos era feliz.

—Sé que parece una locura, pero el reloj es la razón por la que me he quedado hasta tarde esta noche. Quería ver si había alguna diferencia, si Melpómene se había ido. Es una tontería, ¿no?

—He escuchado cosas peores —añadió tras una pausa—. No olvides que has dado el reloj a la propietaria de un teatro especializado en tragedias. ¿Y si la señora Dyer también quiere la ayuda de Melpómene?

No había pensado en eso. La musa me pareció algo propio de los actores, pero ¿por qué se tenía que limitar a ellos?

—Espero por Dios que no lo haga. Espero no volver a escuchar ese nombre. Sea lo que fuere, cualquier mala suerte o maldición que nos persiguiera… se ha ido. —Miré suplicante a su cara—. ¿No crees que se ha ido?

—Nadie se va de verdad del teatro. —Oscar puso las manos detrás de su cuerpo y se apoyó en las tablas. No podía saber si estaba bromeando o no.

—¿Qué quieres decir?

—De eso trata la luz fantasma.

—Creía que era para evitar que nos cayéramos del escenario en la oscuridad. —Oscar se rio.

—Bueno, sí, lo es. Pero también es una muestra de respeto para todos los actores que se han ido. Como una vela, se enciende en su recuerdo. Y algunas personas… —hizo una pausa y miró profundamente a la oscuridad. Solo los asientos más cercanos a la luz fantasma estaban iluminados; las filas más atrás podrían haber estado en el fondo de un pozo—. Algunos creen que los actores muertos vuelven y representan sus propias obras por las noches.

Me lo podía imaginar; o, mejor dicho, podía imaginar a Lilith. Era una sirvienta en la vida y en la muerte, nunca era libre, siempre decía palabras que no eran suyas. Me sacudí la imagen de la muerte en mi mente.

—Ahora tú eres el que está diciendo tonterías.

—A lo mejor, sí. Pero no puedes negar que este sitio atrae a la

gente. Greg y Georgie se fueron, solo para volver.

¿Por qué los nombraba? Estaba siendo una noche agradable, estábamos nosotros dos solos, solos en la luz suave y en silencio. A lo mejor debería contarle que Greg me había visitado herido y la forma en la que se había marchado después. Le daría a Oscar una especie de satisfacción sombría al escucharlo.

—Lo siento —dije en una voz tan baja que el auditorio pareció tragarse mis palabras—. Hubiera deseado decirte quién iba a interpretar a Cleopatra.

—No lo sientas —suspiró. La llama se apagó—. Ese equipaje de mano en la sala de vestuario era exactamente lo que necesitaba ver. Todo ese tiempo había construido una imagen falsa de Georgie, de lo afortunado que fui al tenerla a mi lado. Era una tontería. Verla allí de pie, tan falsa y afectada, al lado de una mujer que de verdad podía actuar, me abrió los ojos. Ella es de segunda categoría.

—Bueno, pero dicen que el amor es ciego.

—Pero no era amor, ¿no? ¿Cómo podría casarme con alguien así? No tenía ni una pizca de piedad. Ni por mí ni por Lilith. Solía condenar los ojos de Greg, pero ahora…, creo que a lo mejor recibió una bala que me podría haber tocado a mí.

Pasé la mano por el reflector que cubría una de las luces. Nunca me había fijado, pero tenía forma de ala. Había alas emplumadas en el diseño del arco del proscenio. Eran símbolos de Mercurio. ¿Habría algún centímetro de este teatro que no estuviera impregnado de mitos?

—Es fácil perder tu brújula personal en un sitio como este. Es fácil empezar a creer en cosas que no son auténticas.

—Tú eres auténtica —dijo con tranquilidad—. Y eres amable, y tienes espíritu. ¿Sabes que podrías ser la única en el mundo real que me gustara de verdad?

Intenté reírme, pero apenas podía respirar. El tiempo se detuvo a nuestro alrededor. Era tan consciente de lo cerca que estábamos, de cómo parecíamos las dos únicas personas que quedaban en el mundo.

Lentamente, me sujetó de la barbilla y me la levantó para que le mirara a los ojos. Los suyos eran de color chocolate a la luz de esa lámpara.

—Eres real, ¿no, Jenny? ¿No eres una musa? ¿No estás a punto de desaparecer en un soplo de aire?

Podía oler su aliento, tan dulce como una caña de azúcar.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Cerré los ojos y me incliné hacia su cuerpo. Nuestros labios se encontraron.

Todo se desvaneció en ese momento. Melpómene, Lilith, Georgiana y Greg. Todo lo que podía sentir era la suave calidez de la boca de Oscar sobre la mía.

Esta era mi escena, mi momento de protagonismo. Deseé que no terminara nunca.

CAPÍTULO 28

El verano en Londres es siempre polvoriento, pero aquel año era una tormenta de arena. Los pobres caballos tiraban de los carruajes y de los ómnibus como si estuvieran de camino al patio de un matadero. Bajo el calor del sol de mediados de junio, el hedor de los montones de estiércol se intensificó. Las moscas eran una plaga. Incluso parecía que los leones de piedra de Trafalgar Square jadeaban, sus lenguas se movían en busca de una gota de lluvia.

En cambio, el teatro estaba dichosamente frío. Mis ojos tardaban un momento en adaptarse a la oscuridad cuando entraba cada mañana. Empezaba a saborear el olor a cera de abeja y a polvo. De repente, el Mercury se había convertido en un oasis.

Lo había solucionado.

Toda sensación de amenaza se había alejado como una nube oscura que pasa gracias al viento. El vestuario y la escenografía empezaban a tomar forma, y me estaba enamorando de ellos. Pero eso fue antes de que los actores volvieran al teatro e iniciaran los ensayos. Solo hicieron falta un par de días para que me diera cuenta de que, aunque podía reparar el camerino y desterrar a Melpómene, no podía curar a Lilith. De hecho, me preocupaba haberla empeorado.

Estaba sentada como tantas veces, reflejada en los espejos del tocador. Había cuatro Lilith, una en cada espejo y la de verdad ante mí, pero no podía verla en absoluto. Algo en *ella* había desaparecido. Algo se había ido, *¡fuera, hacia fuera, vela breve!* Sí, ese monólogo había acertado todo. Lilith era ahora una sombra andante. La daga trucada de Julieta descansaba en una de sus manos. Siguió empujando

la punta, dentro y fuera, con la parte plana en la palma de la otra mano.

—Se supone que no debes tener eso todavía. Debe estar en la sala de utilería.

—La necesito. —El resorte hizo un sonido chirriante cuando lo echó para atrás y saltó al soltarlo.

—¿Por qué? ¿Para hacerte un agujero en la mano? ¿Para volverme loca?

Dejó que la daga retomara su posición inicial. Después ladeó la cabeza.

—Escucha.

Y eso hice. Se oían los ruidos habituales entre bastidores antes de una actuación: cuchicheos, puertas que se cerraban y poleas que se movían a la distancia.

—No puedo escuchar nada.

—Exactamente. El silencio es ensordecedor.

Volvió a juguetear con la daga, haciendo que desapareciera y apareciera de nuevo.

Respiré profundamente y sacudí el primer vestido de Julieta. Lilith había pasado por un calvario. No debería culparla porque actuara de forma extraña. Pero su miseria parecía que quería frenar mi felicidad incipiente.

—No tiene sentido arreglar ese vestido —me dijo Lilith—. No representa cómo estoy en el escenario. No voy a hacer un buen espectáculo. Ya he alcanzado el cénit. Desde aquí solo podemos ir… hacia abajo, a peor.

—Tienes que intentarlo. Hemos vendido la mayoría de las entradas a pesar del calor. La gente está dispuesta a sofocarse con tal de verte. —Lilith puso la daga a un lado.

—Pero Melpómene no me habla más. Se ha ido.

Sí, *se había* ido. Éramos libres. Si Lilith pudiera darse cuenta de lo maravilloso que era…

—Pensé que los susurros de Melpómene te distraían.

—Me distraían, sí, pero lo único peor que los susurros es este horrible silencio. —Una lágrima se deslizó por su mejilla.

La estreché en mis brazos, cansada. Nunca podría haber imaginado

que abrazaría a Lilith antes, pero las cosas habían cambiado.

—Serás una Julieta perfecta —la tranquilicé—. Actuaste durante años antes de tener ese reloj estúpido, ¿no? No necesitas a Melpómene.

—*Quien quede ciego nunca olvidará el tesoro perdido de su vida. No puedes enseñarme a olvidar*. —Apoyó su cabellera oscura en mi pecho.

—Esa no es tu frase. Es la de Romeo.

—Así es. ¿Ves? Ya me estoy equivocando. —Sus labios se torcieron, tenía el mismo aspecto que la máscara—. Va a ser terrible. Tengo mucho miedo.

—Te acuerdas de lo que les hicieron a las sirenas, ¿no?

—¿Quiénes? —La sentí temblar en mi brazo.

—Las musas, Melpómene y sus ocho hermanas.

—No, no me acuerdo. Me dijiste que las sirenas eran las hijas de Melpómene.

—¡Lo eran! Pero desafiaron a las musas a un concurso de canto. Por supuesto, las musas ganaron. No tuvieron piedad con su propia familia. Despojaron a esas pobres sirenas de todas sus plumas y usaron su plumaje como una corona.

—¿Qué importa todo esto? Es solo una historia.

No me estaba escuchando.

—¿Crees que podrías distinguir entre el canto de una musa y el de una sirena? Una es una voz divina que te llama a crear y la otra un señuelo que te arrastra a la destrucción. ¿Y si… sonaran exactamente igual?

—No son *reales*, Lilith. Son tan ficticias como Romeo y Julieta. Solo son personajes e historias que nos ayudan a entender el mundo. La verdad es que hay cientos de personas ahí fuera esperando que llenes el escenario. Te pagan por hacerlo, y necesitas que te paguen para poder vivir y comer. Así que déjame ponerte este vestido.

Se levantó y se puso de pie sin fuerzas. Había perdido peso. El vestido colgaba de sus hombros huesudos.

—Pensé que quería ser como Eugene —comentó—. Quería que estuviera orgulloso de mí. Pensé que pagaría cualquier precio para que pasara.

—*Estaría* orgulloso de ti. Todos lo estamos. Después de tu

Cleopatra, los periódicos te comparan con Siddons, Bernhardt y Terry. ¡Dicen que eres la mejor actriz trágica que ha existido!

—Sí, eso dicen. —Sujetó la daga y presionó la punta en la yema del dedo—. Al fin y al cabo, es extraño lo poco que significa.

El baile de máscaras de los Capuleto brilló en el escenario. Los candelabros y los jarrones altos de flores ocultaban las alas de Julieta de la vista del público. Un cuarteto de cuerda tocaba en una plataforma sobre las dos filas de bailarines. Las parejas giraban y giraban al ritmo de la música.

Felix Whitlow se había afeitado el bigote para interpretar al joven Romeo. Se escondía detrás de los pilares falsos y sus ojos brillaban a través de su máscara plateada. *¡Oh, enseña a brillar a las antorchas!*

Yo había hecho todo lo mejor posible. Pero la Julieta a la que observaba no estaba a la altura de las palabras que le decían. El vestido rosa pálido no prestaba nada de su tono rosado a su piel. Parecía un cadáver vestido. Romeo se acercó y le tocó la mano.

Buen peregrino, habláis cruel de vuestra mano.

El resto de las palabras de Lilith eran casi inaudibles, sus cuerdas vocales se habían pellizcado como la mecha de una vela.

Unas oleadas de desagrado recorrieron al público. Felix le respondió incluso más alto, compensando su voz.

¿No tienen labios romeros y santos?

Hubo una pausa larga.

—Sí, peregrino —dijo el apuntador.

Sí, peregrino. Las cejas de Lilith se juntaron, como si estuviera calculando una suma imposible.

—Son para rezar.

Son para rezar, repitió sin expresión en su voz ni en su rostro.

Alguien empezó a cuchichear.

Apenas pude seguir mirando. Era muy hiriente, me sentí avergonzada por ella. ¿Cómo se había visto reducida a esto Lilith, la audaz y fuerte Lilith?

Cuando salió del escenario, Felix Whitlow me agarró del brazo y

me arrastró hacia el fondo.

—¿Qué demonios le pasa a esa mujer?

A lo mejor a él no necesitaba mentirle.

—Ha perdido el reloj de Eugene. Se ha llevado toda su confianza con él.

—Oh. —Se ajustó la máscara—. Gracias a Dios. —Parecía que había desaparecido la ira que tenía—. Es lo mejor. Sí. Es mejor recibir una crítica ácida que…

—¿Que qué? —pregunté, desesperada por escuchar por fin la verdad—. ¿Qué sabes exactamente sobre Eugene Grieves y ese reloj?

—Más de lo que me gustaría. Estuve a su lado mientras moría. Hice de Mefistófeles cuando él era Fausto. —Felix tragó saliva.

Así que de eso lo conocía. No era de extrañar que hubiera huido al ver el reloj; ya había sido bastante horrible ver morir a Eugene desde la galería, pero Felix había tenido un asiento en la primera fila.

—Había algo especial en esa obra, ¿no? Eugene rayó las palabras del autor en el reverso del reloj: *Homo fuge*.

—*Doctor Fausto* no era solo una obra de teatro para Eugene. Le fascinaba lo oculto. La magia también lo había cautivado. Me dijo —comentó Felix lentamente, como si cada palabra le causara dolor— que había conjurado a una musa hacía más de veinte años y la había atado a su reloj. Dijo que ella era la única razón por la que actuaba como actuaba. Pensé que estaba loco.

—Melpómene —pude decir.

—Pero ¿*lo era*? Pudo haberla llamado, pero cualquier cosa podría haber entrado en esa brecha.

Recordé el discurso que Eugene había soltado, gutural y demoníaco, y me sentí mal.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién más podría ser?

Su máscara plateada brilló y parpadeó bajo las luces entre bastidores.

—¿Cómo puedo saberlo? No *quiero* saberlo. Incluso hablar de ello me parece absurdo. Pero fue una estrella tenue y maligna la que atrajo a ese hombre. Lo que sea que haya pactado… no era bueno.

La madera del suelo crujió. Mi atención volvió al escenario; estaban cambiando la escena y estaban moviendo el conjunto del

balcón a su lugar.

Felix tenía que irse.

—Siga mi consejo, señorita Wilcox. Aunque Lilith haya perdido ese reloj, asegúrese de que siga perdido. Prefiero actuar ante un pato cojo que ver otro final como el suyo.

Asentí con la cabeza. No me atrevía a confesar que el reloj no estaba perdido del todo; que probablemente estaba, en ese mismo momento, entre las manos temblorosas de la señora Dyer.

Pronto el escenario estuvo preparado para el huerto de los Capuleto, con árboles falsos y plantas reales plantadas en macetas.

Lilith se inclinó sobre un balcón adornado con rosas.

Mi enemigo no es otro que tu nombre. Tú eres…, aunque eres Montesco.

El director de escena, Horace, suspiró y se pellizcó el puente de la nariz, como si le diera un ataque escuchar el monólogo de Lilith.

¡Oh, que sea otro nombre! Lo que llaman «rosa» olería igual con otro nombre.

Moví mi cuerpo con incomodidad. No solo era el tono monótono de Lilith; eran las propias palabras que recitaba. Hacían eco de lo que había dicho Felix. Habíamos llamado al espíritu del reloj de Melpómene. Pero ¿y si no había sido ella la que susurraba a Lilith y a Eugene? ¿Qué pasaría si era algo malvado que respondía a su nombre?

Una hilera de hombres ebrios se sentaba cerca de un banco en el foso; parecían fuera de lugar, como si hubieran tropezado en el Mercury por error. Uno de ellos se llevó las manos a la boca.

—¡He estado con putas más convincentes que ella! —gritó.

Hubo una lluvia de carcajadas. Los hombros de Lilith se pusieron rígidos. Respiró profundamente.

Sabe que la máscara de la noche me cubre…

Una naranja le dio de lleno entre los ojos. Se tambaleó y se agarró a la barandilla del balcón para apoyarse. Las risas se dispararon.

Una segunda fruta siguió a la primera, volando y salpicando contra la decoración. Lilith se quedó sin habla, luchó por volver a su frase, pero antes de que pudiera retomarla, un corazón de manzana la golpeó en el pecho.

Vi a la señora Dyer sentada en su palco, con los binoculares

levantados. Sus labios rojos sonreían. Poco después le siguió una lluvia, una granizada de cáscaras de cítricos y de cacahuetes. Felix Whitlow corrió a cubrirse en el lado opuesto; Lilith se agachó y levantó los brazos para protegerse.

—¡Haz algo! —grité al director de escena—. ¡Baja el telón!

—¿Qué está pasando? —Oscar apareció a mi lado.

Los abucheos resonaron en el auditorio; el público estaba disfrutando del juego. La gente que antes arrojaba rosas se había convertido en un mar de demonios. Un oficinista borracho se puso de pie y lanzó la botella por encima del brazo como si fuera una pelota de *cricket*. El líquido, al derramarse, brillaba, haciendo molinos de viento en el aire. Oscar empezó a maldecir. Si el alcohol caía encima del gas…

La botella se rompió justo sobre la cabeza de Lilith. Los diamantes de cristal tintinearon en su oscuro pelo.

—¡Bajad el telón! ¡Bajad el telón! —rugió Horace.

Alguien tiró de la cuerda y el telón cayó con un *golpe*. Aunque las amortiguó, no pudo bloquear las burlas.

Corrí directamente hacia Lilith, derrapando sobre las pieles de naranja. Estaba encogida detrás de las barandillas del balcón como un animal en su corral.

Levanté mis brazos hacia ella.

—Baja, Lilith. Vamos, no pasa nada. Te ayudaré.

Sus pupilas se abrieron de golpe. Al igual que cuando murió Anthony, no podía moverse. Horace se acercó a mí, con cáscaras de cacahuete crujiendo bajo sus zapatos.

—Señorita Wilcox, vaya rápidamente a vestir a Clementine Price. Hay tiempo suficiente para que esté lista para la quinta escena. Tendrá que ser Julieta durante el resto de la obra.

—Encuentre a alguien que no sea yo. —Seguí con los brazos hacia Lilith.

—Es su deber…

—No me importa —contesté—. No voy a dejar a Lilith en este estado.

Se marchó enfadado, gritando una orden al apuntador.

Al final, Oscar tuvo que subir al balcón y bajar a Lilith. Desde sus

brazos, volvió su mirada desesperada hacia mí. Antes brillaban como el acero, pero ahora eran grises, sin gracia.

—Me han desterrado —susurró—. Me han desterrado del escenario como a Romeo de Verona.

—Anda, calla.

Su cabeza seguía llena de frases de obras de teatro, pero algo vital había desaparecido y no podía evitar sentir que yo era la responsable de habérselo arrebatado.

CAPÍTULO 29

Los jugos de cítricos y el cristal eran más fáciles de limpiar con una esponja que la sangre. Eurídice se acurrucó bajo el taburete de Lilith, lamiendo sus tobillos. Si solo hubiera algo que cualquiera de nosotros pudiera hacer para que volviera la actriz que había dentro de ella…

Las actuaciones de Lilith no mejoraban. Cada obra terminaba con un goteo vergonzoso de aplausos. Las multitudes de personas que habían venido a presenciar el ascenso de una estrella se iban desencantadas. Horace la cambió por Clementine, dándole a cada una la oportunidad de representar a Julieta y a la señora Capuleto por turnos, pero no ayudó a la taquilla. Los nervios de Clementine solo habían empeorado desde que vio morir a Anthony y asistió a la humillación de Lilith en el escenario. En cuanto a nuestra actriz principal, estaba igual de desganada en todos los papeles.

La daga de Julieta había reemplazado al reloj como compañero constante de Lilith. Giraba la empuñadura obsesivamente, manteniendo sus dedos ocupados. Todo el tiempo sabía que la señora Dyer estaría afilando su propia daga y preparándose para cortar los lazos de Lilith con el Mercury. El gobernador la había mantenido mientras que Lilith siguió siendo un activo financiero para el teatro, pero ahora no tendría dónde apoyarse.

—Se ha ido —murmuró Lilith mientras le arreglaba el pelo—. Mi arte. Todo por lo que he trabajado. Ha desaparecido.

—Volverá. Solo has perdido la confianza que tenías en ti misma.

—No lo puedo soportar, Jenny. Que me disminuyan. Que me disminuyan en nada.

—¡Pero *eres* alguien! Eres una persona por derecho propio. —Tiré del cepillo.

Ni siquiera dio un respingo cuando tiré de ella. Su cabeza se movía de un lado a otro, como si fuera la de una muñeca.

—No sé quién soy si no puedo actuar. Mi arte me ha definido durante mucho tiempo.

—Eres Lily Fitzwilliams.

—¡Lily Fitzwilliams! —espetó—. No era nada más que una bastarda, una desgracia. Y ahora volveré a serlo.

—Tú vales más que tu arte, Lily —suspiré y me detuve—. Hay gente en este mundo que se preocupa por ti, tanto si actúas como si no.

—Ah, ¿sí? Hugh no es uno de ellos. —Dirigió la mirada hacia la puerta del camerino—. Tenías razón sobre él. Debería estar aquí, consolándome, ayudándome a superar mis dificultades. Pero quería al talento, no a la mujer que había detrás de él. A él solo le importaba Melpómene.

Me puse de cuclillas para mirarla a la cara.

—No hay muchas actuaciones antes de las vacaciones de verano. Empezarás otra vez la próxima temporada con una nueva obra.

—No importa. Es todo el tiempo. Mi tiempo ha llegado a su fin. No hay nada que hacer ahora más que… esperar. —La daga hizo *clic*.

—¿Esperar qué? —le pregunté. No me miró, simplemente pasó su dedo índice arriba y abajo por la hoja.

—Eugene tenía veinticuatro años. Veinticuatro, como el Doctor Fausto al que interpretaba cuando murió. Pensé que esa sería la norma. Un año por cada hora del día. Pero no. Apenas he tenido doce meses. Resulta que Lucifer es más generoso que Melpómene. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Lilith…, ¿qué has hecho? ¿Has hecho un pacto, como el Doctor Fausto? —Un escalofrío fino y amargo se apoderó de mí.

Su silencio fue peor que una respuesta.

—Nunca he sido religiosa, ya lo sabes. No me resulta ninguna dificultad dar mi alma por el teatro. ¿Dónde más podría ir? Siempre he vivido aquí —respondió por fin.

Esto no serviría para nada. Necesitaba sacarla del submundo de

mitos y de personajes de obras de teatro, traerla de vuelta a la tierra de los vivos. ¿Pero cómo?

—¿Por qué no vuelves a Southend en agosto? —le sugerí—. Podrías pasar algo de tiempo con Algernon.

Bajó las cejas. Por un momento, pareció no reconocer el nombre de su propio hijo.

—¿Para qué? No se acuerda de mí.

—Pero podría —le animé—. No es demasiado tarde para tener una familia. Podrías dejar todo esto atrás, llevarte a tu hijo y criarlo. Dijiste que no sabías quién eras. Bueno, eres la madre de Algernon. Nadie puede quitarte eso.

Sus manos se cerraron alrededor de la empuñadura de la daga, como si estuviera rezando.

—No —respondió suavemente—. No, eso sería injusto. La verdad es que ahora soy una mujer sin vida…, sin éxito para perfumar el hedor. Es mejor para Algernon que nunca conozca sus auténticos orígenes. Encontraré una buena familia que lo adopte. Ellos fingirán que son su familia desde el principio. En lo que respecta a Algernon, ellos serán sus padres, será legítimo y les pertenecerá. Eso es lo que quiero para él.

Para Algernon, ella siempre sería la mujer de la fotografía, envuelta en un velo negro. Hasta ahora, no había pensado en que ella amaba a su hijo, pero esta abnegación me hizo darme cuenta de que sí lo hacía, a su manera.

—Era una niña, ¿sabes? —susurró.

—¿Qué?

—El médico me dijo que no podría haber sobrevivido. —El pecho de Lilith se agitó—. Algo estaba mal. Su columna vertebral estaba mal.

No había admitido el aborto hasta ahora, no me había dicho antes ni una palabra de lo que pasó en esa sala en Harley Street.

—Debía ser muy pequeña —le indiqué tranquilamente.

—Apenas se había formado. La metieron en un cubo. —Sus ojos no estaban enfocados en mí, parecían estar mirando hacia algún sitio profundo que solo podía ver el dolor de Lilith—. Su pobre espalda. Me pareció que tenía… alas.

Me estremecí al recordar el color negro de la taza del inodoro.

Estaba claro que algo iba mal en ese embarazo.

—Entonces tomaste la decisión correcta, Lilith. Se ha ido a un lugar mejor.

—Se ha ido —repitió Lilith—. Se ha ido, se ha ido, se ha ido.

CAPÍTULO 30

Bertie miraba a su alrededor con un asombro poco disimulado. Ni siquiera estábamos en el vestíbulo, sino que estábamos en el pasillo, frente al despacho del encargado de las tramoyas. Olía a sudor y a pies, y como habían echado a los gatos, había excrementos de ratón esparcidos entre bambalinas como granos de pimienta. Un chico los barría, con su escoba rascando el suelo.

—Es mágico —susurró Bertie. Le habían prohibido entrar al teatro durante tanto tiempo que había decidido amarlo. Dorcas y Philip eran más cautelosos. No podía echarles la culpa. Había pasado menos de un año desde que vimos morir a Eugene Grieves—. ¿Tendré que subir muchos escalones?

—No, cariño. Os he comprado a todos asientos muy cerca del escenario.

—Ahora *puedo* subir escalones.

Podía, era verdad, y eso me reconfortó. Le había dicho que esta visita era un regalo antes de que comenzara con su primer trabajo. La fábrica de Philip había accedido finalmente a contratarlo como trenzador, y lo ascenderían a operario cuando fuera capaz de estar de pie durante más tiempo. A pesar de todo el horror que había presenciado, la vida de Bertie había cambiado para mejor. Ahora estaba haciendo lo poco que podía para ayudar a mejorar las cosas para Lilith.

—Escuchad —comenté—. Lilith es la mujer de pelo negro que interpreta a Julieta. Necesito que la animéis muy fuerte cada vez que salga al escenario. ¿Podréis hacerlo?

—¡Phil me enseñó a silbar! —Bertie se metió dos dedos en la boca y emitió un sonido extraño y doloroso de escuchar.

—Creo que en vez de silbar vamos a aplaudir muy fuerte. —Philip hizo una mueca.

—Por favor. ¿Y sabéis qué podéis hacer al final? La haría muy feliz que la aplaudieseis para que se acercase al público. Entiendo que solo sois vosotros tres, pero haced lo que podáis. —Le di a Dorca las entradas—. Gracias. Significa mucho para mí. Oscar y yo os llevaremos al bufé cuando termine.

—Nos tendréis que dar un helado por cada vez que animemos —sugirió Philip.

Los guie desde la puerta de artistas y desde la calle, para que pudieran dar la vuelta a la entrada del patio de butacas.

Recordé, de repente, al extraño caballero que quería una de las medias de Lilith. Nunca volvió; Oscar debió asustarlo. ¿Dónde estaban ahora esos admiradores? Todos ellos abandonaron a Lilith en el momento que empezó a actuar mal. Cuando entré en el camerino, las luces estaban apagadas. Lilith estaba sentada en la oscuridad con la cabeza de Eurídice en su regazo. Suspiró cuando encendí el gas. Sus pupilas estaban dilatadas, como si hubiera bebido absenta, pero en un momento se redujeron a puntitos.

—*Cuanta más luz, más negra es nuestra pena.*

No contesté. Estaba tan llena de citas y refranes crípticos que estaba aprendiendo a ignorarlos.

—Vamos —respondí, alegre—. Es la última función antes de las vacaciones de verano. Después de esto, no tendrás que volver a pensar en Julieta.

—No he tenido noticias de mi contrato. ¿Y por qué me iban a renovar? Al igual que Melpómene, simplemente dejarán que todo… expire. —Tiró de Eurídice para que se acercase a su cuerpo.

Después de su interpretación asombrosa de Cleopatra, me la imaginaba pasando el verano de gira, disfrutando de representar papeles en teatros de la costa. Ahora parecía un sueño lejano.

—Encontrarás algo.

Tragó saliva. Su garganta era muy delgada.

—Tengo miedo, Jenny. Tengo que pagar la comida y no tengo

ninguna Portia que me salve.

Se estaba confundiendo de nuevo. Eso era de *El mercader de Venecia*. La sujeté del hombro.

—Hazlo solo una vez más. Tengo un buen presentimiento sobre esta noche. —Me imaginé a mis hermanos en el patio de butacas; esperaba que pudieran animarla lo suficiente como para ahogar su dolor—. Vas a comerte el escenario.

La actuación fue mejor. No fue nada milagroso (no era la Lilith de antaño) pero en comparación con el resto de la temporada, esta actuación fue muchísimo mejor. Los hurras entusiastas de Bertie se contagiaron, se convirtieron en un pequeño juego entre los vendedores ambulantes en el patio de butacas, y aunque el teatro estaba medio vacío, había un ambiente ameno. Nadie estaba a punto de volverse desagradable y arrojar fruta al escenario.

Esperaba que Lilith se relajara y empezara a sonreír, pero se ponía tensa con cada cambio. Entre el tercer y el cuarto acto tuve que cambiar su vestuario rápidamente, transformándola de la novia recién despertada a la penitente que busca la celda de fray Lorenzo. Estaba temblando tanto que apenas pude encorsetar su corpiño.

—¿Dónde está la capucha? —Pasé un cepillo por su pelo y se lo enrosqué para ponerle un tocado encima—. Ya está. Ahora tu libro de oraciones… —Pero estaba sosteniendo la daga trucada—. ¿Por qué tienes eso? Debería estar en la sala de utilería. Romeo necesita tenerla encima cuando muere… Tendré que llevarla de vuelta —me quejé. Se la arrebaté.

—*Yo sola tengo que representar la lúgubre escena.*

—Solo tres escenas más. Una vez que Julieta se tome el veneno, todo lo que tienes que hacer es tumbarte allí hasta el desenlace. Sabes dormirte, ¿no?

—¿Que si sé? —se lamentó—. *No sé qué sueños pueden venir.*

No tenía tiempo para esto. Si no devolvía la utilería a su sitio, podría arruinar el final de la obra.

—El traspunte vendrá en un minuto. No te preocupes, Lilith,

puedes hacerlo.

Al salir de la habitación, miré por encima de mi hombro. Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo, desesperados. Pero tenía demasiada prisa. Me alejé a toda velocidad.

La sala de utilería sirvió como un recordatorio doloroso de mi carrera hasta ahora. Todavía estaban aquí el modelo de Antonio y los niños muertos de *La duquesa de Malfi*, cubiertos parcialmente con una sábana. Vi el caldero de las brujas, la armadura de Marco Antonio y el casco en el que Lilith había vomitado. Cada objeto contaba una historia propia.

El atrezo de *Romeo y Julieta* estaba más cerca de la puerta, etiquetado cuidadosamente con la escena en la que aparecían los distintos elementos y a qué personaje pertenecían. Lilith siempre sacaba la etiqueta de la daga; esperaba que la hubiera dejado en su lugar, donde pudiera encontrarla. Sin embargo, mientras me abría paso entre una carroza y una cabeza de burro de papel maché, vi a otra persona allí de pie, mirando el sitio vacío donde debería estar la daga. Ahí estaba Georgiana.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se quedó boquiabierta al verme, pero luego mostró sus dientes perlados en una sonrisa.

—Sylvia me pidió que estuviera a mano, como suplente. ¿Y si tuviéramos otro incidente como el de las naranjas? Podrían necesitar a una actriz para intervenir en un momento dado y Clementine no está a la altura.

No me gustó que llamara a la señora Dyer por su nombre de pila.

—Bueno, Sylvia no tiene por qué molestarte. Lilith está mejor esta noche. Es una actriz con talento, solo está pasando por una mala racha.

—No es la única que se encuentra así. —Sus ojos se volvieron opacos.

¿La situación de Greg era de verdad tan grave como me había dicho? Evalué el cuerpo de Georgiana, intentando juzgar si podía estar esperando a un bebé. Su vestido parecía bien atado, pero había algo en su piel, una especie de pega que podría ser la máscara del embarazo. A juzgar por su atuendo a la moda, no lo estaba, pero

podría estar utilizando el crédito de la modista, acumulando más facturas que no podía pagar.

No era mi responsabilidad; no dejaría que lo convirtieran en mi problema.

—¿Podrías apartarte, por favor? Necesito poner esto en su sitio.

Hizo un gran gesto para apartarse de mi camino. La etiqueta de la daga no estaba en el estante. Tras una búsqueda rápida, me vi obligada a rendirme y a poner la daga sin la etiqueta. Los tramoyistas sabían lo que hacían. El arma que usó Julieta para suicidarse era al menos un atrezo obvio, que no se podía pasar por alto fácilmente.

—Yo habría sido una Julieta maravillosa —observó Georgiana con amargura.

En realidad, podría haberlo hecho bien; el papel estaba más en su línea que el de Cleopatra, pero no estaba dispuesta a concederle ningún tipo de cuartel.

—Julieta es leal hasta la muerte. No creo que Oscar pudiera decir lo mismo de ti.

—Oscar no pudo darme lo que necesitaba. —Respiró profundamente, irritada—. Es un soñador, cariño. Sin esperanzas. Tuve que dejarlo atrás.

—¿Y Greg? ¿Te está «dando lo que necesitas»?

Un músculo le hizo *tic* en un ojo.

—Lo hacía. Pero después lo volvió a perder todo de nuevo.

—No puedo perder toda la noche aquí. Tengo trabajo que hacer.

—Supongo que yo podría ir también a ver el final de la obra. —Georgiana suspiró detrás de mí—. A Sylvia no le importará que utilice su palco mientras esté vacío.

Sonaron alarmas dentro de mi cabeza. La ausencia de la señora Dyer rara vez presagiaba algo bueno. Con lo de la alergia a los gatos y los gusanos, se había asegurado de permanecer fuera de la vista de todos.

El pasillo de los camerinos estaba en su estado habitual de conmoción. Pero entre los diversos Montesco y Capuleto, los fabricantes de pelucas y las bailarinas a medio vestir, había algo más que corría arriba y abajo. Un caniche negro.

—¡Ven! ¡Acércate! —Eurídice saltó contra mí y después se alejó

corriendo de nuevo, agitada, sin poder quedarse quieta—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Lilith debió haberse olvidado de cerrar la puerta detrás de ella cuando se fue con el traspunte. Ahora estaba cerrado.

—Vamos. Eres una chica buena. —Sujeté un rizo del abrigo negro ajustado que tenía Eurídice y la dirigí hacia el camerino. Ella se acercó obedientemente la mayor parte del camino, pero justo antes de llegar a la puerta se quejó y se tumbó. No pude moverla.

Abrí la puerta, exasperada. La luz centelleaba en el umbral. Las lámparas brillaban más que nunca, me tuve que tapar los ojos con una mano.

Cuando mi vista se adaptó a la luz blanca y descarnada, un dedo frío recorrió mi espalda. Lilith había rebuscado en la caja de maquillaje y había sacado la barra de carmín. Había dos palabras garabateadas en el espejo con grandes letras rojas: *Homo fuge*.

Me quedé boquiabierta. Nada de esto tenía sentido. Pero de una manera espantosa, sí que lo tenía.

Me di la vuelta y corrí. Las frases ominosas que Lilith había citado surgieron en mi mente; las había oído, pero no *escuchado*. Saldar deudas. Era el monólogo de Hamlet sobre el suicidio.

¿Qué podía hacer? ¿Debía sacar a Lilith del escenario? Pero no había ninguna excusa plausible. Pensé en hacer sonar una alarma, en provocar un incendio y en otras mil artimañas descabelladas. ¿Dónde estaría Oscar? Él podría ayudarme.

Las cortinas ondeaban en la esquina de utilería cuando llegué y me aferré desesperadamente a Horace.

—¿Señorita Wilcox? ¡Tenga cuidado! —Me empujó; no había olvidado mi brusquedad la noche en la que le lanzaron frutas a Lilith.

—Es Lilith —balbuceé—. Está en peligro.

—¿De qué?

Abrí los ojos. ¿Qué iba a decir?

—En peligro de… ella misma. Por favor, sé que suena ridículo. Pero debe sacarla del escenario.

—¿Cómo puedo hacerlo? —Horace señaló a través del telón.

Se trataba de la escena final, en el cementerio. Los cráneos auténticos estaban apilados en montones. Un ángel de piedra vigilaba

las tumbas estranguladas por la hiedra. Felix Whitlow, vestido de Romeo, llevaba una antorcha en una mano. Sacó la tapa de un sarcófago, revelando a Lilith en un féretro. Las rosas estaban esparcidas por su pecho y su pelo oscuro.

—Baje el telón —le insté—. O cámbiela por Clementine mientras él se pelea con Paris.

—Señorita Wilcox, ¿se encuentra bien?

Había más acción en el escenario mientras Paris, el amante despechado de Julieta, intentaba proteger su tumba.

—Por favor, señor. Déjeme ir a buscarla. Es la última función de la temporada, ¿qué puede importar?

—Y es la última escena de la obra. No la arruine ahora. Esta es la mejor actuación de Julieta que ha hecho. —Horace me miró fijamente.

—Su vida es más importante que un papel.

—¡Es usted ridícula! —se burló—. ¿Qué daño puede hacerse la señorita Erikson?

Una boya cayó por los tubos que imitan truenos. Las hojas de metal chocaron, simulando una tormenta de espadas. Lilith estaba tan cerca. Si pudiera alcanzarla…

—Usted estuvo aquí —intenté continuar—. Vio exactamente lo que le pasó a Anthony Frost. Lo descuidamos, pero a lo mejor a ella la podemos salvar.

Su rostro se suavizó un poco, o a lo mejor fue solo una sombra proyectada por la luz de un ala.

—Ha habido muchas cosas que nos han inquietado este año. Vaya a casa, señorita Wilcox, y tranquilícese. Prometo vigilar a su actriz fielmente durante los últimos minutos de la obra.

—Pero…

—Ahora, si me permite…

El director de escena podría echarme, pero no podía hacerme salir del teatro. Me quedé en los bastidores, con un nudo de miedo en la garganta.

Romeo había matado a Paris. Lo puso suavemente junto a Julieta. El foco barrió a través de un haz plateado sobre su perfil. Con su piel blanca y sus labios rojos, podría ser la Blancanieves del cuento de hadas.

¿Cómo es posible que estés aún tan bella?

Una de las calaveras me llamó la atención. No tenía mandíbula, y sin embargo, parecía sonreírme.

—¿Jenny? —Oscar llegó a mi lado—. ¿Qué pasa? Horace dijo que estabas algo molesta…

—Está a punto de pasar algo horrible. Lilith estaba hablando sobre la muerte, pero yo no la escuchaba.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha dicho eso? —No me ignoró como lo había hecho Horace.

—Antes… Fue… justo al principio del cuarto acto.

—Eso fue hace un acto. Ha estado en el escenario desde entonces. Ha estado muy bien. —Me dedicó una sonrisa alentadora—. Volverá con nosotros.

—No lo entiendes. El espejo… —Sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa con el espejo?

—Escribió en él las mismas palabras que estaban en el reloj de Eugene Grieves.

Oscar frunció el ceño, intentando comprender mi balbuceo.

—¿Lilith lo escribió en su espejo?

—Espero que haya sido ella. Pero ¿y si fue…?

La dama se revuelve.

Julieta se levantó de una pesadilla, golpeando el aire con la mano.

No pude terminar mi frase, no pude explicarle qué era lo que temía a Oscar. La visión de Lilith me mantuvo paralizada.

¡Fraile consolador! ¿Dónde está mi amo? ¿Dónde está mi Romeo?

No sonaba a ella.

Algún poder superior al nuestro ha frustrado nuestro intento. ¡Vámonos! Vuestro esposo yace aquí, muerto en su seno, y Paris también.

Ella ahogó un grito. Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro mientras acunaba el cadáver de Romeo en sus brazos.

—¿Ves? —respiró Oscar—. Lo está consiguiendo. Por fin interpreta a Julieta.

Pero algo no iba bien. Mientras intentaba llevarse a su boca el veneno de los labios de Romeo, la luz se oscureció y cambió de tono.

—¿Quién ha hecho eso? —pregunté, mirando hacia las tramoyas.

—Debe haber sido un error.

Era el haz azul. Por lo general, pasaba por encima de la luz de fondo cuando aparecía un fantasma en el escenario.

¡Oh, dulce daga!

El metal brillaba en el escenario. Julieta sostuvo el arma en alto, proyectando su sombra sobre las tablas.

La sangre de mis venas se detuvo.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa, Jenny?

Esta es tu vaina. Hundió la daga bajo sus costillas con una brutalidad muy rápida. *Oxídate…, aquí…, y ayúdame… a morir.*

Julieta se quedó sin respiración y tosió. Por un momento, me atreví a esperar que yo estuviera equivocada. Pero había visto esa daga trucada cientos de veces. La empuñadura que sobresalía de su pecho era diferente.

A estas alturas debería haberse desplomado sobre el cuerpo de Romeo. El paje corrió desde el lado opuesto del escenario, listo para decir su frase, pero lo que vio lo mantuvo mudo.

La sangre se extendió lentamente al principio, abriéndose como una flor sobre su vestido. Luego brotó en olas de color carmín, burbujeando de los labios de Lilith.

A lo lejos, en el camerino, Eurídice aulló.

Nadie dijo nada. Nadie se movió. A lo mejor pensaron que era un efecto escénico, algo hecho con jarabe y colorete. En absoluto silencio, Lilith se arrastró por el escenario iluminado de azul, extendiendo una mano ensangrentada hacia el lateral del escenario. Graznó una palabra que no pude oír.

Su cuerpo cayó al suelo con un golpe, sacudiendo las tablas bajo ella.

El tiempo se detuvo. Las motas de polvo se movieron en la luz del foco mientras se formaban charcos de sangre.

En ese momento alguien empezó a gritar. Sonaba muy parecido a mí.

QUINTO ACTO

Fausto, primera parte

«No sé nada sobre el sol y los mundos, solo veo cómo se atormenta el hombre».

CAPÍTULO 31

Sus nombres volvieron a figurar uno al lado del otro; en la vida como en la muerte. Lilith y su protagonista Anthony Frost se hacían compañía en la zona norte de la iglesia. En el lado del diablo.

No parecía un lugar condenado, sino solo triste, con la hierba descuidada y las lápidas inferiores asomando entre la tierra. La luz del sol rara vez se posaba en las tumbas. Estaban frías y oscuras a la sombra del campanario; un lugar donde prosperaban las babosas y los escarabajos.

Sus monumentos coincidían. Tenían la misma piedra y el mismo tipo de letra, todo pagado por el gobernador. No había escatimado en gastos. Si la mayoría de la gente intentaba ocultar la identidad de sus entierros apresurados y sin rumbo, el gobernador había dado a sus actores su merecido, dado que sus nombres eran los primeros que se veían en este lado de la iglesia. Se proclamaban rey y reina de los suicidas.

Extendí mi falda sobre la tierra húmeda y me senté a sus pies. Eurídice olfateaba las tumbas mientras Oscar permanecía de pie, apoyado en un árbol. Veníamos al menos una vez a la semana. La sombra y el silencio me calmaban. Sabía dónde estaba Lilith, podía vigilarla. Sin la lápida ante mí, era capaz de imaginar su final sangriento, una y otra vez; o peor aún, soñar que la arrastraba a un infierno un demonio con la máscara de Melpómene. Pero el cementerio era lógico y formal. Pensar en ella aquí no era tan malo.

El ramo de Dorcas descansaba sobre la tierra suave y marrón. Había caléndulas, que representaban el duelo. Había asfódelos para el

arrepentimiento. Sauces y ciprés, para el luto.

Se estaba marchitando. Lilith había pasado su vida buscando protagonismo y ahora…

—¿Cómo está Bertie? —me preguntó Oscar con suavidad.

—Todavía se despierta sollozando. —Sacudí la cabeza.

—¿Y Dorcas? ¿Philip?

—No creo que vuelvan a ir al teatro.

Las campanas repicaron. Una brisa sacudió los árboles. La luz moteada se movió con el nombre de Lilith y desapareció de nuevo.

—¿Y tú? ¿Volverás? —Oscar se giró hacia mí. Una lágrima se escapó de mis ojos. Era imposible imaginar una obra sin Lilith. Que el verano terminara y el Mercury volviera a abrir como de costumbre. Tres muertes eran, seguramente, suficientes para cerrar cualquier teatro.

—Tenemos que comer. Pero ni siquiera sé si la señora Dyer me querrá trabajando allí. ¿De qué le sirvo ahora?

Oscar se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con un abrazo. Otros dolientes iban y venían por el lado bueno de la iglesia. Había novias en la sombra con ramos de lirios y niños aturdidos vestidos con sus mejores galas de domingo.

—Sigo pensando que fueron ellas —refunfuñó—. La señora Dyer y Georgiana. Lilith ni siquiera debería estar enterrada aquí, la asesinaron.

Por supuesto que le había dicho a la policía que Georgiana estaba en la sala de utilería, y sobre las artimañas de la señora Dyer. Tuve que contarles también el comportamiento de Lilith. Había más de un testigo que me vio corriendo entre bastidores esa noche, diciendo que Lilith era un peligro para *sí* misma. Mis propias acciones habían ayudado a llegar a un veredicto.

—Quiero creer que fue un asesinato, de verdad que sí. Porque si fue un suicidio…, debería haberlo evitado. —Dejé escapar un sollozo largo y desgarrado—. Si Lilith se suicidó, fue mi culpa.

Oscar me abrazó. Eurídice gimoteó y me acarició la oreja con el hocico.

—*No* es tu culpa —afirmó Oscar con firmeza—. Es culpa de esa zorra de Georgiana. Haría cualquier cosa para salir adelante. Y tú

misma lo has dicho: la señora Dyer no fue la única. Mataron a Lilith.

—Pero la policía dijo… —Intenté secar mis lágrimas.

—La policía —se rio—. ¿Qué saben ellos? La señora Dyer habrá pagado a uno de los detectives. Ella podría haber hecho todo, Jen. Podría haber empujado a Silas, podría haber llevado a Anthony hasta la desesperación. ¿Dónde estaba cuando murieron ellos?

Me incliné hacia él. Incluso en verano todavía olía a pintura.

Yo había estado allí, en cada muerte; podía sentir la corriente subterránea que recorría el teatro y que envenenaba el aire. *Había percibido* algo malo en el Mercury. ¿Podría haber sido la señora Dyer, desde el principio?

—No crees que… ¿podría haber sido algo relacionado con el reloj?

Oscar no se rio de mí. Empezó a pensar, arrancando briznas de hierba.

—Algo pasa en relación con ese reloj. La gente que lo tiene parece conseguir exactamente lo que quiere. Pero si la señora Dyer mandó a alguien para que matara a Lilith, apuesto mis ojos y mis dientes a que fue Georgiana y no Melpómene.

Mis piernas se estaban entumeciendo y las hormigas se movían cerca de mis pies, pero no quería irme. ¿Cómo iba a volver a una casa en la que podía vislumbrar la villa vacía de Lilith desde la ventana?

Eurídice se desplomó y levantó sus ojos marrones confiados hacia la lápida de Lilith.

Lily Fitzwilliams.

El gobernador no me había preguntado sobre el monumento, pero me gustaba pensar que sabía la razón de su elección. Lily Fitzwilliams, la hija bastarda a la que nadie quería, podía morir como cualquier otra persona, pero nunca mataría a la leyenda que era Lilith Erikson.

Ella perduraba, era inmortal. Era un mito como Melpómene.

La carta llegó unos días después. Me costó mucho no estropearla y tirarla al fuego. Pero no podía ignorar lo inevitable: tendría que enfrentarme a la señora Dyer tarde o temprano.

Sinceramente, no sabía qué quería escuchar de ella. La idea de

volver a trabajar en el escenario donde murió Lilith la sentía como una sentencia de muerte. Sin embargo, si la señora Dyer me decía que ya no me requería, ¿qué iba a hacer? Incluso si encontraba un trabajo nuevo, no había manera de conseguir el dinero suficiente para pagar y mantener la casa. Los ojos de Bertie ya estaban oscurecidos por las pesadillas, y pronto estaría expuesto al duro mundo de la fábrica de sombreros. No quería decirle que tendría que dejar su casa también. Fue estúpido por mi parte haberme puesto en las manos de la señora Dyer en primer lugar; debería haber sabido que no podía durar para siempre. Había tenido una racha de suerte, como Greg, y ahora había llegado a un final difícil.

Ya teníamos ganas de que llegara una tormenta. Mientras me dirigía al West End, recordé con añoranza el día lluvioso de mi primer viaje a la casa de los Dyer el año pasado, por estas fechas. El calor era un yugo para todos, desde los perros que resoplaban como máquinas de vapor hasta los bebés que gimoteaban de angustia.

El gobernador estaba en la ventana del segundo piso del número 13, con vistas a los jardines. La hierba se había secado y las mariposas se movían desganadas de un macizo agrietado a otro. Ya no había brillo en sus ojos. Parecía una sombra de sí mismo; la ilusión de un fantasma de Pepper. Me hizo una señal, pero lo ignoré. Se merecía cada pizca de culpa y agonía.

Esta vez llamé a la puerta principal. Pensé que me había ganado ese privilegio. Al principio se hizo el silencio y después escuché pies golpeando las escaleras.

El gobernador en persona apareció en el umbral de la puerta, jadeando.

—Señorita Wilcox —dijo con la voz ronca—. Señorita Wilcox, tengo que hablar con usted.

En lo alto, detrás de la ventana, no había podido ver sus mejillas demacradas y las cuencas profundas y agitadas de sus ojos. Había motas de tabaco enrevesadas en su barba.

—No hay nada que pueda decir para que Lilith reviva.

Recuperó el aliento. A lo mejor se había preocupado por ella a su manera distorsionada y sin fe. Pero no lo suficiente.

—No. Pero no se ha ido del todo. Ella vive…

Una puerta se abrió dentro, cortándole la frase. El gobernador palideció al ver a su esposa salir de una habitación interior.

Mis manos se cerraron en un puño. Además del andrajoso gobernador, ella parecía un personaje maquillado para salir a escena, con los labios más rojos que nunca, sus ojos verdes brillaban. Ella prosperaba.

El instinto me susurró que Oscar tenía razón; había orquestado la muerte de Lilith, aunque no tenía argumentos sólidos en los que basar mi intuición. Solo sabía lo que mi instinto me decía, y me decía que no quería tener nada más que ver con esta mujer.

—Buenos días —canturreó—. Señorita Wilcox, disculpe nuestros modales. Como puede imaginar, el señor Dyer ha estado bastante mal. Los últimos acontecimientos lo han alterado terriblemente. —Se acercó hasta nosotros en una nube almizclada de perfume y apartó el pelo del gobernador hacia atrás de las orejas—. Querido, ¿qué hemos hablado sobre responder a quien llame a la puerta?

No parecía que sus caricias lo calmaran. Al contrario, se retorcía cuando lo tocaba.

—Pero yo quería… Señorita Wilcox… Debería…

—Shh, shh. No hay motivos para preocuparse. Yo me encargaré de todos tus asuntos, cariño. Ahora será mejor que vuelvas arriba y descanses un poco. James se asegurará de que estés cómodo.

—No, pero…

—Encárgate de él, James.

El gobernador me lanzó una mirada implorante mientras el sirviente lo llevaba de vuelta arriba. No sé qué esperaba que hiciera. Si él no podía dar órdenes a su esposa, ¿cómo iba a hacerlo yo?

La preocupación de la señora Dyer se evaporó en el momento en el que él se perdió de vista.

—Señorita Wilcox —me dijo fríamente—. ¿Te importaría acompañarme?

Una vez que llegamos al salón, se puso junto a los perros de porcelana y se apoyó en la repisa de la chimenea.

—Bueno, Jennifer, como seguro que has anticipado, he estado reestructurando la compañía de teatro tras la muerte de Lilith. —Pronunció las últimas palabas con gusto, tomándose el tiempo

necesario para saborearlas en la lengua—. Georgiana Mildmay se reincorporará a la compañía como nuestra actriz principal. Por razones obvias, no está dispuesta a conservar tus servicios.

Georgiana ocuparía el sitio de Lilith. Después de todo lo que había dicho la señora Dyer sobre su falta de fiabilidad, su falta de talento, mientras fingía simpatizar conmigo. Debe haber algo más en esto: el pago por un servicio prestado.

—Georgiana como vuestra actriz principal —repetí en voz baja—. Esto es un cambio enorme. ¿Cómo lo va a explicar a la compañía? Podrían pensar que vosotras dos compartís un secreto. Que ella conoce algún secreto suyo.

La observé de cerca, aunque si ella había organizado la muerte de Lilith, no mostraría ningún indicio de culpabilidad; ella pensaba que Lilith merecía morir, como una villana en una obra de teatro.

Me miró con una sonrisa dura y fija.

—Estoy segura de que estás decepcionada por perder tu trabajo, pero no hay motivos para mantener la imprudencia.

—¡Hay muchos motivos! Después de todo lo que he hecho por usted…, no puede levantarme del suelo y tirarme otra vez. Necesito este trabajo, señora Dyer. Sabe lo que necesito para mantener la casa. Por favor, deme hasta Navidad por lo menos. Deme tiempo para encontrar otra cosa. Por favor.

—No es que no te haya recompensado por tus servicios. No deberías necesitar más tiempo. Una chica prudente habría comenzado su búsqueda de trabajo durante las vacaciones de verano.

—He estado afligida —grité—. He estado triste. Acabo de perder a una… —Me detuve. No sabía exactamente lo que Lilith había sido para mí. La señora Dyer frunció el ceño, como si mi angustia fuera un misterio.

—Sí, parece que Lilith te lanzó su hechizo también. Te has convertido en una criatura muy sentimental después de todo. Bueno, ya me conoces, Jennifer. Es un placer ser amable. Pero en este asunto, mis manos están verdaderamente atadas. Georgiana tiene la última palabra.

Mi corazón tartamudeó en mi pecho. Solo me quedaba una carta para jugar. ¿Me atrevería de verdad a enfrentarme a ella?

—Espero que lo reconsidere, señora. Creo que quizá… podría tener algún motivo para arrepentirse de haberme dejado marchar tan pronto.

—Ah, ¿sí? ¿Lo lamentaría? —Parecía que se divertía.

—Si tuviera que mantenerme por otros medios…, no hace falta que diga a lo que me podría llevar. Las historias que me vería obligada a contar. —Hice lo posible por sostener mi mirada fija en su rostro. Su sonrisa empezó a marchitarse poco a poco—. Las columnas de prensa rosa siempre están buscando escándalos, ¿no es así, señora Dyer? Y pagan. Creo que, si me echaran del Mercury antes de Navidad, me vería obligada a entretener al público del teatro de otra forma…

La mirada que me dirigió podría haber atravesado hasta un hierro.

—Me decepcionas, Jennifer. Esperaba no tener que caer en la vulgaridad.

—Llámelo «chantaje». Es lo que es. Y no quiero recurrir a ello, pero no me deja otra opción.

—¡Qué ingratitud! —resopló—. No te había creído capaz de esto, ¡después de lo bien que te he tratado! Seguirás contando conmigo para que escriba una carta de referencia para un futuro empleo, en cualquier momento que te vayas. Deberías tener cuidado en cómo me hablas.

Cuando la miraba, no podía creer que fuera la misma persona que había conocido en aquel momento. Era como si se hubiera preparado para el papel. ¿Dónde estaba la jefa que había ayudado a mi familia y había simpatizado conmigo?

—Nunca habría pensado en hacerle daño. Pero ya no es usted, ha cambiado…

—No he cambiado —me contestó con dureza—. Soy la misma mujer que te contrató. No te engañes. Te dije desde el principio cuál era tu papel y lo que pretendía hacer.

Nunca había aceptado asesinar a alguien.

Puse mis manos en la cadera.

—¿Y qué piensa hacer *ahora*?

—Voy a crear el mayor teatro de todo Londres —declaró—. El teatro que Eugene Grieves podría haber tenido si hubiera aceptado mi oferta.

Se podía escuchar el tictac del reloj de pie. Al menos, creo que era el reloj de pie; podría haber sido el reloj de Melpómene. La señora Dyer no lo llevaba como Lilith, pero Melpómene parecía haberla alterado de todas formas, sacando a relucir todas sus malas cualidades.

Jugó con el anillo que tenía puesto mientras pensaba.

—No permitiré que socaves mis esfuerzos, no cuando he llegado tan lejos.

—Entonces permítame que me quede un tiempo. Manténgame hasta que encuentre otro sitio y nunca diré una palabra de lo que sé.

—Muy bien —respondió con los dientes apretados—. Lo has conseguido. Puedes quedarte hasta Navidad, pero no más tiempo, sin dudas.

Fue un alivio, teniendo en cuenta la alternativa. Y no tenía de qué preocuparse; yo no pasaría más tiempo de lo necesario bailándole el agua a Georgiana. Incluso estos meses serían un duro golpe en mi orgullo.

—Gracias —contesté con firmeza—. ¿Cuál es la próxima obra?

Se animó un poco al escuchar esto.

—¡Vamos a representar todo un espectáculo! La he elegido yo: la traducción de Bayard Taylor de *Fausto, primera parte*.

—¿Fausto? —Estaba segura de haberlo escuchado mal—. Eso no es… ¿*Doctor Fausto*?

—¡Dios, Jennifer, cuánta es tu ignorancia! —Sus cejas se alzaron —. Por supuesto que es la misma leyenda que la de *Doctor Fausto*, pero es una obra totalmente diferente. Es de Goethe, en lugar de Marlowe. Pensé que era un tributo adecuado para Eugene Grieves, cuando se acerca el aniversario de su muerte.

No me salían las palabras. Tal obra no honraría a Eugene Grieves; solo recordaría su horrible muerte. ¿Y qué hay de Felix Whitlow? Seguramente se negaría a participar.

—Me parece de mal gusto…

—No he pedido tu opinión —espetó—. ¿Necesitas este trabajo o no?

Lo necesitaba, aunque deseé que no fuera así. Debería haber hecho lo que me dijo la señora Dyer: reponerme y encontrar un nuevo sitio

donde trabajar durante el verano. Debería haber sabido lo que exigiría Georgiana.

Me pareció siniestro que mi carrera teatral terminara de la misma forma en la que había empezado: con un trato con el diablo.

Homo fuge.

Ahora era consciente del problema del Doctor Fausto. El mundo se había convertido en un sitio tormentoso cuando no había ningún otro lugar al que volar, al que huir.

CAPÍTULO 32

Me obligué a leer la obra. La señora Dyer no había mentido; esta versión difería de *Doctor Fausto*. Era más vistosa, más sentimental. Necesitaríamos el doble de actores para los coros de ángeles y discípulos, por no hablar de los campesinos que cantaban y bailaban, las brujas que daban vueltas en escobas y la boda fantasiosa. Los efectos eran más elaborados que cualquier cosa que hubiera intentado representar el Mercury.

—Felix Whitlow quiere tomar prestada a nuestra perra —me dijo Oscar mientras estábamos sentados en el salón con Dorcas el domingo siguiente—. Su personaje se transforma de caniche en diablo al principio. Creo que a Lilith le habría encantado ver a Eurídice en el escenario, ¿no?

Sus orejas se levantaron al escuchar su nombre. No estaba segura de que fuera buena idea.

—¿Estará Eurídice a salvo en el Mercury ahora? La señora Dyer es de esas personas que no dejan pasar el rencor. Haría daño al pobre animal solo porque era de Lilith.

—La vigilaré —prometió Oscar—. Ahora es nuestra. Con un poco de suerte, puedo entrenarla para que muerda a Georgiana.

Nuestras carcajadas estaban vacías. No podíamos relajarnos lo suficiente para tener una alegría auténtica.

—No me puedo creer que vayas a volver —dijo Dorcas, muy seria —. No pondré un pie en otro teatro mientras viva.

Al menos Fausto no murió al final de este relato. En su lugar, Mefistófeles puso sus garras sobre los hombros del Doctor y se lo llevó

con alas de cuero.

—No *quiero* volver —exhalé—. Ninguno de los dos queremos.

—Va a ser un infierno. —Oscar frunció el ceño—. Los recuerdos son lo suficientemente malos, pero los demás pintores tendrán un día de fiesta el día que vuelva Georgiana.

—No pases por esto. —Dorcas puso su mano sobre la mía y la apretó—. No lo hagas por nosotros. Podemos volver a cambiar de casa, podemos volver a ser como antes.

No quería volver a dormir en una silla.

—Solo quiero que pasemos una Navidad en St. John's Wood. Nos lo merecemos. Y tengo que buscar un trabajo nuevo antes de irme.

—Ahorraremos hasta Navidad. —Oscar estuvo de acuerdo con ello —. Jenny conseguirá su carta de referencia. Después, los dos saldremos del Mercury para siempre.

Dejar el mundo del vestuario y las obras de teatro sería como dejar atrás una parte de mí misma. No quería seguir trabajando en el Mercury, pero tampoco quería abandonar la pasión que había encontrado.

—¿Qué vas a hacer, Jen? —Dorcas frunció el ceño—. ¿Servir de nuevo?

Sacudí la cabeza. Tendría que romper todos los lazos con Oscar, no nos permitían tener novios ni amigos siendo sirvientes.

—No lo sé.

—Encontraré otro teatro —comentó Oscar—. Hay teatros que me aceptarían. A menos que la señora Dyer se encargue de hablar mal de mí.

—Solía envidiaros a los dos, que tenéis trabajos elegantes. —Dorcas suspiró con fuerza—. Ahora estoy muy contenta de ser florista.

Si fuera una historia irreal, este sería el momento en que un héroe llegaría y nos salvaría. Pero no parecía que hubiera ninguna posibilidad de ello. Oscar y yo habíamos seguido una trayectoria profesional de prestar nuestros servicios a la musa trágica, y Melpómene no era partidaria de los finales felices.

Al menos, el vestuario mantuvo mi interés. Georgiana interpretaba a Margaret, una chica provinciana de ojos grandes seducida por Fausto. La señora Nettles, Polly y yo pasamos horas trabajando en los atuendos, intentando crear trajes que simbolizaran a la perfección el descenso de cada personaje al pecado. Los numerosos vestidos de Margaret empezaron como prendas simples blancas que iban pasando por tonos de rosa hasta que ella se convertía, literalmente, en una mujer escarlata. Cada escote tenía un corte más bajo, cada dobladillo tenía una banda más gruesa de negro, sugiriendo el vadeo a través del fango.

La señora Dyer no escatimó en gastos con su nueva protegida. Los materiales procedían de la casa Worth, Harrods y Morris & Co.

No pude detectar ninguna señal de embarazo en Georgiana mientras le tomaba medidas, así que había sido una falsa alarma o una mentira desesperada por parte de Greg. Si se había convertido en la protegida de la señora Dyer para amparar a un niño podría entenderlo, pero Georgiana solo pensaba en sí misma. Aun así, hice exactamente lo que me pidió; no le respondí ni me quejé cuando me pedía que rediseñara el vestuario.

Mientras ella estaba de pie en el antiguo camerino de Lilith, con las manos en sus pequeñas caderas, yo le remataba la parte delantera de la falda. La cola flotaba maravillosamente, como una nube.

—Por fin las de vestuario habéis hecho algo bien. —Se arregló el pelo—. Me atrevería a decir que Lilith nunca estuvo tan bien como yo.

Giré un alfiler entre mis dedos índice y pulgar, y me imaginé metiéndoselo por la nariz. Lilith nunca habría aceptado interpretar un papel tan estúpido como Margaret. El personaje era tan ingenuo que hacía que Julieta pareciera una señora de burdel.

—¡Qué lástima que el señor Whitlow haya rechazado interpretar a mi Fausto! Creo que podría cambiar de opinión al verme. ¿Quién podría resistirse a mí?

—Estás muy guapa, Georgiana —reconocí a regañadientes—, pero no lo suficientemente tentadora. No puedes borrar su recuerdo del Doctor Fausto desangrándose en el escenario.

—No hay necesidad de que seas tan desagradable —hizo un mohín.

Felix Whitlow iba a interpretar a Mefistófeles, como lo había hecho antes. A lo mejor el papel lo hacía sentir seguro; había evitado el daño en ese rol una vez. Pero no le envidiaba por volver al escenario. Tener un coprotagonista que muriera en medio de la escena ya era bastante malo; él había sido testigo de dos.

—¿Ya has terminado? Necesito tiempo para practicar antes de que me llamen para ensayar. Horace quiere que no estemos con el libreto esta semana. No puedo hacer milagros, cariño. —Asentí con la cabeza.

—Iré a hacer estos cambios ahora. Cuidado cuando salgas. No te olvides de los alfileres.

La ayudé a quitarse el traje y le puse la ropa de diario. Su piel olía diferente a la de Lilith, más empolvada. Luché contra una oleada de dolor que me sobrevino.

—No te olvides de llevarme esa bata de la que hablamos para la escena de la iglesia —advirtió.

—Como si fueras a dejar que me olvidara.

—Tiene que ser perfecto, cariño. Te haré repetirla hasta que sea perfecta. Me recordarán por esa escena.

Los comentarios cáusticos me ampollaron la lengua. Quería decir que nunca recordarían a una muñeca insípida como ella, sin importar lo que llevara puesto.

—Preocúpate por tus frases —murmuré y me di la vuelta.

Con la creación espumosa en mis brazos, me esforcé por atravesar la puerta del camerino y cerrarla tras de mí: el nombre de Georgiana ya estaba pintado en letras doradas. Ya habían borrado el de Anthony Frost y lo habían cambiado por Felix Whitlow. Una vez más, me di cuenta de que mis dos compañeros estaban muertos. Nunca los vería pasar por estas puertas de nuevo.

Me dirigí a los bastidores, luchando contra las lágrimas, y fui directa hacia la escalera que llevaba a la tramoya. El ensayo de una escena de Fausto y Mefistófeles estaba ya en pleno apogeo: *Entonces esto era lo que albergaba en realidad el caniche, ¿un erudito viajero?*

Me asomé al escenario. Las nuevas tablas de caoba brillaban bajo una lámpara de gas en forma de T; no había ningún indicio del sitio donde Lilith había alimentado al teatro con su sangre vital. Pero había dejado algo suyo de todas formas. Su esencia. Si miraba

profundamente en la penumbra del foso de la orquesta, podía imaginar su rostro blanquecino y largo, el brillo de sus ojos y su pelo sobre sus hombros, que fluía oscuro como un río por la noche.

Subir la escalera se había convertido en algo natural para mí, pero parecía haber un cambio en el ruido de los peldaños: uno más profundo, de sufrimiento. No era mejor por encima del escenario. El fondo de escena era «La víspera de Walpurgis en las montañas Harz». Los diversos tonos de negro se fundían en un remolino de humo, mientras que una franja de colores vívidos mostraba un relámpago que dividía el cielo en dos. Las llamas lamían el brezo; Oscar les añadía chispas con un pincel.

Me vio y dejó de trabajar.

—¿Cómo estás?

Se había manchado con rescoldos y también estaba manchada la tela; su piel estaba cubierta de una fina niebla roja.

—Lo odio —le comenté en voz baja—. Odio… todo esto.

—Yo también. Pensé que era malo cuando Georgiana se escapó, pero ahora que ha vuelto, es peor. Ha arruinado el Mercury. —Movió la mandíbula—. ¿No podrían dejarnos algo?

—No creo que pueda hacer esto, Oscar. No puedo trabajar donde murió Lilith. Ella sigue todavía aquí. Yo… la siento aquí.

Oscar me tomó de la mano; ni siquiera me importó que se manchara mi vestido de pintura.

—Por supuesto que sigue aquí. Dio mucho de sí a este sitio.

—Debería reconfortarme eso, pero no. Parece como si Lilith estuviera atrapada aquí. —Él frunció el ceño.

—A lo mejor lo está. Los espíritus asesinados no pueden encontrar descanso en el más allá. —Me aguanté un sollozo.

—¿Dónde está el gobernador? ¿Lo has visto entrar?

—No, la señora Dyer se ha hecho cargo de toda la oficina. Lo tiene bajo su control. No puede ayudarnos ahora, Jen. La policía tampoco nos ayudará. Tenemos que cambiar por nosotros mismos.

No podía aceptar eso. No podía hacer nada.

—Quería hablar conmigo —le dije a Oscar—. Cuando fui a su casa, el gobernador intentó hablar conmigo, pero era como si la señora Dyer lo tuviera prisionero. Estaba tan enfadada que en ese momento lo

ignoré. A lo mejor debería haberlo escuchado. Puede que tenga evidencias contra su esposa y contra Georgiana. Debería ir a verle.

—Espera un momento. La señora Dyer tiene a ese sirviente, ¿no? Si vas, te verá desde un kilómetro de distancia. Y si… ¿voy yo en tu lugar?

—¿Crees que te recibiría el gobernador?

—Puedo intentarlo. Me escabulliré más tarde y fingiré que le estoy llevando un mensaje. Si llamo a la puerta… puede que me dejen entrar. Los Dyer nunca me han visto contigo. Vale la pena intentarlo, ¿no crees?

—Ten cuidado. —Le apreté la mano.

—Encontraré una forma de que funcione, Jenny. Te lo prometo. —Miró por encima de su hombro—. Será mejor que vuelva al trabajo antes de ir.

No quería que se fuera. Sentí que mi cara se arrugaba.

—No puedo hacer esto —dije de nuevo.

—¡Sí que puedes! Eres la persona más fuerte que conozco. Solo una jugada más. —Me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos—. Una jugada más y podrás burlarte de los Dyer. Te lo juro.

Fausto, primera parte fue una obra de la señora Dyer hasta el final. Ella supervisaba cada detalle. Horace, el director de escena, estaba cada vez más acosado hasta el día de la presentación. No solo exigía la perfección, sino que le había pedido al teatro más de lo que podía ofrecerle.

Esa mañana estaba reservada para ensayar. Horace estaba dejando que los actores representaran sus papeles con una supervisión mínima; la señora Dyer nos había traído desde la sala de vestuario para discutir con él los requisitos de vestuario.

—Este es el problema —dijo la señora Nettles—. Tiene a gente vestida como monos, con pieles largas y grasa en la cara. Hay vapor y humo del caldero, por lo que apenas pueden ver lo que están haciendo. ¡Y quiere fuego, bajando por la chimenea cuando llega la bruja! La bruja puede estar vestida de lana, pero no me gusta lo que

les podría ocurrir a esas pobres almas disfrazadas de monos.

—Los animales tienen que ser lo más convincentes posible —refutó la señora Dyer.

—Señora, ya han ocurrido accidentes en otros teatros —añadió Polly—. Las bailarinas se han convertido en humo porque sus faldas se han incendiado. No pueden estar perfectas y estar a salvo.

—Tenemos mantas y cubos de arena. No puede haber ningún peligro real con lo que disponemos. ¿No os estoy pagando a los tres para superar estos problemas?

—Hay fuego en todas partes —dijo Horace tras hojear el libreto—. No solo en esta escena, señora Nettles. Sale fuego de botellas descorchadas. Fausto abre un libro en llamas. Tendrá que elegir cada tela con esto en mente.

—Soy consciente de ello —respondió con paciencia la señora Nettles—. He intentado explicárselo a la señora Dyer. Para hacer el vestuario que ella quiere, tendremos que recortar los efectos.

—¡No habrá menos efectos! —insistió la señora Dyer—. Ninguno. Tiene que ser *espectacular*. Habrá un color diferente para cada llama. Vamos, la obra ya ha sido representada antes. No es imposible.

—Pero ni siquiera tenemos un telón cortafuegos. Cuando tienes una caja con fuelles para soplar el aire… —empezó la señora Nettles.

No podía fingir más interés. La señora Dyer conseguía lo que quería, de una manera o de otra.

Me senté en el patio de butacas y observé a los actores. Un grupo de actores supernumerarios se arremolinaban con las cabezas inclinadas. Reconocí la escena que interpretaban, la de la iglesia: Georgiana estaba obsesionada con ella.

Las sillas sustituían a los bancos. El órgano del foso de la orquesta tocó una música fúnebre breve y todo el mundo empezó a sentarse. Georgiana ocupó su sitio en la primera fila, con un mohín en los labios, enfadada por el hecho de que Horace no la estuviera vigilando.

Una brisa atenuó la lámpara en forma de T y movió el telón hacia arriba. Pareció como si se hubiera desprendido una parte de la tela, separándose lentamente hasta formar una figura humana. Se me secó la boca.

Era una mujer vestida de negro. Un velo le cubría la cara, los

hombros y el pelo. Flotó lentamente por el pasillo al ritmo de las notas profundas del órgano y se sentó en la fila detrás de la de Georgiana.

Qué diferente era todo, Margarita, cuando inocente te acercabas al altar.

Era el Espíritu maligno. Era un papel con guion, pero nadie más llevaba el vestuario. Ni siquiera habíamos diseñado el traje. ¿Por qué llevaba eso?

No podía recordar qué actriz interpretaba al Espíritu maligno. No podía recordar su cara. Todo lo que podía ver era la fotografía que el gobernador había guardado en su bolsillo, la madre desaparecida.

Georgiana juntó las manos, como si rezara.

Se intensificó el sonido del órgano y zumbó en mi interior.

¡Te envuelve la cólera!, siseó el Espíritu. *¡Resuena la trompeta!*

Debe ser un error; cera en mis oídos o parloteo de fondo que confundían las frases. Pero había escuchado hablar a Lilith mil veces y esta era su voz. Georgiana se puso de pie y retrocedió lentamente por el pasillo, todavía de cara al público.

¡Me ahogo! ¡No puedo respirar!

¡Escóndete!, clamó el Espíritu.

Me senté clavada a mi silla. Era… Lilith. ¿Cómo podía ser que nadie se diera cuenta? El Espíritu extendió un brazo oscuro como el ébano.

¡Ay de ti!

Pensé que era el estruendo de los tambores en el foso de la orquesta. Pero entonces se oyó un silbido, las maderas crujiendo y gritos desde arriba. Georgiana levantó la cabeza, sus labios se separaron para decir las frases siguientes.

El telón de fondo de la noche de Walpurgis se estrelló contra el suelo. Se desplegó mientras caía, mostrando una luna de sangre. Georgiana se lanzó hacia adelante justo a tiempo, cayéndose sobre las tablas con el estómago, con la lona atrapando sus pies.

Todo estalló en confusión. Las sillas se volcaron y las actrices gritaron. La señora Dyer se apresuró a subir al escenario para ayudar a su actriz favorita a salir entre los escombros.

El Espíritu maligno había desaparecido sin dejar rastro.

El rostro de la señora Dyer estaba blanco pero lleno de ira.

—¿Quién es el responsable de esto? —gritó, buscando con su mirada entre las tramoyas—. ¿Qué hacéis ahí arriba, tontos?

Pero creo que ella sabía, tan bien como yo, que no se trataba de los pintores.

No importaba lo que intentara, la señora Dyer nunca purgaría su teatro de Lilith Erikson; no importaba cuántas puertas pintara o qué actrices colocara en el escenario. Lilith permanecería en los cimientos, impregnaba las paredes del Mercury, insidiosa, como el olor del humo atrapado en el pelo.

CAPÍTULO 33

Las semanas de calor habían blanqueado la hierba incluso en el lado norte de la iglesia. Las hojas caían de los árboles con un tenue susurro marrón. Ahora todas las mañanas estaban nubladas, la niebla se aferraba al suelo y cubría a las ardillas que saltaban de un lado a otro. Todo representaba el cambio y la decadencia a medida que el otoño ocupaba su lugar. Todo se acababa: el calor, mi seguridad y mi tiempo en el Mercury.

Oscar parecía preocupado mientras nos sentábamos junto a las tumbas de Lilith y Anthony. A todo el mundo que se ocupaba de la pintura le habían recortado el salario por el incidente con Georgiana; él se pasaba muchas horas trabajando para reparar el lienzo. Aun así, pensé que había algo más que le hacía agachar la cabeza y concentrarse en sus zapatos, apenas consciente de que yo estaba a su lado o de los córvidos que se peleaban en las ramas por encima de nosotros.

—Fui a ver al gobernador —comentó por fin—. Caramba, Jenny, no estabas equivocada. Estaba fatal.

Me giré para mirarlo.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¡No me habías dicho que habías ido!

—Lo sé. Estoy tratando de decírtelo ahora. Me presenté en la puerta principal y dije que tenía que darle un mensaje. Me dejaron entrar. Supongo que la señora Dyer solo les dijo a sus sirvientes que tuvieran cuidado contigo. No esperaba que yo fuera.

—¿Y qué dijo?

—Está preocupado por el niño de Lilith. —Oscar se inquietó.

—¿Por Algernon? —Había pensado a menudo en él desde la muerte de Lilith. Me reconfortaba pensar que había una parte de Lilith que seguía viva, en algún lugar por ahí.

—El gobernador cree que la señora Dyer quiere hacer daño al bebé. Cree que irá a por él y, no sé, lo envenenará o algo así. —Buscó una reacción en mi cara—. No está equivocado, ¿verdad? Es capaz de hacer eso.

Me envolví el chal con más fuerza que antes alrededor de los hombros.

—Dios mío. Sí, lo haría. Estrangularía a ese pobre enano con sus propias manos y sonreiría. —¿Habría provocado que lo buscara con mi chantaje? ¿La señora Dyer estaría intentando que yo no tuviera ninguna ventaja sobre ella, ningún secreto que divulgar?—. ¿Qué demonios va a hacer el gobernador?

Las puntas de las orejas de Oscar se pusieron rojas.

—Quiere que el hijo de Lilith tenga una madre de verdad. Alguien que lo proteja, pase lo que pase. —Hizo una pausa—. Quiere con toda su alma que seas tú.

—¿Yo?

—El señor Dyer dice que eres como un *bulldog*. Nunca dejarías que le hicieran daño a Algernon. —Una sonrisa cariñosa le arrancó las comisuras de la boca—. Y tiene razón.

—Pero… pero… —La cabeza me daba vueltas. ¿El gobernador quería contratarme como niñera? A lo mejor *podría* hacerlo. Sería trabajo, pero esperaba librarme de los Dyer con mi próximo puesto, y seguramente su esposa estaría mirando por encima de su hombro…

—Mira lo que me ha dado, Jenny. —Echó un vistazo para comprobar que no tuviéramos a nadie cerca. Oscar abrió su chaqueta y sacó un fajo de billetes. Muchos billetes. —El gobernador quiere ayudarnos a establecernos. Pagar para que nos casemos y tengamos nuestro propio teatro. Podría conseguirnos el alquiler de un sitio en el East End. No sería nada como el Mercury, por supuesto, tendría que ser un *penny gaff* o un teatro de variedades. Pero… podríamos hacerlo, ¿no? —La emoción iluminó su rostro—. Juntos. Nos libraríamos de todos esos recuerdos y *yo* sería el gobernador.

Fue como la primera mañana que me senté en el salón de la señora

Dyer mirando las monedas. Un futuro me llamaba con los brazos abiertos, y yo no me atrevía a confiar en él.

—Es demasiado bueno para ser verdad. Ya he hecho un trato con los Dyer antes, siempre quieren algo a cambio…

—Pero esta vez lo que el gobernador quiere es algo que nosotros también queremos. —Por un momento, su sonrisa vaciló—. ¿No? Quiero decir…, ¿no quieres casarte conmigo?

El malestar corría por mis venas. Lo amaba, pero todo estaba pasando muy rápido. ¿Un matrimonio feliz podría estar fundado de verdad con un pago secreto?

—Oscar…, esto me asusta. No confío en los Dyer. Hagan lo que hagan…, alguien saldrá herido.

Me miró fijamente, con su mirada marrón cristalina.

—Pero confías *en mí*, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Entonces es todo lo que necesitamos.

Me besó. La luz del sol jugaba con mis párpados cerrados y el viento recorría mi pelo. Intenté, intenté con todas mis fuerzas absorber su optimismo. Quería ser feliz. Lo quería de verdad.

Cuando nos separamos, sonreía como un tonto. No pude evitar devolverle la sonrisa.

—Nuestro propio teatro, Jen. Podemos hacerlo. Tú yo y Algernon.

La determinación se cristalizó dentro de mí cuando me imaginé al bebé de la fotografía con los ojos grandes de Lilith y su pelo oscuro. Algernon ya no se sentaría en el regazo de una mujer anónima. Le daría un rostro para que se superpusiera a esa máscara negra que flotaba en el fondo. Tendría la única cosa que Lilith había querido para él, que había querido para ella misma: una madre.

Quizás entonces ella estaría en paz.

Mis sueños me llevaron de vuelta al Mercury esa noche. No al teatro que conocía, sino a un páramo, a un escenario de escombros y cenizas. La estructura del edificio estaba expuesta, limpiada gradualmente por el aire fresco de la noche.

Con precaución, me arrastré por un terreno irregular. Mis botas levantaban nubes de polvo. El polvo se movía inquieto, como un espíritu, haciendo que mis ojos me picaran y que se metiera en mis pulmones, pero no quería toser. Ese polvo era valioso. Podría estar respirando el vestuario, el decorado o los asientos de felpa que llenaban los palcos.

Podría estar respirando *sus* restos.

Me dirigí hacia el sitio donde había estado el escenario. Los objetos brillaban entre las cenizas: un casco usado por el fantasma de Banquo o engranajes de las máquinas que había en los sótanos. Todo apestaba a azufre, como si el mismo diablo caminara dos pasos por detrás.

Aquí fue donde Lilith se paró por última vez. Planté mis pies en las marcas e intenté sentir el poder que había fluido por sus venas. Pero no pude. Seguía sin encontrarla.

Me agaché y busqué entre la ceniza fina con mis dedos. Algo empezó a tomar forma. Era un rostro, una impresión estampada en el hollín: eran los rasgos de Lilith, dibujados en una máscara mortal. Su boca se abría como una herida. Sus ojos eran anhelantes, lastimosos.

Un suave repiqueteo sonó en mis oídos. El viento se movió de nuevo, dispersando la imagen y convirtiendo a Lilith en polvo.

Me desperté de golpe. Mi habitación estaba bañada por una luz pálida y el lado de la cama de Dorcas estaba vacío. El colchón se hundía en el lugar donde había estado ella.

Me levanté desorientada por el sueño, me lavé la cara con agua y me vestí. Sabía, más que sentía, que era feliz.

Solo una tonta se entregaría a la emoción vertiginosa en mis circunstancias. Estaba pensado en la señora Dyer otra vez. Tenía mucho trabajo por delante para iniciar un negocio y adoptar un niño. Pero la idea de despertarme una mañana futura y encontrar a Oscar a mi lado me llenaba de ternura. Siempre lo había querido, incluso cuando era solo una sirvienta. Si solo mis circunstancias fueran más felices…

Mientras bajaba las escaleras, vi a Bertie, que seguía sentado en la mesa de la cocina, en lugar de en la fábrica. Aceleré mi paso, alarmada.

—¿Bertie? ¿Qué ha pasado?

Pero no le había pasado nada, estaba desafiante.

—No voy a trabajar —anunció—. Si nos dejas, me iré a vivir con Gregory y Georgiana. Me dejarán quedarme en casa todo el día.

Respiré profundamente. No era su madre, no podía pararlo, pero sabía cómo iba a terminar. O lo rechazarían de plano o lo explotarían de alguna forma; incluso si no estaba en la fábrica, lo harían trabajar de un modo u otro.

—No te voy a dejar, Bertie. —Me puse a su altura—. Te lo prometo. Oscar y yo nos vamos a casar, pero no nos iremos muy lejos. De todas formas, vendré a verte. ¿Recuerdas cuando era sirvienta? En ese entonces no vivía contigo, pero aun así me veías.

Pero ¿cómo me las iba a arreglar? Con la velocidad a la que iban las cosas, había pasado por alto aspectos vitales. Georgiana espiaría para la señora Dyer como lo había hecho yo; si me veía con un niño de más de un año, sumaría dos y dos. Lo imaginé progresando con una inevitabilidad horrible, un tren que se detiene en las estaciones en su camino hacia la señora Dyer. Si Bertie sabía lo de Algernon, se lo contaría a Gregory, y Gregory se lo diría a su esposa… ¿De verdad podría seguir viendo a Bertie mientras mantenía a Algernon en secreto? ¿Tendría que elegir entre dos pobres niños sin madre?

Bertie debe haber visto el dolor que constreñía mi rostro.

—Es mi culpa, ¿verdad? —preguntó apresuradamente—. No paré de decir que quería ir al teatro. Y cuando llegué allí… —Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordarlo—. Todo salió mal.

Lo abracé con fuerza.

—Nada de esto es tu culpa, ¿me oyes? Si es culpa de alguien, es… —Logré parar a tiempo. Culpar a Gregory no secaría sus lágrimas.

Todo era un desastre.

La primera persona que vi en el Mercury ese día fue a la señora Dyer. Un recado me llevó a la oficina y la puerta estaba abierta de par en par. Había un escritorio nuevo junto al del gobernador, con un diseño más elegante; la señora Dyer estaba detrás de él.

—Oh, Jennifer —dijo—. Un momento, por favor.

Me paré de mala gana. De alguna manera, tenía miedo de que viera la verdad en mi cara, de que se diera cuenta que estaba aceptando el dinero de su marido, *su* dinero, para criar al hijo de

Lilith.

—¿Sí, señora?

—Pasa.

Hacía calor y no había aire en esa oficina, era como un baño público.

—Estás montando tu propio escritorio —observé.

—¿Y por qué no tendría que hacerlo? Es mi teatro, al igual que el de Hugh. Es más mío que suyo, y, de hecho, he sacrificado todo mi orgullo por él.

Miré lo que había en su espacio de trabajo. Además de los habituales soportes para plumas, pisapapeles, tinteros y guiones, había una fotografía de Eugene Grieves. Llevaba una capa negra. Sus manos estaban levantadas, con los dedos abiertos y con un brazo extendido hacia la cámara. Los labios estaban separados por un gruñido.

—El vampiro lord Ruthven —me informó la señora Dyer—. Era muy joven por aquel entonces.

El reloj de la musa colgaba de su cinturón. Su contorno parecía un poco manchado, como estaba el de Lilith el mismo día que murió Silas. Miré hacia otro lado. No había fotografías del gobernador ni de Rachel, solo había un soporte elaborado con el reloj. ¿Cómo podía brillar tanto? Después de toda la sangre que se había derramado sobre él. Melpómene destacaba más que nunca.

La señora Dyer me sorprendió mirándolo. Sujetó el reloj, celosa, y lo guardó en su caja fuerte.

—No me lo voy a llevar —me burlé—. Lo robé *para* usted, ¿se acuerda?

—Un ladrón siempre será un ladrón. Hay que ser cuidadoso. Ya te has convertido en una chantajista. —Volvió a su escritorio y sacó un sobre cerrado de debajo de un libro de contabilidad—. Tengo tu carta de recomendación aquí. Supongo que la necesitarás para buscar un trabajo nuevo.

La tomé de sus manos. La costumbre me dijo que debía darle las gracias, pero no podía a hacerlo.

—Después de todo, puede que no acepte un trabajo nuevo. Me voy a casar.

La sorpresa en su cara era todo lo que yo esperaba.

—¿Sí? Me alegro. Debo reconocer que eres rápida. ¿Quién es el joven afortunado?

—Oscar Thorne.

—Ah, el pequeño desecho de Georgiana. Dije que deberías estar mendigando las migajas sin mi trabajo… —Dejé que el insulto rebotara en mí. ¿Qué sabía ella del amor? La única forma en que había conseguido que su marido volviera a su cama era amenazándolo —. Pero te felicitaré. ¿Por qué no? Me siento muy filántropa hoy.

—¿Eh?

Se puso una mano en el estómago, radiante de orgullo.

—Sí. Tengo razones para esperar. Nuestro heredero vendrá por fin y cada penique de mi dinero estará a salvo.

El asombro me mantuvo muda. Era tarde para que tuviera un segundo niño, pero no imposible. Recordé a Oscar diciendo que la gente que tenía el reloj parecía conseguir exactamente lo que quería.

—Creo que es tu turno de felicitarme, Jennifer.

Tal vez fuera lo mejor. Con un hijo propio, a lo mejor dejaría de buscar a Algernon. Alejé los pensamientos de la hija de Lilith, el negro en el baño, la columna vertebral y las «alas».

—Lo haría, señora, pero no quiero tentar al destino. Estos asuntos son frágiles, ¿no es así?

Su sonrisa era brillante y fría como el hielo.

—Ya te lo he dicho antes, estoy escribiendo el guion de esta obra. Todo saldrá exactamente como lo he planeado.

—Pero Melpómene es la musa de la tragedia —indiqué—. Quienquiera que sea el dueño de su reloj parece que acaba muerto.

—Espero que eso no sea una especie de amenaza.

—¿Por qué tendría que amenazarla? —extendí las manos—. No necesito nada de usted ahora. Y no necesita nada de mí. Nuestra relación ya ha terminado. Ha firmado mi salida del teatro y me iré cuando me lo pida.

—Sí, te irás.

—Me alegro —contesté—. Me alegro de no estar aquí para el último acto.

Con eso, me di la vuelta y salí de la oficina.

CAPÍTULO 34

Debería haber sabido que habría una última vuelta de tuerca. ¿Qué me hizo pensar que la señora Dyer toleraría mi franqueza sin castigarme?

Me senté en la sala de vestuario, rematando el vestido de la iglesia de Georgiana con el galope constante de la máquina de coser por lo que parecía ser la centésima vez. Si hubiera hecho todos los arreglos que necesitaba a mano, habría dejado al Mercury lisiado. Mi visión había sido la de una falda de color sangre oxidada y un petillo blanco, que simbolizaba que mientras la oscuridad invadía al personaje, su corazón seguía siendo bueno. Georgiana no quería nada de eso. Quería adornos de encaje dorado y bordados por todo el corpiño. Prefería parecer que estaba chapada en oro a la moda que la penitente que se suponía que era. Dejé de preocuparme por ello. Dejé que se acicalara y simulara como una tonta; nunca sería capaz de dar vida al personaje, así que ¿qué importaba realmente el vestuario?

Acababa de quitar el pie de la plancha cuando Oscar entró de golpe en la sala.

—Nunca adivinarás lo que ha hecho ahora.

—¿Georgiana? —pregunté con cansancio.

—No, ella no. La jefa del aquelarre, la señora Dyer. Dice que no puedo pintar más. Debo pasar mi tiempo cuidando a la perra.

No tenía sentido.

—¿Pero no sale Eurídice solo en una escena corta?

—¡Sí! Ni siquiera necesita que la entrenen, hace exactamente lo que le pide Felix. Esto es personal. La señora Dyer me está

degradando.

—Lo siento, Oscar. Es mi culpa. —Suspiré y solté la estúpida bata —. Va a por ti por despecho. Nunca debí haberle dicho que estábamos comprometidos.

Oscar se pasó una mano por la cara.

—No, no digas eso. Si tú no se lo hubieras dicho, otro lo habría hecho. Los otros pintores piensan que es muy divertido, como si hubiera hecho algún tipo de intercambio con tu hermano. Los odio. Los odio a todos. —Levantó la vista, inspirado—. Vámonos ahora, Jen. ¿Qué estamos haciendo, dejando que nos degraden así mientras tenemos todo ese dinero en casa? Vámonos.

Era tentador. Una gran parte de mí quería cortar este vestido en cintas y esparcirlo por el camerino de Georgiana.

—No podemos. Parecería demasiado sospechoso. Hemos dicho que estamos ahorrando para casarnos el próximo año; si nos vamos ahora, la gente empezará a preguntar de dónde sacamos el dinero, y la señora Dyer podría encontrar a Algernon.

—¡Nos lo llevaremos! A algún sitio donde no pueda rastrearnos. Olvida el teatro de variedades en Whitechapel, haremos lo mismo que Greg y Georgie: iremos al extranjero.

Cómo deseaba poder hacerlo. Pero no tenía el corazón para ser tan egoísta.

—Sabes que no puedo hacer eso. Bertie ya está actuando como si Whitechapel fuera el confín de la Tierra y no me volverá a ver nunca. No puedo irme. No seré como ellos.

—No. No, tienes razón. —Sus hombros se hundieron. Se acercó y se sentó en la mesa de costura, estirándose sobre ella—. No es justo. ¿Cómo lo soportas? La aguantas día y noche, actuando como si no hubiera asesinado a tu amiga. No es propio de ti ser tan… paciente.

—Eso es un halago.

—Sabes a qué me refiero. Apenas has dicho una mala palabra sobre ella.

Quizá no en voz alta.

—Esto es lo que pasa, Oscar. He aprendido una lección de la señora Dyer. Durante el último año he visto cómo la consumía su odio por Lilith, cómo ha retrocedido y la ha convertido en algo horrible.

Georgiana es una zorra de primera, pero no dejaré que me haga eso. Tengo que ser mejor que eso. —Me acerqué a la máquina de coser y agarré su mano seca—. Ya me puedo imaginar cómo viviremos. Con nuestro teatro de variedades, donde tú pintarás todos los paisajes y yo haré el vestuario.

—¿No te corroe el hecho de que nunca pagarán por lo que le hicieron a Lilith?

—Por supuesto que sí. Pero si Algernon prospera, a lo mejor él mismo será un tipo de venganza.

No habíamos hablado de lo que le diríamos al bebé. Mi instinto era que no quería mantener a Lilith en secreto a su hijo. Sería nuestro, nos pertenecería a nosotros; el mundo no necesitaba saberlo, pero Algernon debería estar orgulloso de su legado. Llevaba la sangre de la mejor actriz que ha visto el mundo. No dejaría que Lilith se desvaneciera en polvo, como lo había hecho en mi sueño.

—A lo mejor sería bueno que yo me encargase de la perra —admitió a regañadientes—. Puedo asegurarme de que nadie le haga daño a la pobre Eurídice.

—Exacto. La señora Dyer está intentando que te sientas pequeño, pero no lo consientas. Eres mucho más que ella. Es patética. Su familia la repudió y su marido no la quiere. Todo lo que tiene es ese reloj estúpido y tiene tanto miedo de perderlo que lo guarda en una caja fuerte.

—¿No crees que el reloj le dará buena suerte?

—Es una maldición, Oscar. —Sacudí la cabeza—. Me he vuelto lo suficientemente supersticiosa como para creerlo. Cualquier poder que traiga, viene con un precio a pagar. Y tengo la sensación de que la señora Dyer tendrá su venganza, de una forma o de otra.

Hay algo especial en las noches de estreno. El revuelo de la anticipación de presenciar un espectáculo nunca visto antes. Las palabras pueden ser antiguas, pero resurgen con cada actor nuevo que las dice, se reencarnan una y otra vez. Es una especie de magia. Y como toda magia, viene con cierto riesgo. *Fausto, primera parte* fue

más ambicioso que cualquier otra obra que hubiéramos montado antes. Nadie sabía si podríamos conseguirlo.

Los nervios se palpaban en el aire, sobre todo los de Georgiana.

—¡Está muy cargado! —se preocupó, haciendo un mohín en la cara que le vi a través del espejo—. ¡Te has pasado! ¡Se supone que Margaret no puede empezar pintada como una pícara!

Me mordí el insulto que tenía en la punta de la lengua.

—Bajo los focos se ve diferente —le expliqué.

—Si es así como vamos a empezar, me da miedo pensar en el final. ¿Cómo apareceré en el escenario cuando la virtud de Margaret se pierda? ¿Me maquillarás con una pala? —Su mirada se deslizó como una víbora hacia mí—. ¿Fue así como te quedaste con Oscar?

Apreté los dientes, tomé un pañuelo y empecé a desmaquillarla. Georgiana se retorció bajo mi tacto.

—¡No! ¡Para! Estás echándolo a perder todo. Está peor que antes.

—Bien. Iré a buscar un recipiente con agua y volveré a empezar.

Su ceño se arrugó bajo las rayas blancas.

—¿Tenemos tiempo para eso?

—Tenemos mucho tiempo. El telón no se levantará hasta dentro de media hora y hay seis escenas completas antes de que salgas tú.

—Pero no te entretengas de todas formas.

Cerré la puerta detrás de mí. Menuda remilgada.

Un paso sonó en el pasillo. Miré hacia arriba, esperando a ver a otro ayudante de camerino atosigado, pero la silueta estaba mirando en la dirección opuesta. Parecía una mujer con un vestido negro.

Una mujer que conocía bien.

—¿Lilith? —susurré, sin atreverme a creer lo que veía.

Se quedó absolutamente quieta. Después, sin parecer que se movía, se desvió, deslizándose como un paisaje plano en su pista.

El miedo me rodeó la garganta. Me pasé una mano por los ojos. Cuando los abrí, la silueta se alejaba cada vez más.

No podía ver cómo se me escapaba otra vez.

—¡Lilith… espera!

Tropecé en su camino. Había salpicaduras en el suelo: era una ceniza blanca y fina.

Se movía sin esfuerzo por los pasillos del Mercury como si fuese su

elemento natural. Se abrió una puerta, pero no la vi empujarla.

—¿Lilith? —volví a decir.

La silueta vaciló, temblando como una nube de moscas. Mientras yo la observaba asombrada, la mujer empezó a dispersarse ante mis ojos.

—¿Jenny?

Mis pies pisaban el mármol.

—¿Jenny?

Estaba de pie en la parte superior de la gran escalera, con vistas al vestíbulo ajetreado. Estaba lleno de caballeros con bufandas de ópera y damas con los hombros descubiertos. Los abanicos revoloteaban como mariposas.

Gregory cruzó hacia mí desde el lado opuesto de las tramoyas.

—¿De quién estás hablando?

—De la mujer que estaba delante de mí. Parecía…

Echó un vistazo al vestíbulo y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de quién era. El teatro está lleno.

Mi cerebro apenas registró con quién estaba hablando. Había estado tan concentrada en seguir a la mujer de negro que simplemente había aceptado su aparición. Pero ahora me eché atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Greg iba más elegante que de costumbre, con el pelo engominado. Las marcas de la paliza habían desaparecido, pero aún le faltaba un diente.

—¿Qué crees? Es el *debut* de mi esposa en un papel principal. Tengo un asiento en el patio de butacas para verla. Parece que lo hizo bastante bien, a pesar de tener que trabajar contigo. Tendrás que pedir perdón por todas las cosas horribles que has dicho de ella después de esta noche.

—Me disculparé cuando me devuelva el dinero de la operación de Bertie y el anillo de la señorita Fielding. ¿O tuvo que empeñarlo para pagar tus deudas?

—Déjalo, Jenny. Bert se ha operado y tú te vas a casar. Todo está yendo bien. ¿Por qué no puedes olvidar el pasado y seguir adelante?

¿Olvidarlo? Tuve que contener mi ira antes de hablar.

—Una vez que Oscar y yo nos casemos, no os volveremos a ver a

ninguno de los dos.

Algo parpadeó en su mirada avellanada, algo parecido a la astucia.

—¿Es cierto que Oscar y tú habéis firmado los papeles para adoptar al hijo del gobernador?

—¿Quién te lo ha dicho? —La sangre se me subió de golpe a la cabeza.

—¿Entonces es un secreto a voces?

Las risas llegaron desde el vestíbulo. Pude ver a la señora Dyer en el centro de un grupo pequeño mirando por encima de las barandillas de hierro. Su vestido era una funda esmeralda que se pegaba a su cuerpo como una piel de reptil. Llevaba también unos guantes de ópera negros que le cubrían los brazos. Y lucía su broche de Melpómene justo en el centro de su escote.

El gobernador no era más que su sombra. Su faja se hundía en la cintura y llevaba un clavel en el ojal. Rachel se aferró a la cola de su abrigo.

—No es cierto —respondí apresuradamente—. No sé quién te está diciendo esas tonterías.

—Es solo algo que he oído. No se lo conté a Georgiana. Todavía no. —Greg se enderezó la corbata y ladeó la cabeza—. No creo que esté muy contenta con que vayas en contra de su amiga así, ¿verdad?

Sonó un timbre y maldije en voz alta. Tenía que ir a buscar agua. Georgiana ya estaría de los nervios.

—No es cierto —repetí—. Son mentiras. No te atrevas a decir ni una sola palabra, Gregory.

Su labio se curvó hacia atrás, mostrando el diente que le faltaba.

—A lo mejor no… si Oscar y tú hacéis que valga la pena.

CAPÍTULO 35

Cambié a Georgiana como una autómata, sin importarme lo que pasara en el escenario. Ahora lo creía todo: que Lilith estaba aquí, vigilándome. Me había llevado directamente hacia Gregory porque sabía que era una amenaza para su hijo. ¿Quién, en nombre de Dios, podría haberle hablado de la adopción? ¿Qué íbamos a hacer? Ojalá hubiera escuchado a Oscar. Tendríamos que habernos llevado al bebé y haber huido.

Intenté convencerme de que no importaba, que encontraríamos una manera de proteger a Algernon de alguna forma. Pero la señora Dyer tenía el reloj que le daba todo lo que deseaba. No tenía dudas de que quería a Algernon muerto. No podía dejarla ganar y borrar el legado de Lilith. No podía soportarlo.

Estaba vistiendo a Georgiana para su penúltima aparición en escena, una aparición de Margaret en la noche de Walpurgis. Su cara estaba pintada de blanco y los grilletes se desprendían de sus pies descalzos. El último toque era una cinta roja alrededor de su garganta, que presagiaba la ejecución de Margaret.

—¡Ten cuidado! —se atragantó mientras me apresuraba—. ¿Intentas estrangularme?

A lo mejor, sí.

—No has venido a ver nada de esto, cariño. ¿No sueles mirar al escenario entre bambalinas? ¡Deberías verme dándoles golpes ahí fuera!

Sin decir nada, me di la vuelta, ordené y guardé la caja de maquillaje. No necesitaba su polvo de magnesio ni sus llamas de

colores; ya estaba en mi propio infierno. Solo quedaba una escena para vestir a Georgiana después de esto. A lo mejor podría encontrar a Oscar y decirle que se preparara. En el momento en que le pusiera los trapos de la mazmorra a Georgiana, podríamos huir, subirnos a un tren con dirección a Southend y salvar al bebé. No tendríamos mucho para empezar, pero tal vez sería suficiente.

Pensé en Dorcas, que se quedaría sola para cuidar a los chicos si yo desaparecía de golpe. Pensé en el pequeño rostro confiado de Bertie y en mi promesa de no abandonarlo. ¿Podría dejarlos de verdad? ¿Tenía otra opción?

—Bueno, quiero ver la obra, aunque tú no. —Georgiana empujó el taburete y se puso de pie. Los grilletes sonaron en el suelo—. Esta escena es el plato fuerte de la obra. No voy a esperar a que me llame el traspunte.

La pólvora había vuelto casi blanco su pelo rubio. Georgiana era lo opuesto a Lilith: marfil y nubes, en lugar de ébano y hollín.

Cuando la puerta se cerró tras ella, las luces parpadearon. Qué extraño. Hacía tiempo que eso no pasaba.

Apresuradamente, saqué el último vestido de Georgiana y guardé los trozos que necesitaría para arreglar su pelo. A lo mejor debería empezar a empacar algunas cosas mías. No tenía tiempo para ir a casa y llevarme mis pertenencias. Encontré una mochila y eché unas medias y un peine.

Alguien llamó a la puerta.

—Entre.

El picaporte no giró. Nadie me respondió. Me encogí de hombros y saqué un atuendo limpio para cambiarme; el de Georgiana me quedaría bien. Pero entonces se repitió el golpe en la puerta.

—¿Qué quiere?

No había nadie.

Todo el mundo debía haber ido a ver la noche de Walpurgis, porque el pasillo estaba desierto.

—¿Hola?

Las lámparas se apagaron. No solo se apagaron en el camerino, sino en todo el pasillo. Se escuchó un siseo efervescente.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Lilith? ¿Eres tú?

La luz volvió a crecer y ya no estaba sola. Estaba de pie al final del pasillo una vez más, mirándome fijamente. Llevaba el dominó blanco de *Romeo y Julieta*, pintado con lágrimas negras.

Empujé las palabras en mi garganta, más allá del miedo.

—Lilith, necesito tu ayuda. Algernon…

Hizo una señal con un dedo, moviéndose como antes, rezumando por el pasillo y a través de las puertas.

Caminaba como lo había hecho en *Macbeth*, en un sueño. *¿Es una daga lo que veo ante mí?* No me importaba si era real o no. La seguiría a cualquier parte.

Me llevó al despacho del director. Mientras la miraba, la fotografía de Eugene Grieves cayó boca abajo sobre el escritorio de la señora Dyer. Se abrió un cajón y el dial de la caja fuerte se giró solo.

Se me secó la boca. El reloj. Lilith quería que me llevara su reloj.

¿Podía hacerlo? Pensé en Silas, en Anthony; en Eugene y en Lilith muriendo en el escenario mientras seguía funcionando el mecanismo del reloj.

¿Qué precio pagaría? ¿Valdría la pena salvar a su hijo, el niño que se convertiría en *mi* hijo? Ese era el amor de una madre: hacer un pacto con el mismísimo diablo por el bien de su hijo. No creí que pudiera hacerlo, no después de todo lo que había visto. Algunos precios eran simplemente demasiado altos para pagarlos.

Se oyó un ruido metálico y la puerta de la caja fuerte volvió a girar sobre sus bisagras. Me estremecí, sabiendo que tendría que tomar una decisión. Las paredes brillantes y metálicas reflejaban el reloj en su soporte. El tictac resonaba como un constante batir de alas. Me acerqué con cautela. Sentí como si ella me estuviera llamando: Melpómene o su máscara con la boca abierta.

Mis dedos temblaron al sacar el reloj. Una mezcla de miedo y anhelo me puso la piel de gallina. No era como las veces anteriores que lo había sujetado. No podía negar la sensación de poder mientras la caja del reloj descansaba en la palma de mi mano, cálida como una criatura viva.

Lilith levantó un dedo hacia sus labios negros y muertos.

Retrocedí a trompicones y me senté, pesada, en el escritorio. No

podía apartar mis ojos del reloj. Si escuchaba con atención, casi podía oírla ahora: una voz dulce e inquietante…

Los recuerdos parpadeaban en mi mente: Lilith y la daga, Eugene Grieves con sus ojos rojos como la sangre. Nada bueno podía salir de esto. No debo ceder. No podía terminar como los otros.

Tanteé el escritorio de la señora Dyer, incapaz de apartar la vista. Los papeles siseaban entre ellos y se cayó una botella de tinta. Mis dedos por fin se cerraron sobre un pisapapeles grande y frío. Mi brazo tembló cuando lo aparté y puse el peso sobre el rostro impasible de Melpómene.

Esto era muy valiente o una completa estupidez. Silas había muerto intentando destruir este reloj. Había leído historias de aquellos que se enfrentaron a las musas: sirenas despojadas de sus plumas y reyes que acabaron con los ojos arrancados. ¿Qué me hizo pensar que era más fuerte que los mitos?

—La obra ha terminado, Melpómene. —Cerré los ojos, apreté los dientes y bajé el peso de mis manos.

Se escuchó un chasquido que podía hacer estallar los oídos. Alguien gritó. Abrí los ojos para ver el reloj en pedazos y a Lilith retorciéndose en el humo. Podía *saborear* el humo, espeso en mi lengua.

Salí tambaleándome de la oficina y me encontré con una nube gris que subía por el hueco de la escalera.

No. Seguramente no.

Cubrí mi boca con un pañuelo, me dirigí a toda velocidad hacia el auditorio y entré en el pasillo por la puerta de acomodadores. Era un pandemonio. Los colores y los sonidos se extendían a mi alrededor; los listones estallaban en un alboroto en llamas. Cayeron sobre el escenario trozos de madera y metal, bloqueando las salidas de los artistas. El caos reinaba a su alrededor. Los tramoyistas se apresuraron entre bastidores; acarrearon cubos de arena para apagar el fuego, pero la arena no hizo nada contra la intensidad de las llamas.

Mi conciencia gritaba que yo era la causante de esto, que había desatado la maldición de Melpómene.

El público estaba de pie, luchando por salir de las estrechas filas. Hubo un estallido y después una nube de fuego, tan alta como ancha.

El infierno trepó por las cortinas del telón, una mano infernal sobre otra.

Georgiana aulló bajo la luz de los focos. El fuego chasqueó su falda con avidez, devorando primero sus gemelos y después sus rodillas; parecía una bruja en una hoguera. Salió corriendo del escenario, cegada por la angustia, y se metió en el foso de la orquesta.

En ese momento el incendio alcanzó a la burguesía que salía en estampida desde la primera fila, haciendo que ardieran en llamas los faldones de terciopelo y los vestidos de tul. La manga de una dama empezó a arder.

Todo empezó a mezclarse, también las formas fantasmales en el humo.

Tenía que salir.

La burguesía ya no era importante: empujaba a otros y peleaba por salir con vida. Una señora me empujó violentamente hacia un lado, aplastando mis pies bajo sus tacones. Grité llamando a Oscar, pero no pude verlo. No reconocí a nadie en el tumulto de cuerpos, y me empujaban cada vez más lejos de los patios de butacas. Algo hizo que todo retumbara como un cañón, la multitud se agolpó y me estrellaron contra la pared. No podía respirar, no podía moverme.

Un ladrido cortó el alboroto.

—¿Eurídice? ¡Eurídice!

Que la gente viera a un caniche negro, enseñando sus dientes, corriendo hacia mí, era motivo suficiente para que se moviera. La multitud se separó y yo me abalancé sobre Eurídice, agarrándola con fuerza por el collar.

—¿Dónde está Oscar? ¿Dónde está?

Se suponía que la estaba vigilando. Ahora ella estaba sola; no quería detenerme a pensar lo que eso significaba. Podría estar atrapado bajo una viga de madera caída…, pero Eurídice me arrastró.

El calor aumentaba con rapidez. Me dolía respirar. Me aferré al collar de la perra mientras salíamos a trompicones del auditorio y bajábamos hacia la escalera enorme de mármol. Una mujer mayor se resbaló y se cayó a nuestro lado. En un momento estaba allí y al siguiente había desaparecido, como si alguien hubiera abierto una trampilla.

El vestíbulo era una cámara de dolor y terror. Vi a un caballero con su sombrero de copa en llamas, con el marco derritiéndose y sujetándose a su cuero cabelludo. Alguien llevaba a un niño en brazos, con la piel escaldada de color rojo langosta. Un acomodador a quien no reconocí se apoyó en la pared, superado por un ataque de tos. La gente seguía pisando mi falda. Oí rasgarse el material, sentí que había perdido una buena parte de mi vestido. Eurídice me mordía para hacernos avanzar.

Por fin, por fin, salí a la calle. El aire sabía a limpio, pero hizo que me ahogara.

Los transeúntes conmocionados se agolpaban en la acera y un camión de bomberos bloqueaba la carretera. Los hombres gritaban y se pasaban cubos de agua. No podía centrarme en ellos.

—¡Jenny! Jenny, ¡gracias a Dios! ¿Estás bien? —Era Oscar. El hollín cubría su cara y había motas blancas que se esparcían por su cuello—. ¿Jenny? Dime algo.

—¿Qué…? —Tenía la garganta demasiado seca. Se abrieron las ventanas.

El calor se abalanzó sobre nosotros. Oscar me empujó hacia atrás mientras el fuego rugía triunfante.

Me limpié la arenilla de los ojos hasta que pude ver el Mercury brillando, perdiéndose, desapareciendo ante nosotros. Tuve la extraña sensación de estar viendo cómo me quemaba; cómo se incendiaba cada parte de mi cuerpo lentamente.

—Tenemos que volver a entrar.

—¿Qué? —Oscar parpadeó, con los ojos iluminados en su cara llena de hollín.

—¡Greg todavía está ahí dentro! —La argamasa empezó a resquebrajarse. Hubo un cambio, el balcón se derrumbó en un suspiro y se convirtió en un montón de escombros—. ¡No!

—Mierda. —Oscar me retuvo.

—Tengo que… —Me apreté contra él.

—No puedes entrar. Es demasiado tarde. —Tenía razón. El balcón había bloqueado las tres entradas y torcido las puertas—. Lo siento mucho, Jen. No ha conseguido salir.

—¡Greg! —Me abrazó. No tenía palabras.

Mi hermano mayor había muerto. Estaba agonizando, y yo no era la única que iba a vivir ese dolor. ¿Cómo iba a decírselo a los demás? Le rompería el corazón a Bertie.

Tampoco ninguno de los Dyer había conseguido llegar a la calle. Pensé en la pequeña Rachel, tan joven, que era inocente en todo esto. Sus padres no merecían mis lágrimas, pero las tenían de todas formas. ¿Dónde estaría Polly? ¿Y la señora Nettles? Felix, Clementine… ¿Se habrían perdido todas esas vidas?

—Es mi culpa —dije roncamente en el pecho de Oscar—. Es mi… —Mi voz se apagó. Había inhalado demasiado humo.

Se quedó callado por un momento. Las llamas crujieron y se abrieron paso.

—Lilith nos cuidó. Nos sacó a ti, a mí y a Eurídice —comentó después.

No sabía si eso era cierto. No sabía qué pensar. Horace había hablado de los peligros de los efectos del fuego que se había utilizado en la obra, pero parecía demasiado raro que el incendio hubiera comenzado en el momento en el que yo golpeé el reloj.

Ese reloj daba a la gente exactamente lo que quería. Lo tuve en mis manos solo un momento, pero nadie podía dudar de que mis problemas se habían resuelto. Ni la señora Dyer ni Gregory nos volverían a molestar. Tenía los billetes, a Oscar, y pronto tendríamos a Algernon…

¿De verdad había querido esto? ¿De verdad?

Los copos carbonizados se acercaron a nosotros con una brisa suave y silenciosa. Me aferré a Oscar mientras el diablo, o Melpómene, o lo que fuera, reclamaba el teatro para sí mismo.

Me imaginé los restos del reloj entre las llamas, derritiéndose, fundiéndose con el escritorio de la señora Dyer, que tanto lo amaba.

Homo fuge. Es lo que Eugene había rayado en el reloj. Y yo huiría. Que Dios me ayude, huiría de este sitio y nunca miraría atrás.

Agradecimientos

En enero de 2020, me senté frente a mi escritorio para escribir una novela llamada *La melodía fantasma*. No iba bien, pero mi padre volvió a estar gravemente enfermo en el hospital y yo seguía conmovida por la muerte repentina de mi querida mascota, Steve. Pensé que las cosas mejorarían.

Más de un año después, el mundo estaba en las garras de una pandemia, mi padre acababa de fallecer, mi marido sufrió un cambio en su vida y habíamos perdido a otra mascota. Había tirado a la basura cuatro intentos que sumaban más de 144.000 palabras de *La melodía fantasma*.

Es imposible expresar lo agradecida que estoy por el amor y la amabilidad continuos que me acompañaron a través de esta temporada tan oscura. Mi amiga y agente Juliet Mushens demostró ser una heroína absoluta una vez más y no podría haber salido adelante sin ella. Mis queridos amigos Ally Whittle, Anna Drizen, Charlotte Wightwick, Louise Denyer y Nazmin Khan me apoyaron emocionalmente, mientras que mis encantadores suegros se desvivieron por llevarnos entre las citas en el hospital y las reuniones de planificación del funeral.

La maravillosa Katie Ellis-Brown estaba, en ese momento, cubriendo la baja por maternidad de mi editora y se encontró todo mi caos. Decir que estuvo a la altura del reto sería un eufemismo. Sinceramente, no puedo agradecerle lo suficiente su apoyo constante, su perspicacia y su dulzura en general. Me hizo creer en el proyecto. Me escuchó decir: «Tengo un argumento totalmente nuevo, un título

nuevo y una narradora que ni siquiera estaba en los otros borradores», y solo me ofreció su apoyo. *Las tragedias de la musa* es para ti, querida Katie.

El retraso en la fecha de entrega significó que también tuve la suerte de beneficiarme de la experiencia de mi editora de siempre, Alison Hennessey, cuando regresó de su baja por maternidad. Se puso manos a la obra, y sus notas me ayudaron a encontrar lo más importante de mi idea. Gracias, Alison, ¡me alegro de que hayas podido ser parte de este libro!

También me gustaría dar las gracias a mis otros contactos clave en Bloomsbury Raven: Emily Chambeyron, Amy Donegan y Francisco Vilhena, por su trabajo constante y porque ha sido un placer tratar con ellos.

Soy muy afortunada por poder contar con todo mi equipo editorial. ¡Esperemos que el próximo libro sea más fácil!